LIDIA CIPRÉS

EL TORNEO DE LAS ESPECIES

minotauro LABERINTO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
Dedicatoria
Primera parte. El Torneo de las Especies
- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Segunda parte. La maldición del Imperio
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Epílogo

Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Un ladrón de otro mundo.

Una psicópata con objetivos claros.

Una competición en la que los humanos ignoran participar y que entraña una gran incógnita capaz de cambiar el curso del destino.

Eyzar es un joven rebelde que se esconde en las montañas de las temibles garras del Imperio. Todo cambiará cuando, tras haber sido atacado su refugio, un extraño ser le encomiende una tarea aparentemente imposible. Poco sospecha del entramado oculto detrás y de todos los secretos desconocidos.

La rueda del juego ya se ha puesto en marcha y será inútil intentar detenerla.

El torneo de las especies

Lidia Ciprés

minotauro

«Existen dos posibilidades: que estemos solos en el universo o que no lo estemos. Ambas son igual de terroríficas».

ARTHUR C. CLARKE

«Éramos tan pobres que ni miedo teníamos».

Cita de mi abuela, ASUNCIÓN PÉREZ GARCÍA

Para aquellos que siempre están,
para los que leen y sueñan,
y para César, por su gran ayuda.

Primera parte
El Torneo de las Especies

PRÓLOGO

Soy un ladrón.

No debería estar aquí.

Pero en ocasiones debemos escoger el menor de los males, y no puedo permitirme perder. Hay demasiado en juego. Tengo que salvarlos, cueste lo que cueste.

Poco a poco, me acerco a la Vasija, y ahí está el objeto que puede cambiarlo todo, brillando con una intensidad insultante ante la oscuridad que siento en mi corazón.

Alargo las zarpas y las detengo a unos centímetros. Siento remordimientos. Lo que estoy a punto de hacer no solo está prohibido, sino que se considera alta traición y romper la regla más sagrada. Además, lo más seguro es que, tarde o temprano, se acabe dando cuenta.

Sin embargo, ¿qué alternativa tengo?

Podría aceptarlo, claro, pero significaría la ruina y la muerte para todos mis hijos. No puedo. Simplemente no puedo dejarlos morir si existe una alternativa.

¿Qué padre haría eso?

Así que agarro el objeto y huyo con él, vigilando entre las sombras por si alguien me está observando.

Capítulo 1

EYZAR

Montañas de Oppum,
base rebelde n.º 64, el Imperio

Tambores.

Tambores en la oscuridad, con su ritmo macabro resonando en las montañas. Traen su siniestro eco y, con él, la muerte.

Despierto de golpe con el corazón exaltado. Es el mismo sonido que, a mis quince años, puebla mis pesadillas noche sí, noche también, pero ahora es real. Me desprendo de las brumas del sueño y salto de la cama, tambaleándome.

Lo que veo a través del cristal de la ventana hace que se me congele la sangre en las venas y que el pánico me inunde el cuerpo con la rapidez del veneno. Trago saliva, aunque tengo la garganta seca como una lija. Solo soy capaz de reaccionar al ver salir volando la primera antorcha, que hace arder un techo de paja. Corro hacia el cuarto de mi madre con el sonido de los tambores martilleando mi cabeza.

—¡Mamá! ¡Mamá, despierta! —chillo zarandeándola, presa del horror más absoluto.

Ella abre de golpe sus oscuros ojos. Tengo la sensación de que sabe de inmediato qué está pasando ahí fuera, porque me agarra los brazos con fuerza, clavándome las uñas. Me hace daño, pero el miedo disipa el dolor.

—¿Son ellos? —pregunta asustada, sin el menor atisbo de

sueño en la mirada. Solo veo terror. Un terror plenamente justificado.

—¡Sí! ¡Nos atacan, mamá! ¡Están aquí!

—Tu hermano —se limita a decir.

Sale corriendo hacia la habitación de mi hermano pequeño, Lou, de solo tres años. Cuando la alcanzo, ya lo ha sacado de la camita y lo agarra con fiereza.

—¿Qué pasa, mami? —pregunta somnoliento mientras se restriega los ojos con los puñitos y da un gran bostezo.

Mi madre, Amber, ignora su pregunta y le cubre una oreja con la mano, apretándole la cabeza contra su voluminoso pecho, como si así Lou no fuera a enterarse de la masacre que está teniendo lugar. Como si el hecho de que tenga un trastorno del desarrollo intelectual le impida comprender que algo no va bien.

—Hay que salir de aquí —digo, esforzándome por no gritar, por no temblar, por demostrar una valentía que no siento.

Pero es lo que habría querido papá.

—Nos matarán si salimos. Lo matarán —musita ella con un hilo de voz.

Sus ojos negros están tan abiertos que pienso que se le van a salir de las órbitas. Los tiene rebosantes de lágrimas.

Al verla llorar, no puedo dejar de imitarla. No sé fingir que soy valiente.

—¿Qué paaaaaasa? —protesta Lou, ya con menos sueño y más miedo, pero volvemos a ignorarlo.

Por un momento, su pelo afro se recorta contra las ventanas tintadas del naranja de las llamas. Tiemblo.

—No nos matarán si no nos ven —susurro con voz estrangulada. Noto que el corazón me late con violencia en el pecho y que el vello de los brazos se me eriza—. No podemos quedarnos aquí. Están quemando todas las casas, mamá. ¡Hay que moverse! ¡YA!

La cojo de la mano y tiro de ella sin darle opción a réplica. Abro la puerta de la entrada con cautela y me asomo al exterior para analizar la situación. Un segundo me basta para darme cuenta de que es aún peor de lo que imaginaba.

Veo decenas de soldados vestidos con armaduras de metal que lucen las tres cruces rojas superpuestas, el maldito emblema del Imperio que llevan estampado en el peto. Las cruces significan los valores que el sistema debe erradicar: desobediencia, deslealtad y rebelión. Son el motivo por el que estos hombres están aquí ahora, destruyendo nuestro refugio.

Desobediencia, porque no entregamos a mi hermano a las autoridades cuando nos lo exigieron para que lo mataran por no ser un Ciudadano Apto, según sus parámetros, claro.

Deslealtad, porque no les agradecimos lo suficiente lo que nos habían dado hasta entonces, y lo pagamos con traición.

Rebelión, porque nos unimos a un grupo de fugitivos en las montañas. A ellos no les importa que mi hermano no tenga una inteligencia media normativa, sino que lo valoran por el ser humano que es, un niño maravilloso.

Mataron a mi padre sin piedad cuando huimos. Cinco contra uno. Ellos, armados hasta los dientes; él, solo con herramientas rudimentarias caseras. Aun así, presentó batalla. Se sacrificó por nosotros para que pudiéramos escapar. No voy a permitir que su esfuerzo sea en vano, aunque esté muerto de miedo.

Desearía ser tan valiente como él, pero en mi fuero interno sé que no le llego ni a la suela del zapato.

Meneo la cabeza y me concentro, apartando los amargos recuerdos. Los soldados están por todas partes y llegan cada vez más; aparecen por las faldas de la montaña, amparados por la oscuridad. Son una auténtica horda.

Van a caballo o a pie. Algunos portan antorchas que arrojan a las casas de madera para obligar a salir a la gente o quemarla viva dentro. Otros van armados con espadas que se tiñen de rojo con la sangre de los que hasta ahora han sido mis vecinos. También se dedican a saquear y a violar a mujeres y a las que todavía son demasiado jóvenes para ser consideradas como tales.

Me resbala una lágrima.

—Miedo, mami —susurra Lou, que observa el horrible espectáculo.

—Tranquilo —le calma mi madre al tiempo que le acaricia la

cara con ternura y le tapa sutilmente los ojos—. Estás conmigo. Estás con mamá.

Me mira fijamente. Veo en ella impotencia, miedo e indecisión. Está bloqueada por el pánico, así que intento ser fuerte por los dos, aunque ni yo me lo creo.

—Oye, mamá. Escucha, tranquila, tranquila. Respira. Mira ese caminito de ahí. —Señalo un sendero a la vez que me limpio las lágrimas con el dorso de la otra mano—. Debemos escondernos en el bosque, entre los árboles. Ahí estaremos a salvo.

—Es lo que intenta hacer todo el mundo, y nadie lo consigue —replica—. ¿Por qué íbamos a lograrlo nosotros con Lou a cuestas?

Quiero contestarle, pero las palabras mueren en mis labios antes de ser pronunciadas. Tiene razón. No hay camino que valga. Bajo el cielo estrellado, se está cometiendo un genocidio en nombre del Imperio. La sangre baña la tierra, y los gritos de muerte rebotan en las laderas de las montañas que hasta ahora habían sido nuestro escudo protector en la comunidad 64.

Todos saben que el Emperador Nyra I no tiene compasión alguna con los rebeldes, como nos llaman. Hombre, mujer, niño o anciano, poco le importa a él y a sus Consejeros. Nos están pasando por la espada y los siguientes somos mi hermanito, mi madre y yo.

Lou se ha puesto a llorar. El miedo se palpa en el ambiente, ineludible y poderoso. Se mesa los cabellos hirsutos e indomables, herencia de mi madre, que está petrificada. Sus ojos saltones van de un asesinato a otro y agarra con tanta fuerza a Lou que estoy convencido de que le está haciendo daño. Tendrían que cortarle los brazos para conseguir que lo soltara. Aunque no creo que estos hombres tengan ningún problema con amputar extremidades.

—Nos quedaremos aquí, en casa —decide de pronto—. Os esconderéis en el armario.

No doy crédito a mis oídos.

—¿Qué? ¡No puedes estar hablando en serio! Quemarán la casa con nosotros dentro. Arderemos vivos. ¡Hay que probar a esquivar a los soldados e internarse en el bosque!

—¡¿Es que no ves lo que le están haciendo a la gente ahí fuera?!

—¡Lo están quemando todo!

—¡Basta, Eyzar! Están matando gente, así que no voy a sacaros para que os corten la cabeza. Hay casas que aún siguen en pie, así que os meteréis en el armario y luego cogeré un cuchillo para cortarle la garganta al primero que ponga un pie aquí dentro.

Dicho esto, se da la vuelta y corre a una habitación.

—¡Mamá! ¡Mamá, para! ¡Nos matarán a todos!

Salgo corriendo tras ella, pero cuando paso por delante de una ventana, una piedra rompe el cristal y me da de lleno en la frente. Trastabillo, me tropiezo con un juguete de Lou que está tirado por ahí y caigo al suelo.

La sangre que mana de la herida me empapa los ojos, y por un momento todo se torna oscuro. Siento un dolor lacerante en la cabeza. Cuando consigo reponerme lo suficiente como para abrir los ojos y arrodillarme, al otro lado de la ventana un soldado me mira con una sonrisa podrida y una flecha tensada en su arco.

Lo último que oigo es a mi madre gritar mi nombre y el llanto desesperado de Lou.

—Larga vida al Imperio, rebeldes de mierda.

Dispara la flecha, que se me clava en el pecho.

Capítulo 2

EYZAR

Montañas de Oppum,
base rebelde n.º 64, el Imperio

Siento como si estuviera hundiéndome en un mar de profundas y negras aguas. Noto cómo la sangre escapa de mi cuerpo y llena las inmensidades del abismo, que me atrapa con sus largos tentáculos.

Sé que esa flecha ha ido directa al corazón. Que ha atravesado el músculo y lo ha perforado sin remedio.

Sé que estoy muerto con la misma certeza con la que sé que el sol sale todas las mañanas por el este y se pone al atardecer por el oeste.

Sin embargo, no me imaginaba la muerte así de dulce. No duele. No tengo miedo. Solo caigo. Caigo, caigo y caigo. Entonces, toco fondo.

Cuando lo hago, sucede algo extraño.

Los veo. A mi madre y a Lou. Es como si estuviera ahí de pie, junto a ellos, solo que en realidad no es así, sino que estoy siendo enterrado en las profundidades de la Tierra. Ellos no me ven a mí, pero yo presencio el horror que están sufriendo, y ahora es peor, porque no puedo ayudarles.

—¿Mamá?

Como me temo, no me oye. Intento cogerla, pero mis dedos tocan su piel y la traspasan como si fuera agua. Grita histérica mi nombre desde el cuarto de Lou. Mi hermano, con la cara

enrojecida, berrea a pleno pulmón y se retuerce en sus brazos. Se esfuerza por sostenerlo, aterrada como está.

Comprendo que se halla en una encrucijada: quiere ir a ver qué me ha pasado, pero no con Lou. Sin embargo, tampoco quiere dejarlo solo.

—¡Mamá, no vayas! ¡Os matarán! —le grito casi en la oreja, pero no sirve de nada.

—Oh, no… no, no, no, por favor —gimotea ella, temblando como una hoja.

Con creciente pánico, veo que se gira, abre las puertas del armario y mete a Lou dentro.

—¡No! —chillo al comprender sus intenciones. Se me forma un nudo en la garganta y noto las extremidades frías.

—¿Mami? —Lou la mira aterrado con sus enormes ojos negros, que relucen por el fuego del exterior—. ¡Grita noooo!

—No grito, no, cariño —le contesta de forma atropellada—. Mamá va a ver si puede ayudar a Eyzar, ¿sí?

—¡No! —ruge Lou, que, atemorizado como está, la agarra con sus deditos, fuertes como tenazas—. ¡Mami no va!

—No, no vayas —le suplico yo también, desesperado.

A la vez, con dolorosa claridad, comprendo que mi madre piensa que no hay tiempo.

Se arrodilla delante de mi hermano y le da un beso en la frente. Luego, mientras habla, libera su mano de la de él, retorciendo los dedos.

—Vuelvo enseguida. Ahora has de ser un niño valiente, ¿vale? No te muevas. No hagas ruido. No salgas. ¿Lo has entendido? ¿Lo has entendido, pequeño?

Él asiente con lentitud y se tapa la carita con los brazos. Con todo el dolor de mi corazón, veo que cierra la puerta del armario y lo deja solo. Entonces corre hacia el salón, donde ha oído mis gritos.

Es una sensación de lo más extraña. A pesar de estar caminando junto a ella, veo mi propio cuerpo tirado en el suelo junto a la ventana rota, empapado en sangre y con la flecha coronando mi pecho.

Mi madre se abalanza sobre mi cadáver y un trozo de cristal le hace un corte profundo en la pierna. Ahoga un grito y me toma en brazos. Siento una pena inmensa por estar causándole este dolor, por provocarle un llanto tan desgarrador.

—Lo siento. Lo siento mucho, mamá —digo.

Aunque sé que no lo nota, me arrodillo a su lado y la abrazo por la espalda mientras ella rodea mi cuerpo con los brazos, Lou llora con desconsuelo y el mundo arde ahí fuera.

—¡Mi niño! —gime desesperada—. ¡¿Por qué no te hice caso, por qué no huimos, como dijiste?!

Cuando parece que nada puede ir peor, se oye un ruido de cristales rotos en la habitación de Lou. Me doy cuenta demasiado tarde. Mi madre abre los ojos desmesuradamente y grita mientras echa a correr de vuelta por donde ha venido.

—No… ¡LOU!

Voy tras ella.

Del salón al cuarto de Lou hay apenas unas diez zancadas, sin embargo, cada una de ellas me supone un esfuerzo tremendo, como si no avanzara. Entro en un estado de trance mientras corro: me choco con las paredes sin sentir los golpes, no respiro, pero no noto la falta de aire. Todos mis sentidos están focalizados en evitar, de una manera u otra, la sombra de muerte que se cierne sobre mi hermano, encerrado en un armario.

Pero no llegamos a tiempo.

De hecho, presenciamos el asesinato de mi hermano cuando el soldado que me ha disparado lanza una segunda flecha contra el bultito arrinconado en el armario que es Lou.

Capítulo 3

EYZAR

Montañas de Oppum,
base rebelde n.º 64, el Imperio

El grito de mi madre resuena eterno en mi mente. Se ha llevado las manos a la cabeza y tiene los ojos abiertos como platos, con el terror más primitivo grabado a fuego en su mirada. Me he quedado inmóvil. No puedo creer lo que veo. Por un instante, el mundo se detiene. Los sonidos de la batalla se vuelven lejanos ecos sin importancia, y los movimientos se ralentizan hasta convertirse en poco más que borrones. Tengo la boca abierta y el corazón detenido en el pecho.

No puede ser real.

No puede estar pasándole esto a mi familia.

Lou, pequeño, inocente y vulnerable, está tirado como si fuera un muñeco ensangrentado en el interior del armario. Todavía mueve los deditos cuando mi madre, superada por la situación, cae al suelo desfallecida.

Intento sostenerla, aunque, como antes, se me escurre entre las manos. Impotente, veo que el soldado que nos ha matado a mi hermano y a mí va a coger una nueva flecha, pero se detiene.

El hombre, un tipo desgarbado y sucio, la mira de arriba abajo. Me doy cuenta de que se le ha subido el camisón que lleva; muestra una gran parte de los muslos y bastante escote. El soldado aleja la mano del carcaj y se acerca a ella tocándose sus partes más

despreciables.

Cazo sus intenciones al vuelo. No es diferente de lo que está sucediendo ahí fuera.

— No… ¡NO! —grito, pero nadie me oye.

No tengo más remedio que ver cómo ese monstruo se abalanza sobre ella antes de que le dé tiempo a recuperarse del *shock*, subiéndole aún más el camisón. Mamá gime, medio inconsciente, e intenta sacárselo de encima a manotazos, pero él le sujeta las muñecas con una facilidad ridícula y le lame el cuello.

—¡Suéltala! ¡Suéltala, hijo de puta! —exclamo histérico y me echo sobre él, pero soy poco más que un fantasma.

—So… socorro… ayuda… por favor... —suplica, demasiado ida para gritar.

—Nadie va a oírte, zorra, y será más fácil para ti si no te resistes —le dice el hombre al oído mientras le empieza a tocar sus partes íntimas.

Entro en cólera y exploto:

—¡Suéltala! —rujo—. ¡Suéltala, suéltala, SUÉLTALA!

Gritando como un poseso, salto sobre ese bastardo.

Entonces ocurre un milagro.

No sé cómo ni por qué, pero de pronto mi cuerpo ha recuperado su solidez. Con la fuerza del impacto, embisto al hombre, al que cojo totalmente desprevenido. Asombrado, aunque me cuesta unos segundos asimilarlo, no dudo en aprovechar mi ventaja y le encajo cuatro, cinco, seis golpes en el rostro con todas mis fuerzas.

—¿Eyzar?

Mi madre me contempla atónita desde el suelo, extendiendo una mano hacia mí.

Me ve. Me oye. ¿He revivido? Desesperado, echo un vistazo a Lou, pero solo necesito un instante para corroborar que mi hermanito no ha tenido la misma suerte que yo. Comprendo que a él ya no puedo salvarle, pero a mi madre quizá sí.

Miro al soldado que ha arruinado nuestras vidas. Su cara es un amasijo de carne ensangrentada y huesos rotos. Sin embargo, sé que no está muerto, solo aturdido y herido por mi paliza. Alzo el

puño para seguir golpeándolo, pero me detengo.

No soy como ellos, no soy un asesino. Mi madre no me educó así. Aunque nos haya causado tanto dolor, no voy a rebajarme a su nivel, por mucho que me sienta tentado a hacerlo.

Tomo una rápida decisión. Salto por encima del hombre, recojo el cadáver de mi hermano porque me niego a dejarlo aquí con él, le arranco la flecha que tiene clavada en el pecho, vuelvo y alzo a mi madre del suelo como puedo.

—¡Vayámonos, mamá! ¡Corre, corre! —la apremio, empujándola hacia la puerta.

—¡Noooo! Mi Lou, mi bebé, mi Lou… —chilla ella, todavía en *shock*.

Con el corazón roto, le digo lo que necesita oír para poner sus piernas en movimiento.

—¡Todavía vive! —grito, y la mentira me quema la garganta como ácido—. ¡Necesita medicinas, y para eso hemos de salir de aquí, YA!

Me lo quita de las manos y le da un beso en la frente. En su estado de enajenación mental, no sé si me cree o no, pero es suficiente para que eche a correr, así que la tomo de la mano y la guío al exterior.

Una vez fuera, me parece que todo sucede a cámara lenta, como si estuviéramos viéndolo desde muy lejos. Mis ojos registran imágenes que mi aturdido cerebro se niega a aceptar como reales: el cadáver de Lou inerte en brazos de mi madre, el camisón desgarrado que muestra sus pechos, la herida mortal de mi pecho que ha desaparecido, como si jamás hubiera existido.

¿Qué está pasando?

¿Es real o solo una espantosa pesadilla?

Gimo. Si es una pesadilla, es la más vívida que he tenido nunca.

Todo es pasto de las llamas. La mayoría de las cabañas están ardiendo, y los cadáveres de mis vecinos se amontonan en el suelo: hombres, mujeres y niños. Cabezas cortadas, gente acribillada a flechazos como mi hermano, muertos carbonizados, mujeres y niñas violadas. También hay una gran jaula en la parte posterior de

un carro tirado por robustos caballos negros. Dentro hay varios hombres y algunas mujeres jóvenes, todos inconscientes. Son prisioneros de guerra. No envidio su destino, a pesar de que hoy hayan evitado la muerte.

Agarro la mano de mi madre con más fuerza. No lo permitiré. Aunque me dé miedo, lucharé. Ya hemos perdido demasiado.

— ¡Corre, corre, corre!

Al menos lo intentamos. Mi madre se mueve con torpeza. Me odio solo por pensarlo, pero el cadáver de mi hermano nos entorpece. Además, tenemos que esquivar las flechas que silban cerca de nosotros, a los soldados que aparecen en nuestro camino y al resto de los rebeldes que aún corren por sus vidas.

El caos nos envuelve, pero por suerte la protección del bosque se acerca cada vez más. Ya casi estamos…

Todo se tuerce en un segundo.

Una flecha surca el aire y se clava en la sien de mi madre, atravesándola de lado a lado.

Dejo de respirar. Me mira con los ojos desorbitados y abre la boca para decir algo, pero solo sale una burbuja de sangre. Sus rodillas se doblan y cae al suelo; yo lo hago también.

—Mamá… no… no… no… ¡Mamá! ¡Mamá! ¡MAMÁ!

Cuando creo que me voy a volver loco por el dolor, algo duro me golpea la cabeza.

La veo justo antes de perder el conocimiento: una criatura enorme, una monstruosidad, algo que no puede ser de este mundo.

Se trata de un ser de unos tres metros de altura, pero a la vez imposiblemente delgado. Posee unas gigantescas alas de color negro traslúcido, desproporcionadas para el resto del cuerpo, con las que sobrevuela el refugio en llamas. Me pregunto cómo es posible que nadie más se dé cuenta de su presencia. Sus finos brazos son larguísimos, y sus extremidades acaban en tres zarpas curvadas que se lleva a la cabeza en señal de horror, de decepción.

Es obvio que yo, un simple mortal, no significo nada para este ser venido de otro mundo, pero muevo los labios formando una palabra:

— Ayuda.

De manera inexplicable, la bestia gira sus rojos y grandes ojos en mi dirección y, en menos de un segundo, está ante mí. Me estremezco. Su amplio rostro es negro como el carbón y plano como el de una serpiente. Cuando habla, su voz me deja frío, como si me hubiera echado una jarra de agua helada por encima.

— Ya te he ayudado, Eyzar. He curado tus heridas. Te he anclado a la Tierra durante un tiempo más.

Estoy atónito. ¿Este ser ha permitido que presenciara la masacre de mi familia, pero me ha impedido hacer nada hasta que ya era demasiado tarde? ¿Me ha curado el flechazo mortal únicamente para dejarme solo en este cruel mundo?

Sin embargo, la pregunta que le planteo es muy distinta:

— ¿Por qué los demás no pueden verte?

— Porque tengo algo para ti que no tengo para los demás.

Entre sus zarpas aparece una Llave. Es pequeña, maciza y desprende un brillo peculiar. Sé de inmediato que no es de ningún material procedente de la Tierra. La observo hechizado.

— Cógela —ordena—. Deberás usarla cuando llegue el momento.

—No.

—¿No?

—No sé quién eres, no sé qué haces aquí, pero si me has devuelto a la vida, también podrás hacerlo con mi madre y con mi hermano. De lo contrario, no cogeré tu Llave, abra lo que sea que abra.

Para mi sorpresa, el monstruo se ríe.

—¡Pero no tienes elección, Eyzar!

—¿Por qué no?

—¿Ves todo esto? —pregunta, abarcando con un brazo el refugio en llamas—. Lo ha hecho la maldad humana. No puedes escoger porque eres diferente a ellos. Has podido matar al hombre que ha asesinado a tu hermano pequeño y casi violado a tu madre, pero no lo has hecho. Es admirable por tu parte. Ellos ya no tienen salvación. La pregunta es: ¿podrás salvar a los que la merecen?

Con esa última frase, mueve las zarpas y la inconsciencia cae sobre mí como un manto oscuro. Ni siquiera noto cuando,

finalizada ya la masacre, los soldados me recogen del suelo y me meten en la jaula con los otros prisioneros de guerra.

Capítulo 4

SALLY

Distrito de Ponyat, el Imperio

Caminamos en silencio, con la mirada baja. Como debe ser. Como nos han enseñado. Como dicta la ley. Llevo a mi hijo pequeño Jeyd cogido de la mano mientras mi anciana madre se apoya en mí. Noto su temblor. Se llama Emily, tiene sesenta y cinco años y una artrosis que le hace ver las estrellas a cada paso que da. Pero debe disimular, le va la vida en ello.

El Imperio tiene leyes estrictas por lo que concierne a la vida y la muerte. En realidad, tiene normas duras para todo, pero el férreo control sobre la natalidad y la mortalidad es lo que me da más miedo, sobre todo desde que mi madre superó los sesenta años, edad a partir de la cual una persona es considerada «potencialmente no apta para el Imperio» y debe someterse a pruebas anuales que dictaminen su estado físico y mental.

Cuando llegue a los setenta, si lo hace, ya no habrá salvación para ella. Deberá aceptar que los soldados la asesinen o tratar de huir a las montañas y convertirse en rebelde. Pero no me imagino a mi madre escalando montañas cuando a duras penas puede andar recta por calles pavimentadas.

Trago saliva y procuro no pensarlo, aunque la ansiedad es mi fiel compañera diaria. Respiro hondo mientras me digo que todavía quedan cinco años para que llegue ese día, y que en ese tiempo pueden pasar mil cosas.

Como que estemos todos muertos. Muertos, muertos, muertos. De hecho, quizá la condenen hoy o se den cuenta del «problema» de Jeyd y lo maten a él también. ¿Y qué haría yo entonces?

Lo miro, pero él no me devuelve la mirada, como viene siendo habitual. Un sudor frío me recorre la espalda mientras los pensamientos fúnebres que siempre me atormentan se arremolinan en mi cabeza en un bucle que no me deja respirar.

Mi madre se da cuenta de que me he puesto tensa y me da un apretón en el brazo.

—Todo irá bien, Sally —me dice.

No. No lo irá. En general, las cosas suelen ir mal, lo extraño es que salgan bien. Sin embargo, pienso en lo nerviosa que debe de estar ella, así que me trago la bola de preocupaciones y finjo una mueca horrible que trata de ser una sonrisa. Hace tantos años que no sonrío de verdad que ya ni recuerdo cómo se hace.

—Bueno, estamos llegando —susurro. Veo cada vez más guardias de mirada hostil, hombres sin escrúpulos que registran todo lo que hacemos y decimos—. Recuerda… recuerda contarles lo bien que estás.

Las palabras que en realidad quiero decir mueren en mis labios sin ser pronunciadas. «Recuerda fingir que no sientes dolor. Suavizar tu cardiopatía. No tambalearte. Tienes que recordarlo todo, estudiarán tu memoria». Por supuesto que esto no puedo decirlo, y menos tan cerca del Departamento de Evaluación, donde someterán a mi madre a un riguroso examen de salud tanto física como mental para determinar si sigue siendo una ciudadana provechosa para el Imperio o si, por el contrario, se ha convertido en una vieja inútil que, a sus ojos, debe morir.

Tengo miedo, mucho mucho miedo. Noto el corazón que me late desenfrenado en el pecho, pero mi madre me aprieta la mano con fuerza y sonríe con valentía. Pienso que, si yo fuera la mitad de fuerte que ella, podría ser alguien remotamente valioso.

—No te preocupes, Sally. Llevo años pasando los exámenes sin problemas —intenta tranquilizarme con su voz cascada pero dulce—. No podrán conmigo. Aún no.

«Antes no tenías los problemas de salud de ahora», dice la

maliciosa voz de mi cabeza que suele tomar partido.

—Claro… —musito, y centro mi atención en Jeyd. No debería haberlo traído. No suelo sacarlo de casa, pero quería acompañar a mi madre, y dejarlo solo es algo que ni se me pasa por la cabeza. Si tiene uno de sus «brotes», será nuestra ruina, y hoy parece estar más ido de lo normal. Me arrodillo ante él—: Cariño, recuerdas lo que hemos hablado antes, ¿verdad? Lo… bien… que tienes que portarte ahora, ¿sí?

Mi hijo me mira distraído con sus enormes y tristes ojos azules. Da la sensación de que tienen una sombra por encima, como si su cuerpo estuviera ahí, pero su mente no, como si no me viera. Como si fuera una extraña para él. Asiente con lentitud, con un rostro serio que no corresponde al que debería tener un niño de cinco años. Siento pena por mi pequeño. Y miedo.

—Sí, mamá —dice con su vocecita aguda, que suena del todo despersonalizada. Parece la voz programada de un robot—. Seré bueno.

Le doy un beso vacilante en la frente y, con manos temblorosas, acaricio su pelo del color del fuego que ha heredado de mí. Ni por esas muda el semblante inexpresivo y me pregunto cómo puedo querer tanto a alguien que está tan vacío por dentro y sufrir por él.

Bueno, no tanto.

Siento terror por su mal, por mi madre, incluso por mí, y creo que la ansiedad podría comerme.

—Vamos, pues.

Con la angustia inundándome el pecho, subimos despacio los escalones de granito del Departamento de Evaluación. Es un edificio grande y blanco, como todos los que pertenecen al Imperio, con una gran bandera con el emblema de las tres cruces ondeando. Hay dos guardias apostados en la entrada que nos echan una mirada muy desagradable.

—Más deprisa, vieja, que no tenemos todo el día —le gruñe uno a mi madre.

—Sí, señor —contesta ella con docilidad, y noto su esfuerzo por acelerar el ritmo sin tropezarse con los escalones, lo cual

habría sido una sentencia de muerte.

El guardia sonríe con maldad, y el nudo de mi garganta aumenta. Sé lo que está pensando: que la declararán una ciudadana inútil y la ejecutarán. No sentiría tanto pavor si yo no creyera lo mismo.

Llegamos al control de seguridad, donde nos inspecciona otro gorila que la mira de arriba abajo despectivamente, deteniéndose en sus piernas enclenques y en su espalda torcida. Luego coge el aparato de escaneo y la recorre con él, como si fuera a llevar una bomba bajo las faldas.

Entonces, sin venir a cuento, la agarra del brazo y tira de ella para soltarla de mí. Al no esperárselo, cae al suelo con estrépito y me recorre un escalofrío al verla ahí tirada de una forma tan lastimosa. Jeyd se estremece y se cubre el rostro.

—¡Mamá! —chillo e intento acercarme a ella, pero el guardia me lo impide con su enorme brazo—. ¡Eh! ¿A qué viene esto?

—¿Qué pasa? —inquiere con una sonrisa cruel—. ¿Es que no puede ponerse en pie sola? ¿Necesita tu ayuda?

El corazón me late frenético mientras mi madre se levanta con esfuerzo, reponiéndose de la humillación. Sé que se le ha doblado la muñeca al caerse, veo el dolor reflejado en su arrugado rostro, pero guarda silencio, con los ojos brillantes por las lágrimas que se está tragando. Se tambalea, y por un horrible momento creo que va a perder el equilibrio, pero logra estabilizarse. Aparece otro guardia para guiarla a la sala de chequeos.

—Todo irá bien, mamá —grito antes de que se la lleven.

Es una mentira que no me creería ni borracha. El hombre que la ha arrojado al suelo me da un empujón.

—Déjala ya. Vete.

—No —replico con voz trémula—. Me quedaré hasta que acaben.

—¿Vivís juntas?

¿Por qué quiere saberlo? No me atrevo a mentir. No tengo picardía.

—Sí.

Suelta una risita.

—Ya veo. ¿Qué pasa? ¿Estás impaciente por recibir la noticia de que ya puedes enterrar a la vieja? ¿Qué tienes, veinticinco, treinta años? Yo también estaría deseando librarme de ella.

Me escandalizan sus palabras, me asustan sobremanera, pero hago un esfuerzo titánico para apretar los labios y no decir nada. Sin darle tiempo a que siga, agarro la mano de Jeyd y desaparecemos de su vista todo lo rápido que podemos.

Vamos hasta una sala de espera de paredes desconchadas con escaso y viejo mobiliario. Huele a rancio, y en los rincones hay pelusas más grandes que mi puño. El hilo musical es tenue y fúnebre. Pienso que para poner esto sería mejor que no pusieran nada, aunque lo más seguro es que deprimirnos sea su intención. Escojo unas sillas y nos sentamos. En la habitación hay otras tres personas. Parecen tan nerviosas como yo.

Muevo los pies y las manos para calmar los nervios. Jeyd me echa una rápida mirada desinteresada y siento que los roles están invertidos, que él es el padre paciente y yo la niña revoltosa que no puede estar quieta. De hecho, me siento así a menudo, como si no sirviera para ser madre, como si no valiera para nada. Me fijo en que la ropa que lleva le va pequeña, pero no tengo dinero para comprarle otra nueva, y que mi vestido está raído y descolorido.

En el Imperio todo se reduce a si eres rico o pobre, no hay medias tintas. Si eres de los primeros afortunados, puedes costearte los Barrios Altos y eres considerado un Ciudadano de Primera Categoría. No es que no se apliquen para todos las mismas normas (solo el Emperador y sus allegados tienen tal privilegio), pero con dinero todo se suaviza y es de mayor calidad. Mejor educación para tus hijos, mejor comida, mejores hogares, mejor cobertura médica. Mejor todo. Sin embargo, ese grupo privilegiado es una minoría. La mayoría de la población tiene que remendar la ropa de sus hijos, enseñarles a escribir y leer, limitar su dieta a lo básico para no morir de hambre, vivir en casitas cochambrosas y llevar mucho cuidado para no enfermar.

Todo ello se sostiene por el miedo y por la necesidad tanto de protección como de control. Fue culpa de la raza humana, que lo destruyó todo. Se envenenaron los mares con residuos, se

contaminó el aire con gases tóxicos, a la vez que talaban los bosques. Se acabaron los recursos a base de explotarlos sin control. La Tierra languidecía. Se extinguieron muchas especies animales y se maltrataba a las que quedaban. No se respetaba nada, daba todo igual. Se consumía sin límites en vidas lujosas y sin privaciones, mirando solo por la comodidad.

Hasta que, hace ciento cincuenta años, todo explotó.

Al principio fue en forma de varias catástrofes naturales causadas por la contaminación que asolaba la Tierra. Primero vino una brutal tormenta de lluvia ácida que duró siete días con sus siete noches, y que destrozó, entre muchas otras cosas, la mayoría de los campos de cultivo. Nos quedamos sin casi nada que plantar o llevarnos a la boca, y apareció el hambre.

Mientras los gobiernos de las principales potencias económicas se esforzaban por encontrar una solución y levantar cabeza, se produjo una terrible cadena de terremotos y maremotos. Los edificios cayeron como si fueran de papel y causaron destrozos irreparables, con piedras del tamaño de casas aplastándolo todo. Los suelos se abrieron y sepultaron a todo aquel que tuvo la desgracia de estar pisándolos.

A la vez, subió el nivel del mar, y de un plumazo desaparecieron todas las ciudades costeras. Los fallecidos se contaban por millones, y la economía global se hundió debido a la quiebra de las grandes empresas. Si antes ya había poco alimento, la falta de suministros alcanzó un nivel crítico sin precedentes.

Y luego estalló una guerra mundial.

De pronto, todos éramos enemigos. Cada país intentaba hacerse con el control de los casi inexistentes recursos para salvar a su población, cada vez más menguante. La gente empezó a matar para llevarse algo a la boca y alimentar a sus hijos famélicos y enfermizos. Fueron seis años espantosos y caóticos en los que la cifra de muertos alcanzó cotas jamás imaginadas.

Al final, la guerra tuvo que terminar porque ya no quedaba gente a la que matar ni recursos por los que pelearse. Los pocos dirigentes que resistían se dieron cuenta de que, si no se unían en una sola nación y cooperaban juntos en vez de matarse entre ellos,

sería el fin de la raza humana.

Así nació el Imperio. La gente aprendió a vivir con miedo, a agradecer las migajas de protección que les ofrecía el único Estado capaz de alimentarlos.

Pero el Imperio nunca fue un Estado benevolente; nació tirano.

Bajo la premisa de preservar la raza humana, reinstaurar un gobierno y una sociedad productiva y sanear la Tierra para que las catástrofes naturales no se repitieran, se implementó un régimen radicalmente restrictivo, totalitario y austero que no tardó en convertirse en una dictadura. Las cosas debían hacerse tal y como dictaban las nuevas normas del Imperio. De lo contrario, eras considerado un rebelde y ejecutado.

Pero lo cierto es que, por muy cruel que fuera la nueva Administración, poco a poco todo empezó a mejorar. Los edificios derruidos se volvieron a levantar. La tierra, ya libre de toxicidad, se cultivó otra vez, y la economía resurgió creando nuevos ricos. El Imperio atribuyó el crecimiento a la implacabilidad de las leyes, y la gente, aún temerosa por lo que había vivido, acabó por acostumbrarse a ellas y normalizarlas. Ahora ya no sabemos vivir de otra manera.

El Imperio lo controla todo, la vida entera desde que naces hasta que mueres, la mayoría de las veces por su mano, ya sea porque consideran que no puedes aportar nada al sistema o porque generas muchos gastos. En esa línea, personas enfermas, ancianas o con discapacidades no tienen cabida en este mundo.

De igual modo, se limita el número de nacimientos. Cada mujer solo puede tener dos hijos. Conozco a muchas a las que han obligado a abortar, e incluso sé del caso de una pobre desgraciada que ocultó su tercer embarazo. Cuando dio a luz a un bebé sano, se lo arrancaron de los brazos y ejecutaron a toda la familia sin piedad. El Imperio siempre justifica su salvajismo alegando que la sobrepoblación fue una de las mayores causas de las tragedias que vivimos en el pasado y que en ningún caso debe quebrantarse la ley.

También intervienen en otros aspectos, como en la vida

sentimental. Entre los dieciocho y los veinte años se debe contraer matrimonio vitalicio con una persona del sexo opuesto, dado que la homosexualidad está prohibida por no considerarse útil para el Imperio. Si el Tribunal de Emparejamientos acepta tu propuesta de matrimonio después de revisarla, permiten que te cases con la persona de tu elección. Si eso ocurre, puedes considerarte muy afortunado.

Por el contrario, si no tienes una pareja apta que proponer o el Tribunal de Emparejamientos rechaza la unión sugerida, tras un estudio de los candidatos, se te asigna un cónyuge supuestamente afín a ti.

Supuestamente. Mi mirada se ensombrece al recordar al que fue mi marido, un hombre llamado Askar. No sé en qué aspectos se basaron para decidir que una bestia sería apropiada para mí. Nunca dan explicaciones. Imagino que pensaron que a una estúpida inepta como yo no hacía falta darle algo demasiado bueno.

Cierro los puños y me clavo las uñas en las palmas. La respiración se me acelera al pensar en su rostro afilado, su aliento hediondo, su pelo graso. Sus duras manos, que tantos golpes me dieron. Tiemblo. No puedo evitar recordar ese día en el que mi madre puso fin al infierno que era mi vida junto a él. Askar se dio cuenta de lo que pasaba con Jeyd cuando cumplió los dos años y quiso denunciarlo a las autoridades. Me interpuse, y se abalanzó sobre mí para darme una paliza.

Entonces mi madre le aplastó el cráneo con un rodillo de cocina.

Nunca le contamos a nadie lo ocurrido. Mi madre troceó el cadáver y se deshizo de él. Jamás me explicó cómo ni quise saberlo, pero me siento en deuda con ella. Después hicimos correr el rumor de que una noche había salido de casa tras discutir conmigo y ya no había vuelto. A nadie le extrañó que hubiese abandonado a una gorda depresiva como yo, pero fue una suerte, porque así no hicieron preguntas.

Sin embargo, aunque mi madre pudo salvarme, no veo la forma de ayudar a Jeyd, ya que en unos meses cumplirá cinco años

y comenzará la escuela.

Cuando suceda, será imposible seguir ocultando su secreto.

Capítulo 5

SALLY

Distrito de Ponyat, el Imperio

Jeyd nunca ha sido un niño normal. Jamás. Ni siquiera su terrible nacimiento fue tranquilo, pero ese es un gran trauma que intento no recordar.

Físicamente no tiene nada que llame la atención. Es más, yo lo veo un niño de lo más guapo, pero supongo que todas las madres piensan eso de sus hijos. La mía asegura que yo también soy bella, aunque peso unos treinta kilos más de lo que debería, estoy llena de estrías y celulitis, y tengo los pechos caídos, la nariz grande y los dientes salidos.

No, el problema de Jeyd no está en su apariencia, sino en lo que se convierte.

Sí, en lo que se convierte.

Le echo una mirada furtiva. Está absorto en la pared que tiene delante, como si fuera muy interesante, aunque en realidad es lisa, sin adornos. Balancea las piernas delgadas, que no le llegan al suelo, y tiene el ceño fruncido, formando pequeñas arrugas. Trago saliva y pido con todas mis fuerzas que hoy no sea uno de esos días en los que deja de ser un niño de carne y hueso y se convierte en algo sobrenatural, en algo que aún es un misterio para mí, pero de cuyo poder estoy segura. Como lo estoy de que puede matar.

De pronto, Jeyd aparta la vista de la pared y me dedica una sonrisa mellada. Mientras que en cualquier otro niño ese gesto

suele ser dulce, en mi hijo resulta siniestro. Pero lo peor viene cuando habla, con una voz lo bastante alta para que le oigan todas las personas que esperan en la sala con nosotros.

—Estás pensando en mí. Quiero decir, en mi yo real.

Me quedo sin palabras. Noto las miradas inquietas del resto y cobro consciencia de que, a pocos metros, hay un par de guardias que no tardarían en llegar. Se me tensan los músculos y unas gotitas de sudor frío se forman en la espalda.

—Venga, cariño, tranquilo. Hemos de estar en silencio y…

Pero él niega con la cabeza y hace algo insólito: me cubre la mano con la suya, en un gesto de consuelo.

—Jynek dice que hoy es el día.

—¿Quién es Jynek? ¿El día de qué?

Se disparan todas las alarmas y noto como el miedo fluye sin control por mis venas.

«Oh, no. No, no, no, por favor. No me hagas esto, Jeyd», pienso.

—Lo siento, Sally —susurra como si me estuviera leyendo el pensamiento.

Sé lo que viene a continuación, y el miedo se convierte en auténtico pánico.

—¡No! —exclamo.

Chilla como un poseso y se lleva las manos a la cabeza. Se mesa el pelo, se arranca mechones enteros y su temblor es tan acentuado que resbala de la silla en la que está sentado y cae al suelo, donde adopta una posición fetal. Todo sin un motivo que lo justifique a ojos de los demás.

La gente se levanta asustada y lo mira con desconfianza. En esta sociedad, cualquier comportamiento que se salga de lo ordinario es motivo de alarma, y existe la responsabilidad civil de denunciarlo. Una señora enclenque da un paso vacilante. Un hombre de mediana edad adopta una expresión de recelo que no me gusta nada. El tercer hombre se queda quieto pegado a la pared.

—¿Qué le pasa al niño? ¿Está enfermo? —pregunta la mujer de un modo seco y duro.

Mi atribulada mente intenta pensar, pero se ha quedado embotada, paralizada por la ansiedad. Jeyd se retuerce en el suelo y sé que no hay salida. Vamos a morir todos.

«Huye. Huye, idiota. Tienes que huir antes de que lo vean», dice la voz que habita en mi cabeza. Aunque sé que es imposible esconderlo.

—Está todo bien, todo bien —farfullo, pero nadie me cree, como es obvio.

La mujer tiene el odio dibujado en el rostro, el hombre de mediana edad se está acercando mucho a la puerta y el tercero se ha tapado los ojos, supongo que para tener la posibilidad de decir que no vio nada. Es un milagro que, con los chillidos que está pegando Jeyd, los guardias todavía no estén aquí.

Tengo que largarme ¡ya!

Lo cojo en brazos para salir corriendo, pero me araña la cara centrándose en los ojos, por lo que instintivamente lo suelto para tapármelos.

—¡Jeyd! ¡Para! ¡Para, por favor! —grito desesperada mientras parpadeo con frenesí para aclarar la visión y despejar la sangre de las pestañas.

«¿Es lo único que vas a hacer? —pregunta la voz juiciosa que reside en mi cabeza—. ¿Llorar e implorar a un niño de cinco años? ¿Puedes ser un poco más inútil, por favor?».

«No debería haber venido con él, no debería haberlo sacado de casa, no debería…», me respondo.

«Exacto. Eres una madre horrible, una necia, y ahora todo va a ir mal por tu culpa».

Me falta el aire, no puedo respirar. El mundo da vueltas demasiado rápido y empiezo a ver puntitos negros en la lejanía.

«¡Muévete, gorda de mierda! ¡Haz algo más que quedarte ahí temblando!».

Lo sujeto, y por segunda vez trato de salir corriendo, pero no avanzo mucho. El hombre de mediana edad ya está casi en la puerta y llega hasta mí en dos zancadas. Me atrapa con sus manos grandes y fuertes.

—Tú no vas a ningún lado. Tu hijo tiene una enfermedad

mental —acusa, salpicándome con gotitas de saliva que se mezclan con la sangre de las heridas de los arañazos.

—No es apto para el Imperio —sentencia la mujer canija.

—¡Suéltame! —grito histérica.

Lejos de hacerlo, me da un fuerte golpe en la mejilla y me tira al suelo. Caigo encima de Jeyd, así que aprovecho y hago un escudo humano sobre él. No pasarán, no se lo llevarán. Aunque, en realidad, sé que en unos instantes ya no podré ocultarlo.

Mi peor pesadilla se está haciendo realidad. ¿Por qué no le dejé en casa? ¿Por qué lo expuse? ¿Por qué no permití que mi madre viniera sola? La iban a condenar a muerte de todos modos, ¿no? Es una mujer vieja y enferma, y el Imperio no quiere lastres.

Además, ¿Jeyd lo ha hecho adrede? ¿Puede controlar este fenómeno? Pensaba que era involuntario y aleatorio, pero suelo equivocarme en todo, y esta vez no es una excepción.

¿Pretendía que pasara esto? ¿Quiere castigarme? ¿Por qué?

¿Quién es Jynek?

Pensamientos nefastos de culpabilidad y fatalidad se agolpan en mi cabeza mientras las lágrimas caen sin control por mi rostro y Jeyd sigue chillando y retorciéndose. Finalmente, los guardias irrumpen en la sala de espera, alertados por los gritos, con sus pesados pasos retumbándome en los oídos.

—Por favor… —suplico entre llantos, aunque no sé a quién me dirijo.

«Patética», pienso.

—¡El niño! ¡El niño! —señalan la mujer y el hombre al unísono.

Hasta creo que el hombre que se había pegado a la pared se ha unido a ellos.

Noto las manos inclementes de los guardias sobre mí, separándome con violencia de Jeyd.

—¡No! ¡Socorro! ¡Socorro!

Entonces, cuando creo que nada puede ir peor, los guardias lo golpean, y mi mayor temor se torna realidad.

Se transforma a la vista de todos.

Capítulo 6

SALLY

Distrito de Ponyat, el Imperio

Al principio, a ojos inexpertos, parece que Jeyd se ha recuperado milagrosamente de su ataque, pero sé que no es así.

Primero se relaja y se queda quieto, como si durmiese. Pero luego sus extremidades se doblan y sus huesos se parten uno a uno con un doloroso crac que suele habitar mis pesadillas.

La carne de su cuerpo se abre, pero la sangre que sale no es roja, ni siquiera líquida, sino más bien una pasta amarillenta, espesa y apestosa. Sus finas facciones se deforman, y su rostro se derrite como si fuera cera caliente.

Para acabar, mi hijo deja de ser mi hijo, y emerge la «cosa».

Donde antes estaba mi niño ahora hay una masa deforme con vida propia que se contrae y expande sobre sí misma. No es sólida, pero sí opaca, y tiene un color entre negruzco y rojizo. Como cada vez que la veo, me asalta la horrible duda de si Jeyd es humano o solo un recipiente.

Esa terrorífica manifestación es demasiado para los civiles, que corren despavoridos, chillando y empujándose unos a otros. Lo cierto es que mi madre y yo también lo hicimos la primera vez que vimos salir a esa cosa de dentro de mi bebé. Por desgracia, ya nos hemos acostumbrado, y sabemos que atacarle trae consecuencias terribles.

Ese ser mató a mi padre cuando quiso hacerle daño.

Ocurrió cuando Jeyd tenía solo seis meses de vida. Era la segunda vez que se transformaba. Mi padre, al contrario que Askar, era un hombre bueno, pero pasaba mucho tiempo fuera de casa por trabajo, a veces meses, y no estuvo presente ni en el nacimiento de Jeyd ni la primera vez que se transformó. Mi madre y yo quisimos contárselo, pero no nos atrevimos. Pensamos que quizás había sido un fenómeno puntual que no se repetiría. No tuvimos esa suerte. Cuando el bebé que mi padre tenía en brazos se convirtió en una masa negra, lo primero que hizo fue intentar acuchillarla.

La hoja del cuchillo no llegó ni a acercarse a la extraña materia. Ante nuestros alaridos, vimos cómo mi padre, en contra de su voluntad, se clavaba el cuchillo a sí mismo una, dos y tres veces, hasta caer al suelo bajo un enorme charco de sangre que, por más que frotamos, dejó una marca imborrable en el suelo de nuestro humilde salón.

Así aprendimos mi madre y yo que, cuando Jeyd se transforma, si se le deja tranquilo es pacífico, pero si se le ataca es mortal. Sin embargo, esa no es información que sepan los guardias. Obedeciendo las órdenes del que parece estar al mando, los hombres que me sujetan me sueltan para enfrentarse a la masa.

—¡¿Qué coño es esto?! —grita un guardia imberbe con los ojos como platos.

—¡Muller! —ruge el cabecilla—. ¡Ve a por refuerzos!

Al tal Muller no hace falta que se lo repitan. Sale disparado sin mirar atrás.

—¡Armas! ¡A mi señal! —indica el cabecilla, y con gran consternación veo que sacan una suerte de pistola del cinturón de sus uniformes blancos.

No son como las que había antes de la guerra, pues son caras y escasas, pero sé que pueden matar sin problema.

—¡No! —imploro histérica por miedo al daño que puedan hacer a mi hijo—. ¡No lo hagáis, os estáis equivocando!

Por supuesto, me ignoran.

—¡YA!

Los tres hombres abren fuego a la vez.

Entonces ocurre algo similar a lo que ocurrió con mi padre.

Las balas se detienen en el aire antes de impactar en la cosa, quedan suspendidas durante un segundo y después invierten la trayectoria, perforando el cráneo de los tres hombres, muertos antes de tocar el suelo.

Durante unos instantes, todo se queda en silencio. Solo se oyen mis jadeos en un desesperado intento de mis pulmones por llenarse del aire que necesitan. Pero cuando pienso que todo ha terminado, el ser se eleva en el aire hasta pararse ante una viejísima cámara de seguridad. Aun así, estoy convencida de que lo está grabando todo.

La materia habla con la voz de Jeyd:

—Los hilos del destino son caprichosos, pero las tejedoras ya están construyendo el final. De vosotros depende la salvación o la catástrofe total.

Tras el mensaje más críptico que haya escuchado jamás, tan rápido como ha aparecido la cosa, se desvanece, y el cuerpecito de Jeyd sana mágicamente, como todas las veces anteriores.

Así me quedo, con mi hijo inconsciente, rodeada de cadáveres y grabada por una cámara.

Capítulo 7

SALLY

Distrito de Ponyat, el Imperio

Estoy quieta, sin saber qué hacer. La polvorienta lente de la cámara emite un zumbido molesto y me imagino la reacción estupefacta de los que estén controlando los monitores. Me juego el cuello a que ya hay todo un pelotón de guardias viniendo hacia aquí mucho mejor preparados que estos tres desgraciados que yacen muertos en el suelo.

Trago saliva. Debo moverme rápido.

«¿A qué esperas, estúpida? ¡Vete!», grita la primera voz de mi cabeza.

Doy un paso, pero me detengo.

«Espera, ¿en serio vas a escapar así, dejando tirada a tu anciana madre? En el improbable caso de que hubiera pasado los exámenes, la ejecutarían por ser la abuela de un monstruo», recrimina la otra voz.

«¿Y cuál es el plan? ¿Sentarte y esperar a que no solo maten a mamá, sino a los tres?».

«Mala madre».

«Mala hija».

«¡Muévete! Haz algo, pero deja de lloriquear».

Resollando, recojo a Jeyd del suelo. Tras las transformaciones suele quedarse muy débil, pálido y sudoroso, pero, además, esta vez no ha sido como las otras. Nunca había sido tan exhibicionista

ni dejado un mensaje así.

¿Qué ha querido decir? No lo entiendo, aunque yo no suelo entender nada.

Como en un sueño, me lo cargo al hombro y echo a correr hacia la salida, aunque sé que jamás saldré de aquí. Aunque lo hiciera, mi madre está atrapada. No puedo abandonarla, pero tampoco dejar de correr, porque, si atrapan a Jeyd, lo matarán y…

Primero oigo la bala. Luego los veo.

Le han dado a Jeyd en el hombro.

Grito, pero no oigo mi voz. La sangre aflora rápidamente. Caigo de rodillas. Todo va a cámara lenta.

Los hombres se acercan a nosotros apuntándonos a la cabeza con las pistolas; un pelotón entero armado hasta los dientes, tal y como me había imaginado. Gesticulan mucho, pero mis oídos están desconectados y no entiendo lo que dicen. Solo sé que tienen los rostros rojos por la tensión del momento y que me agarran con violencia, alejándome de mi niño. Uno me da un bofetón. Grito, grito y grito, pero de nada sirve. Intento revolverme y llegar hasta Jeyd, lo intento con toda mi furia, pero mis esfuerzos son en vano.

Jeyd está empapado en su propia sangre, se está muriendo, se morirá, y no puedo hacer nada. Soy una incompetente y una mala madre, no debería estar respirando. Los hombres le encañonan, lo tienen rodeado como si fuera un terrorista, no un niño inconsciente. Estoy segura de que van a abrir fuego contra él otra vez.

—¡Que se calle! ¡Que se calle! ¡Haz que esa puta deje de chillar! —oigo que grita un guardia.

Creo que se refiere a mí, pero la situación no me parece real. La voz me llega como si su propietario estuviera a kilómetros de distancia.

—¡Soltadme! ¡JEYD! ¡JEYD! ¡JEEYYYDD!

Noto un fuerte golpe en la cabeza. Luego, solo oscuridad.

Capítulo 8

JYNEK

Planeta Mykrymbel

Tejo.

Es mi trabajo, mi sino, la razón por la que existo. Mis más de cien brazos y mil dedos tejen el futuro de los vivientes en todas sus formas y dimensiones.

Tengo un telar. Los hilos del destino salen de la punta de mis dedos como finas hebras plateadas, y luego las coloco en este objeto. Sin embargo, salen duplicados, triplicados, cuadruplicados, y sé que es un error. Va a terminar mal.

—Cuéntamelo —pide la voz.

—Te han robado algo que te pertenece —explico con mi voz rasposa, aguda y entrecortada.

—Lo sé.

—La rueda del poder se tambalea. Les ciega el poder.

—Lo sé.

—No son mejores que aquellos a los que dicen gobernar.

—Lo sé.

—Debo relacionarme con ellos. Debo mentir.

—Lo sé. Hace mucho tiempo que lo haces.

—Hace mucho tiempo que está todo escrito.

—No. No todo.

—Tienes razón. No todo. Los hilos son múltiples. Se entremezclan.

—Existen dos posibilidades.

—Exacto. ¿Qué dice la Profecía?

—«Los nobles caerán, los malvados prevalecerán y los sabios decidirán. Sin duda, llegará el final».

—Está bastante claro, ¿no crees?

Lo escudriño con mis incontables ojos.

—Lo único que sé con certeza es que todo es posible e imposible a la vez.

—Veremos cómo juegan entonces. Son los dueños de su destino.

—Oh, sí. Les ofrecemos las posibilidades, pero ellos deciden.

—Desde luego. Ha empezado la cuenta atrás.

—Lo sé. Me lo han dicho los hilos. Se acerca el final. Es hora de que las piezas comiencen a bailar.

—Ya lo creo.

Capítulo 9

EÓSYDES

Fortaleza de Korhorg, el Imperio

Me apoyo con parsimonia en una columna de piedra y analizo la escena, como siempre. Aún no lo hemos hecho público, pero mi padre, el Emperador Nyra I, a sus cincuenta años, se está muriendo de cáncer de pulmón.

Sus violentas toses me llegan flotando desde la cama donde está postrado, rodeado de médicos que lo miran, lo tocan, miden sus constantes vitales y, al fin, le inyectan un calmante, algo fuera del alcance de la mayoría de la población, pero, por supuesto, fácil de conseguir para el Emperador.

Entonces se abre una puerta a mi espalda y entra mi hermano mellizo Iriel. Sé que es él sin necesidad de girarme por el sonido de sus pasos renqueantes. Aborrezco su rostro, tan parecido al mío, pero en versión masculina. Debería ser única. Soy única.

—¿Cómo está? —me pregunta con una voz tan fría como el hielo, con ese tono que siempre usa para dirigirse a mí.

Sonrío para mis adentros. Me odia, pero eso es bueno.

—¿Es que no tienes ojitos para verlo por ti mismo? Se muere. Se pudre.

Noto su mirada oscura y resentida clavada en mi nuca. Sé que desearía estrangularme, y eso, de nuevo, es bueno. Me motiva. Su odio es como un juego para mí, me divierte. Como chinchar a un gatito enfadado. Dejo que una tímida sonrisa asome a mis labios

para que él la vea cuando da varios pasos en dirección a nuestro padre.

—Estás deseando que fallezca de una vez, ¿verdad? Para así maquinar a tu antojo —me acusa.

Se gira despacio hacia mí. Es un hombre atractivo, supongo, ya que yo soy una mujer atractiva, y todos dicen que somos como dos gotas de agua. Tan parecidos y diferentes a la vez. El pelo negro y ondulado de Iriel enmarca unas facciones suaves, pero sus ojos oscuros y grandes están empañados por la inquina, y su vestimenta, siempre negra por orden del Emperador, le hace parecer extremadamente pálido.

—En qué mala estima me tienes, hermano —canturreo—. Rezo todos los días para que nuestro amado padre recupere la salud, ya lo sabes.

—Mentirosa —masculla—. Puedes engañar a todo el mundo, pero no a mí. Soy el único que sabe el demonio que llevas dentro.

Me río. Sé lo mucho que le molesta que me ría de él en su cara, pero todavía detesta más que le toque, así que alargo una mano y le acaricio la mejilla, suave como la piel de un bebé.

—Ay, venga, no te enfades, hermanito. Cuanto antes desaparezca el viejo, antes podrás ser el siguiente Emperador, ¿eh? Como naciste hombre y yo mujer, el puesto es para ti —susurro.

Es lo único que me da tiempo a decir antes de que me aparte de un manotazo y se frote la mejilla con asco, como si le hubiera tocado con la palma llena de porquería.

—Jamás he querido ser Emperador, pero de menuda se ha librado el Imperio contigo. Los monstruos no deberían gobernar jamás.

—Bah —chasqueo la lengua—. ¿Crees que tú, tullido, lo harás mejor que yo? ¡Ya me lo imagino! Iriel I, el Emperador que detesta la guerra y cuyo mayor sueño es enterrar la nariz en una montaña de libros y tocar su ridículo piano hasta la madrugada. Un niño pequeño tendría más mano dura que tú.

—¿Qué necesidad hay de tratar a la gente como lo hacemos? ¡No son animales!

Pongo los ojos en blanco.

—Vas a hundir el Imperio con tus políticas progresistas.

—Y tú tendrás que verlo sin poder hacer nada —me espeta.

Voy a replicarle cuando la voz áspera de padre resuena desde el fondo de la habitación.

—¡Basta! Los dos.

No me había dado cuenta, pero la estancia se ha quedado en silencio y todos los presentes han oído nuestra pelea. Los médicos recogen sus bártulos con la vista fija en el suelo. Padre les hace un gesto con la mano, echándolos, más tranquilo desde que le han administrado el calmante.

—Marchaos —ordena—. Quiero hablar a solas con mis hijos.

El grupo de hombres obedece y se retira dócilmente, haciéndonos una reverencia al salir. No puedo dejar de notar que la que le hacen a Iriel es más pronunciada.

Cuando estamos solos los tres, padre nos hace una seña con su mano pálida, huesuda y surcada por venas para que nos acerquemos. Nos colocamos mi hermano a su izquierda y yo a su derecha. La habitación apesta a enfermedad y me hace arrugar la nariz.

Padre suspira y deja caer la cabeza pelada sobre la almohada. Cierra los ojos, hundidos en el rostro. Es increíble lo rápido que lo ha consumido el cáncer. Hace poco más de un año era un hombre vigoroso, de penetrantes ojos oscuros a los que no escapaba detalle alguno. Ahora es poco más que un saco de huesos y piel que a duras penas puede andar. Los médicos han pronosticado que cada vez irá a peor.

Pienso que lo más humano sería matarlo. Pero entonces no tendría tiempo para elaborar mi plan.

—Los espectáculos que montáis me avergüenzan. Tenéis veinticinco años, pero os comportáis como críos —nos recrimina casi sin aliento.

—Padre… —protesta Iriel.

—¡Padre nada! —Tose—. ¿Cuántas veces hemos hablado del tema? Me queda poco tiempo de vida. Me aferraré a ella con todas mis fuerzas, pero, cuando me vaya, Iriel me sucederá. Da igual lo

que pienses o desees, Eósydes.

—No me has dicho nada que no sepa, padre. No puedo luchar contra eso. No obstante, Iriel destrozará todo el sistema que lleva más de un siglo funcionando, y eso es algo que los Consejeros y tú sabéis a la perfección. Además, él ni siquiera quiere ser Emperador. Nunca le ha gustado estar al mando. Solo lo acepta para que yo no tenga ninguna oportunidad.

—Mejoraré la sociedad. Cambiaré las leyes anticuadas —asegura Iriel.

—No, no lo harás —replica padre, exhausto—. Ya sabes que no se pueden implementar cambios sin el apoyo de la mayoría de los Consejeros, y nadie votará a favor de las chorradas que tienes en la cabeza.

—Los convenceré.

Me entra la risa floja, y hasta a padre se le curvan los labios agrietados en una débil sonrisa. Noto el enfado de Iriel y cómo se tensa. Es el momento de atacar.

—El Imperio necesita mano dura, y él no la tiene, es un soñador. Por ejemplo, padre, la semana pasada, nuestros soldados desarticularon una base rebelde en las montañas de Oppum. Trajeron prisioneros. ¿Sabes lo que propuso Iriel hacer con ellos?

—¡Ya han sufrido bastante! —exclama indignado. Le agarra una mano, desesperado, creyendo que es posible meterle sus utopías en la cabeza—. Padre, esta crueldad es innecesaria. Esas personas huyen del Imperio porque reciben un trato inhumano. ¡Lo han perdido todo! Han matado a sus familias, han quemado sus casas, por poco pierden la vida ellos también. ¿Y ahora les mandamos a campos de trabajo forzado? ¡Merecen clemencia! ¿Por qué no los reinsertamos? Démosles una segunda oportunidad, demostrémosles que al Imperio le queda algo de cordura, ¡que no es necesario vivir escondidos en las montañas como animales!

—¿Cordura? ¿Como ese chico que aseguró haber visto un monstruo alado? ¡Por favor!

—Para empezar, ese muchacho está traumatizado. Mataron a su familia. Es lógico que su imaginación invente cosas. ¡Y ahora lo retienen aquí para evaluar su salud mental!

—¡Por supuesto! Los esquizofrénicos no tienen cabida en el Imperio. Se le examinará y, si se demuestra que está loco, se le ejecutará.

—Otra vez discutiendo… —se lamenta padre, con un profundo suspiro—. No hay manera. Como el perro y el gato.

—Es que me altero al oír tantas tonterías.

—Reconozco que tú, Eósydes, serías mejor Emperatriz. Discutir eso sería de necios. Eres valiente, inteligente y fiel a los ideales del Imperio. Tú, Iriel, por el contrario, has sido una decepción constante. No te interesa lo más mínimo el poder y solo tienes pájaros en la cabeza. Por eso, tengo algo que comunicaros.

—¿El qué? —pregunto, recelosa.

—Por ley no puedes gobernar, Eósydes, ya lo sabes. Sin embargo, he estado pensando en la manera de no dejar que tu hermano lo arruine todo cuando yo ya no esté.

—¿Ah, sí?

—Voy a darte pleno control sobre las arcas del Imperio. Sobre la economía del reino. Solo tú conocerás los detalles de las cuentas, y todo ingreso y gasto deberá ser aprobado por ti. Iriel gobernará, sí…, pero bajo tu vigilancia y la de los Consejeros.

Abro los ojos como platos y me quedo boquiabierta. No me lo esperaba. En absoluto.

—¿Lo dices en serio, padre?

—Lo he hablado con los Consejeros a primera hora. Ocuparás el cargo mañana mismo.

La emoción inunda mi pecho. Ahogo un grito de felicidad, pero no por lo que padre piensa. De forma automática, calculo cómo afecta este cambio de los acontecimientos a mi plan.

Iriel empalidece y se levanta de golpe. No le ha gustado la noticia, y eso me hace aún más feliz. Abre la boca para decir algo cuando alguien interrumpe llamando a la puerta con insistencia.

—Pasa —ordena al final padre al ver que no para.

Un joven guardia se asoma. Está tan nervioso que tiembla y, de inmediato, sé que ha ocurrido algo.

—Emperador, mi señor, mi señora. Disculpad las molestias, pero…

—¿Qué quieres? —corta padre.

—Ha ocurrido un incidente en el Departamento de Evaluación del distrito de Pronyat. Unos guardias han sido asesinados.

—¿Por quién?

—Por… por una masa jamás vista, mi señor.

Capítulo 10

EYZAR

Fortaleza de Korhorg, el Imperio

Los grilletes me laceran la piel, que me sangra, pero ya no noto el dolor. Tengo los ojos cerrados y la boca entreabierta. Del techo de la mazmorra en la que estoy preso gotea agua, que me moja los labios agrietados. Es el único líquido del que dispongo, y también el único sonido que me hace compañía en la oscuridad.

No. Miento.

Los recuerdos de la masacre me acompañan como unos invitados indeseados. Una lágrima se me escapa y recorre mi piel sucia. Sin poder contenerme, grito; total, ¿quién me va a oír? ¿Quién va a detenerme si golpeo la pared? Lo hago hasta que me sangran los nudillos, pero el dolor de huesos no consigue que se esfume la espantosa visión de mi hermano y mi madre acribillados a flechazos, ni que los gritos de terror de esa noche abandonen mi cabeza.

Tampoco consigue que me olvide de esa bestia alada que apareció en mitad de la noche para traerme de nuevo a una existencia plagada de dolor, solo para darme un mensaje que no comprendo y una estúpida Llave que no sirve para abrir las cerraduras de mis grilletes.

Fui un estúpido al hablar de él. Estaba asustado, herido y en *shock*. Aun así, ¿qué pretendía? Ahora creen que estoy loco, ahora «quieren creer» que lo estoy, y buscarán la mínima excusa para

ejecutarme. Un rebelde menos, ¿a quién le importa? Les sobra mano de obra en los campos de trabajo forzosos. En realidad, ¿qué más da que acaben conmigo? ¿Es peor destino que ser un esclavo?

¿No será que tengo miedo a morir?

Soy un cobarde. Un cobarde que no quiere morir, aunque ya no le quede nada por lo que vivir.

¿Por qué me salvó esa criatura? ¿Qué quería de mí?

¿Cómo es posible que siga respirando si esa flecha me perforó el corazón?

Mi mente es un mar de dudas y lamentos. Me siento solo. Muy muy solo.

Entonces, escucho ruidos. Llantos. Gritos. Son de mujer.

Aparece una luz que en un primer momento me resulta cegadora, aunque cuando mis ojos se habitúan me doy cuenta de que solo son un par o tres de antorchas portadas por los carceleros que arrastran a una mujer escaleras abajo como si fuera un saco de patatas.

No, espera, son dos mujeres, pero mientras que una arma un escándalo increíble y se revuelve como una auténtica posesa, la otra, mucho más vieja, baja los escalones con toda la dignidad que puede estando cargada de cadenas. La joven, la que grita, necesita dos guardias para ella, mientras que la anciana solo uno, y prácticamente va sola.

—¡JEYD! ¡Jeyd! ¡¿Dónde está?! ¿Dónde os lo habéis llevado? ¡Por favor! ¡Por favor! ¡JEYD! —grita la joven.

Llegan hasta abajo.

—¿Dónde las metemos? —pregunta gruñendo uno de los carceleros a sus compañeros.

Otro se encoge de hombros. Le da un severo tirón a la chica para enderezarla.

—No tengo ganas de vigilar más celdas. Propongo meterlas en alguna que esté ocupada.

—¡El chico ese! El que decía haber visto un bicho con alas.

—¿Qué pasa con él?

—Bueno, estas dos están aquí por algo de una masa que se ha cargado a no sé cuántos guardias en Pronyat, ¿no? ¿Raros con

raros?

—No veo por qué no. Raros con raros. Pero antes…

Se oye un fuerte golpe y los gritos cesan de inmediato.

—¡Eh! —protesta entonces la anciana—. ¡¿Qué haces?!

El carcelero que ha golpeado a la muchacha con una porra la vuelve a levantar con gesto amenazador. La anciana se encoge.

—Me toca guardia arriba y no pienso aguantar toda la noche los chillidos de esta loca, vieja. ¿Tú también vas a darme problemas? Porque si es así, tengo para ti.

Silencio.

—Eso pensaba. ¡Venga, adentro! Es tarde, y todavía no he cenado.

Intento hacerme invisible cuando los carceleros abren la puerta de mi celda y arrojan a las mujeres dentro. A la joven inconsciente la encadenan en una esquina; a la anciana, más cerca de mí.

—¿No vais a darnos nada para cenar? —pregunta en un tono firme que me inspira valentía.

—¿Cenar? Ratas inmundas, una vieja como tú debería estar en el hoyo desde hace años. ¡Muérete de una vez!

—Si me muero de hambre aquí dentro, tus jefes solo tendrán un cadáver decrépito para interrogar y quizás eso no les haga mucha gracia.

Uno de los guardias hace ademán de golpearla, pero otro le sujeta el brazo en el aire.

—No creo que este saco de arrugas aguante una paliza, Jeff. ¿Qué más da? Total, tiene razón. Dale algo y vámonos. Se me congelan los huesos aquí abajo.

—Vieja de mierda… —masculla el que le iba a pegar, pero mete la mano en la bolsita que lleva en el cinto y tira algo al suelo.

Es un trozo de pan duro y mohoso, pero comida, al fin y al cabo.

Me ruge el estómago mientras se cierran las puertas del calabozo y los guardias desaparecen. La anciana, que intenta alcanzar el pedazo de pan con el pie porque le ha quedado

demasiado lejos, se detiene en seco.

—¿Hola? —pregunta asustada.

—Hola, señora. Estoy aquí. A su derecha.

La mujer parpadea varias veces hasta que al fin enfoca la vista en mí. Da un pequeño respingo al descubrirme.

—Hola. No te había visto, perdona. Mis ojos ya no son lo que eran.

—No se preocupe. Déjeme ayudarla.

Me muevo lo máximo que me permiten las cadenas y alcanzo el trozo de pan. En cuanto lo agarro, el estómago me ruge aún más que antes y me doy cuenta de que no he probado bocado en dos días. Por un instante, por un angustioso segundo, me planteo quedarme con la comida de la mujer, meterme el trozo de pan entero en la boca, todo para mí. Veo en su mirada inquieta que es justo lo que piensa que haré. Precisamente por eso le tiendo el trozo de pan, intacto. Ya hay suficiente maldad en el mundo. No quiero ser como el resto.

La mujer parece muy sorprendida y me observa con intensidad. Después baja la mirada y juguetea con el pan entre sus dedos rígidos.

—Me llamo Eyzar, por cierto —digo para romper el hielo.

Ella levanta la cabeza de golpe.

—Discúlpame, hijo, vaya modales tengo. Yo soy Emily. Ella es mi hija, Sally —indica señalando a la mujer joven.

—No diré que es un placer conoceros. Al menos no en estas circunstancias. Aunque es mejor que estar aquí solo. Espero que a su hija no le hayan dado muy fuerte en la cabeza.

Emily suspira e intenta llegar hasta ella, pero solo alcanza a acariciarla con la punta de los dedos. Sally es una mujer de algo más de veinte años, bastante pasada de peso y con una abundante y espesa mata de cabello rojo. Emily, por el contrario, es una anciana menuda y muy delgada, de cabello crespo y cano, con la piel arrugadísima y unos ojos pequeños hundidos en el rostro. Las dos llevan vestidos de colores apagados y gastados, por lo que deduzco que no son Ciudadanas de Primera Categoría.

—No llego a ver la herida —se lamenta—. Pero no esperaba

menos. Sally… Sally tiene problemas, ¿sabes?

—¿De qué tipo?

—Ella no… —Traga saliva—. Ella…

—No tiene por qué contármelo si no se siente cómoda hablando de ello.

—El mundo es demasiado para Sally —termina diciendo. Suspira y se cubre el rostro con las manos nudosas—. Intento ayudarla todo lo que puedo, pero no es suficiente. He pedido esto para ella, sin embargo, tardará en despertar —añade refiriéndose al pan—. Toma, muchacho. Debes de estar hambriento.

Parte el trozo de pan en tres pedazos y me tiende uno. Dudo antes de aceptarlo.

—Vamos. No eres más que un niño. Tienes que crecer.

—Gracias —acepto finalmente.

—¿Cuántos años tienes?

—Quince, señora.

—Quince años —repite apenada—. ¿Y qué has hecho para estar aquí, hijo?

Me quedo en silencio. El recuerdo del cuerpecito de Lou en el armario hace que rompa a llorar. Pienso que está demasiado oscuro para que Emily lo vea, pero me equivoco.

—Tampoco hace falta que me lo cuentes, si no quieres —murmura con dulzura.

Pero ella me ha contado lo de su hija.

—Mi hermano pequeño Lou nació con un trastorno del desarrollo intelectual, así que mi familia y yo huimos a las montañas. Primero mataron a mi padre en la huida, y hace unos días los soldados encontraron nuestro escondite. Fue una masacre. No quedó casi nadie con vida.

—Lo lamento —dice con voz grave. Suena sincera—. Pero tú has sobrevivido.

La verdad sale de mis labios en un torrente de palabras sin control. Quizá no debería decírselo, como tampoco a los soldados, pero la historia me quema y es necesario que salga, necesito que alguien escuche lo que tengo que decir y lo dé por cierto. Necesito que alguien más crea en lo que vi para convencerme de que no

estoy loco, porque esa posibilidad me aterra.

—Me clavaron una flecha en el corazón y entré en una especie de trance en el que lo veía todo, pero nadie me veía a mí ni podía interactuar. Entonces, volví de entre los muertos y fue como si nunca me hubieran herido. La bestia me curó.

—¿La bestia?

—Se llama Cíon.

Eso es nuevo. El nombre me sale solo. Nadie me lo ha dicho, pero de un modo inexplicable sé que así es.

—¿Cíon?

—Ajá. Seguro que ahora cree que estoy loco. Es lo que pensaron los soldados cuando se lo intenté explicar. Por eso estoy aquí.

Emily se acerca todo lo que puede a mí. Le brillan tanto los ojos que los veo con claridad a pesar de la oscuridad.

—Descríbemelo.

Me sorprende la urgencia de su voz.

—Pues… alado y negro. Gigante, pero escuálido a la vez. Desde luego, no es como nosotros, no es humano, pero tampoco es totalmente distinto.

—Oh.

Suena decepcionada, y se me cae el alma a los pies.

—No me cree —murmuro, triste.

—Sí te creo, Eyzar —susurra tan bajo que resulta casi inaudible.

Para mí, es como si lo hubiera proclamado a los cuatro vientos. Siento que me llenan los ojos nuevas lágrimas.

—¿Lo dice en serio?

Emily asiente.

—La razón por la que estamos aquí, muchacho, es porque al hijo de Sally, mi nieto Jeyd, de vez en cuando le da por transformarse en una materia oscura que te mata si intentas atacarla. Es lo que ocurrió en el Departamento de Evaluación, cuando iban a someterme a mis exámenes anuales de salud. Jeyd se convirtió, mató a los guardias que trataban de apresarlo y dio un mensaje sin sentido. Dispararon a Jeyd cuando volvió a su cuerpo

humano. No sabemos si sigue vivo. No sabemos nada, excepto que estamos en un buen lío. Por eso Sally está tan… alterada, por decirlo de una manera suave.

Abro los ojos como platos.

—¿Y todo el mundo podía ver esa… cosa? ¿No solo vosotras?

—Así es. ¿A la bestia solo la veías tú?

—Exacto. Además, me dio… esto.

Me saco la Llave de dentro del pecho. No me refiero a que la tenga guardada en un bolsillo de la camisa, sino «dentro» del pecho. Bajo la piel. Desde el primer momento supe que estaba ahí, igual que conozco el nombre de la bestia. Son hechos que sé, como si de la noche a la mañana alguien los hubiera implantado en mi cerebro. Coloco las manos encadenadas a unos centímetros de los pectorales y cierro los ojos. Le ordeno salir, como ya he hecho varias veces para contemplarla e intentar comprender qué diantres abre. Obediente, el reluciente objeto dorado cae con suavidad en mis manos.

Emily se queda boquiabierta.

—Cielos…

—¿Vuestra masa no os ha dado jamás nada parecido?

Niega con la cabeza.

—Nunca.

Ella acerca un dedo tembloroso y toca la Llave con la yema, pero lo retira con rapidez, como si tuviera miedo de palparla demasiado.

—¿No te dijo para qué es?

—No.

—¿Has probado si te puede sacar de aquí?

—Es lo primero que hice. Si hubiese funcionado, ya no estaría.

—Cierto, qué pregunta tan tonta.

—No se preocupe.

Nos quedamos en silencio unos instantes, pensando.

—¿Sabes, hijo? Esta anciana ha vivido lo suficiente como para creer que todo pasa por algo.

—¿A qué se refiere?

—A que el destino no nos ha puesto en esta celda por casualidad. Nuestros… fenómenos, por llamarlos de algún modo, deben de estar relacionados.

Lo medito un rato y asiento. De un modo egoísta, me siento mejor porque sé que ya no estoy solo.

—Lo siento, pero debo decir que me alegro de compartir esta carga con usted.

Ella sonríe con tristeza.

—Come, hijo. Me temo que nuestro camino juntos será largo y doloroso.

Suspiro.

—Yo también lo pienso, señora. Yo también lo pienso.

Capítulo 11

IRIEL

Fortaleza de Korhorg, el Imperio

Las piernas de padre apenas le sostienen. Tiembla como una hoja al viento y, aunque lo detesta, se ve obligado a agarrarse a mi brazo y permitir que cargue con casi todo su peso para llegar a la Sala de Actos Extraordinarios. Hasta hace poco usaba un bastón para andar, pero ahora ya no tiene fuerzas. Sin embargo, aún despotrica.

—Y recuerda —grazna exhausto con un hilo de voz—, no se te ocurra abrir esa bocaza tuya para decir tonterías.

Aprieto los labios, tragándome la réplica que pugna por salir de ellos, mientras oigo la risita de Eósydes a mi espalda.

No nos llevamos bien. Eso lo sabe todo el mundo. Padre prefiere a Eósydes un millón de veces, aunque ella no pueda gobernar. Me siento como si no perteneciera a esta familia de locos, como si este no fuera mi hogar. Siento repugnancia por el Imperio y por todo lo que representa.

—Creo que es más importante que haya una masa misteriosa y un monstruo alado asesinando a personas que lo que los Consejeros piensen de mí, ¿no crees, padre? —mascullo.

—Menuda sarta de bobadas —exclama Eósydes a mi espalda —. Lo del monstruo es producto de la imaginación de ese rebelde, y lo de la masa, vete a saber. La gente se asusta por cualquier tontería. Veremos las grabaciones y resolveremos el misterio

paranormal muy rápido.

—De todas formas, es algo que debemos investigar, Eósydes —dice padre con paciencia—. Nunca des nada por sentado.

Eósydes suspira.

—Claro, padre. Lo que tú digas.

Me muerdo la lengua una vez más. Siempre tan cuadriculada. Ni siquiera debería estar en esta reunión extraordinaria, pero al ser la nueva encargada de la moneda ha logrado convencer a padre de que ella también debía asistir.

Llegamos a la Sala de Actos Extraordinarios donde los veinte Consejeros ya han ocupado sus asientos, pero todos se levantan al entrar padre e inclinan la cabeza a modo de saludo. Observo sus rostros codiciosos, avariciosos. Sé que hasta el último de esos hombres está deseando que fallezca porque piensan que seré fácil de manipular.

Quizás tramen incluso algo más.

Los odio.

Me topo con la sonrisa petulante que me dirige mi hermana cuando ayudo a padre a tomar asiento, y noto una desagradable sensación en el estómago. Tengo el presentimiento de que ella también tiene sus propios planes con respecto a la inminente muerte de padre, y no serán buenos ni me favorecerán en absoluto.

—Qué tierno —me susurra para que solo lo oiga yo—. Un tullido ayudando a otro. Si eso no es amor paternofilial, no sé qué es.

Aprieto la mandíbula y hago ver que no la he oído. Me siento a la izquierda de padre y extiendo mi pierna postiza bajo la mesa con cuidado, porque, si no, me duele. Me repito que mientras tenga mi prótesis, mi discapacidad física no tiene por qué significar ningún impedimento para mí, aunque en el fondo sé que no es así. Los Consejeros lo ven como una muestra más de mi debilidad y mi incapacidad para reinar.

Cuando Eósydes toma asiento a la derecha de padre, los Consejeros vuelven a sentarse. Forman una U a nuestro alrededor, diez a cada lado. Entonces, el Consejero Theodor, el más antiguo e

importante, se aclara la voz y comienza a hablar:

—Mi señora y señores, con el beneplácito del Emperador Nyra I, daremos comienzo a esta junta extraordinaria.

Padre hace un gesto impaciente con la mano, demasiado cansado para tantas formalidades.

—Sí, sí. Que pasen de una vez los prisioneros y los testigos.

Unas puertas dobles diferentes de aquellas por las que hemos entrado nosotros se abren, y aparecen tres personas encadenadas, custodiadas por guardias. Tras ellas caminan otros tres civiles que han sido citados en calidad de testigos oculares.

Miro con horror a los prisioneros. Uno es demasiado joven y otra muy vieja para ser tratados de un modo tan cruel. En cuanto a la tercera presa, se halla a todas luces en un estado de ansiedad extrema. ¡Hasta le han puesto una mordaza para que no grite!

—Emperador. Mi señor. Mi señora. Señores Consejeros —saluda con una inclinación uno de los guardias—. Estos ciudadanos y este rebelde han sido traídos ante vuestra presencia por estar directa o indirectamente implicados con las supuestas apariciones de un monstruo negro y alado y de una masa desconocida que ocasionó la muerte de tres soldados en el distrito de Pronyat.

—¡Puedo jurar que la masa es real! —exclama uno de los testigos, un hombre de mediana edad—. Lo vi con mis propios ojos. El hijo de esa mujer pasó de ser un niño normal a… a una cosa. Una cosa que no es de este mundo.

—¿Y dónde está ahora el crío? —pregunta Eósydes, fuerte y claro.

Se divierte con la situación.

—En la enfermería de la fortaleza, mi señora. Recibió un disparo en el hombro. Está muy grave, en coma. Los médicos no saben si sobrevivirá.

La mujer amordazada se mueve y gime. La pobre no para de llorar; se está ahogando, con ese trapo en la boca. Siento pena y compasión.

—Quitadle la mordaza. ¡No puede respirar!

—Antes quiero saber quiénes son estos ciudadanos —exige padre, haciendo que mi orden caiga en saco roto.

Eósydes se ríe muy bajito.

Otro de los guardias saca un papel y lo lee.

—La anciana es Emily Bymer, ciudadana del Imperio n.º 27 843. Acudía acompañada de su hija —señala a la chica—, Sally Bymer, ciudadana del Imperio n.º 32 573, al Departamento de Evaluación. El supuesto niño que iba con ellas es Jeyd Karn, ciudadano del Imperio n.º 43 003.

—¿Y el otro? —pregunta el Consejero Theodor.

—Ah, este es Eyzar Malaben. Un rebelde que capturamos en las montañas de Oppum. Su número de ciudadano es el 34 129. Es el que desvaría sobre un monstruo alado, pero nadie más que él lo ha visto.

—Bueno, por partes —dice padre con voz cansada—. Hay imágenes sobre la hipotética masa, ¿verdad?

—Así es, señor.

—Pues quiero verlas.

Los guardias traen un antiquísimo aparato de televisor. Trastean un rato con él hasta que, al final, la pantalla se ilumina y las imágenes sobre lo ocurrido ese día en el Departamento de Evaluación se reproducen ante nuestra estupefacta mirada.

No sé lo que esperaba ver, pero desde luego eso no. En el Imperio no hay lugar para la fantasía ni para los hechos inexplicables. Aun así, ahí está, tal y como lo han descrito los testigos. Primero, el niño, en apariencia normal, empieza a convulsionar. La madre trata de contenerlo, pero sus esfuerzos son inútiles. En cuestión de poco tiempo, aparece una masa jamás vista y las balas invierten su trayectoria cuando los guardias disparan, lo que ocasiona sus muertes inmediatas.

Siento la sangre congelarse en mis venas. ¿Qué es esto? ¿Qué significa? Entonces oigo el mensaje que la cosa da a la cámara: «Los hilos del destino son caprichosos, pero las tejedoras ya están construyendo el final. De vosotros depende la salvación o la catástrofe total».

Después, la masa se desvanece. La madre recoge a su hijo del suelo e intenta huir con él, lo que la hace desaparecer de la imagen. Puedo imaginarme la secuencia de sucesos desde entonces

hasta ahora.

La sala se sume en un silencio tan tenso que podría cortarse con un cuchillo. Solo se oye el llanto ahogado de Sally. Miro a mi alrededor, anonadado. Eósydes y padre tienen los ojos como platos. En unos segundos, su mundo analítico se ha venido abajo. Si no fuera porque yo estoy sin palabras, me habría regodeado con su desconcierto.

Al final, el Consejero Theodor, que también está pasmado, se aclara la garganta para llamar la atención de padre.

—¿Señor?

Él tose mientras todos le miran con suma atención. Yo, en cambio, me fijo en los prisioneros. Sally sigue llorando, como si tuviera una fuente ilimitada de lágrimas gruesas que salen de sus ojos castaños y resbalan por las regordetas mejillas para acabar absorbiéndose en la sucia mordaza que lleva. La anciana está muy quieta y callada mirando al suelo, lo más cerca que puede de su hija. El chico parece estar muerto de miedo.

De pronto, me asalta la duda. Si la masa existe, ¿quién dice que el monstruo alado que afirmó ver el muchacho no exista también?

—¿Estas imágenes están verificadas? Si es un montaje, no tendré compasión —dice padre.

—Sí, mi señor —contesta uno de los guardias—. Yo mismo me encargué de ir a buscar la cinta original. Además, los testigos lo corroboran.

—Así es —respalda uno de ellos—. Lo juro por mi vida. La cosa era tan real como vos y yo. Salió del niño, y la madre lo encubrió.

—¡La madre y el niño deben morir! —vocifera un Consejero.

Los demás no tardan en unirse.

—¡Pena de muerte! ¡Pena de muerte!

—¡El niño está poseído! ¡Exijo su ejecución inmediata!

—¡Un momento! También deberíamos condenar a la anciana y al chico rebelde. Lo más seguro es que todos estén implicados.

La sugerencia es recibida calurosamente. Todos los Consejeros se ponen a golpear la mesa, gritando al unísono, pidiendo la

condena. A pesar de ello, padre duda. Levanta la mano y los Consejeros callan de inmediato, como si alguien hubiera pulsado un interruptor.

—Antes de dar mi veredicto, me gustaría escuchar lo que tienen que decir.

Capítulo 12

IRIEL

Fortaleza de Korhorg, el Imperio

La sala vuelve a sumirse en el silencio y los Consejeros se miran extrañados.

—Pero, mi señor, son criminales… —protesta uno.

—Hasta los criminales pueden tener algo interesante que contar —replica, pero tiene un ataque de tos que le obliga a dejar de hablar.

Veo una oportunidad para ayudar a Sally.

—¡Ya le habéis oído! Quitadle esa mordaza —repito.

Los guardias obedecen, pero, en cuanto se ve libre de ella, el llanto resuena por toda la sala, trayendo el eco hasta nosotros. Está visiblemente desquiciada, hecha un manojo de nervios. Además, tiene el rostro amoratado y estoy seguro de que los carceleros le han pegado.

—Por favor —suplica con voz entrecortada—. Mi hijo está muy grave. Le dispararon en el hombro y nadie me dice nada...

—¿Cómo decías que te llamas? —pregunta padre.

—Eh… mi nombre es Sally Bymer, Emperador.

—Vale, Sally, ¿puedes decirme qué es esa cosa que salió de tu hijo?

Ella abre y cierra la boca varias veces, como un pez fuera del agua. Tiene la mirada vidriosa y desenfocada, y advierto que respira fatal, en inhalaciones rápidas y débiles. Se retuerce las

manos con tanta fuerza que se está haciendo heridas con las uñas, pero no parece darse cuenta. Su madre la observa con tristeza.

—No, señor. No tengo ni idea de qué es esa cosa —farfulla.

—¡Mentira! —grita un Consejero—. Seguro que ella lo invocó. Las mujeres son el demonio.

Eósydes pone los ojos en blanco.

—¡No, no, no! —chilla Sally, histérica—. Jamás le haría daño a mi hijo, yo…

—Verás, Sally, esto es fácil —interrumpe Eósydes, y siento un escalofrío al oír su suave pero peligrosa voz—. O nos das alguna información valiosa ahora mismo, u ordeno que os corten la cabeza a todos. Al niño primero. Al fin y al cabo —sonríe y mira al último Consejero que ha hablado—, las mujeres somos el demonio.

Sally gime y, aterrorizada, desvía la mirada hacia su madre en busca de ayuda. La anciana llamada Emily, que no había movido un músculo hasta ahora y se mantenía dignamente erguida, se aclara la garganta.

—La primera vez Jeyd solo era un bebé —anuncia Emily con aplomo, sorprendiendo a todos los presentes.

No esperaba que fuera tan sincera y, por lo visto, su hija tampoco.

—¡Mamá, no! —chilla Sally e intenta agarrarla, pero un guardia la retiene.

Sin embargo, la anciana la mira con solemnidad y la cabeza alta.

—Estos hombres y esta mujer no tendrán ningún reparo en matar a tu pequeño delante de tus ojos, Sally. ¿No recuerdas lo que hicieron con la familia de Eyzar? Es mejor darles lo que quieren. Estoy segura de que así mostrarán clemencia. ¿Verdad?

—Pero…

—Tu madre tiene razón. El silencio o las mentiras solo os traerán más problemas —asegura padre—. Quizá con la verdad seamos más… compasivos.

Sally se cubre el rostro con las manos. Está temblando, y no porque tenga frío. El chico, Eyzar, le frota la espalda con suavidad en señal de apoyo.

—La primera vez solo era un bebé —repite Emily—. El niño nunca ha sido normal. Es raro. Muy tranquilo, callado, nunca llora y siempre se porta bien. Creemos que la cosa nació con él. En todas sus transformaciones sigue el patrón que habéis visto en el vídeo, aunque lo del mensaje es nuevo.

—E imagino que no tendréis ni idea de lo que significa, ¿verdad? El mensaje, me refiero —pregunta Eósydes.

—No. Como acabo de decir, eso es nuevo.

—¿Y qué solía hacer cuando se convertía?

—Nada, y juro que es la verdad. Se transformaba y se quedaba un rato así. Luego volvía Jeyd, que siempre se mostraba fatigado y enfermizo las horas posteriores.

Padre y Eósydes comparten una mirada cómplice. No estoy seguro de si se lo creen o no, pero desde luego yo sí.

—¿Dónde estaba el padre del niño durante los primeros ataques? —pregunta un Consejero.

—Trabajando.

—¿Y ahora?

Emily se encoge de hombros.

—Abandonó a mi hija hace años, pero se fue sin conocer la naturaleza de su hijo.

—¿Por qué no avisasteis a las autoridades? —inquiere otro Consejero.

—¿De que el marido de Sally huyó del hogar?

—No, idiota, ¿qué más me da eso? ¡De lo del niño!

—Oh. ¿Para qué? ¿Para que el momento que estamos viviendo ahora hubiese sucedido hace cinco años? No, el Imperio no escucharía, no comprendería y nos condenaría, justo como lo está haciendo.

—Ya. Las ratas siempre se esconden del peligro, ¿no? —apunta Eósydes en un tono que no me gusta nada, pero la anciana le sigue el juego.

—Supongo que sí, señora.

—¿Qué decía Jeyd cuando volvía en sí?

—Siempre ha asegurado que no recuerda nada. Que es como si se quedara dormido.

—Qué conveniente.

—Lo es, pero también es la verdad.

—¿Cada cuánto sucede?

—No sabría decirlo, no es exacto. A veces una vez al mes, a veces una cada dos o tres. Hace años hubo una interrupción de once meses seguidos. Llegamos a pensar que esa maldita cosa se había ido para siempre… pero volvió. Siempre lo hace.

—Son muchas transformaciones para que nunca nadie lo haya presenciado —observa padre.

—Lo manteníamos encerrado en casa todo lo posible.

—Aun así, ¿pretendéis que creamos que esta cosa que ha asesinado a varios hombres con una facilidad asombrosa nunca ha hecho daño a nadie más?

—Bueno… —dice la anciana tras vacilar un momento—. No, no es del todo así.

—¡Mamá! ¡No! —exclama Sally.

—Mató a mi esposo —declara.

—Oh, no… —murmura Sally.

—¿Ah, sí? —se interesa Eósydes, inclinándose sobre la mesa, con la cabellera larga y negra desparramándose sobre la madera.

—Sí. Él trató de atacar a la cosa. Intentó clavarle un cuchillo.

—¿Y qué pasó?

—Bueno, nunca llegó a clavárselo, ni siquiera a acercarse. En su lugar, se lo clavó a sí mismo, en contra de su voluntad, por supuesto. Hicimos desaparecer el cuerpo y aprendimos la lección: no molestar al ser. Cuando Jeyd se transforma, lo dejamos solo en una habitación hasta que todo pasa.

—Entiendo. Tu información ha sido muy valiosa, Emily. ¿Hay algo más que quieras añadir? —pregunta padre.

—No, señor.

—¿Hay alguien que quiera preguntar algo más?

—Yo sí.

Por supuesto, Eósydes. Ha perdido el interés en las dos mujeres y ahora tiene la mirada de depredadora fija en el rebelde.

—¿Qué hay de ti, muchacho?

El joven llamado Eyzar se encoge ante la fiera expresión de

mi hermana. Comprendo que le tenga miedo.

—No… no entiendo a lo que os referís, señora.

—Bueno, pues me parece que está claro. Dijiste haber visto a una bestia alada cuando los soldados atacaron tu refugio. Una de tres: eres un mentiroso, un loco u otro bicho raro como el niño. ¿Y bien? ¿Qué eres?

Traga saliva y el pánico se adueña de él. ¿Qué respuesta dar cuando todas las opciones son malas? La lástima que siento por el pobre chico aumenta cuando mira desesperado a la anciana, pero veo la duda en el rostro de la mujer. Una cosa es hablar por su hija de algo que sabe, y otra hacerlo por un desconocido.

—Yo… no… yo…

—Tú no, ¿qué?

—La bestia… yo… ella…

—¿Se te ha comido la lengua el gato? No me hagas perder mi valioso tiempo, rebelde —sisea.

Eyzar empalidece y su miedo hace disfrutar a Eósydes. Aunque sé que me criticarán por ello, decido ayudarle.

—¡Basta! Ya han tenido suficiente.

Mi hermana me dirige su mirada envenenada.

—¿Ah, eso crees? Bien, entonces supongo que no hay más que hablar. Hora del veredicto, ¿no, padre?

—Así es. Este es un asunto de máxima prioridad y debemos emitir un juicio sabio.

De inmediato, los Consejeros reanudan sus acusaciones. Suspiro mientras me masajeo las sienes. Estoy tan cansado de esto… Sé que, tras la confesión de la anciana, nada ni nadie puede salvarlos, aunque seguramente ella pensase que era mejor contar la verdad.

Si se lo hubiera podido advertir, le habría dicho que mintiera.

Sin embargo, todas mis alarmas saltan cuando veo a la víbora de mi hermana inclinarse sobre padre y murmurarle al oído. Pero cuando me acerco a escuchar lo que dicen y evitar que Eósydes contamine aún más la ya perturbada mente de padre, ella se aparta y suelta una risita maliciosa.

Entonces padre se levanta con esfuerzo y la sala se sume en el silencio para recibir sus palabras.

—Yo, el Emperador Nyra I, máximo representante del Imperio, sentencio a estos prisioneros a morir en la Plaza Mayor a pedradas. —Coge el mazo que hay encima de la mesa, el que sella el destino de los condenados, y da un golpe con las pocas fuerzas que le quedan, pero, gracias al eco de la sala, llega hasta el último rincón. Hace una pausa y añade—. Sin excepciones.

Los Consejeros prorrumpen en aplausos, Emily grita, Eyzar se cubre el rostro con las manos y Sally cae al suelo desmayada.

Pero nada de eso me llama más la atención que el hecho de que Eósydes agarre la mano de padre con disimulo por debajo de la mesa y sonría de oreja a oreja. Cuando sus labios forman la palabra «gracias», sé que están tramando algo.

Capítulo 13

CÍON

Planeta Ukrân-Shän

Las naves mono y biplaza surcan el cielo amarillo y dejan una estela roja que contrasta con el azul de los cinco soles del planeta.

El jolgorio del gentío apiñado en las gradas flotantes es ensordecedor.

Hay individuos de todas y cada una de las ocho Especies Superiores, y también de la mayoría de las diecisiete Especies Medias y de las veinte Especies Inferiores. Se ríen y pelean entre sí, vuelan, se teletransportan, lanzan fuego por la boca para achicharrar su comida e intentan utilizar sus poderes psíquicos para averiguar el ganador y hacer así sus apuestas.

La ocasión lo merece. Ese día está señalado en el calendario cósmico desde hace siglos, y el vencedor ukniano, de la más poderosa de las Especies Superiores, se convertirá en el nuevo Supremo de la galaxia.

No me puedo permitir perder.

Sin embargo, por lo que veo, nadie apuesta por mi especie. Me vuelvo invisible a ojos de los demás, sobrevuelo con mis enormes alas negras las gradas donde se concentran los espectadores y escucho sus conversaciones. No atiendo a una ni a dos, sino a todas a la vez. Poco hay que un ukniano no pueda hacer. Por algo somos los mejores. Al instante, miles de palabras en diferentes idiomas son captadas por mi cerebro y distribuidas para

proporcionarme la información filtrada que necesito.

—El ganador será Kíor —dice un molakí.

—El ganador será Gíof —dice una jubt.

—La ganadora será Pías —dice una serat.

Kíor, Gíof, Níot, Víag, Pías, Táwa o Wíef. Todas las frases que oigo son variaciones de esta, solo cambian el último nombre. Aunque hay un pequeño detalle que no me pasa desapercibido: nadie dice mi nombre. Nadie apuesta por la creación de Cíon.

Eso me molesta. No puedo permitirme una derrota, simplemente no puedo. Si pierdo, las consecuencias serán t-erribles.

Suspiro. El Supremo va a desintegrarse dentro de poco, tal y como dicta nuestra naturaleza, y por ello busca a su mejor sucesor entre los ocho uknianos que somos. Tengo que demostrarle que no soy el peor. No obstante, me resulta complicado; hasta yo soy consciente de que mi creación es abominable. Desamparado, contemplo el gigantesco panel suspendido en el aire que muestra el listado de competidores. Y ahí, al final, están ellos, marcados con letras brillantes: los humanos de Cíon.

Enfadado, cierro los ojos y proyecto en mi mente el espacio al que quiero ir. Cuando los abro, ya no estoy sobrevolando las gradas flotantes, sino en otro lugar. Los humanos lo llamarían *casa*. Pero ellos son rudos, bastos y simples, y necesitan etiquetarlo todo para sentirse cómodos.

No, me hallo en un sitio que tampoco es físico, más bien un espacio del cosmos donde acudimos las Especies Superiores cuando necesitamos recargar nuestra energía vital. Las Especies Superiores no tenemos necesidades fisiológicas como pueden tenerlas las Especies Medias e Inferiores. De hecho, cuando creé a los humanos, los hice a imagen y semejanza de estas especies inferiores porque pensé que así serían menos problemáticos.

Huelga decir que me equivoqué.

Ni la más vulgar de las Especies Inferiores es tan débil como la mía. Fue mi culpa. Por mi ineptitud, lo pagaré con creces. Mis humanos enferman, incluso a edades muy tempranas, cuando, en teoría, todo tendría que ir bien. Sin pretenderlo, los até a la

necesidad diaria de alimentarse, hidratarse, dormir, miccionar y defecar. Además, en un afán de mejorarlos, los doté de sentimientos, de emociones complejas. Creí que eso les daría ventaja para ganar la competición. Sin embargo, no tardé en darme cuenta de que esa virtud, ligada a defectos que no había planeado, tenía resultados desastrosos: lujuria, envidia, codicia… todo lo resuelven a la fuerza, emplean la violencia y hacen gala de un egocentrismo mayúsculo. Hay excepciones, claro, pero en su mayoría son seres mezquinos, malvados y codiciosos, más propensos a sentir odio y deseos de venganza que amor y compasión.

Por si fuera poco, no solo ejercen la violencia entre ellos, sino que también maltratan a otros animales y el planeta que creé para ellos: la Tierra. Eso, si cabe, es lo que más irritación me produce, ya que estaba muy orgulloso del hogar que les di, pero solo han sabido contaminarlo, talarlo y quemarlo hasta dejarlo irreconocible.

Tampoco han evolucionado de un modo adecuado, como sí lo han hecho otras especies que han ido escalando puestos en el *ranking*. Por ejemplo, la especie de Táwa comenzó formada por unos seres de lo más primitivos y rudimentarios, pero poco a poco fueron aprendiendo de sus errores, sofisticándose, y ahora ocupan el puesto número cuatro en el *ranking*. Nada mal.

Sin embargo, no ha sido el caso de los humanos. Ni siquiera espabilaron cuando su mundo enfermó y casi murió por culpa de los estragos que ellos provocaron. Pensé que sería un punto de inflexión y que pondrían a prueba lo que habían aprendido hasta entonces. Creí que empezarían de nuevo y que esa vez tomarían la senda correcta, que se darían cuenta de que ese camino no los había llevado a ninguna parte.

De nuevo, me equivoqué. En vez de cooperar en la desgracia, se enfrentaron entre ellos, demostrando su verdadera naturaleza y mermando aún más sus fuerzas. Guerrearon. Después, los pocos que quedaron fundaron el Imperio.

Buscaron mi ruina y, sin saberlo, también la suya. Si antes de la creación del Imperio ya estaban en los puestos más bajos del

ranking, aquello les hizo caer en picado hasta la última posición, de la que no se han movido desde entonces. Mis competidores aprovechan la más mínima ocasión para recordármelo.

En especial él.

Mi más antiguo y odiado rival.

Le detecto incluso antes de que traslade su presencia hasta mí.

—¿Preparado para la derrota?

Es Kíor. El preferido de las apuestas. Actualmente, su especie, los volokianos, ocupa el primer puesto en el *ranking*. Sus palabras me llegan cargadas de veneno y noto el tono de burla, la prepotencia. Me vuelvo hacia él. Tenemos cuerpos alados similares, pero mientras que el mío es negro y mis ojos, rojos, el suyo es blanquecino y sus ojos, negros. Kíor sonríe con maldad.

—Todavía no he perdido —protesto.

—Ah, pero lo harás. Y entonces… —deja caer con sutileza.

—Sé muy bien lo que le pasa al perdedor. Pero no voy a perder.

—¿No? ¿Seguro? Veamos qué se cuece en tu Imperio.

Kíor hace el ademán de adentrarse en mi mente para, a través de mí, saber qué está sucediendo en la Tierra. Me entra el pánico.

—¡No! —chillo.

Kíor entorna sus ojos negros con desconfianza.

—¿Por qué no? —pregunta, receloso.

—Es un acuerdo tácito entre nosotros, lo sabes —replico a la defensiva—. Yo no husmeo en las creaciones de los demás, y los demás no fisgoneáis en la mía. Si quieres saber lo mucho que he fracasado, solo tienes que mirar el panel de las puntuaciones, como está haciendo la galaxia entera.

—Eso lo sé. Estudio el panel cada día. Me gusta ver a mis volokianos en la cima, como debe ser. Pero a ningún otro ukniano le ha importado que eche un vistazo a su creación.

—Bueno, pues a mí sí.

—¿Por qué? —pregunta de nuevo, y veo el brillo de la sospecha en su fría mirada.

—Porque no hay ningún motivo por el que tengas que hacerlo.

—¿De verdad?

Entonces lo noto. Kíor está intentando acceder a mi cabeza de un modo intrusivo.

Quiere saber qué oculto.

—¡Ah!

Intento repelerle y nos empujamos con la fuerza de nuestras mentes. Él trata de penetrar en la mía y yo le bloqueo el paso. No puedo permitírselo, no puede saber lo que estoy pensando ni lo que he hecho, él menos que nadie. Si se entera y se lo cuenta al Supremo, estoy perdido, será el fin.

Nos miramos a los ojos mientras seguimos luchando. Toda nuestra adversidad queda reflejada, y el motivo de la misma se muestra en ambas mentes. Kíor me enseña sus decenas de dientes, finos y largos como agujas. Nunca la tendrá. Puede odiarme todo lo que quiera, pero su amor no me lo arrebatará jamás.

Justo cuando voy a decir algo al respecto, aparece Pías.

—¿Qué está pasando aquí? ¡Alto! —ruge.

La fuerza lanzada por ella nos separa al instante y nos manda en direcciones opuestas.

—¡Otra vez igual! ¡Sois una vergüenza para la especie!

Kíor vuela hasta Pías y me señala con gesto acusador.

—¡Está escondiendo algo!

—¡Eso es mentira!

Aunque es verdad.

—¡No, no lo es! ¿Entonces por qué no me dejas echar un vistazo a tus humanos? —Abre mucho los ojos—. ¡Estás haciendo trampas!

—¡Yo no he hecho tal cosa! —exclamo, pero noto que se me detiene el corazón.

—Seguro que sí. Estás desesperado por no perder y harías cualquier cosa, incluso romper las reglas. Has hecho algo que no quieres que yo vea. ¡Has… has intervenido de algún modo!

—Kíor, esa es una acusación muy seria —interviene Pías con voz severa—. Ponerse en contacto directo e interferir en la vida y los acontecimientos de nuestras creaciones es una falta gravísima, la primera norma, y Cíon lo sabe. ¿A que sí?

—Por supuesto —me veo obligado a decir—. No soy estúpido. Kíor es un alarmista y me detesta. Solo porque no quiero que se ría de mis humanos se inventa esas sucias mentiras sobre mí. Debería denunciarte ante el Supremo.

Kíor echa chispas por los ojos. Su aspecto resulta terrorífico, pero debo mantener la compostura para que no note mi miedo.

—No creas que esto va a acabar así, Cíon. Voy a averiguar qué te traes entre manos y te voy a delatar. Aunque sea lo último que haga.

Dicho esto, desparece y Pías y yo nos quedamos solos. No soy capaz de descifrar su expresión, pero se acerca a mí y, cuando me habla, lo hace directamente dentro de mi cabeza, sin utilizar el lenguaje verbal.

«Solo espero que no me haya equivocado defendiéndote, Cíon. Si estás interviniendo sobre tu creación, yo tampoco tendré piedad contigo».

Y se esfuma ella también, sin darme la oportunidad de responderle.

Cuando estoy convencido de que me he quedado solo, me permito el lujo de temblar.

Puede que sean una especie horrible, pero no dejan de ser mis humanos, y me veo en la obligación de ayudarles.

Por eso robé la Llave. Ahora mi secreto está en peligro.

Capítulo 14

IRIEL

Fortaleza de Korhorg, el Imperio

La triste y desgarradora melodía del piano inunda mis aposentos y me encoge el corazón.

Empecé a tocar cuando me di cuenta de que no encajaba en este lugar, es decir, desde que era un enano que no levantaba un palmo del suelo. La música es mi válvula de escape para no enloquecer en este infierno. Al principio padre se opuso, como se ha opuesto a tantas cosas a lo largo de nuestra vida, pero madre acabó convenciéndolo, como siempre hacía hasta que la enfermedad se la llevó hace diecisiete años. Adoraba a madre. Nos aceptaba tal y como éramos, con nuestras peculiaridades.

Los gritos de los condenados resuenan en mis oídos. La expresión de la anciana al comprender que contar la verdad no les ha causado más que problemas. La mirada del adolescente al entender que lo sufrido ha sido en vano y que de todos modos va a morir. La joven que ha sucumbido a la ansiedad, perdiendo el conocimiento al enterarse de que han sentenciado a muerte a su niño de cinco años.

La inquietante historia sobre la misteriosa masa asesina y el monstruo alado me perturba más de lo que quiero admitir, pero, pese a ser supuestamente el próximo Emperador, no tengo poder de decisión.

Eósydes y padre cuchichean a mis espaldas.

Los Consejeros me observan desde las sombras.

Si creen que no sé que planean matarme en cuanto padre fallezca, están muy equivocados. Lo más seguro es que Eósydes también lo sepa. Incluso puede que también padre, pero prefiera hacer ver que está en la inopia. Seguro que piensa que sería un Emperador desastroso. Eso de darle a mi hermana el poder financiero del Imperio delante de mis narices ha sido una prueba insultante.

Me llevo una mano a la pierna derecha, a lo que queda de ella. En noches húmedas como esta, el muñón todavía me duele.

—Si sigues tocando esa música tan triste me harás llorar —dice una voz grave a mis espaldas.

Interrumpo la melodía y me giro, arrastrando la pierna con el movimiento.

Es tan hermoso que duele. Su piel aceitunada brilla a la luz de la hoguera, y sus ojos verdes me recorren de arriba abajo.

—¿Por qué no vienes a la cama conmigo? —murmura.

No hace falta que me lo repita. Me tumbo a su lado y Luba coloca la cabeza sobre mi pecho con suavidad. Lo abrazo y acaricio su espalda desnuda con la yema de los dedos. El aroma de su piel es lo único que me hace sentir que estoy en casa.

Es lo único que quiero. Lo único que de verdad me importa.

Pero Luba empieza a sollozar. Le acaricio el rostro y le seco las lágrimas.

—No llores —susurro—. No llores, por favor.

No necesito preguntarle qué le pasa. Yo también tengo ganas de llorar.

—No saldrá bien, Iriel —farfulla.

Las palabras se me atascan en la garganta. Hago un gran esfuerzo para dejarlas salir:

—Llevamos mucho tiempo planeándolo. Todo irá bien.

—Sabes que no. Te mientes y me mientes —solloza él, con gruesas lágrimas cayendo sin parar—. Yo no… ni siquiera debería estar aquí. ¡Fíjate, desnudo junto al heredero del Imperio!

Suspiro. Ya estamos otra vez.

—Luba… Luba, mírame.

—¡No!

—¡Mírame!

Lo hace. Tiene los ojos rojos e hinchados.

—Te amo. Te amo y me da igual que tú seas el cocinero y yo el heredero de esta mierda, porque no voy a serlo. Todo el mundo lo sabe. Si me quedo, me matarán, así que me marcharé. Me fastidia despejar el camino a la bruja de mi hermana, me duele dejar el Imperio en manos de esos Consejeros despiadados, pero no voy a esperar a que me corten el cuello mientras duermo. Sin embargo, si prefieres quedarte aquí, a salvo, lo comprenderé.

—¡No! ¡Donde tú vayas, iré yo! Pero tengo tanto miedo de que nos persigan para darte caza… Si te pasara algo, yo… yo…

—Luba, escúchame. Escúchame. Lo que pasará es que dentro de tres días tú y yo nos fugaremos y huiremos a las montañas, a un lugar donde nadie nos encuentre jamás, donde a nadie le importe quién sea yo o que dos hombres se amen. Y lo único que lamentaré será haber tenido que dejar aquí mi piano, y no me lo llevo porque un tullido de una sola pierna escalando montañas cargado con un trasto así a la espalda haría que los rebeldes se partieran de risa. ¿Te imaginas?

Consigo que se ría, por fin. Esa es mi melodía favorita. Le doy un besito en la nariz.

—Sin duda, sería todo un espectáculo.

Volvemos a reírnos juntos. De pronto, todo parece menos grave. Cuando paramos, me acerco a sus labios y los beso. Él me responde y acaricia mi mejilla.

—¿Me prometes que saldrá bien?

—Te lo juro.

Nos volvemos a besar. Y otra vez. Y otra. Y otra.

Nos sobra la ropa.

Estoy tan ocupado entregándome a Luba en cuerpo y alma que no me doy cuenta del leve sonido de la puerta de mi habitación al cerrarse, como tampoco me enteré cuando se abrió un resquicio y el intruso pudo oír toda la conversación.

Capítulo 15

EÓSYDES

Fortaleza de Korhorg, el Imperio

Me alejo, sigilosa como una gata. Una sonrisa triunfal se extiende por mi rostro.

Después de tanto tiempo espiándole, por fin he descubierto cuándo tiene planeado fugarse. También sé que él sabe que los Consejeros planean asesinarle. Pero ellos no imaginan que yo lo sé ni que él lo sabe. Creo que padre está al margen de todo este vals de secretos, pero sospecho que en el fondo le da igual lo que pase tras su muerte. Está cansado de luchar contra su hijo díscolo.

Sin embargo, soy la única que está al corriente de su romance con ese chico de las cocinas. Me da la risa floja al imaginar la cara de padre si se enterase de que su heredero es homosexual. ¿Puede haber algo más inútil para el Imperio que yacer con alguien de tu mismo sexo? Lo dudo. Los humanos tenemos un propósito, un deber: seguir con la rueda que no debe detenerse jamás.

Pero gracias a ese amorío estúpido, Iriel me va a poner en bandeja las herramientas necesarias para llevar a cabo mi plan. Que padre me concediera el control monetario del Imperio fue un golpe de suerte. No me resultaba imprescindible para hacer lo que debo, pero me ayuda. A veces la vida te sonríe, y ahora está todo listo para el final.

Solo falta que mi hombre me traiga lo que le encargué.

Me aseguro de que no haya oídos ni ojos indiscretos y me

dirijo hasta el punto de encuentro: una estancia vacía ubicada en un torreón, con el mar embravecido y terreno rocoso a nuestros pies. Aunque llego diez minutos antes de nuestra cita, el soldado ya está allí, escondido entre las sombras. Le delata su olor nauseabundo.

—Has tardado mucho —le espeto—. Pensé que no volverías.

—Lo que me pedisteis no era fácil, señora —alega, dando un paso al frente.

Es un hombre sucio y enclenque, con los dientes podridos y la mirada peligrosa. A pesar de la oscuridad, la luna de plata baña sus manos lo suficiente como para darme cuenta de que están manchadas de sangre seca. Por un momento me pregunto a cuántas personas habrá matado para conseguir lo que le mandé traer, aunque lo cierto es que me da completamente igual.

—Bueno, ¿lo tienes? —le pregunto.

Mi contacto abre la bolsa y saca un frasquito que, a primera vista, me parece diminuto. Aun así, si no me engaña, contiene uno de los venenos más potentes de la Tierra. La cantidad sería más que suficiente para llevar a cabo mi plan.

—Aquí está, mi señora. Una sola gota basta para matar a un hombre adulto en solo unos minutos. Este veneno es incoloro, insípido e inodoro. Mezclado con comida o bebida, resulta indetectable —asegura. Su sonrisa me da asco—. Con esto, apartaréis de vuestro camino a quien os moleste.

Se lo arranco de las manos y lo examino de cerca. Calculo que hay como para unas cincuenta gotas. Perfecto. No necesito tantas.

—¿Cómo sé que no es un timo? ¿Cómo sé que esto no es agua y que no te has quedado con el dinero que te di para que pudieras llevar a cabo la misión?

Durante un rato, el hombre se queda sin saber qué contestar. Noto que detrás de esa fachada agresiva se ha puesto nervioso, lo que hace aflorar aún más mi recelo.

—Yo no… yo no…

—Tú no, ¿qué?

—No os mentiría jamás. Os lo juro por mi vida, señora.

—Ahora lo veremos.

Me muevo rápido, mucho; además, no se espera el ataque. Primero le pateo las rodillas, por lo que pierde el equilibrio. Entonces me coloco detrás y me lanzo a su cuello haciéndole una llave para conseguir que se ahogue y abra bien la boca. Él intenta zafarse de mí arañándome la cara. Lo consigue un poco, pero le propino un rodillazo en los riñones.

Aprovecho su momento de debilidad para destapar con los dientes el frasquito de veneno y, con cuidado de no derramar más de lo necesario, le introduzco una gota en la garganta. Luego, por si me ha mentido y lo que me ha dado no es veneno, saco una navaja de un bolsillo interior de mi túnica y la coloco cerca de sus costillas y pulmones, lista para dejárselos encharcados en sangre.

No hace falta. Me ha dicho la verdad.

La eficacia del veneno es sorprendentemente rápida, más de lo que esperaba. Se lleva las manos a la garganta mientras los ojos se le salen de las órbitas, echa espuma por la boca y luego sangre. Sangre por todos los orificios. No puede respirar, aunque he dejado de presionarle. Las piernas le tiemblan y cae al suelo, donde sufre violentas convulsiones. No pasa ni un minuto hasta que muere entre sonoros jadeos.

Me quedo observándolo en silencio cerca de otro minuto, solo para asegurarme de que no se va a abalanzar sobre mí. Cuando me parece prudente, me acerco y, con cautela, le tomo el pulso. Nada. Entonces lo levanto (debo reconocer que me cuesta más de lo que imaginaba, aunque es un hombre tan delgado) y lo arrojo por la ventana. Veo su cuerpo estrellarse contra las rocas y reventar como un melón maduro antes de que las olas del mar se lo traguen para no dejar rastro de él. Sonrío. Desde luego, es mi habitación favorita para cometer asesinatos. Visto y no visto. Es tan fácil que ya he perdido la cuenta de las vidas que he segado aquí.

Me vuelvo, impasible, y suspiro mientras jugueteo con el frasco de veneno entre los dedos. La emoción crece en mi pecho. Todos los ingredientes del plan están listos. Tengo el material y sé que Iriel pretende huir dentro de tres días, con lo cual dispongo de muy poco tiempo.

Y esta noche es igual de buena que otra para ponerlo en

marcha.

Hasta tengo una excusa para visitar a padre. Es hora de empezar a jugar, así que abandono la habitación de las diversiones y me dirijo hacia sus aposentos.

Cuando llego, está postrado en la cama con un enjambre de médicos pululando a su alrededor.

—Con esto debería bastar para calmar el dolor durante horas, mi señor —dice un médico mientras le inyecta algo en vena.

Me acerco. Cuando nota mi presencia, padre levanta la cabeza de la almohada y me sonríe con debilidad.

—Ya podéis iros —les dice.

Ellos obedecen, inclinando la cabeza ante mí antes de cerrar la puerta y dejarnos solos. Padre suspira y contempla el techo, hastiado.

—¿Ayudarías a un viejo enfermo a ponerse en pie? Hoy tengo un día de los malos. Me duelen hasta las pestañas.

Trato de fingir que me importa, que soy compasiva.

—Si no quieres hacerlo hoy, puede esperar —le digo con falsa suavidad, aunque solo lo hago porque sé que se va a negar, como efectivamente hace.

—No. Hay que saber, comprender, averiguar. ¿Qué es esa masa? ¿De dónde viene? ¿Dónde está ahora?

—Así que lo que te propuse en la Sala de Actos Extraordinarios…

—Sí, por supuesto. Hay que abrir a ese niño en canal. Ver si esa cosa está ahí dentro. Fue una idea brillante, Eósydes.

Sonrío. El viejo estúpido no tiene ni idea de nada.

—Estupendo entonces. Vamos a por ese crío.

Capítulo 16

EMILY

Fortaleza de Korhorg, el Imperio

—¿Por qué lo hice? Oh, cielos, ¿por qué?

Eyzar me acaricia la espalda de un modo reconfortante, pero ahora no hay nada que pueda aliviar mi dolor.

—Pensó que era lo mejor. Pensó que contando la verdad tendrían interés en Jeyd y no lo condenarían. Aunque fuera para investigar. Aunque solo le perdonaran a él.

—Bueno, es obvio que me equivoqué. He sido una estúpida. Una vieja estúpida que nos ha condenado a muerte a todos.

Me cubro el rostro con las manos y me seco las lágrimas que ya de nada sirven. Eyzar y yo ideamos esa estrategia a espaldas de Sally, que se mostró poco dispuesta a razonar. Por desgracia, cometimos un error garrafal, y ahora la salud mental de mi hija ha empeorado aún más, si cabe.

Observo su cuerpo tirado en una esquina, temblando de frío, de miedo, de pena. Ha adoptado una posición fetal y murmura algo ininteligible. No come. No bebe.

No me habla. Me odia.

Intenté salvar a Jeyd, igual que incontables veces he procurado protegerla a ella de sus propios demonios. Pero nada de lo que hago es suficiente. Nunca. No tengo poder suficiente contra la depresión ni puedo hacer que me perdone por habernos sentenciado a todos. Siento como si estuviera batallando sola

contra una tempestad, a bordo de un barquito de juguete, con el inevitable final en el horizonte.

Incapaz de reprimir nuevas lágrimas, me acurruco con Eyzar, que es lo suficientemente bueno como para arrullar a una vieja imbécil. Tan joven y valiente, tan joven y bueno. Tan joven y muerto.

—Lo siento, Eyzar. Lo lamento muchísimo.

Me aparta un mechón de la cara.

—No creo que nuestro camino acabe aquí, Emily.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que nuestros seres especiales tienen algo más grande pensado para nosotros que una ejecución pública en la Plaza Mayor.

Suspiro. Bendita inocencia y juventud. Ojalá fuera yo la mitad de optimista que él, pero no tengo corazón para rebatirle nada. En su lugar, solo digo:

—Espero que tengas razón, Eyzar. Sería maravilloso.

Capítulo 17

CÍON

Planeta Ukrân-Shän

La música atronadora resuena en las gradas y alcanza todo el estadio. La multitud aclama al Supremo entre vítores y aplausos, y él revolotea aquí y allá, ávido de atención, para inmortalizar hasta el último segundo antes de que sus días lleguen a su fin. Los demás uknianos estamos a su alrededor, formando una uve.

Noto las miradas de mis compañeros fijas en mí. Recelosas. Inquietas. Pías, Gíof, Níot, Víag, Táwa y Wief. Ninguno confía en mí.

Ha sido Kíor. Ha ido contando a los demás que oculto algo, que quiero amañar los resultados. Que hay que espiarme. Que deben denunciarme al Supremo. Para mi desgracia, casi todos le han creído, y ahora los tengo en mi contra.

La enemistad entre Kíor y yo no es ningún secreto, pero él suele caer mejor que yo o, mejor dicho, es más influyente. Casi desde el inicio ha encabezado la lista, así que los demás tratan de llevarse bien con él por conveniencia. No le llevó mucho esfuerzo empezar una campaña de odio contra mí, que de momento soy el perdedor, la escoria, el paria.

Estoy jodido. Si me denuncian ante el Supremo y él descubre que en realidad sí que me he puesto en contacto con mi Marcado…

—¡Queridos seres venidos desde los rincones más lejanos de la galaxia —resuena la voz amplificada del Supremo—, sed

bienvenidos y bienvenidas al mes previo a la gran resolución!

Se oye una gran ovación y gritos de júbilo en decenas de lenguas diferentes. El Supremo, un ser monstruosamente grande cuyas alas y cuerpo son grises, con los ojos rojos como rubíes, sonríe y hace gestos para que el público se calme.

—Como ya sabéis, los días de los uknianos están contados desde que somos formados mediante la materia del cosmos. Forma parte de nuestro ADN. Mi desintegración, por tanto, se producirá en cuarenta días uknianos. Mi materia volverá a ser parte del universo, y así la vida y la muerte habrán completado su ciclo. Después, formarán un nuevo ukniano para que siempre seamos ocho. Ni uno más, ni uno menos.

Se oyen gemidos de lamento provenientes de las gradas.

Pienso que son unos hipócritas, al igual que el Supremo.

—¡Ah, no lloréis por mí! ¡Es nuestro destino! Sin embargo, es sabido por todos que siempre tiene que haber un Supremo elegido entre los uknianos restantes, alguien que lidere y se responsabilice de mantener la paz y la armonía en la galaxia. Por supuesto, hay que elegir qué ukniano merece ese honor. ¡Y ese es el sentido de esta competición! El ukniano que mejor sepa crear una especie desde cero, el que la haga más compleja y sabia, el que consiga que evolucione mejor a través de los siglos y sus miembros puedan convivir pacíficamente, ¡ese ukniano será el vencedor o vencedora!

—¡SÍ! —se oye gritar en las gradas.

—¡KÍOR VENCEDOR!

De inmediato, como un eco, todos los demás:

—¡KÍOR! ¡KÍOR! ¡KÍOR!

El Supremo se ríe, y Kíor hace una reverencia teatral a sus seguidores mientras el rencor me corroe. El Supremo se desplaza hasta el panel de puntuaciones, de letras rojas y fluorescentes suspendidas en el aire que señalan a Kíor en primer lugar… y a mí en el último.

—Kíor, creador de los volokianos del planeta Volok, ocupa el primer puesto en el *ranking*, con un total de 97 puntos sobre 100.

Un estallido de aplausos y ovaciones resuena en las gradas. Kíor sobrevuela las cabezas de sus admiradores, que intentan

rozarle con la yema de los dedos, como si lo confirmasen como el próximo Supremo.

—¡KÍOR, KÍOR, KÍOR! —gritan, y yo me muero de envidia.

Se posa al lado del Supremo y él le coloca una mano en el hombro.

—¿Quieres decir unas palabras, Kíor? —le pregunta.

—Lo cierto es que sí. —Se adelanta y espera unos segundos para hablar, aumentando así la expectación—. Estoy muy orgulloso de la especie que he creado. Al principio, los volokianos no lo tuvieron fácil. El planeta en el que los alojé les resultó un tanto hostil. Culpa mía, no supe darles nada mejor. A pesar de mi fallo, consiguieron adaptarse a su entorno y han demostrado poseer una inteligencia excepcional, además de desarrollar una tecnología de lo más avanzada. De hecho… —sigue y sonríe, mirándome de soslayo—, los volokianos fueron los primeros en descubrir la existencia de los tamatianos, de los pal·latinos y de los ganawinos. También de los humanos, aunque esos no interesan a nadie.

—Bueno, Kíor, estás siendo injusto. Mis tamatianos y tus volokianos se encontraron prácticamente a la vez. Y no fue una acogida calurosa —protesta Pías con voz gélida.

—Sea como sea, cuando los volokianos observaron a los humanos desde la lejanía, decidieron pasar de largo.

—¿Y eso por qué? —exige alguien desde las gradas.

—Pues porque la especie de Cíon no dudaría en atacarnos —dice con malicia. Ahora miles de ojos me analizan, y sé que la única intención de Kíor es humillarme delante de todos—. A través de nuestras especies sabemos que, en otros tiempos, los humanos buscaron la existencia de vida inteligente más allá de su planeta. No la encontraron, porque nuestras especies no quisieron ser descubiertas. De haberse dejado, los humanos habrían intentado lo que siempre hacen: colonizar y destruir, y a nuestras especies no les habría quedado más remedio que aplastarlos. Que no hayan atacado a una Especie Inferior demuestra por qué estamos en los primeros puestos del *ranking* mientras que Cíon y sus humanos están en último lugar.

La muchedumbre se ríe de mí. La ira me hace apretar los

dientes. Quiero hacerle daño. Quiero hacerle sufrir. Nuestra rivalidad se remonta a mucho tiempo atrás porque yo tengo algo que él jamás podrá tener, pero ahora siento el deseo de matarlo. Le miro a los ojos y él me devuelve la mirada. La inquina se palpa entre nosotros. Aunque en sus labios hay dibujada una sonrisa para el público, nuestros ojos arden.

—¿Tienes algo que decir a favor de tu especie, Cíon? —pregunta el Supremo.

—Aún pueden mejorar —mascullo.

—¿Crees que podrás subir en el *ranking*, aunque solo sea una posición? —se mofa Kíor.

—¿Qué pasará cuando pierda? ¿Cuál será su castigo? —gritan desde las gradas.

—El ukniano perdedor correrá la misma suerte que yo, solo que antes de lo que sería natural según su ciclo de vida —responde el Supremo, y se hace el silencio—. Será destruido. Y, junto a él, toda su especie y su planeta también desaparecerán. Así que, damas y caballeros, ¡sed bienvenidas y bienvenidos al Torneo de las Especies!

Capítulo 18

EÓSYDES

Fortaleza de Korhorg, el Imperio

Tardamos una eternidad en llegar. Padre no quiere que los trabajadores le vean atado a una silla de ruedas, así que insiste en ir por su propio pie hasta la enfermería, apoyado en un bastón y en mí. Cuando al fin entramos, la sala está vacía, excepto por un paciente. El único que nos interesa. Sonrío. Al menos eso lo ha hecho bien. Cuantos menos ojos y lenguas sepan lo que voy a hacer, mejor.

El médico encargado de vigilar a nuestro paciente sale del despacho y le hace una profunda reverencia a padre. Le analizo con desaprobación. No es más que un muchacho imberbe de ojos claros que probablemente acabe de licenciarse. ¿Por qué este incompetente trabaja para nosotros y no alguien con más experiencia?

—Mi señor. Mi señora —saluda él.

—Veo que has mandado retirar al resto de los enfermos y del personal, como te pedí. Bien. Ahora ya puedes marcharte —indica padre.

El joven médico hace el amago de salir, pero se detiene y vacila.

—Mi… mi señor —balbucea—, qué… ¿qué planeáis hacer?

Su osadía me sorprende. Hay poca gente que se atreva a pedir explicaciones al Emperador, pero si padre está sorprendido, lo

disimula muy bien.

—Nada que requiera tu ayuda. Vete.

—Pero, mi señor —insiste—, el niño está muy enfermo. Le extraje la bala, pero la herida se infectó. Creo que ahora tiene sepsis y…

—El niño está condenado a muerte y, si no te vas ahora mismo, le harás compañía en su ejecución —susurro.

Al médico le cambia la expresión de inmediato. Sonrío con satisfacción cuando tropieza en su carrera hacia la salida. Cuando cierra la puerta tras de sí, me acerco y echo el pestillo. Por fin solos.

Nadie entrará. Tampoco nadie saldrá.

Me acerco al niño. El sonido de los tacones resuena en toda la habitación. Me paro frente a la cara del mocoso. Está pálido, sudoroso, demacrado, tiene los labios agrietados y el pelo apelmazado. Además, lleva el hombro herido envuelto en un aparatoso vendaje y hay un montón de tubos conectados a su raquítico cuerpo.

«Qué desperdicio de recursos», pienso, pero lo que digo es algo distinto:

—Así que lo abrimos en canal para ver qué tiene dentro, ¿no, padre?

Él no contesta, no hace falta. A veces, el silencio dice más que las palabras.

—Sin problema —murmuro, pensando en mi próximo paso.

—Es… por el bien del Imperio —farfulla él distraídamente.

Lo observo un momento. Está tan enfermo que no puede tenerse en pie ni un minuto más. Busca con la mirada hundida y febril cuál es el asiento más cercano donde pueda dejar caer su huesudo trasero. Con movimientos rápidos, cojo una silla y se la acerco.

—Por supuesto, padre. Toma, siéntate.

—Ay, gracias —dice, e incluso le ayudo. Cuando voy a alejarme, me coge la mano y me acaricia los nudillos—. Ojalá las cosas fueran diferentes, Eósydes. Ojalá hubieras nacido hombre. Me iría de este mundo… mucho… mucho más tranquilo.

Qué conversación más oportuna.

—A veces las cosas no salen como uno quiere. Pero pienso que se debe luchar por los sueños. ¿No crees?

Él se muestra extraño, confundido.

—Supongo —dice tras un instante de vacilación—. Estoy seguro de que harás un magnífico trabajo junto a tu hermano. Que ayudarás a mantener vivo el espíritu del Imperio. Estoy… orgulloso de ti. Quiero que sepas lo mucho que te aprecio.

He tenido suficiente. Me deshago de su mano y voy a por el instrumental sin decir una palabra. Abro un armario y escojo con cautela. Me hago con un bisturí.

Me gusta jugar.

Me acerco a padre otra vez, que parece menguar y enfermar más a cada segundo que pasa.

Me da asco.

—Con eso no harás nada. Necesitas algo más grande.

—¿Tú crees? Veamos.

Le clavo el bisturí en la garganta con cuidado de no darle en la yugular.

No se lo espera. Claro que no. ¿Cómo iba a hacerlo? Cambié de opinión respecto a abrir al niño en canal, al menos de momento, pero él no tenía modo de saberlo.

Ahoga un grito y se lleva las manos al cuello. La sangre brota inmediatamente del cuerpo del viejo, escurriéndosele entre los dedos rígidos. Trata de contenerla, pero es inútil, como él. Se tambalea en el asiento, sin fuerzas. Con un movimiento rápido, le saco el bisturí de la garganta para hincárselo entre las costillas.

Gime y cae desplomado del asiento al suelo. Bufo. Qué patético. Dos simples puñaladas de nada y Emperador muerto. Con aburrimiento, lanzo el instrumento al aire dos veces y lo atrapo entre los dedos antes de dar la vuelta al cuerpo de un puntapié. Su sangre llena el aire con ese característico olor a hierro y empapa el suelo blanco. Parece que se haya hecho con una colorida capa escarlata.

—¿Por… qué? —consigue preguntar entre violentos espasmos.

—¿Por qué? Bueno, estoy segura de que en el fondo sabes la respuesta. Pero imagino que eres demasiado viejo y estás muy enfermo para pensar, así que voy a hacerte un favor. Para empezar, ya no eres útil para el Imperio. ¿No crees que es un poco hipócrita mandar ejecutar a gente por tener el azúcar demasiado alto y tú, que estás podrido por dentro, seguir vivo a costa de generar más y más gastos? Ya no aportas nada, no puedes ni andar. Tu tiempo ha pasado. Hace mucho que deberías estar bajo tierra.

Murmura algo ininteligible, así que no pierdo el tiempo y no le hago ni caso.

—En realidad, lo que más me molesta es que estés tan ciego. Por cierto, ¿sabías que Iriel es homosexual? Apuesto a que no.

De un modo de lo más patético, intenta darse la vuelta y reptar hacia la puerta. Suspiro, le agarro por el tobillo y le arrastro unos metros por el suelo, como si fuera un saco de patatas que deja un reguero de sangre a su paso. Luego le golpeo en la cara, partiéndole el labio.

—Te estoy hablando, viejo. Es de mala educación no contestar.

Me escupe en la cara una masa sanguinolenta y a mí me entra la risa floja. Me limpio con un dedo.

—¡Bien! ¡Mejor demostrar actitud que salir huyendo como las ratas! Te estaba diciendo que a Iriel le gustan los hombres, con lo cual es inútil para el Imperio. No obstante, ese no es el mayor de los problemas. Lo peor es que, sabiendo cómo es, conociendo su carácter, su personalidad y sus creencias, pese a todo eso, le has escogido a él para gobernar. ¡Es lo que más me enerva! Lo de nombrarme responsable de las arcas estuvo bien, pero no creas que no me di cuenta de que solo era un truco para distraerme. Aun así, me has facilitado las cosas más de lo que piensas, y te doy las gracias por eso.

—En… Imperio… mujeres… no…

—Ya, ya, ya. Que en el Imperio las mujeres no pueden gobernar. Es algo que llevo escuchando desde que no levantaba un palmo del suelo y tú jamás has hecho nada para remediarlo. Siendo Emperador, podrías haber conseguido cambios reales, pero era

demasiado trabajo, ¿verdad? Así que espadas de madera para Iriel y muñecas para mí. Clases de política para Iriel y de música para mí. Odiaba la música tanto como las muñecas, lo tiraba todo por la ventana y a ti te daba igual. Pero, ¡¿por qué?! ¿Por qué las mujeres no podemos gobernar cuando te he demostrado que soy mil veces más apta que él? ¡Podemos hacerlo todo igual o mejor que los hombres! Yo soy el claro ejemplo. Antes te he dicho que debemos luchar por nuestros sueños, y es lo que pienso hacer. Voy a ser la primera Emperatriz, padre.

—No… t…

Se está desangrando como un cerdo. Si me quiero divertir de verdad, tengo que acabar rápido con esto.

—¿Que no me dejarán? No te preocupes, lo tengo todo pensado. Y el primer paso es terminar con la vida del Emperador. Pero así no. Quiero que sufras más, y quiero que también sufra otra persona. Luego es su turno, ¿sabes?

Vuelvo al armario donde se guarda el instrumental.

Saco la sierra.

—Dime, padre, ¿crees que con esto sí que haré algo?

Él grita y abre mucho los ojos. Por segunda vez, trata de huir arrastrándose por el suelo y le dejo creer que va a lograrlo. Espero una eternidad hasta que llega a la puerta y, cuando alza la mano para intentar llegar al pomo, cruzo la habitación. Ni siquiera me doy prisa. Quiero que oiga mis pasos. Que sienta mi presencia acercándose cada vez más, la sombra de la muerte cerniéndose inexorablemente sobre él. Se da cuenta de que está el pestillo echado y se pone a llorar.

Ridículo.

Chilla, o hace algo parecido a chillar, y su pánico es música para mis oídos.

Lo agarro del cuello de la camisa y lo pongo bocarriba. Me siento sobre él a horcajadas. Quiero estar cómoda para trabajar lo mejor posible.

—Eó… es, no… or fav… r…

Su mirada es aterrada y suplicante cuando bajo la sierra y empiezo a decapitarle. Le hinco la hoja en la piel y doy

movimientos briosos, adelante y atrás, adelante y atrás.

La sangre sale disparada con fuerza en todas direcciones cuando secciono la arteria carótida, convirtiendo la enfermería en un mosaico donde resuenan gritos de horror. Salpica las paredes, al niño inconsciente y mi cara, metiéndoseme incluso en la boca, pero, en vez de darme asco, me la trago y la saboreo. Es el sabor de la victoria.

Padre muere de inmediato, pero sigo serrando. Cuando al fin, con los músculos doloridos, consigo separar la cabeza del resto del cuerpo, le doy un beso en la frente. No por cariño. No por remordimiento.

Sino porque es un símbolo de que al fin ha llegado mi hora.

Capítulo 19

IRIEL

Fortaleza de Korhorg, el Imperio

Ha sido una noche de sueños inquietos, y por eso me despierto cuando noto que mi almohada está húmeda.

Al principio, aún atontado, pienso que se debe a una sesión de besos nocturnos con Luba, pero a la luz de la luna mis dedos aparecen teñidos de sangre.

Entonces la veo: la cabeza decapitada de padre está tan cerca de mí que las puntas de nuestras narices se rozan, y sus ojos muertos, vidriosos y desorbitados apuntan a los míos.

Grito y salto. Entonces oigo una voz. Esa voz.

—Iriel.

Es Luba.

Detrás de él está Eósydes, tan cubierta de sangre de la cabeza a los pies que su pelo largo y negro todavía gotea. Tiene agarrado a Luba y apoya un cuchillo en su garganta. Un fino hilillo de sangre se pierde dentro de su camisón blanco y lo tiñe de rosa.

—Eósydes… ¿qué…? ¿Qué…? ¿Pero qué estás haciendo?

Miro la cabeza de padre, que ha rodado en cuanto he saltado de la cama y ahora está en medio del colchón, como una máscara macabra. Se me eriza todo el vello del cuerpo y me dan escalofríos. Esto no puede ser real, debe de ser una pesadilla, pero el miedo que siento es tan intenso que no puede ser producto de mi imaginación.

—Pero ¿qué has hecho? —musito.

—¡Iriel! —me llama de nuevo Luba con apremio. Sus grandes ojos verdes están inundados de lágrimas—. ¡Corre! ¡Vete!

—Suéltale. Suéltale, Eósydes, por favor.

—No —responde ella tranquila.

A la luz de la luna, la piel de mi hermana tiene un tono plateado, y sus ojos grandes y negros se asemejan a dos pozos sin fondo. Ni siquiera parece una criatura de este mundo. Da miedo. Mucho. Sé que es capaz de cualquier cosa.

Con cuidado, tratando de no hacer movimientos bruscos, señalo la cabeza de padre.

—¿Por qué?

Ella se encoge de hombros, como si le hubiera preguntado qué le apetece comer mañana.

—Ya sabes, un poco por esto, un poco por aquello. Porque estaba viejo y enfermo y ya era una carga. Porque le daba igual el destino del Imperio. Porque voy a ser la próxima Emperatriz y esto entraba en mis planes.

Trago saliva mientras mi cabeza va a mil por hora. Tengo que escoger muy bien mis palabras o la cabeza de Luba hará compañía a la de padre.

—Eósydes, nos iremos, ¿vale? Luba y yo nos marcharemos ahora mismo, si nos dejas. No supondré ningún obstáculo en tu camino, solo deja que nos vayamos. De todas maneras, teníamos pensado fugarnos.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes?

—Llevo tiempo espiándoos. También sé lo mucho que quieres a este… pinche de cocina —dice con asco.

Clava un poco más el cuchillo en la piel de Luba, que gime desesperado. Me acerco, pero ella ruge.

—Da un paso más y lo degüello.

—¡Dime qué es lo que quieres!

—Hacerte daño. Así de simple.

—Entonces házmelo —grito desesperado—. ¡Luba no te ha hecho nada!

—A veces, la mejor forma de herir a alguien es atacando a lo que más ama.

Cuando dice eso, hinca el cuchillo en la garganta, abriéndole una herida espantosa.

—¡NO! —grito.

Luba abre los ojos como platos y se lleva las manos al cuello, pero Eósydes lo empuja y cae de bruces al suelo. Vuelo hasta él y le doy la vuelta. La herida parece una segunda boca, algo que va a tragarse la vida de mi amado. Me falta la respiración. Como en un sueño, agarro la primera camisa que encuentro y tapono la herida, pero es inútil. Sangra a raudales.

Eósydes se acuclilla junto a nosotros y deja caer algo sobre el pecho de Luba. Es aguja e hilo.

—En realidad, hermano, lo que quiero no es diferente a lo que tú querías. Quiero que cojas a tu cocinitas y os marchéis de aquí. Quiero que huyáis, o al menos que lo intentéis. Denunciaré tu desaparición y tendrás a un montón de soldados buscándote por las montañas. Quiero que te sientas acorralado. Perseguido. Desesperado, asustado, desamparado y solo. Pero, sobre todo, quiero que veas cómo la vida de tu Luba se esfuma a cada segundo que pasa, y quiero que recuerdes siempre que el culpable de su suerte has sido tú.

—No…

—Te dejo hilo y aguja para que puedas coserle la herida. Aunque, en realidad, lo único que pretendo es alargar su sufrimiento. Que muera tan rápido no es divertido. Prefiero que pienses que puedes salvarle, que hay un rayo de esperanza, por minúsculo que sea, y que luego fallezca en tus brazos por la infección. Y así, querido hermano, voy a hacerte daño. Así voy a vengarme de ti por haber entorpecido mi camino.

Sin más, se levanta y dirige sus pasos hacia la puerta, como si nada hubiera pasado.

—¡Voy a matarte! —rujo—. ¡Te juro que algún día me vengaré por todo lo que me has hecho!

Ella se ríe con suavidad y se detiene en el marco de la puerta. Su esbelta figura queda recortada por las luces y las sombras.

—Puedes intentarlo. Y, cuando lo hagas, ahí estaré para rematarte.

Capítulo 20

IRIEL

Fortaleza de Korhorg, el Imperio

La pierna siempre me falla cuando más la necesito, pero no permito que el dolor y el agarrotamiento me impidan seguir tirando de Luba, así que avanzo todo lo rápido que él puede.

—¡Vamos, Luba! ¡Vamos, cariño, corre!

Intento no ponerme histérico ni fijarme demasiado en la espantosa herida que la psicópata de mi hermana le ha abierto en la garganta. Pero no puedo. La sangre corre como un río rojo por el cuello de Luba, empapa toda su ropa y también la mía. Está pálido, ojeroso y tirita. Apenas se mantiene en pie.

Aunque me he guardado la aguja y el hilo en el bolsillo, no he sido capaz de coserle. Estoy tan nervioso que las manos me tiemblan muchísimo y sé que en estas condiciones no lo solucionaría, sino que le haría todavía más daño. De todos modos, mi objetivo es salir de aquí cuanto antes y poner tantos kilómetros entre Eósydes y Luba como sea posible.

Sé que estoy haciendo justo lo que ella quiere, pero también que, si no me marcho, matará a Luba la próxima vez que lo vea. La opción de pedir auxilio a los Consejeros queda descartada. Una vez muerto padre, son tan peligrosos para mí como mi hermana. Bueno, casi. Por eso he decidido evitar los pasillos centrales y he tomado la ruta de las mazmorras para salir por una desembocadura secreta que conozco.

—Vamos, Luba, ya llegamos, aprieta la herida, eso es, sí…

Estoy desesperado. Luba se está desangrando por mi culpa y lo único que puedo decirle es que se tapone la herida. ¿Pero qué más puedo hacer? El pánico no me deja pensar. Tengo que huir, ponerle a salvo del monstruo. Un paso tras otro, y otro, y otro, y entonces… una voz. Una voz temblorosa y entrecortada de mujer.

—¿Hola? ¿Quién hay ahí?

Nos paramos en seco.

La voz proviene de una de las celdas. A pesar del aturdimiento, me doy cuenta de que son los prisioneros: la mujer, la anciana y el muchacho a los que interrogaron y sentenciaron a muerte en la Plaza Mayor.

En cualquier otro momento me hubiera parado y los habría ayudado a conseguir la libertad, a huir de un destino tan injusto y cruel, pero Luba está desfallecido y solo pienso en sacarlo de aquí sin perder un segundo.

Así que reanudo la marcha.

—¡Vamos!

Luba da otro paso renqueante.

—Morirá si no actúas de inmediato —advierte la voz.

Entonces la veo. La figura de la anciana emerge de la oscuridad y agarra los barrotes con sus gastadas manos. Nos observa. Nos analiza. Hago un esfuerzo y recuerdo su nombre. Emily. Por detrás de ella aparece el muchacho, que recuerdo que se llama Eyzar.

—Tengo aguja e hilo.

—Entonces ¿por qué no le coses? —pregunta el chico.

—¡Tengo prisa, no puedo ayudaros!

—No lo hace porque no sabe —le responde Emily a Eyzar—. ¿Qué va a saber hacer alguien criado entre algodones?

Trato de ignorarles, pero cuando intento seguir arrastrando a Luba hacia la salida, él no puede más y cae de rodillas.

—¡No! —grito—. ¡Arriba!

Me dispongo a cargarlo en brazos cuando la anciana dice algo que hace que me detenga:

—Si nos sacas de aquí, le coseré la herida a tu amigo.

Me vuelvo para mirarla. Es una mujer menuda y arrugada. Sus ojos tristes me cuentan todas las penurias y calvarios que ha tenido que sufrir a lo largo de los años, pero desprende fortaleza, seguridad en sí misma y sabiduría, que es justo lo que le hace falta a este mundo de locos.

—¿Sabrías hacerlo?

—Si no supiera, no te lo ofrecería.

Casi sin pretenderlo, me acerco para verla mejor. Entonces distingo un tercer bulto detrás de ellos.

—Es mi hija, Sally —dice Emily sin necesidad de que le pregunte—. Desde que condenasteis a muerte a su hijo, no se levanta.

—Aunque quisiera sacaros de aquí, no tengo la llave de los calabozos.

—Pues piensa rápido, príncipe, porque a tu amigo no le queda mucho tiempo.

—No soy un príncipe —mascullo—. Y no es mi amigo, es mi amor.

Podría dejarlos aquí, ignorar sus súplicas y largarme con Luba, pero no soy estúpido. Morirá si no recibe atención inmediata, y esta es la única ayuda de la que dispongo ahora mismo. Así que, preguntándome si estoy haciendo lo correcto, lo tiendo en el suelo con suavidad y le beso la frente perlada de sudor frío y sangre.

—Aguanta, ahora vengo… aguanta…

Intento orientarme bajo la pobre luz de las antorchas de las mazmorras. Con la humedad y la tensión, la pierna me duele una barbaridad y la arrastro como si fuera un trozo de carne inútil. El odio que siento hacia Eósydes se intensifica a cada segundo. Es un auténtico peligro, y ahora el Imperio entero ha caído en sus garras. Primero, mi pierna; luego, padre (que no es que le tuviera mucha estima, pero de ahí a cortarle la cabeza va un trecho), y ahora, Luba. No sé cuándo, no sé cómo, pero me vengaré de ella.

Entonces mi pie tropieza con algo duro. Me inclino y veo que es una piedra. Me encojo de hombros, ¿qué alternativa hay? Vuelvo corriendo a la puerta de la celda tratando de no mirar

demasiado a Luba porque se me parte el corazón.

—Voy a intentar reventar la cerradura —anuncio.

—¿Dónde está mi hijo?

Es la mujer joven, la que estaba acurrucada en el suelo. Se ha acercado y tiene el rostro, macilento y demacrado. Por sus ojos rojos e hinchados se nota que ha estado llorando mucho, y tiene varias heridas en la cara que estoy seguro de que se ha hecho ella misma con las uñas. Además, cuando agarra los barrotes me parece ver algunas marcas antiguas en las muñecas…

—¿Qué le habéis hecho? ¿Dónde está? ¡Es inocente, maldita sea! ¡Los monstruos sois vosotros! —brama.

Su mano sale disparada e intenta agarrarme del cuello. Lo habría conseguido de no ser porque su madre la agarra y aparta un poco.

—¡Para, Sally! ¿No lo entiendes? ¡Es la única oportunidad que tenemos de salir de aquí y librarnos de la ejecución!

Sally mira a su alrededor, desquiciada. Me da la impresión de que está desorientada y asustada, además de herida, y de nuevo siento pena por ella, pese a mis circunstancias.

—Sally, escúchame… escúchame, por favor, escuchadme todos. Sé que me veis como al enemigo, pero si estoy aquí y ahora en esta situación, con mi pareja a punto de morir desangrada como un animal, es precisamente porque no soy como ellos. Mi hermana ha decapitado a padre, al Emperador, y luego le ha hecho esto a la persona que más quiero en el mundo. Quiere despejar el camino para tenerlo libre para ella.

Durante unos segundos se hace el silencio; solo se oye a Luba luchar por su vida. Entonces, Eyzar me mira a los ojos y dice:

—Te creo. Eres el único que no quería cortarnos la cabeza en la Sala de Actos Extraordinarios.

—Necesito ayuda, y vosotros también. Sálvalo —le suplico a la anciana—, y te prometo que os ayudaré a recuperar al niño.

—Bien. Revienta la cerradura, muchacho, que no tenemos todo el día, y él menos —responde Emily con decisión.

Capítulo 21

EÓSYDES

Fortaleza de Korhorg, el Imperio

—Hoy es un día aciago para el Imperio —digo, y mi voz resuena grave y serena desde el atril por el amplio salón del trono donde están reunidos los Consejeros con sus hipócritas caras largas y sus vestimentas de luto. Todos me miran muy atentos y extiendo los brazos para abarcar el ataúd de ébano que hay a mi izquierda—. La trágica muerte del Emperador Nyra ha sido, sin lugar a dudas, un golpe durísimo para todos nosotros, como también lo es, por supuesto, la desaparición del heredero, mi hermano Iriel. Como encargada del control monetario, no escatimaré en gastos para encontrarlo.

Se hace el silencio durante unos instantes hasta que uno de los Consejeros pregunta con un hilillo de voz:

—¿Fue él? ¿Iriel asesinó al Emperador?

Me encojo de hombros, pretendiendo estar perturbada.

—¿Cómo puedo saberlo? Me parte el corazón pensar que mi dulce hermano sea capaz de cometer tal atrocidad, pero padre ha sido asesinado e Iriel no está. ¡Demasiada coincidencia! Con todo mi pesar, creo que es probable que lo matara en un arrebato de ira y que luego le asustaran las consecuencias y huyera.

—Pero ¿por qué iba a hacer algo así? ¿Qué motivos tendría? —cuestiona otro Consejero.

—¿Qué sé yo? Por la cabeza de un loco pasan tantas cosas…

Sin embargo…

—Sin embargo, ¿qué?

—Padre y él no se llevaban demasiado bien —digo adoptando un tono confidencial—. Como todos sabréis, Iriel tenía unos ideales un poco… excéntricos. En privado, padre y él discutían a menudo sobre las medidas que mi hermano quería implantar en el Imperio una vez que padre ya no estuviera. Quizá la última pelea se le fue de las manos. Creo que es lo más probable.

—Una trágica noticia. No obstante, el Imperio no puede quedarse sin Emperador. Hay que nombrar a un sucesor —apunta el Consejero Theodor.

—Por supuesto —convengo con una sonrisa forzada—. Como dictan las leyes de nuestro Imperio, al no dejar el último Emperador descendencia masculina, el próximo será escogido por votación entre los Consejeros. Os recuerdo, caballeros, que no está permitido votarse a uno mismo —apostillo, fingiendo hacer un chiste—. Mientras tanto, ¡que traigan la comida y la bebida para dar la bienvenida al nuevo sucesor!

Dicho eso, me retiro a un rincón mientras observo, paciente, que uno a uno los Consejeros se levantan de sus asientos y depositan su voto en la urna de cristal que preside la estancia. A la vez, los criados entran para dejar en las mesas contundentes bandejas de comida y jarras de vino especiado llenas hasta arriba. Luego se retiran, pero queda un muchacho que se acerca a mí y me ofrece una fuente de fruta con manos temblorosas. Está tan nervioso que no se atreve ni a mirarme a la cara.

—Mi señora…

—Cállate. ¿Has hecho lo que te pedí? —susurro mientras escojo una manzana verde y ácida para guardar las apariencias.

Él asiente. Está muerto de miedo. Bien.

—Estupendo. Ahora viene la segunda parte. Hazla como es debido y no haré daño a tu familia.

—S… sí, mi señora.

—¡Ah, espera!

—¿Sí?

Alzo la manzana.

—No me gusta la piel. Dame un cuchillo para pelarla.

Me tiende una pequeña navaja que hay en la misma fuente.

—¿Os sirve esto, mi señora?

La examino y asiento.

—Ve.

Le veo correr disparado hacia la salida mientras pienso que el amor es un arma de lo más eficaz. Cualquiera está dispuesto a vender su alma al diablo con tal de salvar a sus seres queridos. Leyendo entre líneas, el amor te debilita.

Sonrío. Cuando los Consejeros han acabado de echar todas sus papeletas, me guardo la manzana y la navaja en el bolsillo y me acerco a la urna.

—¡Qué emoción, mis señores Consejeros! La suerte está echada. Ahora procederé a contar los votos.

Así lo hago durante un buen rato. Anoto las puntuaciones para los diversos Consejeros en una pizarra portátil que hemos traído, a fin de saber quién va en cabeza. A medida que el nombre de Theodor, el Consejero con más reputación, aparece una y otra vez, los demás se tragan la rabia y arman un falso jolgorio, aparentando que se alegran por su compañero. Para cuando termino de cantar el último voto, mi voz es ahogada por un mar de felicitaciones y aplausos.

—¡Theodor Emperador!

—¡Larga vida al nuevo Emperador!

—Os deseo un reinado largo y próspero, mi señor.

Theodor, un hombre de mediana edad y de pelo canoso y rizado, sube hasta el estrado donde está el trono con una sonrisa de oreja a oreja. Todo el disgusto simulado por la muerte de padre ha desaparecido de un plumazo. Me acerco a él y le tiendo una mano, sonriéndole.

—Enhorabuena —digo con voz melosa.

Él coloca una mano sobre mi hombro, condescendiente. Sus ojos oscuros brillan con maldad.

—Sé que te habría gustado ser la próxima Emperatriz, Eósydes. Sé de buena tinta que a menudo presionabas a tu difunto padre con tus fantasiosas ideas.

La sala enmudece de inmediato. Desde luego, todos quieren presenciar la humillación de Theodor a la hija del difunto Emperador y no perderse ni una palabra.

—No lo niego. Pero soy consciente de las leyes que rigen el Imperio —respondo alto y claro para que me escuchen todos.

—Me alegra oír eso. Como muestra de buena voluntad, y por respeto a la memoria del difunto Nyra I, permitiré que sigas siendo la gestora de la moneda, aunque tu padre te concedió ese puesto sin tener en cuenta la opinión de los Consejeros… siempre y cuando tu gestión sea eficiente, por supuesto. De todos modos, quiero que seas consciente de que es una excepción, y que recuerdes que las mujeres tienen su función en esta sociedad. Con tu edad, deberías estar casada.

Bajo la cabeza en señal de sumisión.

—Por supuesto. Os agradezco vuestra generosidad, Emperador, y prometo que empezaré a considerar la idea de unir mi apellido con el de alguna buena familia.

Los demás Consejeros irrumpen en aplausos. Algunos se ríen.

—¡Theodor! ¡Theodor! ¡Theodor!

Se dirige con paso seguro hacia el trono de piedra en el que se sentaba padre y planta su huesudo trasero en él. Nuevos rugidos de los Consejeros. Mientras aprieto los dientes se abren las puertas y aparece mi criado con dos copas de vino. Solo él. Justo a tiempo. Se acerca a mí y las cojo. Le tiendo una al Emperador Theodor.

—¡Propongo un brindis! ¡Por los tiempos venideros! —exclamo—. Tú quédate ahí y no te muevas —le murmuro al criado después.

Como ovejas en un rebaño, todos cogen sus copas de vino de la mesa y Theodor agarra la que yo le tiendo, aunque percibo un destello de sospecha en sus ojos.

—Oh, por favor, no pensarás que quiero envenenarte, ¿verdad? —digo con voz cantarina, y doy un gran trago a mi bebida para demostrarle que está limpia—. Soy una buena chica.

Satisfecho, él se pone en pie y alza su copa.

Me coloco detrás de él y disimuladamente me llevo una mano al bolsillo.

—¡Por el Imperio! —vocifera Theodor.

—¡Por el Emperador Theodor! —responden los Consejeros.

Y beben.

El efecto es tan inmediato como cuando lo probé con el desgraciado que me trajo el veneno.

No pasan ni cinco segundos y sus copas vacías caen al suelo antes de que lo hagan ellos mismos. Sus orificios empiezan a sangrar: los ojos, la nariz, la boca y los oídos. Algunos tosen y, cuando lo hacen, sacan trozos de estómago que salpican el suelo como si fuera uva machacada. Me maravillo de cómo el veneno tiene un efecto diferente en cada uno, pero al final mortífero en todos.

Sin embargo, no pierdo el tiempo en disfrutar del espectáculo. Ni el vino de Theodor ni el mío estaban envenenados, y mientras él malgasta unos preciosos segundos en entender lo que está sucediendo, tiro la copa al suelo y saco un trozo de cuerda fina del bolsillo para estrangularlo.

El cabrón que pretendía hacerse con mi trono se da cuenta de todo demasiado tarde. Intenta volver el rostro de ojos desorbitados hacia mí y le sonrío con dulzura. Aprieto cada vez más y observo cómo la sangre se le agolpa en la cabeza. Me araña las manos, pero ni siquiera me hace daño. El imbécil se mordía las uñas.

—¿De verdad pensabas que me iba a conformar con tus migajas? ¿Creías que después de matar a mi padre iba a someterme a tu mandato? Sí, sí, sí, tal y como sospechabas, idiota, fui yo. Asesiné a padre y ahuyenté a Iriel. Ahora no me quieras hacer creer que no teníais vuestros propios planes: acabar con Iriel cuando padre muriera y, seguramente, también conmigo si causaba problemas. Pero he sido más lista y rápida. Hace tiempo que el Imperio languidece y necesita mano dura. Por ejemplo, hay que controlar mejor la natalidad. Dos hijos por mujer son demasiados. ¡La sobrepoblación vuelve a asomar su fea nariz! ¡Y, ah, he pensado en marcar al pueblo! Un chip de control y rastreo bajo la piel. Así sabremos en todo momento dónde están y se acabó el problema con los rebeldes que se esconden en las montañas. Cero compasión. ¿No te parecen innovadoras mis ideas, Theodor?

Su cabeza es como una masa amoratada a punto de estallar. Un ojo le ha reventado, y la piel del cuello se le ha cortado. Su sangre me mancha los dedos. Al principio movía las piernas con desesperación, pero ahora ya solo es un leve pataleo. Sé que no le queda mucho.

—La razón por la que no te he envenenado como al resto es porque quería algo más de tiempo contigo. Sabía que saldrías vencedor de esta patética votación. Solo quería que supieras que voy a ser la próxima Emperatriz. Solo quería que mi rostro fuera lo último que vieras antes de morir. Y así ha sido.

Durante unos segundos veo el odio en su mirada, y poco a poco se apaga. Después muere, como todos los demás. Por fin le suelto y respiro hondo. Contemplo el mar de cadáveres que me rodea y me doy cuenta de la realidad: todas las personas que impedían que alcanzara mi más preciado sueño han desaparecido, y ha sido porque las he quitado de en medio.

Ya no queda nadie que se interponga entre el poder y yo.

Oigo un sollozo a mi espalda y me doy la vuelta. ¡Casi me había olvidado de él! El criado al que hice creer que mataría a su familia si no envenenaba todo el vino excepto el de las copas destinadas a Theodor y a mí.

—¡Oh, deja de llorar! ¡Todo ha terminado! —exclamo con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Ven aquí, vamos a celebrarlo!

Recela, pero tiene aún más miedo de desobedecerme. Cuando llega a mi lado, le palmeo la espalda y me coloco tras él, sujetándole por los hombros.

—¿Has visto? Eres testigo de una nueva era… ¿Cómo decías que te llamabas?

—E… E… Elías.

—Eso, Elías. ¿Me permites darte un consejo?

—Claro, mi señora.

Entonces saco la navaja que me dio para pelar la manzana y de un solo movimiento lo degüello con ella. Cae de rodillas y tiro el arma a su espalda sin apenas mirarlo. En su lugar, cojo la manzana y le doy un gran mordisco. La piel, lo que le da acidez, es mi parte favorita.

—Hay secretos que es mejor no saber, Elías.

Ya sola, camino hacia el trono, escuchando el sonido de mis tacones contra el suelo, viscoso por la sangre. Acaricio los reposabrazos y finalmente me siento, tomo una gran bocanada de aire y siento que he alcanzado la meta de mi vida.

Sonrío. Se avecinan grandes cambios.

Capítulo 22

JYNEK

Planeta Mykrymbel

—Ha llegado la hora.

—Lo sé. Pero no hace que sea más sencillo traicionar.

—Tejes destinos. Este es el tuyo. Debe suceder para que podamos llegar al momento final en el que se decidirá todo.

—Aun así, aunque todo haya sido una gran mentira desde el principio, me duele.

—No me digas que sientes algo por un ladrón. Cíon robó mi Llave.

—En realidad se la robó al Supremo.

—No lo justifiques. No es la Llave del Supremo. Yo se la di. Yo le hice Supremo porque me pareció que era el más sensato de todos, pero me equivoqué. Ha permitido el hurto de la cosa más importante que tenía que proteger. Pero nada de eso importa, ya que, sea como sea, no cambia el hecho de que Cíon es un ladrón.

Suspiro.

—Está bien. Lo haré, pero solo si me respondes.

—¿A qué?

—De entre todos los seres vivos del universo, me has escogido a mí para caminar juntos por las misteriosas sendas del destino. ¿Por qué? ¿Por qué yo?

—Hay ocho Especies Superiores en la galaxia, pero las tejedoras y los uknianos estáis a la par. Sin embargo, los coroné a

ellos. Y vosotras no habéis protestado jamás. Jynek, solo tú conoces toda la verdad. Estás implicada y me ayudas a avanzar. Si todos fueran como tú, todo sería más fácil.

—No soy tan honrada. He mentido. He traicionado. He conspirado.

—Ah, Jynek, pero te ciñes al destino y actúas en consecuencia, dejando tu corazón al margen. ¿No es ese el máximo sacrificio que se puede hacer?

Capítulo 23

CÍON

Planeta Ukrân-Shän

Sé que lo que estoy haciendo está prohibido. Soy consciente de que, si el Supremo o, aún peor, Kíor me descubrieran, supondría mi ruina.

Los uknianos recibimos estímulos sobre lo que está sucediendo en nuestros planetas, y los actos de nuestras especies tienen repercusiones inmediatas en el panel de puntuaciones, por lo que estamos enterados de su evolución en todo momento. No obstante, tenemos estrictamente prohibido ponernos en contacto con nuestros Marcados. Según las leyes, solo podemos hacerlo en casos excepcionales y con el permiso expreso del Supremo, lo que aún no ha ocurrido en todos los años que lleva vigente el Torneo de las Especies. De igual modo, tampoco podemos viajar a nuestro planeta, ni siquiera aunque no nos vean.

Sin embargo, necesito saberlo. Necesito ver con mis propios ojos qué ha ocurrido. El tablero de puntuaciones ha registrado una caída brutal en mi especie y he percibido sangre y caos. Abatido, pienso que esta vez no puede ser peor que cuando le di un objeto sagrado y robado a mi Marcado.

Solo quiero echar un vistazo rápido.

Así que abandono mi dimensión, transportando mi cuerpo y mente a la Tierra, al lugar desde donde me llegan las desgracias. Tardo poco en encontrar lo que busco.

Eósydes.

Así se llama la mortal causante de la tragedia. Ha desplegado todo el poder que ha conseguido mediante crímenes de sangre, y ahora reclama el trono del maldito Imperio. Se encuentra en una sala de piedra, hablando a un grupo de hombres sentados alrededor de una mesa que ella preside.

Mientras sobrevuelo sus cabezas, veo sus caras de terror. Me llegan nuevos datos, y sé que son cargos poderosos que dirigen los diferentes distritos del Imperio, tanto de los Barrios Altos como del pueblo pobre. Vista la evolución de la humanidad, sería fácil presuponer que un nutrido grupo de hombres no haría caso a una sola mujer, sino que la someterían y acabarían con su mandato en un parpadeo, pero Eósydes cuenta con algo que inclina la balanza a su favor: el poder del dinero.

Rodeada por banderas con el escudo del Imperio y engalanada con un ceñido vestido negro de cola, habla con autoridad a ese puñado de súbditos que la escuchan sin perderse una sola palabra.

—Muchas cosas van a cambiar en el Imperio, cosas que no funcionaban —dice—. Pero lo más importante, lo que tenéis que grabar en vuestra memoria y transmitir al pueblo es que, a partir de ahora, yo soy Eósydes I, la nueva Emperatriz. Mis órdenes serán acatadas sin rechistar, los cambios políticos se aceptarán sin ser cuestionados y el cuerpo de Consejeros queda anulado. Escogeré entre los Ciudadanos de Primera Categoría de los Barrios Altos a los hombres o mujeres que más aptos y leales me sean, y delegaré en ellos funciones que no pueda asumir. Sin embargo, quiero que quede claro que esto no era una democracia cuando vivía el Emperador Nyra I, y no lo será ahora que gobierno yo. Quien se atreva a cuestionarme, será condenado a muerte sin opción a juicio. Mi palabra es la ley.

Un hombre de melena rubia levanta tímidamente la mano. Eósydes lo fulmina con la mirada antes de concederle la palabra con un movimiento de cabeza.

—No quiero que me malinterpretéis, mi señora, no es que vaya a alzarme contra vos, ni mucho menos, pero, pero… me

preguntaba… cómo…

—¿Cómo lograré que un puñado de hombres que jamás han sido gobernados por una mujer no se rebelen?

—No quería…

—Claro que querías decir eso. El dinero es poder. Resulta que controlo la economía del Imperio, y el ejército sirve a quien le paga, como todo el mundo. A la más mínima señal de traición, os los echaré encima como perros rabiosos. Además, retiraré el presupuesto económico para el distrito que dirija el infractor y vuestra gente morirá de inanición. ¿Ha quedado claro?

El hombre rubio traga saliva y agacha la cabeza.

—Cristalino.

Eósydes pasea sus ojos oscuros entre los hombres, que no apartan la vista del suelo.

—¿Alguna pregunta más?

Otro hombre levanta la mano temblorosa y coge una gran bocanada de aire antes de hablar, como si se estuviera armando de valor.

—¿Sí?

—Disculpad mi atrevimiento, pero es algo que necesitamos saber. ¿Es cierto que habéis asesinado a vuestro padre y a todos los Consejeros para obtener el poder?

Eósydes no vacila. Responde con voz fuerte y clara y la cabeza bien alta:

—¿De qué me acusas? Son crímenes horribles penados con la muerte por la ley del Imperio.

—Mis disculpas, mi señora, no pretendía ofenderos. Pero, entonces ¿quién lo hizo?

—Tengo fundadas sospechas de que a mi amado padre lo asesinó mi hermano Iriel, que se ha dado a la fuga. ¡Su cabeza cortada apareció en su cama! No descansaré hasta encontrarlo y hacérselo pagar. En cuanto a los Consejeros… oh, fue horrible presenciar tal acto de cobardía. El Consejero Theodor envenenó a sus compañeros. ¡Quería alzarse como nuevo Emperador sin votación, sin competencia! Luego intentó matarme para que no entorpeciera su camino ni quedaran testigos. Tuve suerte de contar

con la ayuda de mi fiel criado, un chico llamado… —hace un gesto pensativo, pero después mueve la mano—, bueno, su nombre no importa. El caso es que entre los dos conseguimos acabar con Theodor, en defensa propia, claro. Por desgracia, el muchacho perdió la vida a causa de las heridas que sufrió.

—Qué accidente más terrible.

—Así es, pero alguien tiene que asumir el mando, y esa seré yo. ¿Algo que objetar?

Silencio.

Siento nuevas sensaciones y los pensamientos de esos hombres. Ninguno o casi ninguno la cree. Eósydes también lo sabe. Piensan que ella los mató, como realmente fue, pero al negar los crímenes y no haber testigos ni pruebas no pueden acusarla. Saben que es muy inteligente y despiadada, y eso la hace aún más peligrosa a sus ojos. Justo lo que ella quiere: causarles el suficiente temor y el respeto necesario para que la acepten como nueva soberana.

Una tragedia espantosa. El peor camino que podía tomar el Imperio.

Ya he tenido suficiente. Necesito hablar con Jynek.

Capítulo 24

CÍON

Planeta Mykrymbel

Abandono la Tierra, pero no regreso a Ukrân-Shän. Sé que ella no está ahí, sino en su hogar, en la oscura y fría cueva en la que brilla una siniestra luz azul. Está tejiendo en su telar. Los hilos del destino de los seres vivos escapan de sus innumerables dedos para crear el futuro.

—Sé lo que has hecho. Huelo la trampa en tu piel. Lo he visto —me dice a modo de saludo con su voz estrangulada, que es poco más que un susurro—. Has estado en ese condenado planeta tuyo otra vez. No se puede. Está prohibido.

Jynek, como el resto de su especie, tiene una forma peculiar, con una silueta amorfa y grisácea, múltiples ojos lechosos dispuestos por todo el rostro y cien brazos con mil dedos que tejen sin parar.

Estoy completa y perdidamente enamorado de ella.

Un sentimiento que es correspondido. Por eso Kíor me odia tanto.

Nuestra rivalidad empezó hace muchísimos años, cuando nuestra especie conoció a las Tejedoras del Destino, que se habían ganado el derecho a ser reconocidas como una de las ocho Especies Superiores.

Fue un flechazo. Cuando la vi aparecer, de inmediato supe que quería pasar la eternidad junto a ella. Sin embargo, al

principio Jynek no me hizo más caso del que le habría hecho a una mota de polvo en su ropa. Me costó décadas acercarme a ella. Tal fue mi empeño por conseguir el amor de un ser de otra especie que llamé la atención de mis compañeros uknianos. Y Kíor también se fijó en Jynek.

Le odié por intentar arrebatármela. ¿Qué derecho tenía él a tratar de echar por tierra mi esfuerzo y dedicación durante tanto tiempo? Pero eso jamás importó a Kíor, y luchó tan duro como yo por su corazón. Durante muchos años, competimos por la atención de nuestra musa, que parecía estar siempre indecisa. Una de cal y otra de arena, un mes favorecía a uno y al siguiente al otro. Pías, a la que siempre he considerado mi fiel amiga, me decía que me olvidara de Jynek, que alguien que jugaba así con dos almas no merecía la atención de ninguna. Pero más allá de la pasión inicial, la situación ya había derivado en una guerra personal entre Kíor y yo.

El día que Jynek me escogió a mí, no a Kíor, fue el más feliz de mi existencia. Sentí que por fin podía respirar de nuevo. Sin embargo, en ese momento Kíor juró vengarse de mí por haberle arrebatado a la que él creía que era su amada. Amenazó con destruirme.

En cierto modo, lo ha conseguido: su especie va en cabeza y la mía en último lugar.

Siempre he sospechado que hizo trampas, pero no he podido demostrarlo. Su especie, los volokianos, son terribles: peligrosos, violentos y destructivos. De hecho, declararon la guerra a la especie de Pías, los tamatianos. Durante años me he preguntado cómo es posible que encabecen el Torneo de las Especies y que mis humanos estén en último lugar, pero, por lo visto, los parámetros por los que se rige el Torneo los favorecen. No puedo negar que son más inteligentes que mis humanos, pero, aun así, algo no encaja.

No obstante, todas las desgracias que nos sucedan a mis hijos o a mí son soportables si puedo tener a Jynek a mi lado. La abrazo por la espalda, pero ella se tensa.

—No he podido evitar acercarme para ver qué sucedía —le

susurro—. Lo siento.

Jynek se suelta y me mira con dureza.

—Sabes que está prohibido. Kíor sospecha de ti. Si se entera el Supremo, el castigo será legendario.

—¡Y si pierdo el Torneo de las Especies también! Seré eliminado, yo y todos los humanos, así como la Tierra. —Un momento de silencio—. Sería apartado de tu lado —murmuro.

—Conozco las normas —dice secamente.

—¡Pues deberías saber mejor que nadie lo preocupado que estoy! La peor de las humanas está al mando del Imperio. Mis opciones para remontar son casi nulas… ¿Qué voy a hacer ahora?

—¡Bah, por favor! ¿Crees que soy estúpida? Hace tiempo que sabes que vas a perder, y no has dudado en buscar una solución desesperada.

—¿Qué?

—¡Ladrón!

Me quedo helado. Lo sabe. Al instante, me siento estúpido. Claro que lo sabe. ¿Cómo no va a saberlo? Es el maldito trabajo de las Tejedoras del Destino.

—Jynek, por favor…

Se aleja.

—Tus humanos están condenados, Cíon. Van a morir, y tú también. Así deben ser las cosas porque así está escrito el destino.

—No…

—Sin embargo, debo pedirte disculpas. He hecho lo que debía.

El corazón me da un vuelco. Un escalofrío recorre mi cuerpo.

—¿Qué has hecho?

—Contar la verdad.

Entonces aparecen. Todos ellos: los uknianos al completo y el Supremo. Y Kíor, mi eterno enemigo, va en cabeza con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro. Tras él, el Supremo me mira con decepción y Pías tiene lágrimas en los ojos. Aparto la mirada y me vuelvo hacia Jynek.

Me llevo una mano al corazón. Me duele, físicamente.

—Pensaba que me querías.

—El amor es voluble.

Kíor se acerca con sus dientes como cuchillos y su sonrisa macabra, y me susurra al oído:

—Te dije que te hundiría. ¿Y qué mejor manera que con la colaboración de Jynek? Si ella no te hubiera delatado ante el Supremo cuando yo se lo pedí… Si no le hubiera mostrado los hilos del destino en los que salías viajando a la Tierra… Ahora ella es mía, y tú estás acabado.

Le empujo, con su risa taladrándome los oídos.

—¿Qué te ha dado a cambio de que me traiciones? —le grito a Jynek.

Ella guarda silencio, pero Kíor vuelve a tomar la palabra. Está disfrutando muchísimo.

—¿Quieres saberlo? —dice con voz melosa—. Te lo diré. Cuando mi especie venza y yo sea el próximo Supremo, ella será mi mano derecha y gobernaremos la galaxia juntos. Tú y tus humanos seréis aniquilados. Así será, querido Cíon, como al final me cobraré mi venganza.

Intento que Jynek me preste atención, pero tiene una expresión tan imperturbable que me molesta todavía más que si estuviera llorando.

—¿Es verdad? ¿Me has vendido por poder?

Solo obtengo silencio.

—¡Basta! —brama el Supremo, y se eleva en el aire. Su pecho se infla y proclama—: Cíon, de la Especie Superior de los uknianos, tenemos pruebas de que has viajado a la Tierra y de que has tenido contacto directo con tu Marcado. Has roto la regla más sagrada del Torneo de las Especies: no intervenir. ¿Qué pretendías?

Me niego a contestar. Estoy acorralado y aturdido, y nada de lo que diga podrá ayudarme. El Supremo interpreta mi silencio como más le conviene.

—Como Supremo de la galaxia, te declaro culpable de pretender cambiar el destino de tu especie con el fin de alterar el resultado del Torneo de las Especies.

—¿Cuál es mi castigo, Supremo?

—Permanecerás en Axgaroth hasta que decida la condena que

mereces.

Capítulo 25

EYZAR

Fortaleza de Korhorg, el Imperio

Lo que me sucede es muy extraño.

Estoy arrodillado en el suelo de las mazmorras, con la cabeza del chico llamado Luba sobre las rodillas, sujetándole para que Emily pueda coserlo. Pero en un abrir y cerrar de ojos ya no estoy ahí, o al menos mi consciencia no lo está.

La bestia me reclama.

Cíon.

Es como si un gancho invisible me tirara por debajo del ombligo y me transportara a un lugar que no puede pertenecer a este mundo: un vasto océano de lava con una inmensa roca sobresaliente. Encadenado a esa roca está él, mirándome con sus extraños ojos.

Me dedica una sonrisa triste.

—Bienvenido a Axgaroth, Eyzar.

Debería tener miedo, pero solo siento curiosidad.

—¿Quién eres? ¿Qué eres? ¿Qué quieres?

—Haces muchas preguntas. Eres curioso. Me gustan los humanos que quieren aprender. Pero ve una a una, por favor. Estoy cansado.

—Vale —acepto con cautela—. ¿Qué quieres?

—Ayudaros.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —inquiere. Parece genuinamente sorprendido—. Lo cierto es que es una buena pregunta. ¿Por qué los humanos merecerían la salvación? ¿Tú qué crees, Eyzar?

—No estoy seguro de que nos la merezcamos.

—Yo tampoco.

—Los humanos son destructivos. Asesinan. Corrompen. Violan —explico, y la voz se me quiebra al recordar el cuerpo ensangrentado de mi hermanito en el armario y a mi madre tendida en el suelo con el camisón levantado. Por más que lo intente, esas horribles imágenes no me abandonan, han quedado grabadas a fuego en mi memoria—. Fueron humanos los que vinieron a mi refugio y masacraron a otros humanos. Pero tú estabas allí, ¿verdad? Viste lo que hicieron. No hace falta que te lo explique.

—No, no hace falta. Conozco vuestra maldad, aunque, créeme, no es el único tipo de maldad que he tenido la desgracia de conocer —susurra la bestia entristecida. Me da la impresión de que podría echarse a llorar en cualquier momento y estoy tentado de preguntarle qué le ocurre. Sin embargo, dice algo que me llama la atención y hace que me olvide del resto—: Aun así, quiero ayudaros.

—¿Por qué? ¿De qué estás hablando?

—Dentro de poco, la humanidad será destruida. Trato de impedirlo.

—¿Por quién?

—Por el Supremo de mi especie.

—¿Quiénes sois?

—Mi nombre es Cíon. Soy un ukniano y también el creador de la especie humana. Hay otros como yo que crearon otras especies, pero yo soy vuestro responsable.

—¿Quieres decir que eres nuestro dios?

—Esa es una etiqueta que usáis con ligereza. No soy un dios. Si lo fuera, no estaría preso.

—¿Por qué te han hecho esto?

—Por intentar ayudaros, por inmiscuirme en el Torneo de las Especies y tratar de cambiar vuestro destino. Han descubierto… —

se le traba la voz, pero se aclara la garganta y sigue con cierto esfuerzo—. Han descubierto que os visité. Probablemente sepan que te di la Llave.

—¿Qué es el Torneo de las Especies?

Cíon suspira. Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás, como si estuviera evaluando qué decir y qué no. Al final, se encoge de hombros.

—Supongo que no tengo nada que perder. El mero hecho de estar hablando contigo constituye otro delito, pero, por otra parte, ya estoy condenado. ¿Qué más pueden hacerme? Todos sois un experimento de los uknianos. Cada uno de nosotros creó una especie diferente y la alojó en un planeta. Durante siglos habéis sido los protagonistas, sin saberlo, de un concurso galáctico. El creador de la especie ganadora será nuestro próximo Supremo, y el de la perdedora será destruido, y con él, su creación y su planeta. Adivinas en qué lugar habéis quedado los humanos, ¿no?

—Hemos perdido —susurro.

—¡Estrepitosamente! Al principio de los tiempos me dieron una puntuación asombrosa por la creación de la Tierra, ¡era el mejor planeta de todos, con diferencia! Tendrías que haber visto la bazofia que hicieron los demás. Sin embargo, habéis destrozado vuestro maravilloso hogar azul, mientras que otras especies con peor planeta mejoraron el suyo. Eso os hizo bajar en el *ranking* muuuuchos puntos. Pero si solo fuera eso… —se lamenta—. Sois malos. No hay otra palabra para describiros.

—Entonces ¿por qué quieres ayudarnos?

—Porque me siento responsable. Sois… mis hijos. Todos y cada uno de vosotros, los buenos como tú y los malvados como Eósydes. ¿Y qué se hace cuando tus hijos se descarrían? ¿Se les abandona? ¿Se les mata? ¿O se les intenta dar otra oportunidad, aunque no la merezcan? —suspira y baja la cabeza—. Solo trato de ser un buen padre. Espero que puedas comprenderme.

—¿Por eso me diste la Llave?

—Así es.

—¿Qué hago con ella?

Cíon niega con la cabeza.

—Si te lo contara, sería demasiada información por hoy. Tengo otro problema más grave que resolver. Necesito enviarte una ayuda que aún no sé cómo encontrar. Pero lo haré. Te lo prometo. No os fallaré.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer mientras tanto?

—Protege la Llave. No dejes que caiga en malas manos.

Me siento confuso y triste. Desesperanzado.

—¿Por qué yo?

—Por qué tú, ¿qué?

—Sabes a lo que me refiero. ¿Por qué me diste la Llave a mí? ¿Por qué elegir a un chaval que no sabe nada de la vida?

Cíon me mira a los ojos. Se me revuelve el estómago.

—Cada ukniano escoge a su Marcado. Vi algo en ti que escasea en la especie humana. ¿Sabes qué es?

Niego con la cabeza.

—Justo eso. Humildad. Pero sobre todo bondad. Sin embargo, los Marcados debéis estar muertos para que un ukniano pueda ponerse en contacto con vosotros.

Por un momento el impacto de sus palabras me deja helado. Entonces me doy cuenta. Una parte de mí supo desde el principio que la flecha que me clavaron la noche en que mi familia fue asesinada había sellado mi sentencia de muerte. Como si me estuviera leyendo el pensamiento, Cíon dice:

—No creerías que esa flecha no había sido mortal, ¿verdad?

—Así que me devolviste la vida para que hiciera algo que aún no puedes contarme.

—Es una breve manera de explicarlo.

—Cuando termine, ¿podré volver con mi madre y mi hermano?

—Eso dependerá de lo que creas que hay después de la muerte, Eyzar —contesta con severidad la bestia, que ya no me parece tan bestia.

Sé que podría preguntárselo y me contestaría, pero conocer la respuesta me da demasiado miedo. ¿Y si después de la muerte no hay nada, solo oscuridad infinita?

Prefiero la ignorancia.

No obstante, hay algo que sí quiero saber.

—Tengo una última pregunta.

—Dime.

—¿Jeyd es… es otro de los vuestros? ¿Un ukniano? ¿O quizás es de otra especie, una de las que crearon tus compañeros?

Por el silencio que sigue y la cara de sorpresa de Cíon, sé que no es nada de eso.

—¿Jeyd? —repite, y su voz suena un tanto aguda—. ¿Quién es Jeyd?

Antes de que me dé tiempo a contestar, noto que se introduce en mi mente y escarba en mis recuerdos. A través de mí, ve la grabación que pasaron en la Sala de Actos Extraordinarios en la que el niño se convertía en esa cosa extraña.

Gime.

No es un sonido agradable.

—Oh, mierda —masculla.

Entonces, tan rápido y repentino como empezó, se corta la conexión y vuelvo a abrir los ojos en los calabozos, solo que ahora veo los rostros de mis compañeros flotando por encima de mí, pendientes de mi estado. Por el rabillo del ojo percibo que Luba está tendido a mi lado, con la herida cosida, y que respira de forma irregular. Noto las ásperas manos de Emily en mis mejillas.

—¡Gracias al cielo! —exclama mientras Iriel me ayuda a incorporarme—. ¿Qué te ha pasado? De golpe, te has desmayado.

Trago saliva. No sé ni por dónde empezar.

—Tengo algunas cosas que contaros. Pero antes debemos salir de aquí.

Capítulo 26

CÍON

Prisión de Axgaroth

Cuando ya nadie me ve, me pongo a llorar, y al enjugarme las lágrimas negruzcas y aceitosas me planteo si soy un dios o una bestia, como parece preguntarse mi Marcado.

Me duele saber que he fracasado y que mi creación está condenada a la extinción porque ya no sé cómo ayudarla. Estoy desesperado. Me indigna que Kíor se haya burlado de mí y haber decepcionado a Pías. Pero lo que más me atormenta es la traición de Jynek. Recuerdo su voz queda, su mirada esquiva. Ni siquiera se dignó a mirarme a los ojos. Al final resultó que el amor que decía sentir por mí era mentira y que su corazón siempre perteneció a Kíor. ¿Cómo ha podido hacerme esto? ¿Cómo ha sido capaz de delatarme ante él y el resto de mi especie? ¿Cuánto tiempo lleva besándome en los labios y luego, a mis espaldas, haciéndole lo mismo a Kíor?

Oh, joder, cómo duele. Duele tanto… Y por si fuera poco, tengo que sumarle el asunto del Ente de la Nada y el Todo.

Está ahí, en la Tierra. ¿Qué querrá? ¿Qué sabrá?

Probablemente todo. Al fin y al cabo, es su Llave.

Entonces se oye un crujido sobre mi cabeza y los cielos se abren. Una ukniana acaba de entrar en Axgaroth y desciende hasta colocarse a mi lado, en mi roca. Durante un largo instante nos miramos a los ojos. Al final decido aclararme la garganta y

saludarla con una leve inclinación de cabeza.

—Hola, Pías. Gracias por venir a visitarme. Supongo que te habrá costado lo tuyo obtener el permiso del Supremo, pero siempre es reconfortante ver una cara amiga.

—¿Lo soy?

—¿Qué?

—Has dicho que es reconfortante ver una cara amiga, pero tengo mis dudas sobre si tú y yo lo somos de verdad.

—Supongo que estás molesta porque no te conté lo que estaba haciendo.

—Te defendí ante Kíor. Sabes cuánto le odio. Y resulta que tenía razón —masculla—. ¡Me ha dolido!

—Lo siento. Sé que no sirve solo con eso, pero es lo único que puedo ofrecerte. Ya no me queda nada.

—Oh, deja de hacerte la víctima. Lo detesto.

Sigue un momento de silencio entre ambos en el que ella me mira a mí y yo me centro en el mar de lava, abatido.

—¿Para qué has venido, Pías? —pregunto al final en voz baja.

—No debiste… —empieza de nuevo, y siento los inicios de una cefalea.

—Para, te lo ruego. Estoy en la miseria, nada puede arreglar lo que hice y Axgaroth nos absorbe la vida. El poder. La energía. Poco a poco, hasta que quedamos reducidos a algo menos que un saco de huesos. Es una tortura lenta para tener que escuchar más sermones.

—No vas a estar aquí tanto tiempo como para que pase eso.

—No, es cierto, solo hasta que el Supremo decida qué hacer conmigo. Te lo volveré a preguntar. Pías, agradezco mucho tu compañía, pero ¿a qué has venido?

Se queda taciturna contemplando mis cadenas.

—No es justo —susurra.

—¿El qué?

—Alguna vez me has comentado que te parece extraño que los volokianos de Kíor estén en el primer puesto del Torneo de las Especies con lo malvados que son.

—Así es.

—Bueno… yo tampoco me lo explico. Ya sabes… ya sabes lo que les hicieron a mis tamatianos.

—Lo sé. Fue espantoso.

—¡Exacto! ¿Cómo es posible que tú estés en esta situación tan desastrosa y él en una tan privilegiada?

—Qué sé yo…

Se acerca tanto a mí que nuestros labios se rozan. Sus ojos verdes brillan y crean un contraste terrorífico con la lava.

—¿Y si hizo trampa? —susurra.

—Eso pensé, pero ¿cómo? Yo lo he intentado y me han atrapado.

—¿Y si ha sido Jynek?

—¿Qué?

Nos quedamos callados. Nuestros corazones laten con violencia.

—Piénsalo. Te ha traicionado.

—No… ella no…

—Ah, por favor, no seas ingenuo. Te dije que no me gustaba para ti, que desde el principio jugaba con los dos, pero no me hiciste caso, y ahora, justo cuando más la necesitabas, va y le cuenta al Supremo lo que vio en los hilos del destino: que habías visitado a los humanos para intentar ayudarlos. ¿Y si, de algún modo, favoreció a Kíor y a sus volokianos a tus espaldas, a espaldas de todos? Las tejedoras son muy poderosas, y tendemos a pasarlas por alto.

Me da vueltas la cabeza y me entran ganas de vomitar. No puedo más.

—Es peor de lo que me pensaba. Él… está ahí.

—¿Él?

—O Ella. No sé cómo nombrarlo.

—El Ente de la Nada y el Todo…

—¡Le robé su Llave, Pías! No puede ser casualidad. Seguro que lo sabe todo. Él o ella, lo que sea, siempre lo sabe todo. ¿Qué quiere? ¿Qué sabe el Supremo? ¿Y Jynek? Estoy desesperado.

—Espera. ¿Robaste la Llave del Ente de la Nada y el Todo al

Supremo?

—¡Sí! ¿No lo sabías?

—El Supremo solo nos dijo que habías intentado ayudar a los humanos y que habías visitado la Tierra, pero no nos dio más detalles. No sé si fue por ignorancia o porque consideró que no debíamos conocer ese dato.

—Comprendo.

—¿Qué hiciste con la Llave?

—Se la di a mi Marcado.

—Joder… Pretendías…

—Sí.

—… y así salvarlos.

—Sí.

—Pero ellos no pueden…

—No.

—¿Y qué pensabas hacer?

—No lo sé. Estaba agobiado y ahora estoy aún peor.

Se me escapa una lágrima solitaria y Pías la recoge con la yema del dedo. Luego cierra los ojos y la sopla. La lágrima, espesa, sale volando y se hunde en el mar de lava. Me la quedo mirando, con el corazón roto. En nuestra especie, recoger y hacer volar una lágrima significa pedir un deseo al Ente de la Nada y el Todo.

—¿Qué has pedido?

—Que nos marque el camino.

—Pero si precisamente quiero esconderme de él… O de ella.

Pías se encoge de hombros.

—No se me ocurría nada mejor.

—¿Y bien? ¿Te ha servido de algo?

Suspira.

—Sabes que nunca contesta. Así que quizá seamos nosotros los que debemos trazar nuestro camino.

—¿A qué te refieres?

—Voy a ayudarte.

Entiendo la implicación de sus palabras y meneo la cabeza.

—Ni hablar. No tienes por qué ensuciarte las manos.

Pías me ignora y emprende el vuelo hacia los cielos, hacia la

salida.

—¡No!

—El día en que los volokianos convirtieron en una pesadilla la vida de mis tamatianos y Kíor se burló de mí, juré que me vengaría. Ignoro qué está pasando, pero estoy convencida de que hay muchas cosas que desconocemos. No pienso quedarme como una estúpida viendo cómo se salen con la suya.

Capítulo 27

EÓSYDES

Fortaleza de Korhorg, el Imperio

Mientras el fuego crepita con fuerza a mi espalda, doy un trago a la copa de vino. Saboreo con calma el líquido oscuro y fuerte antes de dejarlo sobre el escritorio de madera de roble. Solo entonces levanto la vista y examino a los hombres que hay parados ante mí. Percibo su inquietud y cómo rehúyen mi mirada. De inmediato sé que me temen, y hacen bien. Al fin y al cabo, ahora dirijo el Imperio y, por tanto, sus destinos.

—Informad —ordeno.

Los hombres, mis soldados, se remueven y se retan en una pelea silenciosa por ver quién es el desgraciado que habla primero. Espero con paciencia al tiempo que paso un dedo por el borde de la copa.

—Los alborotadores están neutralizados —dice uno, un tipo con un mostacho ridículo. Tomo nota mental de que debo ponerme cuanto antes a redactar nuevas leyes sobre códigos de vestimenta, higiene personal y peinados—. Hemos aprisionado a todo el que se ha alzado contra vos, como ordenasteis, Emperatriz.

—Bien. Quiero que los ejecutéis mañana a primera hora en la Plaza Mayor y que la gente lo vea. Obligadlos a asistir. —Cojo una pluma y tacho la primera línea que tenía escrita en la hoja que tengo delante—. Primer punto del día solucionado. Perfecto —murmuro. Doy unos toquecitos con la punta de la pluma en la

segunda línea de la hoja—. Pasemos entonces a otro tema no menos importante: el traidor de mi hermano. ¿Hay noticias sobre el paradero de Iriel?

—No, señora. Hemos empezado a rastrear hacia el sur y…

—¿Hacia el sur?

—Sí, y no…

Golpeo la mesa tan fuerte que los soldados dan un respingo.

—¿Sois imbéciles? —grito.

—¿Mi señora?

—Iriel, el asesino del difunto Emperador Nyra, no escapó solo. Los prisioneros que dijeron ver a un monstruo alado y una masa extraña se dieron a la fuga el mismo día que él. Es obvio que huyeron juntos.

Los hombres parecen desconcertados. Resoplo, enfurecida. Estoy rodeada de ineptos.

—Uno de esos prisioneros era un rebelde capturado en las montañas de Oppum. ¡Y están hacia el norte, no hacia el sur! Iriel apenas ha salido de estos muros en toda su vida, así que le seguirá, y es obvio que ese chico tomará un rumbo conocido.

—Entendido. Cambiaremos la ruta de inmediato.

—Recordad que lo quiero vivo.

—Sí, señora.

—Seguramente él piense que tenéis orden de matarlo en cuanto lo capturéis. Pero es el asesino de mi padre. Merece un buen castigo público.

—Por supuesto. Si lo encontramos acompañado, ¿matamos al resto?

Asiento como respuesta y doy otro trago al vino. Iriel les lleva ventaja, pero carga con un moribundo y, si no me equivoco, los acompaña una anciana. Eso debería ralentizarlos. Doy por sentado que, cuando los encuentren, Luba habrá muerto entre agonías e Iriel estará roto de dolor.

No obstante, pienso jugar bien mis cartas.

—Hay otro asunto que quiero comentaros.

—Vos diréis.

—Es sobre los rebeldes. Padre nunca fue lo bastante duro con

ellos. En el Nuevo Imperio no hay cabida para desertores, no bajo mi reinado. Los quiero a todos muertos de una vez por todas. Quiero desarticular hasta la última base rebelde oculta en el Imperio.

—Emperatriz, con todos mis respetos, pero… —empieza otra vez el hombre del mostacho ridículo, pero luego se lo piensa y deja la frase a medias. Mira al suelo y se sonroja, lamentando haber abierto la boca.

—Pero ¿qué? —Me acerco a él con las manos en la espalda—. No tengas miedo, hombre, que no muerdo —le susurro.

«Solo corto cabezas y rebano cuellos», pienso, aunque no lo digo. Quiero que hablen, no que huyan.

—Vuestro padre, que en paz descanse, lo intentó, pero controlarlos a todos es imposible. Al final, siempre se nos escapan pequeñas colonias.

—Entiendo. En ese caso, tendrán que colaborar, ¿no crees? Tendrán que decirnos dónde están las demás colonias.

—No lo harán. Se protegen entre ellos. Se cubren las espaldas. Son una red organizada.

—Ya veo. Sin embargo, opino que todos tenemos un precio, y solo depende de cuán alto sea.

—¿A qué os referís?

—¿Cómo te llamas?

—¿Quién? ¿Yo? —se extraña el hombre.

—¿Acaso estoy hablando con alguien más? Quiero saber tu nombre.

Parpadea sorprendido. Comprendo que padre jamás se lo preguntó. Craso error. Hay que involucrarse con el servicio, hacer que confíen en ti. Así luego es más fácil hundirles el cuchillo en la garganta.

—Soy el Capitán Thomas, encargado del pelotón número diez del Ejército Imperial, señora.

—¿Tienes hijos, Thomas?

Por supuesto que los tiene, tal y como dictan las leyes del Imperio, pero, gracias a la pregunta estúpida, obtengo la reacción que buscaba. Pese a la sorpresa, se le abren los ojos como platos y

una sonrisa bobalicona se dibuja en su rostro.

—Dos, señora. Se llaman Martha e Isaac. Isaac está hecho un trasto, tiene diez meses y…

Hago ver que le escucho y, cuando termina su perorata, le sonrío con lo que pretendo que se interprete como dulzura. Aunque soy consciente de que lo hago fatal, no parece darse cuenta.

—Bien, Capitán Thomas, si te pidiera que me revelases la ubicación de todas las bases rebeldes que conocieras mientras torturo a tus hijos, ¿lo harías?

La sonrisa se le borra de golpe y el cariño que había en sus ojos por el recuerdo de sus hijos se transforma en miedo tan rápido que siento hasta placer. Noto también la incomodidad en el resto de los hombres. Se miran. No saben qué pensar de mí. Tendré que darles algo en lo que creer. Suspiro melodramáticamente mientras vuelvo a mi asiento y cruzo las manos.

—Está bien, escuchad con atención. Quiero que se lo dejéis claro a vuestros hombres, que les repitáis estas palabras una a una: «La Emperatriz Eósydes solo es cruel si la obligan a serlo. Si los rebeldes colaboran y revelan la ubicación del resto de los refugios, ni ellos ni sus hijos sufrirán daño alguno. La Emperatriz Eósydes solo anhela un reinado cohesionado, unido, fortalecido y mejorado, donde la plena reinserción es posible. En cambio, si se niegan, la Emperatriz Eósydes ordenará torturar a todos los niños hasta la muerte». Veamos si esos hombres y mujeres quieren más a los retoños de otros que a los suyos propios. Como he dicho, todos tenemos un precio, y yo solo soy despiadada si me obligan a serlo.

Ya no queda ni un atisbo de sonrisas en la sala. Thomas está pálido. A lo largo de mi vida he aprendido que a los hombres, a menudo, se les va la fuerza por la boca y necesitan un pequeño empujoncito, así que me inclino y le apunto con el dedo.

—También quiero que les digas a esos hombres que diriges que, si no acatan mis órdenes, morirá gente igual, pero empezaré por sus familias, y la tuya será la primera de todas. —Sonrío de nuevo—. ¡Qué bien que me hayas contado tanto sobre tus hijos! Así seguro que los reconocería entre un millar.

Thomas traga saliva y pasa un buen rato antes de que abra la

boca. La tensión en el ambiente podría cortarse con un cuchillo. Los otros soldados deben de haber decidido de pronto que sus pies son muy interesantes, pues no apartan la vista de ellos. Al final, Thomas me pregunta con un hilo de voz:

—¿Es una amenaza?

—Solo si mis órdenes no son acatadas. ¿Acaso piensas desobedecerme?

Nos miramos a los ojos durante unos segundos que a él seguro que le parecen una eternidad. La situación me divierte, pero mantengo el rostro serio. Al fin y al cabo, soy la Emperatriz y debo dar una imagen severa.

—No. Siempre y cuando mis hijos estén a salvo.

—Como ya te he explicado, estarán a salvo siempre y cuando me obedezcas. ¿Lo has entendido?

—Sí —dice con lentitud y frialdad.

—Estupendo. ¿Alguien más tiene algo que decir?

Pasan unos largos minutos en los que todos estamos sumidos en el más absoluto silencio, pero sospecho que aún no hemos terminado. Como pensaba, uno se atreve a dar un paso adelante.

—¿Emperatriz?

—¿Sí?

—Disculpad, pero estoy confundido. Si colaboran, ¿debemos ofrecer la paz a esos hombres y mujeres?

—Ofrecérsela, sí, desde luego. Pero una vez obtengáis la información, los matáis. Si damos tregua a los rebeldes, se continuarán reproduciendo como cucarachas. Como ya he dicho, el difunto Emperador no era todo lo firme que debía, pero eso va a cambiar. —Me doy la vuelta y contemplo el fuego. Tan puro, tan… auténtico. Nadie pondría una mano en él ni cuestionaría su poder. Así es como quiero que me vean: inflexible—. Tengo grandes planes para el Imperio. Ahora, marchaos y recordad qué sucederá si no cumplís mis órdenes.

Mientras oigo la puerta cerrarse a mi espalda, sigo maquinando y doy otro trago al vino. Están siendo unos días muy ajetreados: reclutar a mi nuevo Consejo, redactar y modificar leyes y, en definitiva, imponer el orden que tanto necesitaba este

Imperio. Cuando llega la noche, caigo exhausta, pero con la gratificante sensación que ofrece el trabajo bien hecho.

Pienso que en el Imperio vive demasiada gente. En un futuro no muy lejano, cuando por fin tenga a los rebeldes sometidos y eliminados, planeo hacer una buena purga entre la población. No voy a esperar de brazos cruzados a que haya nuevas catástrofes y a que todo se derrumbe de nuevo. Cuanta menos gente habite el planeta, menos posibilidades habrá de que lo destrocen.

Sin embargo, antes debo ocuparme de un asunto que ronda por mi mente día y noche y que no me deja descansar.

Ese niño. Saco su expediente de un cajón y leo el nombre escrito en la parte superior de la hoja. Jeyd Karn. Cinco años. Un mocoso con un entorno de lo más disfuncional: padre desaparecido, abuela declarada «no apta» para el Imperio y madre depresiva, lo que la convierte en «potencialmente no apta». Y resulta que el crío tiene una cosa dentro que sale cuando le viene en gana y que mata con una facilidad asombrosa.

En cuanto vi las grabaciones supe que teníamos que rajar a ese niño y estudiar lo que, en teoría, hay en su interior. Pero entonces me enteré de que Iriel pretendía huir antes de lo que suponía y tuve que adelantar mi plan para acabar con padre y hacerme con el Imperio.

Ahora, tras meditarlo con tiempo y con la cabeza fría, no me parece un plan tan sensato como al principio. ¿Qué pasa si lo abro y esa cosa me mata? Me fastidiaría haber llegado tan lejos para acabar así.

Siento que debo estudiar más al pequeño y a la cosa que hay en él antes de arriesgarme a dar el golpe definitivo. Pero ¿qué hacer? ¿Cómo llevarlo a cabo? ¿Puedo obligar a la masa a salir y a comunicarse conmigo? ¿Qué es? ¿Qué quiere? ¿Y por qué ha escogido como huésped a alguien raquítico?

Mi cabeza es un hervidero de preguntas sin respuesta.

Qué cansado es ser Emperatriz, pero qué gratificante tener el control.

Capítulo 28

SALLY

Cordilleras Nubaru, el Imperio

No puedo dejar de pensar en que he abandonado a mi hijo.

«Soy una mala madre, una madre espantosa, horrible, inepta, soy un monstro, SOY UNA MALA MADRE».

Las palabras se repiten en bucle en mi cabeza y no dejan espacio para nada más. Me muerdo la cara interna de las mejillas hasta llagarlas y sangrar. Me clavo las uñas en las palmas de las manos e intento ser consciente de mi respiración, pero nada sirve para calmar el nudo de ansiedad extrema que hay en mi pecho.

Oigo que mi madre se acerca a mí y me toca el brazo con gesto conciliador, pero la aparto con brusquedad.

—Déjame en paz —mascullo—. No puedo ni mirarte a la cara.

—Sally…

—¿Cómo pudiste contarles todo eso? —le recrimino, y un par de lágrimas furiosas saltan de mis ojos cansados e hinchados de tanto llorar—. ¡¿Y cómo me dejé convencer para alejarme de él?! Ahora está ahí solo, sin nadie que le ayude, en manos de esa puta loca.

—Sally, siempre he hecho lo que he considerado mejor para…

—¡Pues quizá ya estás mayor para considerar nada! ¡No es tu hijo para que decidas por él! —le chillo.

Por su expresión, sé que la he herido y, aunque me duele, una

pequeña parte de mí, la que está más resentida, se alegra de ver la pena cruzar su añejo rostro.

Eyzar se acerca a nosotras. Durante este tiempo, mi madre y él se han hecho inseparables, incluso ha empezado a tutearla. A veces pienso que, en su afán de proteger a todo el mundo, mi madre también intenta acogerlo a él, pobre niño huérfano y desamparado.

«Todos tenemos problemas, y esta familia ya tiene bastantes con los suyos como para que ahora vengas tú», quisiera decirle cuando recuerdo lo que nos contó sobre la charla que asegura que mantuvo con el monstruo alado llamado Cíon.

El mismo que no supo decirle qué es lo que habita dentro de Jeyd.

La cabeza me da vueltas. Ya no sé qué es real y qué no, o qué creer.

—Creo que estás siendo muy injusta con tu madre —dice Eyzar.

—¿Quién te ha pedido tu opinión? —le espeto.

—¡Sally! —me recrimina mi madre.

Jadeo. No me reconozco. El dolor habla por mí. El enfado. No puedo gestionar tantas emociones, soy incapaz. Me miro de reojo las cicatrices de las muñecas y me imagino las que continúan en los antebrazos. Marcas furiosas, profundas, dolorosas. Marcas que han estado a punto de llevarme de este mundo en más de una ocasión. Y aunque sé lo mal que lo pasa mi madre cada vez que tiene que vendarme las muñecas y secar mis lágrimas mientras se traga las propias, ahora desearía tener algo afilado.

Es una poderosa vía de escape.

Eyzar mueve la mano, como quitándole importancia a mi ofensa. Me entran ganas de estrangularlo por ser tan paciente.

—Iriel dijo que cree que Eósydes no hará daño a Jeyd hasta que entienda toda la situación.

—Ah, es un alivio que Iriel crea eso —digo con sarcasmo.

—Sally, allí nos habrían ejecutado.

—¡Igual que a él!

—No hasta que Eósydes tenga un plan —repite Eyzar.

—¿Y el plan es ir a las montañas?

—Ahí encontraremos refuerzos, gente que odia al Imperio y a Eósydes tanto como nosotros. Podremos reagruparnos, unir fuerzas y crear un ejército con el que atacar al Imperio y rescatar a tu hijo.

«Para entonces estará muerto —dice la voz de mi cabeza—. En realidad, da igual a quién quieras culpar. Eres la única responsable de esto, una madre nefasta. ¿Qué clase de madre habría huido dejando a su pequeño detrás? Idiota, idiota, idiota».

Les doy la espalda tanto para no tener que ver sus rostros como para acallar mis pensamientos, aunque intentar eso último es inútil, ya que son mis inseparables compañeros de viaje. Me alejo cuanto puedo de ellos. Una ráfaga terrible de viento helado hace que el pelo se me meta en los ojos. Me lo aparto de un manotazo. A unos metros, veo a Iriel agazapado sobre ese chico llamado Luba. El maldito heredero del Imperio, el que me prometió apoyo si lo ayudábamos a salir de la fortaleza. ¿Y ahora qué? ¿Cuándo va a cumplir su parte?

«Ilusa, te dejas engañar con nada».

«En realidad, ¿qué importa? Los soldados imperiales que seguro que están buscando a Iriel nos encontrarán. Nos matarán a todos y ya no habrá opción para Jeyd, si aún no ha fallecido».

Hemos tenido que parar por ellos.

Luba se está muriendo.

Ya no hay nada que hacer por él, no hay más curas que mi madre pueda hacer a esa espantosa herida infectada y en carne viva que rezuma pus y sangre. Hace días que las plantas medicinales que encontramos por las montañas ya no surten el más mínimo efecto; la fiebre no baja, al contrario, le ha subido tanto que le está provocando alucinaciones. Por supuesto, ya no es capaz de dar ni un paso más, así que aquí estamos, escondidos en las montañas, parados. Esperando lo inevitable.

Doy un largo suspiro, intento controlar los temblores de mi cuerpo y, a mis espaldas, oigo cuchichear a mi madre y a Eyzar cuando lo veo.

Al principio es solo un puntito brillante en la lejanía, algo que

parpadea y desaparece, pero luego vuelve a aparecer. Está ahí, a unos quinientos metros, en la falda de la montaña. Frunzo el ceño y entrecierro los ojos para agudizar mi visión, que ya de por sí no es muy buena. Quizá solo haya sido un reflejo del sol. Sin embargo, lo veo una vez más. Nítido.

—¿Qué…?

Un escalofrío me recorre, y de inmediato pienso que ese punto es una persona que nos está mirando. No. Nos está acechando. Siento el miedo trepar por la garganta como una araña venenosa. ¡Es un espía del ejército de Eósydes! ¡Nos han encontrado!

—¡Cuidado! ¡Nos atacan! ¡Nos atacan! —grito, y corro hasta Eyzar y mi madre.

Ellos se giran alarmados y mi madre me atrapa entre sus frágiles brazos en un gesto de protección. Me hace pensar con tristeza que no importa lo mal que trates a una madre; ella siempre perdona. Eyzar otea el horizonte. Luego frunce el ceño.

—¿Quiénes? —pregunta.

—¡Ese punto brillante! —chillo—. ¡Debe de ser un soldado con armadura!

Señalo en la dirección en la que he visto lo que creo haber visto… pero no hay nadie. Parpadeo. De pronto, me siento muy confundida.

—Yo…

Ambos parecen preocupados por mí, incluso Iriel levanta su rostro macilento e intenta comprender qué ha ocurrido. Trago saliva. Mi madre me acaricia la mejilla. Por algún motivo, eso me pone furiosa. Como si me estuviera llamando mentirosa.

—No me lo he inventado —protesto—. He visto a alguien, de verdad.

—Cariño, estás cansada y preocupada por Jeyd, pero…

Sus palabras se quedan en el aire porque Luba empieza a gemir de dolor y Eyzar, tras echar un último vistazo, corre hacia ellos. Mi madre, que no puede hacer lo mismo, me observa dubitativa.

—Ve con Luba. Te necesita más que yo.

Ella suspira y desiste.

—Todo saldrá bien, cariño. Ya lo verás.

Y se aleja con paso renqueante.

No la creo, ni por asomo. De lo que sí estoy segura es de que he visto a alguien.

Capítulo 29

IRIEL

Cordilleras Nubaru, el Imperio

Por más que le abrace y acune, el cuerpo de Luba pierde calor. El hedor de su herida infectada sube hasta mis fosas nasales y su mera visión revolvería el estómago de cualquiera.

Emily y Eyzar lo intentaron. Lo hicieron. La anciana cosió la herida con rapidez en los calabozos para que no muriera desangrado ahí mismo y luego, bajo el amparo de las montañas, intentó que mejorara. Me fijé en sus dedos rígidos y artríticos, en el temblor de sus manos, pero aun así lo hizo razonablemente bien. Mucho mejor de lo que yo lo habría hecho, desde luego.

Por desgracia, como Eósydes predijo, no fue suficiente. La fiebre apareció muy pronto, y la herida estaba cada vez peor. Eyzar fue a buscar plantas medicinales y consiguieron preparar un mejunje que no sirvió de nada.

Recuerdo la voz temblorosa y rota de Emily cuando me dijo lo que yo ya sabía: que no teníamos los recursos suficientes para frenar la infección y que solo era cuestión de tiempo que Luba nos dejara.

Tuvimos que parar porque ya no podía andar ni tampoco podíamos seguir cargando con él por las montañas, aunque Eyzar, que me ayudó todo el tiempo, no protestó ni una sola vez. De hecho, nadie sugirió jamás la opción más sensata, abandonarlo a su suerte, ya que solo era un peso muerto.

Sentí y sigo sintiendo vergüenza ajena. Estas personas a las que el Imperio quiere ejecutar me están ayudando cuando lo más fácil para ellos sería correr sin mí. Me socorren sin tener en cuenta que hace una semana estábamos en bandos opuestos.

Me limpio las lágrimas con la mano y recuerdo el llanto constante de Sally. De los tres, es la que más rencor me guarda, y no me extraña. Sé que piensa que no voy a cumplir la promesa que le hice de ayudar a Jeyd. Me digo que, en cuanto todo pase, debo hablar con ella.

Cuando todo pase…

El dolor me aguijonea el pecho y le aparto el pelo sudoroso a Luba de la frente. No quiero que me deje solo en este mundo de locos, no quiero que se vaya a un lugar al que no le pueda seguir. Pero es inevitable, ¿no? En esta vida, no importa lo que uno quiera, espere o desee. No importa lo más mínimo.

Siento una mano sobre mi espalda. Son Eyzar y Emily. Al fondo, veo que Sally otea el horizonte como si estuviera buscando algo.

—No queda mucho —susurra la anciana.

—No —gimoteo. Mi voz suena como la de un niño asustado.

—Conozco el dolor —dice Eyzar—. Mi familia también fue asesinada. Pero de nada sirve que esté sufriendo como lo hace. No se lo desearía a nadie.

—Yo sí —mascullo—. Se lo desearía a Eósydes.

Intercambian una mirada que no me pasa desapercibida.

—Voy a matarla —sigo furioso, limpiándome las lágrimas como puedo. No me avergüenza que me vean llorar. Más me avergonzaría ocultar lo que siento—. Haré que pague por todo esto.

—El odio no genera nada bueno, Iriel —me dice Eyzar en voz baja y triste.

Resoplo, impresionado por sus palabras. ¿Cómo puede un adolescente que ha pasado por tanto no sucumbir al desprecio? Si no estuviera tan roto, sentiría admiración. Pero no puedo. No soy tan bueno, ni tan honrado, ni tan humilde. Lo único que deseo es romperle el cráneo a Eósydes con mis propias manos.

—Si la conocieras… si supieras qué clase de monstruo es…

Todo lo malo que ha hecho esa zorra a lo largo de su vida viene a mi memoria mientras Luba tiembla en mis brazos. Con las últimas fuerzas que le quedan, llama a su madre muerta desde hace años, y mis propios fantasmas también aparecen ante mis ojos: las burlas de Eósydes, sus constantes humillaciones, sus manipulaciones, sus mentiras. Sus palizas. La manera en la que engañó a padre para que confiara en ella, para que la quisiera más que a mí. Todo para acabar cortándole la cabeza y, con toda seguridad, inculpándome de su asesinato. Su infalible plan para quitarme de en medio. Lleva años intentándolo.

De manera inconsciente, me llevo la mano al muñón de la pierna y el antiguo dolor reaparece como si nunca se hubiera ido. Recuerdo su mirada ávida como si fuera ayer, su risa malvada, cómo me observaba para ver si me moría de una vez, casi con ansia.

Entonces, de los pulmones de Luba sale un silbido espantoso y me los imagino llenos de líquido, con la infección extendiéndose. Me encojo de rabia, de dolor, de miedo.

—Luba… Luba, tranquilo, tranquilo.

—Eós...yd…

—¿Qué?

—Creo que dice Eósydes —susurra Eyzar.

Tiene razón. Consternado, comprendo que, producto del delirio, al mirarme a mí la está viendo a ella. Piensa que su asesina lo está sosteniendo, y me siento sucio y miserable.

—Lo siento. Lo siento, Luba, lo siento de veras. —Las lágrimas caen ya sin control por mi rostro y salpican el suyo, pero él no se da cuenta. Sin embargo, las palabras me salen en torrente y duelen, duelen mucho, pero siento que debo decirlas, que me va la vida en ello o, de lo contrario, no tendré otra oportunidad y explotaré—. Debí protegerte de ella. Debí apartarte de mí para alejarte de ella. Pero te juro por mi vida que la mataré, aunque sea lo último que haga.

—Te… prdno…

—¿Qué?

—Te… Eós…d…s… te… perd…perd…o…n.

—¿Te perdono? ¿Eósydes, te perdono? —exclamo con los ojos como platos—. ¡No! ¡Eso nunca! Ella te ha hecho esto, ella…

—T… p…t…don…

Una sonrisa.

Y luego, nada más.

—¿Luba? —Le zarandeo con tanta brusquedad que la herida de su garganta se hace aún mayor. Aunque, en realidad, ya no importa—. ¡LUBA!

Luba ya no está.

Su rostro se ha quedado congelado a media sonrisa, su mirada vidriosa está clavada en mis ojos, solo que esos ojos verdes que me enamoraron hasta las trancas ya no verán nada nunca más.

Siento que alguien, Eyzar o Emily, no sé quién de los dos, me coloca una mano en el hombro y pronuncia palabras de consuelo que mi cerebro aturdido no procesa porque el corazón se me ha congelado. No puede ser. Oh, cielos, por favor, ¡no puede ser real!

—¡LUBA, LUBA, LUBA! Por favor, no, por favor, Luba, no, no, no…

Le tomo el rostro entre las manos, pero su piel está fría y blanca como el mármol, una mera carcasa. En contraste, la espantosa herida roja como un rubí parece hablarme con tono burlón.

«Final del juego, Iriel —me digo con la voz de mi hermana—. Eósydes gana de nuevo».

—No, no, no… —murmuro, aunque sé que ya no hay más que hacer.

Noto los brazos de Emily rodeándome, y yo a su vez abrazo y beso el cuerpo sin vida de mi amor, aullando de dolor. Quiero retenerlo a mi lado todo lo posible, cuando ya sé que es una quimera. Mi llanto desesperado hace eco en las montañas y me retumba en los oídos, grabándose a fuego lento en mi memoria.

Mientras me despido de la luz de mi vida, me prometo algo con una feroz determinación: no pararé hasta devolver a Eósydes todo el daño que me ha hecho. No importa que Luba la haya perdonado.

Me vengaré.

Siento que algo ha cambiado radicalmente en mí, pero no me importa. Ya no me queda nada que perder, y eso hace peligrosas a las personas.

Capítulo 30

CAPITANA KAM-FUX

Atravesando la Galaxia

Las luces de emergencia brillan con colores vivos. La nave entera se sacude con brusquedad y todas las alarmas se disparan. Su escandaloso pitido se mezcla con los gritos de pánico de mi tripulación.

—¡Capitana, estamos perdiendo altura! —grita el piloto Kam-Dam histérico.

—¡No podemos teletransportarnos! —chilla alguien más.

Es cierto. ¿Por qué no? Jamás nos había pasado algo así.

Me acerco corriendo a Kam-Dam, apartando a quienes huyen despavoridos de un lado a otro, estorbando. Cuando llego a su lado y observo el panel de control, siento terror y comprendo lo que no tiene valor para decirme: vamos a morir.

—¿Qué ha pasado? —murmuro desconcertada.

Mi leal piloto, que tantos años ha trabajado conmigo codo con codo, siempre eficaz y seguro de sí mismo, se queda sin palabras por primera vez, y eso me asusta más que los datos de la nave.

—No lo entiendo, Capitana. Al parecer es el motor… ha… ha… reventado, creo.

—¿No comprobaste su estado antes de partir?

—¡Claro que sí! ¡Siempre lo hago! ¡Estaba perfecto antes de despegar!

—Entonces ¿cómo es posible?

—No lo sé, no lo sé, no lo comprendo… —gime desesperado.

Toca compulsivamente el cuadro de mandos, pero solo sirve para que la sirena suene más fuerte y la gente chille aún más alto. Se lleva las manos a la cabeza calva y suelta un gritito de agonía.

—Vale, tranquilo. —Le pongo las manos sobre los hombros y le obligo a mirarme. Mi corazón late desenfrenado, y el miedo ante la catástrofe inminente me ahoga, pero si pierdo la calma, ¿quién quedará cuerdo para arreglar este desastre? Debo ser fuerte y valiente—. Escúchame, Kam-Dam. Voy a ver si puedo arreglar el motor, ¿de acuerdo?

Él me agarra por la muñeca, temeroso.

—¡No! ¡Morirás si lo intentas!

—Si no lo hago, moriremos todos. Intenta mantenernos a flote hasta entonces.

Me suelto con suavidad y me doy la vuelta, decidida. Nunca me ha dado miedo morir y menos por mi pueblo, pero el recuerdo de Kam-Eras me rompe el corazón. Cuando lo vi por última vez, ¿realmente fue la última? Si lo hubiera sabido… Solo me da tiempo a dar dos pasos cuando se oye una fortísima explosión y todas las luces, incluidas las de emergencia, se apagan. Nos hemos quedado en la más completa oscuridad.

Entonces empezamos a caer en picado.

Antes era la molesta sensación de estar perdiendo altura, pero ahora vamos en caída libre. Intento teletransportarme de nuevo, pero es inútil. Es como si de golpe hubiéramos perdido la habilidad.

El impacto es brutal. Caigo al suelo, al igual que el resto de la tripulación. Sus gritos de horror me saturan. Oigo plegarias, ruegos y lamentos. En el suelo, antes de ser capaz de agarrarme a algo y ponerme de rodillas, recibo varios golpes accidentales y un desafortunado rodillazo me parte el labio.

—¡Mierda!

¿Cómo voy a arreglar el motor así?

Oigo un sonido espantoso a unos metros a mi derecha y lo identifico como alguien estrellándose muy rápido contra algo demasiado duro. Me estremezco al escuchar algo que suena como

una cabeza partiéndose. Mis dedos tocan una sustancia viscosa y caliente que no me cabe la menor duda de que es sangre.

Y ahí, sumidos en la negrura y con mi tripulación reventándose las cabezas en la nave, me pregunto por qué el *tai*, nuestra filosofía de vida, nos trata así si solo queríamos ayudar.

Partimos de nuestro planeta, Tamat, hará tres jornadas tamatianas. Nuestro objetivo era llegar a Maât, un planeta amigo víctima de una reciente catástrofe natural, y analizar la gravedad de su situación para prestarles la ayuda necesaria. Por eso viajamos en nave, para transportar víveres y otros artículos básicos. Nosotros, los tamatianos, somos pacíficos, colaborativos y siempre tratamos de auxiliar a todas las especies en sus momentos más críticos. Bueno, a casi todas. No ayudamos a los humanos, porque los consideramos primitivos y violentos, ni tampoco a los volokianos, porque son malévolos y destructivos.

Sin embargo, ya no tendremos la posibilidad de socorrer a nadie más. Levanto el brazo ante mi cara y, a tientas, activo el geolocalizador de nuestro brazalete, que brilla con luz verdosa y me ciega por un instante. Se me cae el alma a los pies al darme cuenta de que vamos a colisionar contra el rocoso y gigantesco planeta Ukeers, que convertirá nuestra nave en escombros. Lo único positivo es que está deshabitado, pero no habrá salvación para ninguno de nosotros. Si pudiera desviar el rumbo un poco... Pienso en Kam-Dam y, como la esperanza es lo último que se pierde, lucho con todas mis fuerzas para arrastrarme hasta el control de mandos, a pesar de que la nave cae en picado, aunque la gente se parte los huesos a mi alrededor, con crujidos más que sonoros. Pienso que no lo conseguiré a tiempo, pero entonces oigo sus llantos, mezclados con los del resto de los tamatianos condenados a morir.

—¡Kam-Dam! —grito, desesperada por que me oiga en medio del vocerío.

—¡Capitana! ¿Dónde estás? —me responde chillando.

Por pura casualidad, encuentro su mano en el aire y me aferro a ella desde el suelo. Tira de mí y, sumado al impulso de la nave, casi caigo encima de él. Nos abrazamos. Me parece una despedida

terrible entre compañeros de trabajo, y más que eso: entre buenos amigos.

—Lo siento, Capitana —exclama en mi oído, llorando desesperado—. He perdido el control de la nave.

—¿No hay nada que puedas hacer?

No le veo, pero noto que niega con la cabeza, y un sentimiento de vacío me llena el pecho. Recuerdo a Kam-Eras. Teníamos un futuro por delante… Una lágrima rueda por mi mejilla.

Y entonces…

—¿Qué… qué es eso, Capitana?

Cuando miro a través del cristal frontal de la nave, pensando que no vería más que la negrura del espacio, mi corazón da un vuelco. Abro la boca asombrada y se me escapa un grito ahogado.

—Pero ¿qué…?

Brillando en la oscuridad, sobre la cima de una montaña del planeta, hay un ser descomunal.

Es gigantesco, de color verde claro, extremadamente delgado, alto y con unos brazos demasiado largos para su extraño cuerpo. Dos enormes alas negras lo elevan unos centímetros del suelo, y en su maquiavélico rostro hay dibujada una sonrisa siniestra de innumerables dientes pequeños y puntiagudos. Entonces alza la mano, que no tiene dedos, sino tres zarpas, y hace un movimiento.

Lo siguiente es caos. La nave acelera su caída todavía más, como si esa cosa la estuviera remolcando con una cuerda invisible. La fuerza del impacto contra Ukeers es tan brutal que percibo que Kam-Dam sale volando por los aires y se revienta contra la pared.

No sé lo que sucede con mi propio cuerpo, pero en mi mente suena una voz fría y clara. Aunque es impersonal y atípica, la identifico como femenina, lo que nunca habría dicho por su aspecto físico.

—Encantada de conocerte por fin, Marcada. Lamento vuestra muerte, pero un buen amigo está en peligro y debes ayudarlo a él y a los más débiles. Estoy segura de que se ha cometido una injusticia, y los verdaderos tramposos han de pagar por sus actos. ¡Pero qué maleducada soy! Aún no me he presentado. Mi nombre

es Pías, y soy vuestra Creadora.

Solo soy capaz de sacar en claro tres ideas: que sea lo que sea, esta bestia ha averiado nuestra nave, que nos estaba esperando y que echaré mucho de menos a Kam-Eras.

Capítulo 31

JYNEK

Planeta Mykrymbel

En Mykrymbel siempre hace frío y está oscuro. Sin embargo, para nuestra especie, es agradable. Somos criaturas que apreciamos la tranquilidad, el silencio y la quietud. Nos gusta guarecernos en nuestras infinitas cuevas de piedra suspendidas en el aire, en las que desempeñamos un trabajo crucial. El frío es buen amigo de nuestros gustos. Parece que todo lo adormece.

Por eso, cuando Kíor irrumpe en mi cueva con su altanería y su vozarrón, siento deseos de estrangularlo y de echarlo a patadas de aquí.

—¡Jynek! Jynek, ¡amada mía!

Alarga sus brazos delgados como alambres y me estrecha entre ellos. Me llega el olor de su esencia, una mezcla de mezquindad y mentiras que casi me provoca una arcada. Me separo de él, consciente de que debo fingir por un bien mayor.

—Kíor —saludo secamente, sin saber muy bien qué decirle a este intruso. Como Cíon, es consciente de que no me gusta que venga, pero tanto a uno como al otro le da igual. Algunas compañeras asoman las cabezas desde sus cuevas, me lanzan una mirada despectiva y vuelven a esconderse—. ¿Qué quieres?

—Saludarte. Agradecerte. Saborearte.

Con creciente horror, veo cómo Kíor coloca sus zarpas sobre mi cuerpo. No me contengo y le doy un violento empujón.

—¿Qué crees que haces? —siseo, furiosa.

Él se ríe entre dientes. Siento que se está burlando de mí, y no hay nada que deteste más en todo el universo.

—¿Qué pasa, Jynek? ¿Tantos ojos y no puedes ver mi deseo? ¿No te dijeron tus estúpidos hilos qué quiero de ti? ¡Después de tantos años esperándote, humillándome por ti, no puedes rechazarme!

Me toquetea. No me lo pienso dos veces. Abro la boca y le lanzo la lengua a la cara. La lengua de las Tejedoras del Destino tiene un componente ácido que, a nuestra orden, es corrosivo. Cuando toca la piel de Kíor, él grita y sus zarpas vuelan desde mi cuerpo, donde estaban, hasta su rostro. Con satisfacción, contemplo cómo sale una voluta de humo de su carne chamuscada.

—¿Por qué has hecho eso?

—No tienes derecho a tocarme si no quiero.

Kíor abre mucho los ojos y hace un gesto de comprensión.

—Ya veo. Al fin y al cabo, todas las hembras estáis cortadas por el mismo patrón.

—¿Qué patrón?

—Interés.

—¿Qué?

—¡Sí! Todas sois unas interesadas. Tantos años luchando por tu amor y solo te decidiste cuando te dije que, si me escogías a mí, te convertiría en mi mano derecha y en la tejedora más importante. No sois más que unas resentidas porque el Ente de la Nada y el Todo nos escogió a nosotros, los uknianos, como la más importante de las especies, y a vosotras os dejó en segundo lugar. Solo sabéis mover hilos. Manipular a la gente. Eso es lo que sois, unas manipuladoras.

La furia hierve en mis venas, y es algo a lo que no estamos acostumbradas. Me muerdo la lengua. Kíor no sabe nada de nada, y así tiene que seguir. La verdad aún no debe ser revelada. Sin embargo, esto no puede quedar así.

—¿Cómo te atreves a hablarme de este modo? Sabes que, sin mí, serías tú el que estaría en la cola del Torneo de las Especies.

Los humanos de Cíon son una especie espantosa, sí, ¡pero tus volokianos son peores! El Supremo es un necio si no se da cuenta de que tus monstruos jamás podrían encabezar la lista sin trampas… ¡No sin la ayuda de una tejedora! ¡Qué rápido olvidas los favores, Kíor!

Se aleja un poco, contrariado. Desde luego, no se esperaba un ataque así. Me enseña los dientes, y su aspecto resulta bastante terrorífico, pero no me dejo intimidar.

—No puedes decir nada sobre lo que hicimos —murmura casi de forma inaudible—. No eres tan tonta. Tú eres tan culpable como yo, incluso más. Yo te lo sugerí, pero tú cambiaste los hilos del destino para que mis volokianos ganaran esta competición, hiciesen lo que hiciesen. ¡Te ejecutarían sin pensarlo! Cometiste traición, Jynek, así que, si yo me hundo, te hundes conmigo.

Me trago tanto las palabras, lo que quiero decirle, que casi siento un dolor físico. En cambio, tengo que dejarle creer que aún lleva las riendas del juego.

—Todo a espaldas de Cíon, mientras él creía que le era fiel. ¿Y aún te atreves a tratarme de este modo?

—Quizá lo sabías todo, ya por entonces. Puede que supieras cómo se conduciría el destino y que al final acabarías gobernando la galaxia a mi lado. ¿Quién sabe qué se oculta en tu mente, Jynek? Eres tan misteriosa… —Para mi horror, levanta una zarpa y me acaricia la barbilla. Su contacto es tan afilado y ponzoñoso que rasga mi piel y una fina gota de sangre negra y espesa cae rodando. Me aparto con brusquedad, pero él sonríe, de nuevo complacido, creyéndose superior—. Por eso me gustas tanto. Eres más que un simple trofeo, un arma para herir a mi eterno rival. No sé qué quieres de mí, Jynek, pero me da igual mientras seas mía y de nadie más. Así que, te guste o no, estamos juntos en esto hasta el final. Sea cual sea.

Dicho eso, desaparece tan rápido como ha venido. Me quedo quieta en el lindar de la cueva, con la respiración acelerada, y durante unos segundos me paralizo. Después corro hacia mi telar, el lugar donde se tejen los destinos de las almas.

Normalmente, eso me calma. Las hebras salen de mis

innumerables dedos y se colocan en el telar, y eso hace que mi corazón lata despacio y la sangre me circule tibia por las venas, pero ahora, por más que intento tejer, me es imposible.

Entonces, con paso tembloroso, salgo de mi cueva privada y me dirijo a la Cueva del Destino, donde está la Eterna Laguna. Cuando las tejedoras acabamos de tejer nuestro telar, llevamos las hebras del destino ahí y las arrojamos a sus misteriosas aguas violáceas. Una vez hecho esto, el destino es irrevocable. Es un lugar sagrado al que solo las tejedoras tenemos acceso, ni siquiera el maldito Supremo de los uknianos puede venir a husmear. Podría contemplar el futuro, y eso volvería loco a cualquiera excepto a nosotras, que tenemos unos nervios de acero.

Casi siempre.

Me acerco a la laguna para contemplar el futuro, para saber. Por desgracia, como siempre, cuando más necesito respuestas, menos las encuentro.

—Debes dejar de torturarte.

Me doy la vuelta. Una compañera ha entrado en la Cueva del Destino. Viene a vaciar su telar. Me mantengo en silencio mientras se aproxima y suelta sus hebras. Las imágenes empiezan a rodar, mezclándose unas con otras.

Cada tejedora se ocupa del destino de un número determinado de seres vivientes y, cuando las hebras se depositan en la laguna, se conectan entre ellas. He tenido la desgracia de tejer los destinos de los seres vivientes de los que dependerá el final incierto. Si pudiéramos definir el camino… pero viene dado. Bueno, no siempre.

—¿Por qué no pueden ser las cosas más simples? —murmuro más para mí que para entablar conversación con ella.

No obstante, se lo toma como una pregunta directa.

—Eres consciente de la singularidad de la situación, Jynek. En contadas ocasiones ha sucedido lo que ocurre ahora. Los hilos del destino están entrecruzados, incompletos, inconexos. Un futuro, sí, pero ¿cuál? Algunas cosas están marcadas, pero otras no. Y lo más importante… lo crucial aún está en duda.

—¿Por qué yo?

—¿Por qué no tú?

Hago una mueca.

—Si el resto de la galaxia tuviera una remota idea de lo que está sucediendo, si los uknianos lo supieran…

—Los uknianos no son más que títeres que no saben que tienen hilos.

—Pues estoy en medio de dos de ellos.

—Y no te gusta.

—Por supuesto que no.

Ella se ríe con una risa seca, áspera.

—Ese Kíor es un impertinente, ¿verdad?

—Y Cíon demasiado estúpido. Pensaba que lo amaba.

—¿Lo hacías?

—Ya sabes que no amamos a nadie. Solo a nuestro deber.

—Pero este juego aún no ha terminado y quizá puedas arreglar las cosas. Aunque solo sea un poquito.

Suspiro y mi mirada se pierde entre las imágenes que proyectan los destinos que ha tejido mi compañera. Pienso en Cíon y su dudoso final.

—Tal vez mejoren. O puede que empeoren aún más.

Capítulo 32

EMILY

Cordilleras Nubaru, el Imperio

A lo largo de mi vida he escapado muchas veces de la muerte.

El Imperio no es un sitio sencillo en el que vivir, tampoco agradable. He superado varias Revisiones de Utilidad; esta habría sido la última. Mi salud es más precaria de lo que le quiero hacer creer a Sally. Ya tiene suficiente con los monstruos que anidan en su cabeza. A pesar de todo, aquí sigo, solo para ver que todo se desmorona, cómo matan a mi nieto, cómo mi hija se hunde. Y debo ser la fuerte, lo bastante para las dos, y no solo por ella, sino también por Eyzar, el pobre muchacho desamparado, y por Iriel, el heredero caído en desgracia, furioso y herido.

No estoy segura de ser tan fuerte, no para todos a la vez, no con el desprecio de Sally, que me culpa por haberla alejado de su hijo, no tan vieja y enferma como estoy, y con dudas bailando en mi mente.

¿Qué será de Jeyd? ¿Hice bien en contar la verdad? Probablemente no. ¿Sally me perdonará algún día? Lo dudo.

Está fatal, su salud mental es alarmante. A lo largo de los años, la depresión ha ido carcomiendo a mi hija hasta el punto de cometer cuatro intentos de suicidio, aunque nunca había tenido alucinaciones. Desde que dijo haber visto a alguien espiándonos en las montañas, se pasa las horas escudriñando el paisaje en busca de algo inexistente.

Suspiro. Nuestro objetivo es encontrar a los rebeldes para organizarnos y elaborar un plan para rescatar a Jeyd, pero llevamos días andando y no hay ni rastro de ellos. Eyzar nos contó que la ubicación de cada base rebelde es secreta y desconocida para las otras, de modo que, si una cae (como la suya) e intentan sonsacar a sus miembros el paradero del resto, no puedan ofrecer información útil. Sin embargo, me preocupa que los soldados que seguro que están buscando a Iriel nos encuentren antes que nosotros a los rebeldes.

Iriel está destrozado, pero bajo sus lágrimas se percibe una furia que hace temblar mis frágiles huesos. He vivido demasiado para saber que esa clase de odio nunca conduce a finales felices. Enterramos a Luba bajo piedras, ya que no pudimos encontrar tierra lo bastante blanda para cavar un hoyo. Durante el proceso, Iriel mantuvo la mirada encendida y los puños apretados, clavándose las uñas en las palmas. Planea una venganza, no hace falta que me lo cuente, y nada de lo que le digamos podrá apaciguarle.

Me sorprende la diferencia de los duelos de Eyzar e Iriel. El muchacho es peculiar, y tiene una forma especial de canalizar el duelo y aceptar los hechos, por dolorosos que sean. Mataron a su familia de un modo terrible, pero no piensa en venganza como Iriel, sino en cómo este conflicto puede llegar a su fin sin provocar daños mayores. Le he cogido mucho cariño como para decirle que no creo que sea posible.

Quizá por eso lo escogió la bestia. Cíon.

Nos ha contado su encuentro, toda esa fantasía del Torneo de las Especies. Me parece algo mágico, pero a la vez tiene sentido. ¿Cómo no creerlo si mi nieto se convierte en un ser sobrenatural? Es obvio que en este universo hay fuerzas que no entendemos. Sin embargo, que esa bestia no pudiera explicar qué sucede con Jeyd ni tampoco para qué es esa Llave que le entregó a Eyzar me inquieta, como también perturba a Sally.

Se oye un golpe sordo a nuestras espaldas que me distrae de mis cavilaciones. Es Iriel, que ha tropezado con una roca y ha caído al suelo. Si no fuera por el agarre firme de Eyzar, que me

lleva del brazo, también yo me habría caído decenas de veces, pero siento pena al verle así, pálido, demacrado y sujetándose la pierna derecha con los dientes apretados por el dolor. La tiene rígida y abotargada. Sé que lleva una prótesis ortopédica porque se la he visto, pero no me atrevo a preguntar qué le pasó. Algo me dice que el monstruo de su hermana tuvo algo que ver.

—¡Iriel! —exclama Eyzar, siempre preocupándose por todos.

—Estoy bien, estoy bien —murmura, pero no es así.

Sally se acerca a él y le tiende una mano para ayudarle a ponerse en pie. Iriel la acepta.

—No, qué va —murmura mi hija, apenada—. Ninguno de los que estamos aquí estamos bien. Damos pena, somos patéticos.

—Podríamos formar un grupo —responde Iriel con amargura —. Nos llamaríamos «El Cuarteto Ridículo», o algo así.

Sally esboza un amago de sonrisa y me da un vuelco el corazón. Como siempre, la dicha termina pronto. Abre mucho los ojos y los clava en un punto tras Iriel. Entonces grita.

—¿Qué pasa? —pregunto sobresaltada.

Mi viejo y dañado corazón empieza a latir más deprisa de lo que debería. Eyzar se remueve a mi lado.

—¡Lo veo! ¡Lo veo otra vez!

Por un segundo, pierdo la paciencia.

—Oh, Sally, ¿otra vez? —resoplo—. No hay nadie que…

—No, espera —interrumpe Eyzar, sobresaltándome—. Yo también lo veo, Emily. Mira, allí.

Señala un punto lejano con el dedo, demasiado remoto para que mis ancianos ojos puedan captar más que una figura borrosa. Una vez más maldigo el veneno de la vejez por no permitirme ser tan útil como antes.

—Es… verde —murmura Iriel, que ha venido hasta nosotros cojeando, agarrándose la pierna con firmeza.

—Nos ha estado siguiendo —susurra Sally, que se ha puesto pálida—. Os lo dije, pero me hicisteis pensar que estaba loca. Quizá sea un espía de Eósydes.

—Eósydes no manda espías. Ataca —afirma Iriel.

—No —repone Eyzar, que parece hipnotizado—. La noto.

—¿La? —pregunto.

—No es un enemigo. Es una Marcada, como yo.

—¿Y puede esa Marcada ayudarme a recuperar a mi hijo? —pregunta Sally, ansiosa.

Eyzar se encoge de hombros. Tras una breve pausa, asiente.

—Es posible.

—Bien.

Entonces, para mi horror, Sally echa a correr en dirección a la desconocida. El miedo trepa como bilis por mi garganta.

—¡Sally, no! ¡Vuelve! —grito todo lo fuerte que puedo.

Pero es demasiado tarde.

Capítulo 33

CAPITANA KAM-FUX

Atravesando la Galaxia

Lo siguiente que recuerdo es oscuridad.

Pero no se trata de una oscuridad normal. Es como si de pronto estuviéramos flotando en la nada, en un limbo hecho de aire denso y negrura, sin nada material en lo que sostenernos. Sé que debería sentir miedo, sería lo más lógico después de habernos estrellado y caído en las garras de un monstruo, pero la sensación es muy distinta.

Es como si una parte de mí hubiera estado esperando este momento durante toda la vida. Como si nada más nacer hubiese estado predestinada a este encuentro. Siento calma.

—¿Hola? —pregunto a la negrura, y mi voz suena ondulante, como el agua tras recibir el impacto de una piedra plana.

La negrura responde con voz femenina:

—Hola, Capitana. Por fin nos conocemos.

Todavía no la veo, pero sé que es porque ella no quiere que la vea.

—¿Dónde estamos? ¿Y el resto de mi tripulación?

—Es curioso que lo primero que hagas sea preguntar por el paradero de tus compañeros y no por ti. Por eso tú eres mi Marcada y ellos no.

—Contesta.

—Están muertos. Sus cadáveres y la nave permanecerán

donde os estrellasteis hasta el fin de los tiempos.

Trago saliva, pero no me sorprende. ¿Quién podría sobrevivir a tal accidente? De pronto, y aunque no lo he pedido, introduce en mi cabeza espeluznantes imágenes de muerte y destrucción.

Jadeo.

La nave es un amasijo de metal retorcido e incinerado. Entre el hierro se distinguen los restos de mi tripulación. No hay supervivientes. Es imposible que alguien viva cuando le faltan varias partes del cuerpo, cuando su carne arde y sus sesos están desparramados por el suelo rocoso.

Cuando reconozco el cadáver de Kam-Dam, me desmorono. Un sollozo me desgarra la garganta y gruesas lágrimas recorren mis mejillas. Su expresión me rompe el corazón. Ha muerto con la culpa dibujada en el rostro, pensando que el accidente pesaba sobre sus hombros.

Sin compasión, la voz me llega desde un punto lejano.

—Tú también moriste, por supuesto, pero te reviví temporalmente. Tienes una misión, Capitana.

Me llevo las manos a la cabeza desprovista de pelo. Tiene que ser una pesadilla… pero sé, con desgarradora certeza, que no lo es.

Tengo demasiadas preguntas.

—¿Quién eres?

—Ya te he contestado a eso. Soy Pías, vuestra Creadora.

—¿Y puedes decirme, Pías, por qué nos has matado a todos? ¿Has sido tú quien nos ha arrebatado la capacidad de teletransportarnos?

Ella se encoge de hombros, como si lo que hubiera hecho fuera un acto insignificante, como si nuestras vidas no importaran.

—Tengo prisa, te necesitaba muerta. Por desgracia, ibas acompañada.

Así que no ha sido culpa de Kam-Dam. Solo mía.

—¡¿Por qué?! ¿Por qué me necesitabas muerta?

—Porque eres mi Marcada, pero para interactuar contigo era necesario que salieras del plano terrenal, ya que debéis realizar acciones que alguien vivo no podría soportar.

—¿Qué acciones?
Pías suspira.
—Tenemos muchas cosas de las que hablar.

Capítulo 34

EYZAR

Cordilleras Nubaru, el Imperio

—¡Sally! ¡Sally, no corras, por favor! —grita Emily.

Aunque ya voy unos metros por delante de Emily e Iriel detrás de Sally, me giro al oír el grito desesperado de la anciana. Se me parte el corazón al ver cómo se agarra el pecho mientras intenta seguir avanzando, pero tropieza y, si no fuera porque Iriel la caza al vuelo, aun llevando su pierna mala a remolque, se habría dado de bruces contra el suelo pedregoso. Pero la mirada que me dirige no es la de una anciana derrotada, sino la de una madre coraje.

—¡Tú que aún tienes las piernas jóvenes y fuertes —exclama — ve, ve tras ella!

No me lo pienso. Aprieto el paso, esquivando rocas y baches lo más ágil que puedo.

—¡Sally! ¡Sally!

Veo su cabellera rojiza doblar un recodo y corro más deprisa para alcanzarla. Mientras lo hago, tengo un terrible *flashback* y el pulso se me acelera. Ante mis ojos aparece la noche en la que masacraron tanto a mi familia como al resto de mi colonia rebelde. Entonces corrimos para intentar salvar nuestras vidas, pero fue demasiado tarde. ¿Lo será también ahora?

Giro por donde Sally ha desaparecido hace solo unos segundos, pero me choco con ella y por poco la derribo. Por algún

motivo, se ha parado y se ha quedado quieta. Ha empalidecido de golpe, incluso presenta un leve temblor.

—¿Qué…?

Levanta el brazo para señalar con el dedo. Cuando sigo con la mirada la dirección a la que apunta, doy un paso atrás y me uno a su temblor.

Capítulo 35

CAPITANA KAM-FUX

Atravesando la Galaxia

—A ver si lo he entendido —digo consternada—. Eres nuestra Creadora. Los dioses y diosas a los que adoramos en Tamat son falsos.

—Es lo que soléis hacer, crear divinidades para explicar los fenómenos que no entendéis. No os culpo por ello, no sois los únicos que habéis recurrido a esa falsa esperanza.

—Así que la nuestra y otras especies forman parte de un concurso llamado el Torneo de las Especies.

—Exacto. No estáis mal posicionados, pero los humanos… ¡Bah!

—Entiendo. Van a la cola, por lo que quieres que les ayude a pasar a un nuevo mundo.

—Sí y no. Como sabrás, son seres muy rudimentarios. No tienen la capacidad de teletransporte de los tamatianos, por lo que jamás podrían llegar hasta la Puerta por sí mismos. Necesitan ayuda. Ahí entras tú.

La cabeza me da vueltas por tanta nueva información de golpe.

—¿La Puerta?

—Cíon, el Creador de los humanos, robó una Llave al Supremo de los uknianos. Con ella se abre una Puerta que contiene una Vasija donde se ha de entregar un Sacrificio. Si el

procedimiento se lleva a cabo de forma correcta, se otorgará al depositario del Sacrificio el poder para crear un nuevo mundo. Es la loca idea de Cíon para salvar a su especie.

—¿Cómo? Lo siento, pero sigo sin entenderlo.

—Bueno, Cíon es un soñador. Tiene una actitud paternalista y una visión utópica de la realidad. Sabe que «algunos» de sus humanos deben morir porque el Supremo necesita un perdedor, y es imposible que otra especie baje tantos puntos como para quedar por debajo de ellos. Pese a todo, se niega a que ese sea el destino de «todos» los humanos, así que quiere crear un nuevo mundo en el que solo una parte de ellos tenga cabida, los que sean buenos, honrados y pacifistas.

—¿Quiere crear un nuevo mundo de la nada para unos pocos privilegiados?

—De locos, ¿eh?

Meneo la cabeza. La siento embotada.

—¿Dónde está esa Puerta?

—Cuando llegue el momento, tendrás esa información, no antes.

Intento ordenar mis pensamientos, aunque me cuesta. Durante un instante pienso que quizá todo esto forma parte de un delirio y que estoy atrapada entre los escombros de la nave.

—Has dicho que en esa Vasija se ha de depositar un sacrificio. ¿Cuál?

—Uno escogido por el Ente de la Nada y el Todo. Un niño llamado Jeyd. Tengo entendido que de vez en cuando se apodera de él, lo que significa que probablemente sabe lo que está ocurriendo, la trampa de Cíon, por lo que no has de tardar en llevar a cabo la misión.

—¿Qué diantres es el Ente de la Nada y el Todo?

Pías se encoge de hombros.

—En realidad es un misterio. Nunca se deja ver ni habla con nosotros. Solo se comunica con el Supremo de los uknianos. Sospecho que es el único motivo por el que existe el Supremo, una especie de intermediario oficial, más allá de la figura del Supremo como líder de los uknianos. De todos modos, nadie que conozca lo

ha visto en persona, así que solo intuimos su forma por habladurías.

—¿Qué piensas que es?

—Apostaría a que se trata de una acumulación de energía, una especie de combustible para la vida. Tiene sentido, ya que la Llave que abre la Puerta que contiene la Vasija para crear nuevos mundos es suya.

—Si es suya, ¿por qué se la dio al Supremo de los uknianos?

—Es una pregunta muy interesante, Capitana, pero me temo que no tengo la respuesta. Solo puedo hacer conjeturas.

—Cuéntamelas.

—El Supremo es un idiota. Bueno, eso no es una conjetura, es un hecho.

Se ríe. Me parece perturbadora.

—¿Ah, sí?

—No debería contártelo, pero supongo que a estas alturas ya da igual. Es un cretino, un creído. Tantos años al mando le han hecho creerse un dios, cuando lo cierto es que no se da cuenta de lo que sucede ante sus narices.

—¿Crees que el Ente de la Nada y el Todo le dio la Llave al Supremo como una especie de… prueba?

Pías asiente con regocijo.

—Eres inteligente. Por supuesto, mi Marcada tenía que serlo. Sí, es lo que creo. Mi teoría es que quería comprobar si cuidaba de lo único que le ha dado en todos estos siglos, pero se lo han robado. No creo que el Supremo sepa que le falta la Llave.

—¿Con qué finalidad lo haría?

—Eso es algo que aún está por descubrir, pero creo que será muy interesante hacerlo.

Desde luego, *interesante* no es la palabra que yo habría escogido, pero tengo preguntas más importantes.

—Así que quieres que encuentre al Marcado de Cíon, el humano al que le dio la Llave.

—Exacto. Me dijo que es un muchacho llamado Eyzar. También tienes que encontrar al niño llamado Jeyd. Sin él, la misión no tiene sentido, pues es el Sacrificio. Debes explicarle a

Eyzar todo lo que te he contado.

—¿Por qué no se lo explica Cíon?

—Cuando tuvo la oportunidad, no quiso abrumarlo con tantos detalles porque le faltaba una pieza crucial.

—¿Cuál?

—No tenía quien llevase a su Marcado desde la Tierra hasta la Puerta. Ahora sí: tú. Sin embargo, en este momento no se lo puede contar porque está encerrado en Axgaroth, nuestra prisión. Cualquier medio de comunicación exterior queda vetado para los presos. Y yo tampoco puedo hacerlo porque no debo comunicarme con una especie que no es la mía.

—Entonces, si te he seguido, ¿has estrellado la nave y nos has matado a todos para que pueda ayudar a los humanos? —pregunto con una mezcla de incredulidad y rabia.

—Más o menos, sí.

—¡¿Por qué?! —grito.

Pías suspira.

—¿Quieres la versión corta y fácil o la larga y convincente?

—Quiero la verdad. Quiero saber por qué te has metido en todo esto, cuando está claro que lo haces a espaldas de tu Supremo. ¿Qué beneficio sacas?

—Así me gusta, que tengas carácter.

—Respóndeme o no haré nada de lo que me pides. ¡Quiero saber por qué hemos muerto!

—Mira, Cíon es mi amigo y está sufriendo. Deseo aliviar su dolor.

Durante un segundo, me pregunto si esa amistad no es amor oculto, pero decido que no es asunto mío.

—¿Qué más?

De pronto, el semblante se le ensombrece.

—Estoy convencida de que Kíor tiene algo que ver con la desgracia de Cíon y sus humanos. No quiero que se salga con la suya. Le odio por lo que os hizo.

—¿Quién es Kíor? —pregunto, aunque una idea se forma en mi mente.

—El Creador de los volokianos —dice bajito.

Un pesado silencio cae como una losa sobre nosotras.

Los volokianos. Su mención me hace apretar los dientes y cerrar los puños. No hay criaturas que deteste más en el universo. Por la expresión de Pías, sabe cuál es nuestra relación con ellos.

—Ayúdame a vengaros. Lo reconozco, no afectará directamente a los volokianos, pero quiero pensar que de algún modo saldrán perjudicados. Si dejamos que las cosas sigan su curso, Kíor se saldrá con la suya. Si intervenimos, quizá podemos hundirle, y con él a su especie.

Me quedo callada un momento. Desearía tener la posibilidad de decirle que no, que no voy a hacer lo que me pide, a seguirle el juego, no después de habernos aniquilado de este modo.

Por desgracia, el odio es más fuerte. Aunque los tamatianos somos pacíficos, no hemos olvidado lo que nos hicieron. Es un odio ancestral tan arraigado entre las dos especies que es imposible ignorarlo.

No tengo más remedio que aceptar.

—Hay otra cosa que debes saber y comunicar, si es necesario —me dice, por último—. Es sobre el niño, Jeyd.

—¿El qué?

Suspira y me lo cuenta.

Capítulo 36

JYNEK

Planeta Mykrymbel

—Mentiras y más mentiras —me lamento.

—Todo el mundo miente —responde la voz.

—No quiero ser como todo el mundo.

—Debes fingirlo, al menos de momento.

Gruño. Estoy cansada, pero temo que esto no ha hecho más que empezar.

—¿Merece la pena?

Es lo que me pregunto a cada momento, y la conclusión a la que llego no es muy alentadora.

—No lo sé. Por primera vez, el destino no está decidido. No sé qué va a pasar y eso me pone tan nervioso como a ti, lo creas o no.

—Pero yo tengo que hacer cosas horribles que no deseo. Odio a Kíor.

—Tampoco amabas a Cíon.

—El amor es relativo.

—Como la libertad. Debemos priorizar la responsabilidad. Tienes una gran carga sobre los hombros.

Hago una mueca.

—Así que debo seguir actuando.

—Debes seguir trabajando, Jynek. El destino debe escribirse. Al fin y al cabo, os dedicáis a eso.

Suspiro.

—A continuar mintiendo, entonces.

—Son diferentes puntos de vista.

Me muerdo la lengua. Quisiera decirle muchas cosas, aunque al final hago lo de siempre: tragarme las palabras, asentir y aceptar mi sino.

¿Qué más puedo hacer?

Soy una Tejedora del Destino.

Capítulo 37

SALLY

Cordilleras Nubaru, el Imperio

Es Eósydes.

Bueno, ella no, pero sí una pequeña parte de su ejército que, en realidad, son muchos más que nosotros.

Se agolpan en la falda de la montaña más cercana. Forman filas de cuatro y llevan un paso uniforme y firme. Cuando su cabecilla levanta la vista y nos ve, sé que he cometido un grave error.

No hay rastro de la Marcada de color verde, pero sí del enemigo.

«Eres estúpida —me recrimina la voz de mi cabeza—. Por tu culpa nos han visto, y ahora van a matarnos a todos. ¿No podías tener tu culo gordo quieto?».

Eyzar me agarra del brazo.

—¡Corre, corre! —grita.

Demasiado tarde.

—¡A por ellos! ¡Rodeadlos, rodeadlos! —chilla el cabecilla, haciendo que la tropa imperial se despliegue hacia nosotros.

Damos media vuelta lo más rápido que podemos, pero no hemos avanzado ni cinco metros cuando nos topamos de frente con Iriel y mi madre, a quien hago trastabillar y caer. Ella gime mientras se lleva la mano a la cabeza, de donde le sale un reguero de sangre.

«¡Imbécil! ¡¿No puedes hacer nada bien?!», ruge la voz. Me echo a llorar a la vez que trato de levantarla del suelo, pero está desorientada por el golpe y pesa demasiado. Todo a mi alrededor es caos y confusión, una cacofonía terrible, empujones aquí y allá, gritos en mi cabeza, visión borrosa y respiración entrecortada.

—¡Lo siento! —farfullo entre lágrimas, aunque no sé a quién se lo estoy diciendo.

Caen sobre nosotros, de eso me doy cuenta.

Noto un fuerte tirón del pelo. Me separan de mi madre, a quien también agarran, y me ponen un cuchillo en la garganta.

Tardo unos instantes en analizar la situación. Nos han capturado. Eyzar, mi madre y yo tenemos cada uno a un soldado agarrándonos y amenazándonos. Sufro cuando veo que mi madre apenas se tiene en pie y gimotea. El golpe en la cabeza ha sido fuerte, y sangra mucho.

No obstante, el que se lleva la peor parte es Iriel. Tiene a tres hombres encima de él mientras un cuarto le examina la cara, como si estuviera comprobando la dentadura de un caballo. De pronto me asalta la infantil idea de que quizás estos hombres sepan algo sobre el estado de Jeyd, pero la voz de mi cabeza carraspea, previniéndome de hacer el ridículo. Son soldados, títeres de Eósydes, y poco sabrán de mi hijo. Aunque lo supieran, tampoco me lo dirían.

—Es él —dice el cabecilla—. El traidor. ¡Asesino del Emperador!

Iriel le escupe en la cara, por lo que recibe un puñetazo que le parte la nariz con un desagradable crujido. Otro de los soldados, uno de los que le agarran, saca un cuchillo y hace ademán de clavárselo, pero el cabecilla le frena.

—¡No! La Emperatriz lo quiere vivo.

—¿Qué hacemos con el resto?

—A esos los podemos matar.

—¡No! —grita Eyzar.

—¡Jeyd! —chillo yo.

—Ayyy… —gime mi madre.

—No, si puedo impedirlo —exclama una voz desconocida.

De la nada aparece la mujer de color verde. No, de la nada no. Me doy cuenta de que estaba mimetizada con las rocas, pero ya no. Observa a nuestros captores con una fuerza salvaje en su ovalada mirada de plata. Levanta un brazo enorme, robusto y musculado, para después tocar unas teclas de colores vivos de una especie de brazalete que lleva en el antebrazo. Me fijo en que el extraño artilugio hace juego con su peculiar traje de guerra, similar a una armadura que le cubre hasta las rodillas, pero hecha de un material claro que no se parece a ninguno que haya visto hasta ahora.

—¿Quién coño eres tú? —pregunta el cabecilla, atónito ante la visión de una extraterrestre.

—¿Yo? Soy la Capitana Kam-Fux del planeta Tamat, y más os vale dejar en paz a mis protegidos.

Habría sido pan comido para ellos de no ser por la mujer llamada Kam-Fux: matarnos en un momento y llevarse al tullido de Iriel para que Eósydes lo torturara a placer. Desgraciadamente, no contaban con esta ayuda inesperada y su láser mortal.

Me quedo boquiabierta. ¿De dónde ha salido este increíble ser? Sus movimientos tienen una sincronía pasmosa. Jamás había visto a nadie con tanta precisión y agilidad. Se mueve como si danzara con el aire, como si flotara. Sus tiros, ejecutados desde el brazalete, no fallan. Nunca. Cuando el láser rojizo impacta sobre los soldados, caen fulminados, sin una sola herida, sin una sola gota de sangre, pero, sin duda, muertos.

Como es natural, los soldados intentan defenderse. Nuestros captores nos sueltan y van a por Kam-Fux. Algunos sacan flechas del carcaj que llevan a la espalda y disparan. Por suerte, la Capitana está preparada y, al pulsar otros botones de su brazalete, hace aparecer un campo de fuerza de color azulado que la cubre como si estuviera en una cúpula. Todos los proyectiles se parten al alcanzar el campo de fuerza y ninguno logra hacerle ni un rasguño.

En cuanto a los hombres, pocos se le acercan. La Capitana se desplaza entre las rocas con unos saltos que me recuerdan a los de una rana, pero esta es más grande, rápida y fuerte. Cada vez que aterriza en una superficie, levanta el brazo del brazalete y aniquila

a cuantos soldados tenga alrededor, para luego saltar al otro extremo y repetir la operación. Es implacable. Imparable.

—¡Retirada! ¡Retirada! —grita el cabecilla, desesperado.

No tiene que decirlo dos veces. Los hombres que quedan corren por donde han venido, temerosos por su vida. Kam-Fux les persigue un trecho y consigue dar a una decena de ellos antes de que el láser se quede corto.

Justo cuando pienso que quizá esta extraña mujer pueda ayudarme a rescatar a Jeyd, alguien se acerca a mí por la espalda. Antes de que me dé cuenta de lo que está pasando, tengo un cuchillo contra mi garganta.

Otra vez.

No son soldados. El hombre que me agarra desprende un olor rancio y noto su barba descuidada arañarme la piel. Intento gritar, pero al hacerlo la hoja se clava y un hilillo de sangre me baja hasta el escote. Cuando los demás se dan cuenta de mi situación y Kam-Fux hace el amago de volver a atacar, el hombre que me ha retenido se ríe con aspereza.

—Inténtalo y le rebano el cuello. No vas a lanzarme ningún rayo, te lo aseguro.

Por el rabillo del ojo veo que no solo está él. Son muchos más que los hombres de Eósydes, y siguen saliendo de los escondites de las montañas, armados y recelosos.

Estamos rodeados.

Capítulo 38

EÓSYDES

Fortaleza de Korhorg, el Imperio

—Repite eso —ordeno con voz queda.

Los hombres se miran, temerosos de seguir hablando.

—Mi señora, os juro que decimos la verdad —asegura el Capitán Thomas, el encargado de la misión.

—Te he dicho que lo repitas —digo sin elevar la voz lo más mínimo, clavando mis ojos en los suyos. Lo miro aún con más intensidad cuando él los aparta como un cervatillo asustado.

—Hicimos lo que ordenasteis. Localizamos una pequeña colonia de rebeldes al sur de las montañas de Oppum y les obligamos a hablar, pero no tenían ni idea del paradero de vuestro hermano. Sin embargo, teníais razón: al menor daño infligido a los niños, los adultos cantan como pajarillos. Nos revelaron el paradero de otra colonia rebelde más grande al suroeste y después de matarlos fuimos allá, pero esos tampoco sabían nada de Iriel. Repetimos la operación hasta en dos ocasiones más, y entonces, casi por casualidad, encontramos el rastro que buscábamos. Iban lentos, sospecho que debido a la anciana y al tullido de vuestro hermano.

—¿Qué pasó luego?

—Intentamos atacarlos. Fue imposible.

—Esa es la parte en la que me mientes.

—¡No os miento, señora!

—Deliras, pues.

—Os juro que todos vimos lo mismo. ¡Esa mujer verde nos dio una paliza tremenda!

—Si cogiera a tu hijo y le arrancara las uñas una a una, ¿me dirías lo mismo?

El rostro del Capitán se ensombrece y se tiñe de odio, pero asiente con un gesto firme.

—Cuando íbamos a llevarnos a Iriel, apareció esa mujer verde de la nada. Era más alta y corpulenta que cualquiera de nosotros, pero se movía a una velocidad sobrenatural. Nos disparó unos rayos mortíferos que salían de un brazalete. Imposible alcanzarla. Estaba protegida por una especie de esfera que repelía nuestros ataques. Mató a la mayoría antes de que ordenara la retirada. Es la verdad, mi señora. Ni todas las torturas del mundo podrán hacerme decir lo contrario.

Me levanto y me acerco a él. Mis zapatos resuenan en el suelo. Noto que cada músculo de su cuerpo se tensa, y me mira como si fuera un animal peligroso. Hace bien, porque lo soy.

Pero una parte de mí sabe que no miente.

Nos aguantamos la mirada unos segundos eternos, hasta que le doy la espalda. No quiero verlo más.

—Largo.

No hace falta que se lo diga dos veces. Casi de inmediato, oigo que la puerta se cierra detrás de mí. Cuando sé que estoy sola, arreo una patada a mi escritorio, furiosa.

—¿Qué está pasando? —me pregunto con ira—. Piensa, Eósydes, piensa…

Primero ese rebelde, con el cuento del monstruo alado; luego el crío con lo de la masa asesina, y ahora hay una mujer verde que lanza rayos y repele flechas.

—Aquí hay algo que se me escapa —murmuro.

Decido que no puedo posponerlo. Haciéndome con el control del Imperio y apagando las llamas de una posible rebelión, el asunto del maldito niño pasó a la cola de mis preocupaciones, pero debo organizarme. Quiero entender qué está sucediendo para, después, tomar las riendas.

Llego hasta el hospital de la fortaleza en cuestión de minutos. La servidumbre se aparta de mi camino al pasar. Sé que muchos desean derrotarme, otros matarme, pero también estoy segura de que ninguno de ellos hará nada. El mundo funciona de una manera muy sencilla: quien controla el dinero maneja el poder, y quien maneja el poder tiene en su mano el destino de cuantos quiera.

Cuando entro en la sala, el nuevo médico que he designado me hace una reverencia tan exagerada que por poco se toca el estómago con la punta de su ganchuda nariz. Es un hombre enjuto y nervudo llamado Joseph, y es de mi confianza. Después de todo, atendió a Iriel cuando el… incidente de la pierna. Me encubrió, se puso de mi parte, aunque estoy convencida de que no era tan imbécil como para tragarse la versión que di. Sin embargo, la apoyó, y eso es lo importante. Por eso ahora es el encargado y el antiguo médico, un desempleado.

La gente debe entender que, si se porta bien conmigo, yo me porto bien con ellos. A veces.

—Emperatriz —dice Joseph atropelladamente—. No os esperaba.

—¿Cómo está el niño?

A primera vista, no muy bien. El crío está desnudo, pero cada centímetro de su piel está cubierto por electrodos conectados a unas máquinas que pitan y emiten lucecitas. También hay cables por todas partes: cables que salen, cables que entran.

Los mejores recursos del Imperio al servicio de este mocoso que solo me causa problemas. Ordené a Joseph un informe exhaustivo del niño, pero me duele tanto derroche. Por lo menos no hay más pacientes, no hay más gasto. Ningún otro es tan importante como este.

—Bueno, señora, el caso…

—¿Qué? Dime lo que tengas que decir y no me hagas perder el tiempo.

Joseph, diligente, abre un cajón y me entrega un informe. Lo leo rápido y frunzo el ceño.

—Debe de ser un error.

—Quizás. Aunque en ese caso no entiendo cómo podrían

equivocarse una y otra vez las máquinas en los valores.

—Con estas constantes vitales, cualquier persona estaría muerta.

—Pero no lo está. Está en coma, sí, pero no muerto.

—Los valores indican que debería estarlo —insisto más para mí que para él. Levanto la cabeza y le dedico una mirada que le hace retroceder un paso—. ¿Por qué no me has dicho nada? ¿Por qué no me has avisado —meneo los papeles delante de sus narices — si te dije que me mantuvieras informada? ¿Eres un traidor?

Joseph se pone pálido, abre mucho los ojos y se retuerce las manos llenas de nudos.

—¡No! Eso jamás. Sabéis que siempre os he apoyado, incluso antes de que fuerais Emperatriz.

—¿Entonces?

—Yo… yo… pensé que…

—¿Qué pensaste? ¿Que no era de mi incumbencia? ¿Que no podría entenderlo por ser mujer?

—¡No! Pensé que ahora que sois Emperatriz tendréis muchas cosas en la cabeza y que quizá considerabais esto… poco importante. Al fin y al cabo, el niño vive. ¿Qué más da lo que diga una máquina? No quería molestaros.

—No querías molestarme. Ya. —Sonrío—. Lo entiendo. No pasa nada. Gracias por preocuparte por mí.

Mi cambio de humor le coge desprevenido.

—Claro, señora. Yo no, yo…

—Acércate, anda, que no muerdo.

—… lo más seguro es que se deba a que las máquinas estén averiadas. Vuestro señor padre nunca… —farfulla mientras se aproxima.

Cuando está al alcance de mi mano… ¡PAM! Le cruzo la cara de un bofetón.

Le pego tan fuerte que lo derrumbo. En este instante de confusión, cojo un bisturí que veo en una bandeja y le coloco la punta sobre la carótida.

—Tal vez debería matarte y buscar a un médico que entienda lo que significa «mantenme informada» —le susurro al oído.

—No, por favor, por favor —gimotea con la vista fija en mi mano firme.

—¿Te corto la lengua, pues? Total, no la usas.

Se pone a llorar. Resoplo y lo suelto de golpe, no sin antes asegurarme de golpearle la cabeza contra el suelo. Las lágrimas me dan asco.

—Patético —dictamino—. ¡Levántate y deja de hacer el ridículo!

Obedece temblando. No me sorprendería ver una mancha de orina en su entrepierna, de lo asustado que está. Sería divertido.

—Quiero que sepas que no te mato porque creo que aún te necesito. Pero te juro que, si vuelves a fallarme, no tendré piedad. ¿Lo has entendido?

Asiente sollozando.

—Largo. ¡Y deja de llorar!

Se levanta con un traspié y cierra de un portazo. Suspiro. El mundo está lleno de ineptos. La experiencia me ha demostrado que, si quiero que las cosas se hagan bien, debo hacerlas yo.

Repaso las constantes vitales de Jeyd. Nadie puede sobrevivir con una tensión arterial de 2/3. Estúpido médico, ¿cómo no iba a interesarme semejante milagro de la medicina? Decido tomársela manualmente. Hace mucho que no lo hago, pero no he perdido la práctica.

—No puede ser —murmuro.

Me da 2/3. Estudio lo que el doctor Joseph le suministra por vía intravenosa: sueros, nutrición parenteral y un sinfín de medicamentos. El crío está hasta arriba de todo, pero tiene las constantes por los suelos.

Se me cruza una idea alocada por la cabeza. ¿Qué pasaría si se lo quito todo? ¿Podría retomar mi idea inicial y abrirlo en canal para ver si tiene algo dentro?

No me lo pienso.

Procedo. Le arranco la vía intravenosa, le quito el respirador y los electrodos. Espero un tiempo prudencial y vuelvo a tomarle la tensión. Los mismos valores. Además, sigue respirando igual que con el respirador.

Es hora de abrir.

Deslizo el bisturí sobre el pecho desnudo del niño. Está blanco como el yeso, y la brillante sangre escarlata contrasta una barbaridad. Le hago un tajo inmenso, más largo de lo que necesitaría, pero no quiero quedarme corta. La sangre empapa la camilla, pero él sigue respirando y su rostro tan inexpresivo como si estuviera tallado en mármol. Voy más allá y busco un separador intercostal entre el instrumental. Tardo en encontrarlo y frunzo el ceño al ver que el aparato está viejísimo y hecho una porquería, pero me resigno. Después de todo, algo me dice que el maldito crío no se morirá de una infección.

Tomo aire antes de empezar. Nunca lo había hecho antes, pero saldrá bien. He leído sobre ello y no puede ser muy difícil. Mi corazón late deprisa por la emoción. ¿Qué descubriré?

Oigo el chasquido de alguna que otra costilla al partirse, pero ni me inmuto. Daños colaterales. Iriel me llamaría monstruo por estar experimentando con un niño, aunque, al fin y al cabo, él me sirvió de experimento hace años. Sonrío al recordar sus chillidos. Qué lástima que este crío no esté despierto. Seguro que me contaría cosas interesantes.

—Bueno… ya está —murmuro.

Con el crío abierto en canal, me siento eufórica y excitada. Sin embargo, cuando me asomo al interior esperando ver algo extraño, algo que no debiera estar ahí… no veo nada. Es un cuerpo normal y corriente.

—Mierda…

Entonces caigo en la cuenta. Jeyd sigue respirando sin ayuda, aun con el tórax abierto. Le tomo de nuevo la presión arterial y obtengo los mismos valores.

Las piezas encajan en mi mente poco a poco. Tengo una corazonada. Es una idea loca, pero después de todo esto ¿algo sigue siendo normal? Cojo el bisturí y, sin pensármelo dos veces, se lo clavo en el corazón con fuerza bruta.

Me alejo un paso. Estoy maravillada.

Sigue respirando. Le tomo la tensión una vez más. Obtengo los mismos valores.

Es inmortal. Rectifico. Nadie puede vivir con el tórax abierto y un bisturí en el corazón.

Está muerto. Pero, de algún modo, algo no le deja morir. La cuestión es: ¿qué?

Capítulo 39

IRIEL

Cordilleras Nubaru, el Imperio

—¿Quién coño sois? —grita el hombre que sostiene el cuchillo contra el cuello de Sally, que no aparta la vista de su madre.

—Podría preguntar lo mismo —replico con un tono más que desagradable y la mirada fría.

Rápidamente, analizo la situación. Son muchos, una treintena de hombres y mujeres con cara de pocos amigos, ropa y rostros sucios y armas rudimentarias. Demasiados como para enfrentarnos a ellos. Además, ¿dónde está Kam-Fux? No la veo. Ha desaparecido.

«No, no se ha esfumado. Se ha mimetizado con el entorno, como antes. No quiere que estos hombres la vean, pero está aquí», pienso.

—Iriel —me llama Eyzar en tono conciliador.

Está arrodillado junto a Emily, que sangra por la herida de la cabeza, pero ha levantado las manos en señal de rendición. Con la mirada, me pide que haga lo mismo.

Obedezco a regañadientes. No tenemos ninguna posibilidad sin la ayuda de Kam-Fux.

—Creo que os buscábamos a vosotros —digo esforzándome por suavizar la voz.

—¿Por qué? —gruñe el captor de Sally, que traga saliva sin parar, aterrada.

Me dan ganas de decirle que se esté quieta, que no mueva un músculo.

—Sois rebeldes, ¿verdad? —aventuro, esperando no equivocarme. ¿Quiénes podrían ser si no, si estaban escondidos en las montañas?—. Buscamos vuestra protección, vuestro cobijo. Huimos de la Emperatriz Eósydes y su ejército.

—¡Y una mierda! —grita otro hombre que tiene una flecha lista para ser disparada—. Tú, tullido, te conozco. Eres Iriel. ¿A quién crees que puedes engañar con esa pierna?

Se hace un silencio muy incómodo que no tengo ni idea de cómo rellenar. Los rebeldes se fijan en mi inconfundible extremidad y comienzan a gritar.

—¡Es verdad! —chilla uno.

—¡Deberíamos matarle!

—¡Debemos matarle!

—¡Por su culpa estamos así!

—¡Por su culpa nos dan muerte!

Me hierve la sangre de indignación. Pienso en Luba y su triste sepultura. El recuerdo de Eósydes cortándole la piel me envenena.

—¡Los soldados del Imperio nos estaban atacando! —chillo exasperado—. ¿No es suficiente prueba de que estamos en el mismo bando?

—¿No eres Iriel, el legítimo heredero del Imperio? —inquiere una mujer de graso pelo rubio.

—¡Sí lo soy! Creedme, comprendo vuestros deseos de reventarme la cabeza. ¡Son los mismos que tengo yo de reventársela a mi hermana! Quizás, al estar escondidos aquí, no os hayáis enterado de las últimas noticias, así que os pondré al día: Eósydes mató a mi padre, lo decapitó y puso su cabeza en mi cama mientras dormía. Si solo hubiera hecho eso me habría dado igual. Aborrecía a mi padre tanto como él a mí. Pero hirió a mi pareja y nos obligó a huir. Luba murió entre sufrimientos, tal y como ella planeaba. Estoy seguro de que ya se habrá deshecho de los Consejeros, su último obstáculo para conseguir lo único que le importa en la vida: el poder. Sin embargo, yo tampoco pararé hasta conseguir lo que quiero.

—¿Qué quieres? El trono para ti, ¿verdad? —inquiere un rebelde.

—El trono me importa una mierda. Como si queréis quemarlo.

—¿Entonces?

—A ella —escupo. Aprieto los puños mientras recuerdo los ojos vidriosos de Luba, su horripilante herida mortal, su piel ardiendo por la fiebre—. ¡Juro que, aunque sea lo último que haga, no descansaré hasta encontrarla y abrirle la cabeza! ¡La quiero muerta, muerta, MUERTA!

No me doy cuenta de lo mucho que he gritado hasta que veo la expresión entristecida de Eyzar. Enfadado, me dan ganas de pegarle un puñetazo. ¿Quién se ha creído que es? ¿Se cree mejor que yo por haber aceptado el asesinato de su familia y no buscar venganza?

Sin embargo, me distrae el silencio de los rebeldes. Poco a poco, el que retiene a Sally baja el cuchillo hasta soltarla. Ella no parece aliviada, sino preocupada por su madre. Corre hacia ella y le toma la cabeza entre los brazos.

—Por favor —ruega, con lágrimas cayéndole por las mejillas —. Mi madre está malherida. Ninguno de los que estamos aquí somos partidarios del régimen del Imperio. ¡Al contrario, hemos sufrido calamidades por su culpa! Esa bruja retiene a mi pequeño. Por eso os buscábamos.

—¿Nos buscabais porque Eósydes tiene a tu hijo? ¿Y eso a nosotros qué?

—¿No sería maravilloso devolverle el golpe? —intervengo—. De un modo u otro, pienso hacerlo. Sally debe recuperar a su hijo, y yo, vengarme, pero necesitamos un refugio para idear el plan y preparar un buen ataque. Ya habéis visto que me perseguían. Estoy seguro de que mi hermana ha puesto precio a mi cabeza.

—Los rebeldes no buscamos guerra. Huimos de ella, por si no te has dado cuenta —protesta un hombre tuerto.

—Habla por ti. Esos cabrones mataron a mi familia —le replica una mujer robusta. Me señala con un dedo de uña encarnada—. Si él va a presentar batalla, me sumo.

—No rechazaré a nadie que quiera unirse a nosotros —declaro.

El cabecilla se frota la cara, ensuciándosela. Parece cansado y más viejo que hace unos minutos.

—Es un asunto complicado. Mejor los llevamos a la base y que se encargue Maya.

—¿Los vas a llevar a nuestro escondite? —exclama un anciano jorobado y calvo.

—¿Qué más podemos hacer?

—¡No me lo trago! ¡Son espías!

—¡Que no! —rujo.

—¿Ah, no? —Los ojillos del hombre brillan maliciosos—. Entonces ¿cómo habéis conseguido que los soldados de Eósydes os dejaran en paz? ¡Estaban encima de vosotros, se os iban a llevar, pero de pronto se han marchado corriendo!

—¿Qué…? —pregunto extrañado, pero me doy cuenta de algo.

No ven los cadáveres de los soldados.

Varios de los rebeldes están al lado de cuerpos caídos, pero actúan como si no estuvieran ahí. Incluso una mujer está pisando la mano de un soldado y otra tiene el rostro de un cadáver desfigurado por el rayo de Kam-Fux a menos de diez centímetros de su mejilla. Aun así, ninguna de las dos parece tener intención de moverse.

¿Es posible que no vieran la apoteósica paliza que la mujer verde dio a esos cabrones?

Y justo cuando otros rebeldes empiezan a protestar de nuevo dando la razón a su compañero, Kam-Fux vuelve a aparecer. Todo pasa muy rápido, en un abrir y cerrar de ojos.

Los rebeldes gritan y alzan sus armas hacia ella, pero la mujer levanta el brazo y del brazalete sale una especie de onda de luz clara que los baña a todos. Antes de que se desvanezca, corre hacia Emily y le toca la herida con suavidad. Después se mimetiza con el entorno, no sin antes guiñarnos un ojo.

Para cuando la luz desaparece, la herida se ha curado milagrosamente y los rebeldes nos miran como si los últimos

minutos no hubieran existido. De hecho, echan a andar y, al ver que no les seguimos, el cabecilla frunce el ceño.

—¿Venís o qué? Si habéis cambiado de opinión…

—No, no —me apresuro a decir—. ¡Vamos! —le digo a mi pasmado grupo.

Emily, ya de pie, sujetada por Eyzar y Sally, parpadea confundida.

—¿Qué…?

—Luego te lo cuento —susurra Eyzar—. Camina.

Capítulo 40

SALLY

Cordilleras Nubaru,
base rebelde n.º 85, el Imperio

Por fin los rebeldes acceden a llevarnos hasta su base, a un par de kilómetros de donde estábamos. Los centinelas encargados de otear el terreno ante la avalancha de ataques a colonias rebeldes de las últimas semanas avistaron a los hombres de Eósydes acercarse a nosotros y avisaron al resto.

Al aproximarnos, me doy cuenta de que es una base de difícil acceso. Para llegar a las residencias se han de escalar varias rocas, sortear enormes troncos caídos y atravesar un riachuelo poco profundo, pero de fuertes corrientes. Tardamos lo que me parece una eternidad, tanto porque mi madre e Iriel necesitan ayuda como por mi torpeza. Me siento patética.

Cuando llegamos, cubiertos de sudor y jadeantes, nos esperan. Me sorprende ver que nos da el alto una mujer alta y robusta, con una impresionante mata de cabello negro. En el Imperio, las mujeres no suelen representar papeles importantes en la sociedad, pero por lo visto en las montañas hallan la libertad.

—Hemos encontrado a… —empieza el cabecilla.

La mujer alza una mano.

—¿Qué coño está haciendo aquí el maldito heredero del Imperio y por qué no le habéis cortado ya la cabeza?

* * *

—A ver si lo entiendo —recapitula la líder, una mujer llamada Maya, mientras se frota las sienes con unos dedos como morcillas —, eres el heredero del Imperio, pero tu hermana te tiene cogido por los huevos y has tenido que salir pitando para no perder tu bonita cabeza.

—Más o menos, así es —contesta Iriel con frialdad.

La mujer lo mira de arriba abajo reparando en su pierna tullida y suelta una risotada. Se le une un hombre calvo de aspecto peligroso. Nos han llevado a un cuartucho diminuto donde hay una mesa desvencijada en la que intentamos apiñarnos como podemos. Mi madre sigue desorientada debido a las vagas explicaciones que hemos podido darle por el camino sin levantar sospechas, y creo que Kam-Fux también está aquí, camuflada, aunque no podamos verla. Pienso en lo mucho que me gustaría ser invisible, pero no puede ser, nada de lo que quiero es posible.

—¿Qué hay de vosotros? —ladra Maya—. ¿Cuál es vuestra triste historia?

—Somos prisioneros fugados de Eósydes —contesta Eyzar tras un silencio—. Yo también era un rebelde, pero mataron a mi familia y me capturaron. Desgraciadamente, acabé en manos de Eósydes, que quería matarnos. Conseguimos huir a tiempo con la ayuda de Iriel.

—Ajá. ¿Y vosotras?

Desesperada como estoy, me aferraría a cualquier posible ayuda, aunque en mi fuero interno sé que solo voy a recibir otro rechazo. Uno más. ¿Quién querría apoyar a alguien como yo, tan inútil como para perder a su hijo?

Aun así, debo intentarlo.

—Eósydes tiene a mi hijo. Ayudadme a sacarlo de ahí. Por favor —ruego.

—¿Cómo? ¿Te has dado un golpe en la cabeza o qué, niña?

—En realidad —añade Eyzar con precaución—, hemos venido para ver si podíais…

—¡Queremos venganza! —ruge Iriel interrumpiéndolo y

dando un fuerte golpe en la mesa.

Maya le mira como si le hubieran salido tres cabezas.

—¿Qué?

—Eósydes está loca y merece morir —responde con vehemencia y las mejillas arreboladas—. No ve fantasmas u oye voces que no existen. No, la enfermedad de mi hermana es más peligrosa porque no parece que delire. Eósydes es una psicópata. No siente. No padece. Solo se importa ella misma y hace lo necesario para lograr lo que quiere.

—Bueno, a todos nos ha hecho sufrir tu familia —replica Maya con dureza—. ¿Por qué crees que estamos aquí escondidos? ¿Porque nos gusta el aire fresco? ¿Sabías que ha habido un incremento exorbitado de ataques a bases rebeldes durante las últimas semanas? Las han masacrado. No han tenido piedad ni con los niños.

—Eso suena a Eósydes.

—Te buscaban, ¿verdad? Cabrón…

—Eso debería probar que no estoy de su lado.

—Si te acogemos, corremos más peligro —protesta el hombre que acompaña a Maya, abriendo la boca por primera vez.

—¿Por qué? ¿No acabas de decir que a las otras colonias las han masacrado igual?

—Deberíamos entregarte —ataca el hombre.

—Os matarían a todos, y lo sabéis. Soy un signo de rebelión. Quiero formar un ejército para cargar contra mi hermana. Quiero una unión rebelde capaz de aplastar el Imperio.

—Y recuperar a mi hijo —añado.

—Y recuperar al hijo de Sally, sí.

La mujer nos mira uno a uno, como viéndonos por primera vez. Tiene unos ojillos negros, pequeños y muy juntos, acompañados de unas cejas tan pobladas que le dan un aspecto fiero. Pienso que una mujer que ha llegado a ser la líder de una colonia rebelde entre tantos hombres debe de ser, por fuerza, brava. Lo contrario que yo, vaya.

—¿Crees que no lo hemos pensado? No es tan fácil organizar una puta rebelión. Tenemos hambre y miedo. Vosotros… Ellos

tienen poder y armas. Es una balanza muy desequilibrada y nos jugamos tanto la vida como la libertad.

—¡Al revés! ¡Es el mejor momento para atacar! —insiste Iriel. Los ojos le brillan con intensidad a pesar de la escasa luz que aportan las velas de sebo que hay sobre la mesa—. El Imperio acaba de sufrir un golpe de Estado. Hay muchas cosas en el aire, muchos puestos de responsabilidad que reasignar. Nunca han estado tan distraídos como ahora. ¡Es la mejor oportunidad que hemos tenido nunca!

—Quizá podríamos convocar a… —empieza Eyzar, esperanzado.

Pero Maya se levanta estrepitosamente y vuelca la vela por accidente. Mi madre la recoge con cuidado antes de que la llama destroce nada.

—¡Basta! —chilla—. ¡Venís aquí, unos completos desconocidos, con soldados persiguiéndoos y os ponéis a hablar de rebeliones como si fuera tan sencillo! Lamento lo que os ha ocurrido, pero todos tenemos un pasado triste y oscuro y solo queremos vivir tranquilos. Nada de rebeliones. Nada de ataques. Bastante tenemos con repeler los que vienen, como para ir a buscarlos. Si tenéis instintos suicidas, largaos. Queremos paz. ¿Entendido?

Se hace un largo y tenso silencio en el que Maya e Iriel se taladran con la mirada. Al final, mi madre rompe el hielo.

—Entendido —dice.

Me siento indignada. ¿Ya está? ¿Se rinde así de fácil? ¿Acepta dejar escapar la ayuda necesaria para rescatar a Jeyd? Por desgracia, no es la única a la que mi hijo le da igual, porque Eyzar la secunda, para variar.

—Entendido.

Nadie va a ayudarnos. Estoy sola. Como siempre.

—¿Y bien? —le pregunta Maya a Iriel.

Es como si yo fuera invisible, como si mi opinión no contara para nada.

«Es que tu opinión es indiferente, ¿no te has dado cuenta? A nadie le importas, imbécil».

—Entendido —masculla Iriel, con la mandíbula y los dientes apretados.

Maya asiente satisfecha.

No se acuerda de mí.

—Maldita sea —resopla, y se dirige a su acompañante—. Rebeliones. Malditos críos. Búscales una chabola donde puedan quedarse. La peor que encuentres. Y vigílalos de cerca, en especial a pata de palo. Al menor indicio de rebelión o cualquier conducta extraña, ya sabes qué tienes que hacer.

—Sí, señora.

Con un último gruñido, Maya sale de la habitación y el hombre la sigue.

En cuanto sus pasos ya no se oyen, Kam-Fux se materializa, como despegándose de la pared. Mi madre da un brinco en su asiento, pero antes de que nadie pueda decir nada, la mujer de color verde niega con la cabeza. Parece decepcionada.

—Los humanos sois patéticos. Solo pensáis en destruir.

Capítulo 41

SALLY

Cordilleras Nubaru,
base rebelde n.º 85, el Imperio

—Mi nombre es Kam-Fux —comienza—. Vosotros sois humanos y vivís en la Tierra. Yo soy tamatiana y vengo de Tamat. Es un planeta bastante lejano al vuestro y mucho más… mucho menos acogedor. No duraríais ni un segundo ahí, empezando por la atmósfera, que resultaría corrosiva para vuestros pulmones. Tendríais que enfrentaros a las mórdanas, unas letales plantas carnívoras, y a los Ka-Nams, las criaturas que nos dan caza.

Se hace un momento de silencio tenso en el que ninguno sabemos qué decir. Eyzar repite tontamente:

—¿Ka-Nams?

—En realidad, encajan mejor en la categoría de monstruos porque, por más que intentamos estudiarlos, su único propósito parece ser matarnos. Son bichos muy peligrosos que causan bastantes muertes. Desde pequeñitos, aprendemos a pelear y a enfrentarnos a ellos. De ahí que incorporásemos este brazalete en nuestra vestimenta. —Levanta el brazo para enseñarlo. De ahí salieron los rayos que acabaron con los soldados de Eósydes—. Pensé que si sirve con los Ka-Nams, serviría con esos humanos, ¡y los rayos les hicieron polvo! A nuestros monstruos solo les aturden un poco, pero a vosotros os hizo papilla. Sois frágiles. Tenéis un planeta envidiable, sin seres que os acechen. Sin embargo, solo he

oído hablar de destrucción.

—¿Vivís en un lugar horrible? —pregunta Iriel.

Se queda pensativa antes de responder:

—No diría tanto —dice de forma pausada—. Volok, por ejemplo, es el infierno, y otros tantos planetas también son escalofriantes. Tamat tiene cosas muy buenas —asegura, y los ojos se le agrandan y le brillan—. Posee una belleza salvaje para quien sabe apreciarla, la flora crece libre y nadie daña el planeta. De hecho, eso es lo que más me gusta de mi hogar: su gente y nuestra filosofía de vida, el *tai*.

Resulta evidente que quiere que le preguntemos, así que lo hago:

—¿Qué es el *tai*?

Se le infla el pecho cuando suelta el discurso. Se nota que se siente orgullosa de Tamat, más de lo que yo lo he estado jamás de la Tierra. Me avergüenzo un poco. ¿No habremos sabido apreciar lo que tenemos? Probablemente que no.

—El *tai* es… una especie de religión. Una sintonía entre los tamatianos y su tierra. Los elementos de la naturaleza son representados por dioses, y los veneramos en nuestro hermoso templo Ka-Mipimaiu, que es blanco y llega hasta el cielo. Ellos nos enseñan a amar lo que fluye, lo natural. Nos guían para estar en sintonía con las pequeñas cosas de la vida, para ser buenos y amables, y ayudar al que lo necesita. El *tai* nos dicta que no hemos venido al mundo para ser esclavos de nadie, sino a servir, nos insta a dar lo mejor de nosotros, tal y como la vida nos da lo mejor de ella. Así que no, ¡no vivimos en un lugar horrible! Solo en un planeta con algunas adversidades.

Cuando por fin se queda callada, todos estamos anonadados.

—Pues qué bien… —murmura Iriel.

—Hablas perfecto nuestro idioma y nos conoces muy bien para venir desde tan lejos —observa mi madre, cambiando de tema.

Kam-Fux levanta el brazalete a modo de respuesta.

—También es un traductor simultáneo.

—Qué oportuno —comenta Iriel con frialdad.

—No es nada casual. Los tamatianos mantenemos relación con muchas especies, y cada una habla su idioma. El traductor es necesario. Además, así, cuando os observábamos, entendíamos lo que decíais. Creo que eso responde a la segunda parte del comentario de la dama.

—¿Nos observabais? ¿Desde cuándo? —inquiero alarmada.

No puedo dejar de preguntarme cuánta mezquindad humana habrán llegado a presenciar. Si vieron cómo algunos hombres tratan a las mujeres. Si vieron cómo tratamos a nuestro planeta. Si vieron las guerras absurdas y la creación del Imperio. Como si me leyera la mente (lo que no descarto que pueda hacer), Kam-Fux se encoge de hombros.

—El tiempo en Tamat no transcurre igual que en la Tierra, pero si hiciese el cálculo aproximado, diría que hace más o menos un siglo que sabemos de vuestra existencia.

—¡¿Un siglo?! —exclama Iriel.

—¿Por qué no hemos sabido de vosotros hasta ahora? —pregunta Eyzar consternado.

Y casi al mismo tiempo, pregunta mi madre:

—¿Por qué no nos habéis invadido? Por lo que has contado, Tamat no parece un buen lugar para vivir.

—No habéis sabido de nuestra existencia ni sabéis de otras especies que conocen la vuestra porque no queremos, justo por lo que vimos cuando os estudiamos. Sois una especie violenta y arrogante que se cree el centro del universo, cuando en realidad no sois más que un punto remoto en la inmensidad. ¿Para qué invertir nuestro tiempo y esfuerzo en sociabilizar con una especie así? No tenéis nada interesante ni de valor, nada que aportarnos. En cuanto a por qué no os invadimos… pues porque no somos como vosotros. Es vuestro lugar, vuestra tierra. No somos nadie para venir aquí y arrebataros lo que os pertenece. Nos quedamos en nuestro hogar y tratamos de mejorarlo, sin emplear la violencia más que cuando es estrictamente necesario. Es lo que nos diferencia de vosotros. Por eso no somos los últimos en el Torneo de las Especies. Pero tenéis más suerte de la que os merecéis. Nuestra creadora, Pías, me ha contado que Cíon le robó la Llave al Supremo y se la dio a su

Marcado. —Sus increíbles ojos vuelan hacia Eyzar—. Algo en mi interior me dice que eres tú.

—Así que tú también eres una Marcada, tal como pensaba —murmura él.

El severo rostro de Kam-Fux se suaviza, como si empatizara con Eyzar.

—Vaya destino nos ha tocado, ¿eh?

—Cíon me dio la Llave, pero no me explicó qué se supone que tengo que hacer con ella.

Ella asiente mientras toma una honda bocanada de aire.

—Está bien. Escucha.

A continuación, nos narra la historia que le contó Pías. Todo va bien (o todo lo bien que podía ir), hasta que menciona el Sacrificio.

Hace años, después de una paliza muy dura que me dio mi difunto marido, tuve un ataque de ansiedad extremo, cogí un cuchillo y me corté las venas. El dolor me calma, me trae una extraña sensación de paz, como si al acariciar la muerte mis problemas fueran menores. El caso es que calculé mal y me clavé demasiado el cuchillo en la carne. Me hice polvo el brazo y la sangre empezó a salir sin control. Tampoco me importó mucho. Podría haber pedido ayuda cuando vi que la cosa se me había ido de las manos, pero estaba tan cansada y harta de todo que pensé que estaba bien así, de modo que, en vez de luchar por mi vida, me tumbé en la cama a la espera de lo inevitable.

Entonces llegó mi madre, aunque no estaba previsto que lo hiciera. Me encontró y me salvó la vida una vez más.

Después me sentí fatal por aquello. Al ver sus lágrimas amargas y el dolor que le había causado, le prometí que no lo haría más, aunque las dos sabíamos que era mentira porque autolesionarme es lo único que me ayuda cuando llego al límite, lo cual sucede más a menudo de lo que a mi madre le gustaría. Tengo cicatrices en todas las partes del cuerpo, sobre todo en los brazos y muslos, así que ambas éramos conscientes de que aquello no acabaría ahí, aunque la mentira pasajera nos reconfortaba.

Semanas después, le pregunté por qué había venido, si no

habíamos quedado en vernos. Ella me dijo que las madres tienen un sexto sentido para estas cosas, y es cierto. Desde siempre supe que algo andaba mal con Jeyd.

Por eso, cuando Kam-Fux, esta extraña mujer verde venida de un planeta remoto, se puso a hablar de un Sacrificio, se me congeló la sangre en las venas en una premonición escalofriante.

—Ese Sacrificio… —interrumpo, pero se me quiebra la voz.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo está? —intento de nuevo.

Por algún motivo, mi mente, mi sexto sentido de madre como la mía había dicho, ya había asumido que se trataba de mi Jeyd sin que hiciera falta confirmación. Pero lo que no me esperaba era la respuesta de Kam-Fux.

—Oh, está muerto. De hecho, hace años que falleció, aunque a ojos humanos parezca seguir vivo.

La tierra se abre a mis pies.

Me llevo la mano al corazón, que creo que se ha detenido. La mujer sigue para poner la guinda al pastel:

—Se trata de un niño llamado Jeyd. ¿Lo conocéis?

No noto el grito de mi madre ni las manos de Eyzar antes de caer desplomada al suelo.

Capítulo 42

SALLY

Cordilleras Nubaru,
base rebelde n.º 85, el Imperio

Lo siguiente que recuerdo es oscuridad.

Vi moverse los labios de aquella extraña mujer y pronunciar las palabras que dictaron mi final.

He tenido incontables ataques de pánico y ansiedad a lo largo de mi vida. Siempre han estado conmigo, como unos molestos compañeros de viaje invisibles que no pedí, pero que jamás me soltaban de la mano, aunque intentase librarme de ellos.

Más allá, mi existencia siempre ha girado en torno a Jeyd, a protegerlo de todos los males de este mundo, que no son pocos. Desde que me recuperé de la desastrosa noche del parto y mi madre me lo puso en el pecho, supe que mi camino estaba ligado al suyo y que, si en algún momento él faltaba, ya no tendría nada por lo que luchar, nada por lo que mereciera la pena soportar el dolor del día a día.

Cuando Kam-Fux dijo que mi Jeyd está muerto, no tuve un ataque de ansiedad. Solo me apagué. Primero me faltó el aire y no pude respirar, pero, cuando mi cerebro procesó la información, fue demasiado. Me desmayé y la negrura me tragó.

Al abrir los ojos, los párpados me pesan toneladas. Veo el techo de madera desvencijada con una bombilla solitaria y desnuda que se balancea con ligereza, aportando una luz pobre y

tétrica al cuartucho. Después me doy cuenta de que estoy tumbada en un catre, aunque al principio no recuerdo por qué.

Noto el cerebro embotado y no consigo evocar cómo he llegado hasta aquí, solo una densa oscuridad. Comprendo que algo malo ha debido de pasar. La garganta me arde como si hubiera estado gritando como una loca, los ojos me escuecen y los noto hinchados.

Entonces percibo una presencia a mi derecha que me agarra la mano con pulso trémulo. Es mi madre.

—¿Mamá? —Me incorporo, el corazón empieza a latirme con violencia. Solo me hace falta ver su cara, su expresión destrozada, desencajada, derrotada—. Mamá, ¿qué ha pasado?

Llora. Desde niña he sabido que mi madre tiene una fortaleza que no he heredado. Pocas veces la he visto llorar, incluso en los peores momentos, siempre ha sido la roca firme en la que amarrarme para salvarme de la tempestad, pero ahora los lagrimones caen por su rostro arrugado y se pierden entre los pliegues de su papada.

—Lo siento tanto, Sally. Lo lamento muchísimo…

Poco a poco me vuelven los recuerdos. Nosotros sentados alrededor de la mesa, esa extraterrestre hablando. La oscuridad que vino luego, cuando ella dijo que… que Jeyd…

Una pequeña parte de mi mente comprende entonces por qué me duele la garganta. La otra gran parte queda anulada mientras se forma el nuevo grito:

—¡No… no, no, no, no, no, por favor! —plaño—. ¡NOOOOOOOOOO!

Algo se rompe en mi interior. Juro que puedo sentir el dolor físico de mi corazón al partirse en mil pedazos.

Me agarro del pelo y tiro. Ni siquiera soy consciente de que me estoy arrancando mechones enteros. No noto ese dolor, el de mi pecho es mucho más fuerte. No percibo a mi madre rodearme con sus esqueléticos brazos; el grito desgarrado e interminable que proviene de las entrañas de mi ser es demasiado envolvente.

—¡NOOOO! —bramo enloquecida—. NO, te lo suplico, no, no, no —chillo, aunque no hay nadie a quien pedirle nada.

Jeyd está muerto.

Mi hijo lleva tiempo muerto.

Una parte de mí ya lo sabía.

Pero ¿cómo? ¿Cuándo? ¿El día del parto, cuando su padre le hizo «eso», o años después, cuando le hizo todo lo demás? Yo soy… ERA su madre y no pude detenerlo, no fui capaz de salvarlo de ese monstruo.

No merezco vivir.

Caigo en las tinieblas, la vista se me desenfoca y la oscuridad me atrapa, me traga y ya no me va a dejar salir de la espiral de dolor y culpa. Apenas noto que he tirado a mi madre al suelo, ni que más gente entra en la habitación atraída por mis gritos. No reconozco sus caras, no recuerdo sus nombres… La verdad es que me dan igual.

Todo mi mundo era Jeyd y no he servido para mantenerlo con vida. Soy la escoria que mi exmarido me llamaba, y merezco todos los golpes que me dio. Ojalá me hubiera matado. No tendría que sentir este dolor.

Grito y grito hasta que se me acaba el aire, y sigo gritando. Me clavo las uñas en la cara, arrancándome la piel cuando tiro hacia abajo. La sangre sale a borbotones y se me mete en la boca con su característico sabor a hierro. Sigo chillando, y ni me doy cuenta del escándalo que estoy montando.

Mi hijo. Mi niño. Mi bebé.

Veo su rostro en la oscuridad, su carita de recién nacido. ¿Cuándo lo perdí? ¿Cómo no lo supe?

Antes de que el pozo de negrura me engulla de nuevo, me da tiempo a pensar en una última cosa, el pensamiento más fuerte y poderoso de todos: quiero morir.

Capítulo 43

CÍON

Prisión de Axgaroth

No puedo creer que tenga el valor de estar aquí. Doy un tirón de mis cadenas, furioso, pero ella ni pestañea.

—Lárgate antes de que te arroje al mar de lava.

—No veo cómo podrías hacerlo, si estás encadenado —responde Jynek, impasible.

La miro fijamente, casi con más incredulidad que aversión.

—Te burlas de mí.

—No. No he venido a regodearme, Cíon. De verdad que no.

—Pues ¿a qué has venido, traidora?

Ella resopla y me da la espalda. Contempla el mar de lava como si fuera un bello paisaje y no algo que puede matarte, como su toxicidad.

—Yo… —Se da la vuelta y veo, con creciente consternación, que tiene los ojos llenos de lágrimas—. Quería disculparme.

No doy crédito.

—¿No crees que es un poco tarde?

—No amo a Kíor. Quería que lo supieras. Es importante para mí.

Su repentina confesión me coge desprevenido, pero sacudo la cabeza. No debo dejarme engañar por sus encantos. Ya ha jugado bastante conmigo.

—Ahora irás a decirme que siempre me has amado, y…

—No —interrumpe—. Tampoco te amo a ti, Cíon, nunca lo he hecho. No soy propiedad de nadie.

Es como si me hubieran dado un mazazo en el estómago. Después de su traición estaba claro que había mentido acerca de sus sentimientos hacia mí, pero jamás imaginé que lo admitiera con tanto descaro.

—Entonces ¿por qué estabas conmigo?

Jynek se me acerca y, antes de que pueda impedirlo, me acaricia la cara. Me aparto como puedo. Estoy tentado de escupirle, pero tengo más dignidad que ella.

—Hay tantas cosas que no comprendes, Cíon… Ojalá pudiera contártelas.

—¿Por qué no puedes?

—Porque no está escrito en el destino.

Suelto un rugido que me sale del alma.

—¡Al diablo tú y el destino!

Jynek permanece impasible hasta que me tranquilizo. Al final, con una voz tan calmada que me irrita, dice:

—Solo quería decirte que, pese a no amaros a ninguno de los dos, siempre te preferí a ti. Kíor es cruel. Jamás estaría con él por voluntad propia. Sin embargo, tengo que hacer algo que no me va a gustar, ni a ti tampoco.

—¿El qué? —pregunto temeroso.

¿Algo puede ir peor?

La respuesta es que sí, siempre puede ir todo a peor.

—Tu amiga Pías ha enviado a su Marcada para ayudar a tu Marcado en tu loco propósito.

Me quedo helado.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Aún no lo has entendido, después de todo este tiempo? Lo sé todo, Cíon. Lo veo todo. Nosotras lo hacemos todo.

Un terrible presentimiento se adueña de mí. ¿No será capaz de…?

—¿Qué vas a hacer?

Ella suspira, melodramática.

—Me odiarás cuando te lo diga, así que antes déjame decirte

que todos mis actos tienen un porqué. Ojalá algún día lo entiendas y me perdones.

—Jynek, no te atreverás…

—También quiero decirte que no le conté al Supremo que le robaste su Llave. Es tan inepto… sigue en la inopia. Pude hacerlo, pero me callé. Esa parte de tu rocambolesco plan sigue a salvo.

—¡Jynek, dime qué has hecho!

—Aún nada. Pero voy a contarle lo de la Marcada de Pías a Kíor.

Me quedo en silencio unos momentos, intentando asimilar el golpe.

—¿Por qué? —musito—. ¿Por qué eres tan cruel?

—¡No lo decido yo, lo señala el destino!

Exploto.

—¡¿Crees que soy idiota?! —rujo mientras tiro de mis cadenas e intento abalanzarme sobre ella como un poseso—. ¿Cómo he estado tan engañado? ¡Eres malvada! ¡Mezquina! ¡Quieres gobernar la galaxia junto a él, es lo único que te importa y…!

Pero ella ha desaparecido, dejándome con la palabra en la boca. Igual que ha venido, se ha elevado en el aire y se ha esfumado. Me quedo solo, gritando. Me siento muy desgraciado. ¿Cómo ha podido engañarme durante tanto tiempo?

Chillo hasta que las lágrimas me agotan, y entonces me sumo en un sueño intranquilo y plagado de pesadillas donde mi amada me apuñala por la espalda una y otra vez, pero no me doy cuenta hasta que la última gota de sangre de mi cuerpo ha sido derramada y evaporada, hasta que ya no queda nada.

Solo polvo de estrellas.

Capítulo 44

KÍOR

Planeta Ukrân-Shän

Contemplo, fascinado, el tablero. Mis enormes alas me sostienen mientras me balanceo ante el estallido que proviene de las gradas flotantes.

Allá donde voy, los seres que han venido de otros planetas para presenciar el desenlace del Torneo de las Especies me vitorean. Oigo sus gritos de entusiasmo, ovaciones y aplausos. Miro de nuevo el tablero suspendido en el cielo amarillo gobernado por sus cinco soles sin ser capaz de disimular la enorme sonrisa que me cruza el rostro. Por otro lado, ¿por qué tendría que disimularla? Pronto me convertiré en el Supremo, y todos estarán bajo mi mandato.

Con gran regocijo observo que mis volokianos van los primeros, con una notable ventaja sobre los segundos. Aun así, no es mi victoria lo que me genera mayor satisfacción. Poco a poco, disfrutando del proceso, bajo la mirada hasta llegar a la última posición: los humanos de Cíon.

Solo quedan dos días uknianos para que el Torneo de las Especies llegue a su fin y obtenga mi ansiada, planeada y esperada venganza.

Debería visitar al Supremo. Quiero saber qué tiene en mente para los humanos y para Cíon, qué castigo les va a imponer antes de destruir la dichosa Tierra. Cíon sigue encerrado en Axgaroth.

Deseo saber cómo será ejecutado. En mi opinión, debería ser un acto público, algo digno de ver para todos los que han venido a Ukrân-Shän desde tan lejos. Un buen espectáculo.

Cuando conozca los detalles, visitaré a Cíon y quizá se me escapen sin querer. Me cuesta reprimir una carcajada. Hago una pronunciada reverencia al público que me alaba desde las gradas y desaparezco con un revoltijo de humo.

Sin embargo, antes de llegar a mi destino, algo me frena.

Jynek.

Me está esperando en el limbo, lugar que recorremos para ir de un sitio a otro, como una especie de túnel que no existe físicamente, solo en el espacio-tiempo. La cuestión es que ahí está ella, agazapada en las sombras.

Aguardándome.

—Kíor —me llama con su corriente de voz fría y susurrante, como un murmullo de agua.

—¿Qué pasa?

—Hay un topo entre vosotros —suelta de sopetón.

Me quedo paralizado. Al principio pienso que se ha confundido, pero lo veo en sus múltiples ojos, esos que todo lo saben. Sus dedos deshuesados y finos como alambres están enredados de una manera imposible para cualquier otra especie.

Está nerviosa. No quiere contarme lo que sea que tenga que decirme, pero sabe que debe hacerlo. Es el destino. Su respuesta para todo.

—¿Te refieres a que hay un ukniano ayudando a Cíon?

—Sí.

—¿Quién?

Ella se queda en silencio durante un rato y noto su resentimiento. Comprendo que todavía está dolida por nuestra última discusión, así que me trago la impaciencia y trato de ser amable, aunque lo que de verdad quiero es zarandearla por los hombros hasta que desembuche.

—Jynek… —empiezo y suspiro, tratando de adivinar qué quiere oír—. Nosotros… tú y yo no somos ni buenos ni malos, estamos por encima de eso. Lo único que importa es el poder. No

eres tonta. Al margen de tus sentimientos por mí, has hecho todo esto para ser poderosa, y solo lo serás si gano el Torneo de las Especies, así que dime… ¿quién está ayudando a Cíon y con qué?

Finalmente sisea:

—Pías.

—¡¿Pías?! —Siento la ira correr por mis venas. Me quema la traición. ¡Dijimos que lo sucedido entre nuestras especies jamás empañaría nuestra relación! ¡Los uknianos no debíamos dejarnos manipular por lo que hicieran nuestras creaciones! A pesar de todo, ella ha roto el pacto a mis espaldas y ha ayudado a mi acérrimo enemigo—. ¿Estás segura?

—Lo he visto.

—¿Qué ha hecho esa traidora?

—Cíon robó la Llave al Supremo. Tenía la esperanza de que sus humanos tuvieran una oportunidad de salvación. Pero entonces lo encerraron en Axgaroth… gracias a mí, por cierto. Por eso ya no pudo volver a contactar con su Marcado y el humano no sabía qué hacer con la Llave.

—Y ahí es donde entra Pías…

—Exacto. Fue a verlo a Axgaroth. Le dijo que quería ayudarlo, que no era justo. Se ofreció a mandar a su Marcada a la Tierra para que explicase al Marcado cómo usar la Llave y llegar hasta la Puerta.

—Eso quiere decir que, si lo consiguen, algunos humanos se salvarán.

—Exacto.

Rujo. Eso no puede ser. No es por los humanos, pues esos seres insignificantes, estúpidos y frágiles me dan igual. Lo que no voy a permitir es que Cíon se salga con la suya. Eso jamás.

—Hay que impedirlo. La humanidad debe ser destruida, y Cíon también, pero solo después de saber que ha fracasado. Todos y cada uno de ellos deben sufrir la Maldición del Supremo. Solo así me sentiré satisfecho.

—¿Y qué vas a hacer?

Reflexiono. Si Cíon y Pías han roto las reglas, ¿por qué no iba a hacerlo yo… otra vez?

—Es hora de buscar a mi Marcado. Aunque ya lo sabías, ¿verdad?

Jynek no dice nada, e interpreto la respuesta. Maldita tejedora. Siempre tan sutil, esquiva y manipuladora. Quizá por eso la deseo tanto.

Estoy a punto de desaparecer cuando ella me agarra del brazo y atrae mi atención.

—Envíalo con Eósydes.

—¿Con quién?

—Es una humana. Es la Emperatriz del Imperio de los humanos.

—¿Por qué iba a mezclar a mi magnífico Marcado con una miserable humana?

—Porque tiene más de volokiana que de humana. Es una psicópata y quiere ver el mundo arder.

—Y porque es el destino, ¿no?

Más silencio. Chasqueo la lengua, me harto y me voy, dejándola sola entre las brumas.

Capítulo 45

SALLY

Cordilleras Nubaru,
base rebelde n.º 85, el Imperio

El dolor me devora.

Es la única sensación que tengo. Siento que es un monstruo enorme y con gran apetito, de boca gigantesca llena de dientes afilados y puntiagudos que me engullen y se tragan hasta el último pedazo de mi persona para sumirme en la miseria y la desesperación más absolutas.

He dejado de ser yo —Sally, una mujer adulta con sus propios pensamientos— y me he convertido en un bulto de carne y huesos que no hace más —que no puede hacer nada más— que llorar acurrucado en un rincón. Algo gordo e inútil que solo piensa en el hijo que le ha sido arrebatado y no sabe cuándo ni cómo.

O lo sabe desde hace tiempo, desde el principio, pero nunca quiso reflexionar sobre ello.

«Pudo ser… pudo ser… —se esfuerza mi atolondrada mente —. Pudo ser cuando Askar le dio una paliza a los dos años. Le hizo tanto daño, pobrecito mío… O también la vez en la que la apaleada fui yo y estuve tres días inconsciente. Mi madre no me encontró hasta el segundo, es decir, que Jeyd estuvo desatendido todo ese tiempo. Ignoro qué comió o bebió, solo sé que cuando mi madre nos halló, el niño estaba famélico y deshidratado».

Sin embargo, algo me dice que la tragedia se produjo la noche

en que nació. Durante ese fatídico parto y con lo que sucedió después…

Una pequeña parte de mí ya lo sabía, lo ha sabido todo este tiempo.

Ahora que por fin he confirmado la verdad, me parece demasiado dura. Mi hijo no es realmente mi niño, solo un envoltorio, un recipiente para un fin que no logro entender. No me necesita, nunca le he hecho falta.

¿Qué sentido tiene mi existencia? ¿Qué aporto al mundo? Solo soy una carga para mi madre, que ni anciana ni maltrecha se libra de mí. Siento que no puedo más. Lo que me impulsaba a levantarme todas las mañanas, lo que frenaba el cuchillo sobre mi carne, era la esperanza de que algún día terminaran los males de Jeyd y pudiéramos ser una familia normal.

¿Cómo he podido ser tan imbécil? ¿Cómo he estado tan ciega?

«Sería mejor para todos que desaparecieras de una vez —dice la voz de mi cabeza—. No haces más que malgastar recursos, comida que alimentaría a gente más útil que tú, agua que hidrataría a alguien que sirviera para algo, aire que respiraría una persona que no diera vergüenza ajena. Mala madre, mala madre, mala madre. La peor del mundo».

La voz tiene razón. Nadie me echará de menos ni se dará cuenta de que ya no estoy. Sé que mi madre lo pasará mal durante un tiempo, pero es una mujer fuerte. Lo superará.

Quién sabe, quizá si muero pueda volver a ver a Jeyd. No me refiero al ser que posee el cuerpo de mi hijo, sino su alma, su espíritu, el que se fue sin que me enterara. Aunque lo más seguro es que de un modo u otro acabe perjudicándole. Si me rechaza, lo entenderé.

Me levanto del catre con temblores. Sé que hace unas horas estuvieron aquí; Iriel, Eyzar, esa mujer que dirige esta mierda de refugio de la que no recuerdo el nombre y mi madre, claro. Estuvo hablándome, intentó consolarme, pero no abrí la boca, no le respondí, ni siquiera la escuché.

Ya no tengo nada más que decirle, así que mi voz me resulta

un sonido desagradable que rompe el silencio de un modo innecesario. Se quedó durante horas, un tiempo que me pareció eterno, e intentó darme de comer, pero no quise probar bocado. ¿Qué sentido tiene alimentarme? No necesito energía. Trató de peinarme, limpiarme la cara, secarme las lágrimas, pero la aparté. ¿Para qué esforzarme en estar presentable? Ya no tengo ningún objetivo en la vida, todo se ha reducido a oscuridad y tristeza.

Al final, ella también se acabó marchando de la habitación. Se cansó de mí, como todo el que me conoce. Así de aborrecible soy.

Miro alrededor buscando algo que me pueda servir para lo que tengo en mente. Es en lo único que puedo pensar. Desde hace años, mi madre intenta esconder los objetos afilados y puntiagudos, aunque no siempre lo consigue.

Me corté por primera vez a los catorce años, cuando empecé a ganar peso y mis amigas, o mejor dicho las niñas con las que me juntaba, se burlaban de mí. Me miraba al espejo y me veía fea, horrible, espantosa. Me daba asco, me repugnaba lo que veía. Kilos y kilos de más. Pelos donde antes no había. Acné, espinillas y estrías. Pechos que crecían caídos. El pelo se me volvió graso de la noche a la mañana, como si quisiera estar en sintonía con el resto de mí.

Mi madre me decía que no importaba, que era temporal, pero sabía que mentía. Jamás iba a ser una chica esbelta y bonita como las demás. Recibía comentarios maliciosos día sí y día también. Entonces descubrí que ver correr la sangre me aliviaba, como si el dolor fuese un castigo autoimpuesto por ser tan penosa y eso me hiciese sentir mejor. Como era de esperar, mi madre acabó por darse cuenta; nunca ha sido estúpida como yo. El disgusto que se llevó, las lágrimas que derramó por mi culpa, me hicieron frenar una temporada.

No obstante, recaí con fuerza y de manera definitiva cuando tuve que casarme con Askar. La maldad de esas niñas no tenía nada que ver con la suya, astuta y calculada. Los golpes no tardaron en llegar, así como la más profunda de las depresiones. Me anuló como persona, aunque tampoco le costó mucho. Yo venía defectuosa de fábrica. Aunque sé que se esforzó, poco pudo hacer

mi madre para salvarme, y las autolesiones volvieron para quedarse. El nacimiento de Jeyd y todas las preocupaciones extra que trajo consigo no hicieron más que agravar mi estado.

Ojalá tuviera una navaja para hacer el corte definitivo y sumirme en un océano de dolor sin escapatoria, pero no la tengo. Así que, como en un sueño, como si estuviera drogada por la tragedia, cojo las sábanas. Son antiguas, descoloridas, raídas; espero que aguanten mis kilos de grasa. Miro al techo. Hay una viga que parece consistente.

Supongo que servirá.

Me pongo de pie en la cama, que cruje bajo mis pies, y anudo un extremo de la sábana a la viga. La enrollo bien y anudo el otro extremo a mi cuello.

Solo queda saltar. Podría no hacerlo, pero ¿qué me quedaría? Jeyd no es Jeyd, nunca lo ha sido, y ha tenido que venir una extraterrestre a decírmelo, así de idiota soy. Podría no hacerlo y vivir en las sombras, en la oscuridad, esclava del dolor, pero ¿qué sentido tendría? Solo conseguiría fastidiar a mi madre. Deseo liberarla de la carga, liberarla de mí.

Solo quiero que esto acabe de una maldita vez, que cese el sufrimiento, despertar de la pesadilla que es mi vida. Las lágrimas caen sin parar de mis ojos hinchados, pero por fin, después de tantas y tantas derramadas, serán las últimas.

Mi último pensamiento es para mi madre, la única persona que siempre ha dado la cara por mí. La única que me ha querido y a la que le he importado.

—Perdóname, mamá.

Salto.

Por suerte, las sábanas resisten mi descomunal peso, al menos hasta que se me parte el cuello y por fin encuentro la paz.

Capítulo 46

CÍON

Prisión de Axgaroth

Las cadenas me laceran la piel. Trato de ignorarlo, de no pensar, pero es inevitable.

Ha llegado el día.

El día en que concluirá el Torneo de las Especies y el Supremo dictará la sentencia para el ukniano perdedor y su especie, es decir, para mí y mis humanos. Está claro que la Tierra será destruida, así fueron las bases desde el principio, pero estoy seguro de que habrá algo más. Fui sorprendido en una gravísima infracción que acarreará consecuencias, un castigo ejemplar, algo con lo que contentar a las masas y que les dé un buen espectáculo.

Estoy muy nervioso. Pienso en Pías y en lo que me prometió. ¿Habrá cumplido su Marcada? ¿Habrá localizado a mi Marcado y le habrá explicado lo que yo no pude? ¿Y qué hay de la nueva traición de Jynek? Si, como me dijo que haría, se lo ha contado a Kíor, ¿qué medida habrá tomado él? Desde luego, no se habrá quedado de brazos cruzados. Por último, está el Ente de la Nada y el Todo… ¿qué hace ahí, dentro de ese niño? ¿Qué pretende? ¿Qué sabe Jynek que no quiere contarme?

Pienso en Jeyd, estoy sumido en mis nefastos pensamientos, cuando se abre el cielo de Axgaroth. Trago saliva. Esperaba y temía el momento en que los guardianes vinieran a por mí, pero me sorprendo al verlo a él.

Al Supremo.

Le observo mientras desciende de los cielos, batiendo sus grandes alas. Me invade la fatídica realidad de que ambos dejaremos de existir muy pronto. Cuando llega hasta mi peñasco, despide a los guardianes con un leve gesto de cabeza.

—Dejadnos solos.

Las criaturas obedecen. Son de una Especie Inferior que no tiene voluntad ni pensamientos propios. Viven para servir a su amo, por eso son tan buenos guardianes. Nunca se rebelan.

Cuando desaparecen, el Supremo mueve la mano y mis cadenas se evaporan como si fueran de humo. Me quedo paralizado; no me lo esperaba. Él sigue en silencio, muy serio.

Comprendo que está sucediendo algo, aunque aún no sé el qué. Pruebo a tantear el terreno.

—¿Eres consciente de que podría empujarte y la lava te destruiría? —comento en un tono que pretendía ser jocoso.

—Bueno, tienes motivos para hacerlo. Voy a sentenciar a tus hijos, a tu Tierra y a ti. —Se gira y contempla la inmensidad del mar de lava burbujeante a sus pies—. Un empujoncito de nada y podrías huir. Seguro que podrías deshacerte de esos guardianes en un abrir y cerrar de ojos. Al fin y al cabo, son una Especie Inferior y tú, un grandioso ukniano.

Me quedo pensativo. ¿Dónde está la trampa?

—¿Qué pasa? —pregunto sin andarme con rodeos.

El Supremo suspira y se sienta delante de mí, como si fuéramos amigos.

—El Torneo de las Especies ha sido… peculiar.

Todo es cada vez más extraño. El Supremo siempre ha sido un ser simple, nada dado a cuestionarse nada o a reflexionar. Ya tenía todo el poder que podía imaginar y abarcar, ¿por qué preocuparse a estas alturas? Una idea se cuela en mi cabeza.

Ella otra vez.

Sin embargo, decido darle el beneficio de la duda.

—¿Por qué lo dices? En todas las competiciones hay un ganador y un perdedor, ¿no? Ya tienes a tu sucesor y a alguien a quien destruir.

—Sí, pero… tú no eres malvado, Cíon. Kíor es más perverso que tú. Entonces ¿cómo se han alcanzado estos resultados?

Un escalofrío recorre mi columna. Ya no tengo dudas, está claro. ¿A qué juega?

—Has hablado con Jynek.

No es una pregunta, y el Supremo no lo desmiente.

—Tuvimos una conversación muy interesante que me hizo pensar.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? ¿Qué más te contó?

Frunce el ceño. He dado un paso en falso.

—¿Debía haberme contado algo más? Solo charlamos sobre vosotros.

Me encojo de hombros intentando disimular, pero tomo nota mental de que no le ha contado nada sobre Pías, ni ha confesado que se lo chivó todo a Kíor. Me entra un súbito dolor de cabeza. Es imposible comprender qué está haciendo ni en qué bando está. Es un enigma.

—Traté de darles lo mejor, el mejor planeta —digo para no levantar sospechas—. Intenté crearlos lo mejor que supe y pude. A la vista está que no fue suficiente. Quizá la bondad y la maldad sean insignificantes, puede que no importe cómo seas de corazón, sino lo bien que se te dé algo. Y está claro que Kíor es mejor jugador que yo.

—Aun así, no tiene lógica —insiste—. Las Tejedoras del Destino son hábiles. Me enseñó algunas de las cosas que hacen los volokianos de Kíor. ¡Son terribles! Hay algo raro, desde luego.

—Parece que no quieras ejecutarme —musito—. Si prefieres salvar mi pellejo y destruir a Kíor y a sus volokianos, no me opondré.

—Sabes que no puedo hacerlo.

Me levanto con un quejido. Es un alivio estirar los músculos después de tanto tiempo sentado y encadenado.

—Entonces creo que es hora de dar un buen espectáculo a todas las criaturas que han venido desde tan lejos solo para ver mi destrucción.

El Supremo me imita. Después coloca una mano sobre mi

hombro.

—Llegaré al fin de este asunto. Averiguaré la verdad.

—Será demasiado tarde para mí.

Se queda un momento callado. Luego sonríe.

—Quién sabe. No me subestimes, Cíon.

Tengo un mal presentimiento. ¿Qué está tramando?

Capítulo 47

CÍON

Planeta Ukrân-Shän

Cuando voy a responderle, estoy en otro lugar. Parpadeo, sobrecogido por el estallido inmenso de luz, color y ruido. Cuando mis ojos se acostumbran, suelto un gemido que el Supremo capta sin problema.

Las gradas están a rebosar. No cabe ni un alma. Todos los asientos están ocupados, pero han seguido llegando más y más asistentes, así que se han colocado donde han podido, incluso tan cerca del panel de puntuaciones que las luces de colores bañan sus cuerpos con distintas tonalidades.

Todos —desde el ser más enorme hasta el más diminuto, del más esbelto al más robusto, del más sofisticado al más vulgar— hacen lo mismo: rugen. Me abuchean al llegar. Antes de que unas cadenas de humo negro aparezcan de la nada y me rodeen las muñecas, llego a ver como mis compañeros están de pie, en una hilera ordenada, a pocos metros del Supremo. Mis ojos se detienen un segundo en Pías, pero ella ni siquiera me mira. Entonces me fijo en Kíor. Él sí que me observa, aunque lo único que puedo detectar es un profundo odio. Me pregunto si es tan intenso como el que yo siento por él.

Trato de localizar a Jynek, la gran incógnita, la jugadora a dos bandos, pero no la encuentro. Estoy seguro de que Kíor no está al corriente de la reciente conversación que ha mantenido con el

Supremo. Llego a la conclusión de que es más lista que ambos, más que nadie, y que, sea cual sea su plan, es algo que nos costará comprender.

El Supremo empieza a hablar y todo el mundo se calla, ávido de sus palabras, del veredicto. Intento calmar los nervios de mi estómago, pero no lo consigo, y noto la presión del público sobre mí como una gran losa que va a aplastarme y acabar conmigo.

—En primer lugar, os doy la bienvenida a Ukrân-Shän. Es para mí un placer y un gran honor que hayáis venido desde lejanos planetas para presenciar el final del Torneo de las Especies.

A su recibimiento le siguen un nuevo bramido y una ovación calurosa. El Supremo alza las manos para hacerles callar y ellos obedecen. Dóciles. Expectantes. Hambrientos de castigo.

—Creo que no hace falta que explique en qué consiste el Torneo de las Especies, pero permitidme unas rápidas pinceladas —anuncia. Ya no se oye nada. Las gradas están en absoluto silencio —. Es una competición entre especies creadas por los uknianos. Se valoran cinco aspectos con extremos opuestos de cada especie, más uno adicional por si hubiera empate que engloba cualidades como la empatía, la generosidad, el respeto, la tolerancia, la lealtad, la humildad o la compasión, entre muchos otros. Estos valores se consideran cruciales para el desarrollo de las especies y nos sirven para evaluar cómo han evolucionado a lo largo de los siglos, cuyos resultados son el quid de la cuestión del Torneo de las Especies. En el panel han quedado reflejadas las puntuaciones finales tras haber sido juzgados todos estos años —dice señalando el tablero luminoso suspendido en el cielo.

Los valores puntúan desde su cualidad más negativa hasta la más positiva. A mayor puntuación, mejor valoración y más arriba se posiciona la especie en el *ranking*. Contemplo con resignación y pena que mis humanos se han quedado encallados en todo lo negativo.

PUNTUACIÓN HUMANOS
PLANETA TIERRA
CREADOR: CÍON

VIOLENCIA____PACIFISMO: 4/100
EGOÍSMO____SOLIDARIDAD: 5/100
MALTRATO AL PLANETA____CUIDADO AL PLANETA: 3/100
HIPOCRESÍA____SINCERIDAD: 6/100
ESTUPIDEZ____INTELIGENCIA: 10/100
OTROS VALORES: 16/100
PUNTUACIÓN FINAL: 44 PUNTOS

El público se burla de mí. Se ríen y me abuchean, me apuntan con el dedo e incluso me tiran cosas. Me enciendo de rabia. Hace poco me respetaban, me veneraban como a uno de los seres más poderosos e influyentes de la galaxia, y ahora, por el hecho de haber perdido una estúpida competición y estar encadenado, se creen con el derecho de arrojarme comida masticada.

«Cuanto mayor es el ascenso —pienso—, peor es la caída».

Oigo la risa seca de Kíor a mis espaldas. Noto que algo estalla en mi interior y siento un repentino impulso. Si ha hecho trampas, no es justo que permita que se rían de mí mientras él va a ser ascendido.

Estaré esposado, pero mis alas aún pueden volar. Antes de que el Supremo o los guardianes me detengan, alzo el vuelo para que todos me vean bien. Al fin y al cabo, han venido a por espectáculo, ¿no? Pues se lo daré.

—Mi nombre es Cíon, aunque ya lo sabéis —bramo, y muchos se quedan boquiabiertos. El Supremo me observa con suspicacia. Una sola orden suya y tendré a todos los guardianes encima, pero de momento me deja hablar, así que aprovecho la oportunidad—. Creé a los humanos, esos seres frágiles y malvados de los que tanto os mofáis. Sé que apostasteis a que perdía, a que no tenían perdón. —Señalo el panel y, de pronto, se me hace un nudo en la garganta y mi aplomo se tambalea. Pero me aclaro la voz y sigo, sin importarme nada más—. Y sí, teníais razón. He perdido. Mis humanos y yo somos un desastre, un fracaso. Pero dejad que os diga algo.

»No quiero que penséis que todos son horribles. ¡Los hay

buenos! ¡Los hay nobles! ¡Los hay que no merecen este destino! —chillo, y me brota la vena orgullosa cuando veo que hay seres que ponen los ojos en blanco ante mi último comentario. Sé que no todo mi trabajo y mi esfuerzo han sido en vano. Los he estado observando desde los albores de los tiempos y, aunque hay muchos malvados, también hay flores entre las cenizas. Esas excepciones merecen una oportunidad, al margen de lo que me suceda a mí—. ¡Es cierto! No os riais. No podéis juzgar sin conocer. Apuesto a que todos pensáis que lo habríais hecho mejor. Criticar es muy fácil, pero trabajar duro es muy distinto, así que no voy a permitir que escupáis sobre toda mi especie. Los hay que han luchado por los derechos de los demás y han creado medicinas y vacunas. Algunos son pacíficos, solidarios, inteligentes, sinceros y cuidan la Tierra. Los hay que son humildes, que aman el arte y la cultura. Siempre hay alguien, siempre hay algo por lo que valga la pena luchar. No voy a rendirme. Jamás. Tendré fe en ellos hasta el último de mis días.

Al terminar mi monólogo, estoy jadeando. La multitud se sorprende. El silencio es sepulcral y la tensión podría cortarse con un cuchillo. Pienso que al menos he borrado sus estúpidas sonrisas.

—Cíon, vuelve aquí, por favor —me llama el Supremo.

Obedezco, aunque evito mirarlo directamente. El corazón me bombea fuerte y rápido. No sé qué consecuencias tendrá mi acto de rebeldía, pero sea lo que sea, no me arrepiento.

—Como todos y todas sabréis —prosigue con voz tensa—, Cíon, además de ser el perdedor del Torneo de las Especies, ha sido acusado de intervenir en su especie y ha sido encarcelado por ello. Por eso he decidido aplicarle tanto a Cíon como a los humanos un castigo excepcional y sin precedentes.

Un murmullo de sorpresa recorre las gradas como un estallido, y se oye algún que otro chillido.

«Noticias frescas para los buitres —pienso—. Cómo van a disfrutarlas…».

Miro al Supremo a los ojos y él me devuelve una mirada difícil de interpretar. No percibo odio ni rabia. ¿Qué es esa expresión?

Curiosidad.

Todas y cada una de las almas reunidas contienen la respiración, aguardando las próximas palabras del Supremo, que se toma su tiempo antes de seguir hablando, disfrutando de la atención que recae sobre él.

—Se estableció que, desde el veredicto hasta que se destruiría al ukniano y a su especie perdedora, pasarían dos días uknianos, que equivaldrían a diez días terrestres. La aniquilación se llevaría a cabo sin sufrimiento. En un momento existirían y al siguiente ya no. Sin embargo, debido a los actos deshonestos de Cíon, he decidido castigar a los humanos hasta que muera el último de ellos. Solo entonces, después de ver a toda su especie exterminada, Cíon será destruido, y Kíor, el ganador del Torneo de las Especies, ocupará mi lugar, en cuanto yo desaparezca.

Se produce otra ola de exclamaciones y hasta yo trago saliva. Estoy aterrado.

Alza las manos y, en el espacio entre ambas, aparece una bola de luz morada. Conforme las mueve, pequeños rayos eléctricos se forman dentro del haz de luz. Comprendo, horrorizado, que está creando una Maldición para lanzársela a mis hijos.

Intento impedirlo, pero me ha encadenado a conciencia. Cuando vuelve a hablar, su rostro ha cambiado. Ahora es blanco, con profundas vetas oscuras que lo surcan, y sus ojos se han convertido en dos pozos negros e insondables. Su voz suena atronadora, tenebrosa y envolvente. El cielo se ensombrece sobre nosotros.

—Sobre los humanos pesará una Maldición como jamás se ha conocido. La tierra se abrirá, y en su interior no habrá más que muerte. El aire se tornará veneno y traerá la enfermedad. Las plantas se marchitarán, y animales y humanos morirán, pues no habrá medicina capaz de sanarlos. Los huesos se les romperán astillando la piel, que llorará sangre, y los órganos les reventarán desde dentro. Los bebés perecerán en sus cunas y los adultos, en sus camas, para nadie habrá salvación. De este modo maldigo a los humanos, castigados por sus pecados y por la avaricia de su creador. Yo, el Supremo, les lanzo esta Maldición.

Arroja la bola de luz al infinito. Todos sabemos a dónde va dirigida.

Una parte minúscula de mí advierte que, aunque haya sido de esta manera tan horrible, el Supremo acaba de otorgar un valioso tiempo extra a mis humanos, quizá el suficiente para que la Marcada de Pías les ayude a huir. Sé que en realidad es un favor, tal vez la única manera que se le ha ocurrido para ganar tiempo e investigar la pista que Jynek le ha dado tan oportunamente.

A pesar de ello, el grito que sale de mi garganta resulta desgarrador y llega hasta al último asistente. Las sonrisas del público se han borrado de sus rostros, sustituidas ahora por una mueca que refleja horror y morbo a partes iguales. Ya no disfrutan del espectáculo. Ahora les da miedo.

Aun con esas, no hay ni punto de comparación con el terror que sentirán mis humanos. El Supremo los acaba de sentenciar.

La Maldición del Imperio.

Estamos perdidos.

Segunda parte
La maldición del Imperio

Capítulo 1

EYZAR

Cordilleras Nubaru,
base rebelde n.º 85, el Imperio

Diluvia el día que enterramos a Sally.

No es la típica lluvia que amaina al cabo de un rato, no. Llueve de una manera que no recuerdo haber visto jamás, una tormenta espectacular y terrorífica que llena el cielo de relámpagos violáceos.

Sufro por Emily.

La encontró colgada de una viga.

Su grito nos alertó, pero ni siquiera Kam-Fux pudo hacer nada por ayudar a Sally. Tenía el cuello roto, como un pajarillo al caerse de una rama.

Un trueno ensordecedor me hace brincar, y no muy lejos un árbol arde en llamas, aún bajo la tormenta. Iriel y yo nos miramos con inquietud. La brutalidad de esta borrasca no es normal. Deberíamos cobijarnos, pero no logro aplacar a Emily, que se agarra a mi camisa con fiereza. Llora, lo sé, aunque no la oigo debido al impresionante estruendo del temporal. Sin embargo, veo su cara ajada y arrugada rota por el dolor y el corazón se me hace añicos.

Le acaricio la espalda, apoyo su frente en mi mejilla e intento cubrirle la cabeza con los brazos. La lluvia se siente como pedradas. Cae con tanta fuerza que duele al impactar contra la

piel. Hasta Kam-Fux, venida de otro planeta y con una constitución mucho más fuerte, mira al cielo con desconfianza. Finalmente, se acerca a Emily y le coloca una mano en el hombro.

—Debemos enterrarla ya —dice con suavidad—. Esto se está poniendo feo.

No puede tener más razón. Al inicio de la ceremonia, cuando la lluvia era fuerte, pero podía clasificarse como normal, se nos unieron unos diez o doce rebeldes. Ahora solo quedamos nosotros. Iriel pierde apoyo en la pierna mala y se tambalea. El viento es cada vez más fuerte.

Emily asiente y se acerca al improvisado ataúd de madera que ha construido Kam-Fux. La admiro. Es fuerte, inteligente y empática, pero dura como una roca a la vez.

Siento pánico cuando una ráfaga de viento sacude a Emily y la ladea. Por suerte, Kam-Fux, atenta a todo, la toma del brazo, le dice al oído algo que soy incapaz de escuchar y avanzan juntas hasta el ataúd.

Cuando se han alejado un poco, Iriel me agarra del codo. Le brilla la mirada. Sé que no augura nada bueno.

—Ha sido culpa de Eósydes —me dice.

Tose.

—¿Eósydes hizo que Sally se colgara de una viga?

Tengo que esforzarme para hacerme oír y para escuchar. Estoy empapado, helado y tengo agua por todas partes: en los ojos, en los oídos, incluso se me mete en la boca al hablar. Otra ráfaga de viento. Me cuesta mantenerme de pie. Tengo la espantosa sensación de que vamos a salir volando.

La voz de Iriel me llega iracunda:

—¿La estás defendiendo?

Vuelve a toser, aún más fuerte, y se encorva, aunque pienso que es por la fuerza de la tormenta.

—¡No! —grito, aunque no le presto atención. He perdido de vista a Emily y a Kam-Fux. Sus cuerpos son solo figuras borrosas bajo la tromba de agua. Decido que es suficiente. Esto no es normal. O entramos en el refugio o tendremos un accidente—. ¡Hay que volver! Voy a…

Iriel me retiene.

—¡Lo que hay que hacer es iniciar una puta rebelión!

Otra vez.

—Maya dijo que…

—¡Me da igual lo que diga esa mujer! ¡Tenemos que…!

Cuando tose por tercera vez, le sale sangre por la boca.

Me quedo paralizado. Debido al diluvio, la sangre se diluye con rapidez, pero sé lo que he visto y él también. Nos miramos y percibo su miedo. Le tomo por los hombros.

—¿Te encuentras bien?

—No, en realidad, no…

Sin previo aviso, se le doblan las rodillas y el impacto del viento y del agua lo arrastra rodando colina abajo, como un saco de patatas.

—¡Iriel! —grito.

Vale, ya es absurdo que lo niegue. Tengo miedo. No, estoy aterrado. No veo a Kam-Fux ni a Emily. Trago saliva y me digo que la mujer tamatiana es mucho mejor guardiana que yo, así que corro medio a ciegas en busca de Iriel, aunque a duras penas logro moverme. El vendaval es como un látigo, casi me impide respirar y pienso que, si pudiera morir de nuevo, lo haría ahogado.

Por un golpe de suerte, me tropiezo con Iriel. Le oigo toser con violencia. No tiene fuerza suficiente para levantarse, así que intento arrastrarlo conmigo.

Imposible. Otra brutal ráfaga de viento nos sacude y nos tumba.

Grito. Estoy desesperado. Tengo agua por todas partes, me está inundando los pulmones, no puedo ver ni oír, me muevo con el viento como si fuera una hoja y no de carne y hueso.

Cuando estoy completamente desorientado y he perdido toda esperanza, noto que alguien me recoge del suelo y me carga sobre un hombro ancho y duro cubierto por un traje dorado de guerra. Siento el peso de otro cuerpo caer justo sobre mí mientras oigo el gemido de Iriel. Tose en mi oreja, llenándome la mejilla de sangre que apesta.

Noto la mano huesuda y frágil de Emily estrechar la mía, lo

cual me infunde un poquito de calor en el pecho. La miro entre ríos de agua y me recuerda a un polluelo mojado, un ser diminuto y aterrado, roto por el dolor de las injusticias del mundo, que me observa con unos ojos llenos de angustia. Pero no ha muerto. Está en el otro hombro de la tamatiana.

—¿Estáis bien? —grita Kam-Fux, nuestra salvadora.

—¡Iriel no! —trato de decir, pero creo que lo único que hago es vomitarle agua encima.

La mujer echa a correr con nosotros a cuestas. No tengo ni idea de cómo puede hacerlo si nosotros éramos incapaces de dar un solo paso. En cambio, ella gana velocidad y no tropieza ni una sola vez. En un par de minutos, llegamos al refugio.

Cuando entramos y nos deja en el suelo, pienso que todo ha pasado. Pero no, las desgracias nunca vienen solas. Levanto la vista, veo el panorama y se me cae el alma a los pies. Cruzo una rápida mirada con la Capitana y ella niega con la cabeza, jadeando.

—Esto es una catástrofe.

Justo cuando acaba de decirlo, se oye una explosión en el exterior.

Capítulo 2

EÓSYDES

Fortaleza de Korhorg, el Imperio

Siempre me he sentido más cómoda en compañía de mis pensamientos que con otras personas. La mayoría parecen ovejas, todos en una misma dirección. Se les dice qué creer o pensar y ellos lo aceptan sin problemas. Les resulta más cómodo que tener que reflexionar por ellos mismos.

Yo, en cambio, tengo miras, no complejos. Mi hermano me llama psicópata, pero no me importa, solo es una etiqueta. Lo que ocurre es que no me cuesta derramar sangre para investigar. Si la gente no fuera tan políticamente correcta, nos habríamos ahorrado muchos problemas. Si eso es estar loca, si eso es ser una psicópata, bueno, en ese caso lo soy, y orgullosa de ello.

Gracias a que derramé la sangre de Jeyd sin vacilar, sé que está muerto y que hay algo en el mundo que no tiene sentido. Por eso no me sorprendí cuando todo se sumió en el más completo caos. Con la punta de la pluma, golpeo pensativa la hoja en la que he anotado mi breve esquema.

Esto es lo que tengo:

- *El niño, ¿muerto en vida? ¿Cómo es posible?*
- *Tres seres extraterrestres.*
- *El bicho alado de la aldea rebelde.*
- *La cosa que salió del crío.*

- La mujer verde lanzarrayos.

Ahora debo sumar un cuarto punto. Me inclino y, con cuidado, con la lengua despellejada entre los dientes que en cuestión de días se han ido pudriendo, escribo con pulso trémulo:

- El fin del mundo.

Toso con violencia y un charco coagulado de sangre cae sobre mis notas, estropeándolo todo.

—¡Mierda! —exclamo con una voz tan débil que no la reconozco como mía mientras siento algo a lo que no estoy acostumbrada: miedo.

Arrojo la pluma al suelo con furia y me levanto con esfuerzo. Podría no hacerlo, podría ser una oveja más del rebaño y no afrontar la realidad. Podría echarme a llorar, hacerme un ovillo y compadecerme de mí malgastando mis ahora preciadas fuerzas. Pero ignorar el problema no hará que se resuelva solo, así que me planto delante del espejo de cuerpo entero que tengo en mis aposentos.

Contemplo la enfermedad que está asolando el Imperio en mi propio rostro.

Primero están las llagas que cubren cara y cuello. Son dolorosas, tan grandes que me deforman las facciones. De ellas sale un pus verde y espeso que apesta a muerte. Me aparto un mechón de pelo, pero se me queda en la mano. Suspiro. Tenía una melena preciosa, negra y en tirabuzones que me llegaban hasta la cintura. Ahora estoy medio calva. Y desdentada. Abro la boca para examinarme la menguante dentadura y la cierro de inmediato, muy disgustada por lo que veo. Aunque no me guste, sigue ahí. La piel amarillenta, los ojos inyectados en sangre, las uñas que se caen.

No obstante, son solo signos de la verdadera enfermedad. Cuando la piel se rompe, sangra de manera amarilla y hedionda, los huesos se parten dentro del cuerpo y las astillas se clavan en los

órganos. Eso ya sería suficiente para matar a cualquiera por una hemorragia interna, pero no acaba ahí. Después de las fracturas, el cuerpo empieza a expulsarse a sí mismo. A desintegrarse. Los órganos salen triturados por la boca, los orificios nasales y las orejas, y los ojos revientan en sus cavidades mientras el humor vítreo resbala por las mejillas.

Según los últimos informes que recibí de mis hombres hace dos semanas, cuando aún quedaba alguien a mis órdenes, ha fallecido un tercio de la población. Si soy analítica, eso soluciona el problema de la sobrepoblación. De hecho, mucho me temo que no tardaré en engrosar esa cifra. Cada día me siento más débil y toso más sangre. Me pregunto cuándo empezará mi cuerpo a explotar por dentro y dónde se me clavará la primera astilla.

No hay cura.

Lo investigué al enfermar, antes de que fuera demasiado tarde. Me pasé horas encerrada en el laboratorio, haciendo experimentos con enfermos en un estado más avanzado que el mío. Todo lo que probé fue un fracaso. Por supuesto, no es natural. Esto es algo fabricado y lanzado contra nosotros, contra los humanos. ¿Y quién ha podido ser, sino los extraterrestres?

Miro por la ventana. Veo muerte y destrucción, una ciudad en la ruina y un planeta desolado. Hay cadáveres tirados por las calles sucias y descuidadas, y reina un silencio sepulcral. No hay nadie fuera de sus casas, ni tampoco queda casi nadie dentro de la fortaleza. Los sirvientes que no han muerto han huido, lo cual, con toda probabilidad, les habrá costado la vida. El exterior se ha convertido en terreno inhóspito: la tierra se ha agrietado y se ha abierto, formándose inmensos lagos de lava por todas partes que han enterrado a miles de personas. Toda vegetación ha muerto, marchitándose desde dentro. El aire es tóxico y, de vez en cuando, cae lluvia ácida.

El mundo ha cambiado radicalmente en solo unos días, y no he podido hacer nada por impedirlo ni por controlarlo.

De pronto me entra una risa salvaje, tan brutal que hace que me doble por la cintura, tosa, se me debiliten las piernas y caiga al suelo.

—¡Hay que joderse! —grito a la habitación vacía. Las paredes desnudas parecen burlarse de mí—. Tantos años urdiendo un plan para ser la maldita Emperatriz, todos los quebraderos de cabeza para matar a padre y quitar de en medio al imbécil de Iriel y a los Consejeros, para que en cuestión de días se vaya todo a la mierda. ¡Si lo sé, no me molesto!

—¿Así de fácil te rindes? Entonces no veo qué te diferencia del resto de los humanos.

Durante un instante me quedo quieta mirando al suelo sin levantar la vista, temiendo que esta enfermedad también produzca alucinaciones auditivas. Pero una sonrisa triunfal se extiende por mi rostro.

«Lo sabía —pienso—. ¡Lo sabía! Tenía que estar todo conectado. Yo no podía acabar así, pudriéndome como los demás, porque no soy como ellos».

Levanto la vista, excitada por lo que voy a ver, porque sé que será la respuesta a los enigmas. Me encuentro con un ser muy extraño. A cualquier otra persona le habría dado un miedo de muerte. A mí me genera una mezcla entre curiosidad y alivio.

—¿Quién eres?

—Soy el General Volöotkro, del planeta Volok, y el Marcado del ukniano Kíor.

No tengo ni idea de lo que significa, aunque no es lo que más me importa ahora.

—¿Vas a ayudarme?

La bestia se lo piensa unos instantes antes de responder.

—Sí.

Capítulo 3

EYZAR

Cordilleras Nubaru,
base rebelde n.º 85, el Imperio

Tengo que salir un momento porque, después de apilar el vigesimosexto cadáver del día, una niña rubita de unos seis años con el rostro desfigurado por la enfermedad, me ha entrado un ataque de ansiedad.

Coloco la cabeza entre las rodillas. Inspiro. Espiro. Sé que el aire que estoy inhalando es mortal, pero poco importa: ya estoy muerto. Durante estos últimos días, pienso muchísimo en mi hermano y en mi madre. Es como si me estuvieran llamando para que regresara con ellos, pero no puedo. Siento que todo el mundo a mi alrededor se está marchando a ese lugar especial reservado a las almas inmortales, todos menos yo, que sigo anclado a la Tierra por un estúpido plan que se ha visto interrumpido por una maldición que lo está arruinando todo.

No quiero levantar la vista del suelo. Sé lo que veré. Nuestra Tierra, antaño tan bonita y colorida, es ahora el vivo retrato del infierno. Hasta la temperatura ha subido varios grados debido a la lava que nos rodea y a la desaparición de los árboles. Unos goterones de sudor me bañan siempre la espalda. Un trueno estalla sobre mi cabeza. El cielo es de un tenebroso color morado, cubierto por densas nubes negras que auguran otra tormenta ácida que lo corroerá todo un poquito más.

Gruesas lágrimas resbalan por mis sucias mejillas. ¿Por qué nos está pasando esto? Aunque quizá nos lo merecemos, después de todo.

Alguien me coloca una mano en la espalda y una emoción poco adecuada para esta funesta situación me recorre. Es Kam-Fux. La conozco desde hace poco, lo sé, pero la gravedad del asunto ha hecho que intimemos mucho y rápido, y reconocería su aroma en cualquier lugar. No se parece a ninguno que haya olido antes. La Capitana inspira fortaleza. Seguridad. Poderío. Me sonrojo y escondo el rostro. Qué vergüenza.

—¿Estás bien?

—Sí —grazno.

Mi voz suena ridículamente aguda y me pongo aún más colorado.

La miro de reojo. Vista de cerca, su piel es escamosa como la de una serpiente y brilla incluso bajo la tenue luz que tenemos. Aun así, no me parece un ser frío. Sus ojos son plateados, amables y atentos. Me sonríe. Tiene los dientes muy blancos, aunque son diferentes a los nuestros en cuanto a forma: más pequeños, cuadrados y con ondulaciones.

—¿Sabes? He estado meditando… esto tiene toda la pinta de ser un castigo —comenta.

—Sí, yo también lo he pensado. Por lo que hizo Cíon. Por la maldita Llave.

—Así es. No podemos avanzar, a no ser que quieras abandonar a tus amigos.

—No. Por supuesto que no.

—Creo que deberías entrar. Iriel… no está bien. Ha empeorado. Y Emily… ¡qué fortaleza la de esta mujer! En general, los humanos sois débiles, pero hay que reconocer que esa señora es fascinante.

—Lo es.

Me levanto, aunque no tengo ganas de hacerlo. Pero quiero ser digno de la admiración de Kam-Fux, así que entro en el hospital de campaña que ella ha improvisado. Nada más poner un pie dentro, trago saliva y se me eriza el vello de los brazos. Por más

que lo intento, no logro acostumbrarme a este panorama de muerte y desolación.

Hay filas y filas de camastros, cada uno ocupado por un moribundo. De los ciento veinte rebeldes que había en la base, solo diez no hemos sucumbido a la enfermedad. Aparte de la Capitana y yo, que ya estamos muertos, otro hueso duro de roer es, irónicamente, Emily, una frágil anciana.

Le pongo una mano en el hombro. En el fondo, todos somos conscientes de que esta enfermedad acabará con la raza humana, Emily incluida, pero mientras tanto ella lava heridas y limpia el pus del cuerpo de Iriel, que agoniza perlado de sudor.

—Los huesos se le están partiendo y se le clavan en los órganos —informa la anciana. Ha perdido varios kilos y su voz es poco más que un susurro inaudible—. No durará mucho. Está sufriendo.

Le miro con pesar, siento una profunda pena. El legítimo heredero del Imperio está tan afectado como cualquier otro. Está claro que el dinero y el poder no ahuyentan a la muerte.

—¿Por qué, Eyzar? —murmura Emily, y su voz rota me parte el corazón—. Iriel es joven y está a punto de morir de un modo terrible. Sally era joven y se ha quitado la vida porque ya no la soportaba. Mi nieto era solo un niño y lleva años muerto. Toda esta gente —solloza abarcando a los enfermos con un movimiento del brazo— también va a morir. A todos les ha afectado la asquerosa enfermedad. Y yo, que soy una vieja inútil, ¿por qué aún no he muerto? ¿Por qué sigo respirando?

Hago una mueca. Me tiembla el labio inferior de lo mucho que quiero llorar. Me arrodillo ante ella y la abrazo con fuerza. La percibo frágil, como un animalillo en mis brazos, como si fuera una niña asustada, no una anciana derrotada.

—Tú no eres inútil —le repito por millonésima vez.

No recuerdo cuándo empecé a tutearla, pero para mí ya es alguien tan cercano que siento su dolor como si fuera el mío.

—Sí que lo soy —se lamenta—. Soy una vieja que ya no sirve para nada. No pude ayudar a mi nieto. No pude salvar a mi Sally. ¡Ni siquiera pude enterrarla! ¡Eyzar, su cadáver se fue rodando

como si fuera basura, y no sé ni dónde está!

Las lágrimas se pierden entre los surcos de su piel arrugada. Tal es la angustia de su mirada, el dolor en su rostro, el temblor de sus huesos, que siento que me derrumbo con ella. Me gustaría decirle que todo saldrá bien, pero sería mentira.

—Estoy segura de que aún tienes algo que dar al mundo —dice Kam-Fux con voz potente.

—¿Qué puede ofrecer una anciana cansada que lo ha perdido todo? ¡Soy solo un desperdicio de oxígeno! —chilla mientras más lágrimas escapan de sus ojos legañosos y lechosos.

Me entra un escalofrío que trato de reprimir. Así hablaría Sally, y Sally se ha suicidado.

—Basta de victimismo.

—¿Victimismo? —murmura ella, incrédula—. Yo…

—En Tamat tenemos una palabra: *yl·leka* —interrumpe—. Si la tuviera que traducir a vuestro parco idioma significaría algo así como encontrar fuerzas donde no las hay, porque, mientras respires, aún hay esperanza.

Suspiro. Siento tanta admiración por ella… Pero Emily la mira extrañada.

—Yo no…

—Tú no, ¿qué? —Kam-Fux recorre en una poderosa zancada la distancia que las separa y la toma de sus ajadas manos—. En mi planeta, tenía mi vida. Tenía un compañero de viaje, lo que aquí llamáis *marido*, y éramos felices. Entonces, un buen día partimos en una misión de ayuda que le sirvió de pretexto a Pías para matarme porque resulta que, de todos los integrantes de mi especie, yo soy su Marcada. Y me envía a ayudaros a vosotros, humanos, pero cuando lo intento la mayoría morís de una enfermedad espantosa. Pese a todo, ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Que aún no estáis todos muertos. Tú no lo estás.

—Moriré como los demás. Solo es cuestión de tiempo que enferme.

—¡Pero todavía no lo has hecho, maldita sea! Emily, escúchame. Hemos de afrontar la realidad. Tu hija ha fallecido, tu

nieto no es lo que pensabas e Iriel tiene un pie en la tumba. Sin embargo, estoy segura de que ahí fuera queda gente que se aferra a la vida como tú, pero por poco tiempo. En cuanto Iriel expire, deberemos ponernos en marcha y actuar, ¿de acuerdo? Debemos ir a por Jeyd.

—Lo tiene… ella.

—Lo sé. Se lo arrancaremos de las zarpas. Es lo que Sally habría querido.

Emily asiente con lentitud, sin creérselo. Y aunque siento orgullo por mi Capitana por querer ayudar a Emily a resurgir de sus cenizas, a la vez experimento una opresión en el pecho. Sus palabras se repiten en bucle en mi cabeza.

El corazón de Kam-Fux ya está ocupado.

Capítulo 4

EÓSYDES

Fortaleza de Korhorg, el Imperio

—Me estás diciendo —digo con lentitud, con los puños apretados bajo la mesa— que nos han maldecido.

—Así es. Mi Creador lo llamó la Maldición del Imperio.

—Y la persona… —rectifico—, el ser que lo ha hecho es el Supremo de los uknianos. El superior de tu Creador. Por perder en un concurso en el que no sabíamos que participábamos.

—Explicado en vuestro burdo lenguaje, sí.

—Hablando de lenguaje, ¿cómo entiendes mi idioma?

—Los volokianos entendemos y hablamos cualquier idioma de manera innata. Créeme, vuestra lengua es la más simple de toda la galaxia. No supone un desafío.

—Pues qué bien.

Suspiro, toso y me reclino. La enfermedad me pudre por dentro, pero no me ha hecho perder la capacidad analítica ni la curiosidad. El extraterrestre que tengo delante es muy interesante. Asombroso. Me imagino tumbándolo en una camilla para autopsias y escudriñando los secretos de su interior.

Es gigante, y supongo que para los débiles de mente que se dejan dominar por el pánico resulta terrorífico. Ni siquiera tiene forma humanoide. Parece una inmensa araña, pero con la piel cuarteada, rugosa y negra como el carbón. Sus movimientos son gráciles, y sus numerosas extremidades terminadas en pinzas

dentadas se mueven todo el tiempo, pero nunca chocan entre sí.

Me muero de ganas por saber más sobre este ser que dice venir de tan lejos y que me cuenta historias que no hace mucho habría tachado de inverosímiles, pero que ahora despejan incógnitas. Tiene muchos ojos, minúsculos y rojos, que se abren y cierran alternativamente con un sonido viscoso bastante desagradable. Me pregunto si verán en color, en blanco y negro, o de una forma que no puedo ni imaginar.

—Bien, Volöotkro —digo—. Yo me llamo Eósydes y soy la Emperatriz del Imperio.

Con gran desparpajo, le tiendo la mano, pero él observa los bultos de mis dedos con asco y no hace ni el más mínimo amago de devolverme el apretón.

—De un Imperio enfermo y condenado —contesta en cambio, hablándome con sorna—. Huelo la enfermedad en tu carne. Te queda poco de vida, Emperatriz.

Retiro la mano despacio y analizo mis opciones. Puedo responder con ira a sus ataques y me aplastará en menos de un segundo. O puedo ser inteligente y jugar a su juego hasta llevarlo a mi terreno.

—Sí, por lo que parece, estoy en apuros —suspiro—. Pero algo me dice que no has venido hasta aquí para reírte de mí.

—No exactamente —admite a regañadientes—. Aunque ya que sepas que sois el hazmerreír de la galaxia —dice formando una sonrisa maliciosa compuesta por triangulares dientes negros como el carbón.

A pesar de que la lengua me quema de todas las preguntas que me gustaría hacerle, decido ignorar su pulla e ir directa al grano.

—¿A qué has venido?

En un abrir y cerrar de ojos, Volöotkro salta y repta por las paredes. Trato de seguirlo con la mirada, pero es muy rápido, y yo estoy mareada. Para cuando me doy cuenta, está en vertical sobre mi cabeza. Cuelga del techo sosteniéndose solo por un par de extremidades que actúan como lapas. Entonces mueve otras cuatro, formando pequeñas imágenes estáticas.

—Estaba examinando unas minas en Volok cuando un extraño e inusitado temblor causó un derrumbamiento, trayéndome la muerte —comienza.

Aparece una mina derruida y él bajo los escombros.

Intento tocar las imágenes, pero Volöotkro sisea y corretea, alejándose pared abajo. Me vuelvo en la silla. Ahora la imagen ocupa toda la pared. La silueta de una bestia gigante y alada ha aparecido en escena y está sacando el cuerpo de entre las rocas. De inmediato, lo relaciono con el ser que describió ese rebelde que huyó con Iriel.

—Ante mí había una criatura venida de muy lejos. Su nombre es Kíor. Créeme, si yo te resulto espeluznante, él lo es más. Me asesinó porque soy su Marcado, y para que puedan contactar con nosotros debemos estar muertos. No es que eso me aflija… Los volokianos somos guerreros, la muerte está en nuestro día a día. Además, me prometió una gran recompensa si hacía lo que me pedía.

—¿Qué te prometió?

—Aplastar a los tamatianos.

—¿Tamatianos?

—Según me contó Kíor, la Marcada de Pías, una tamatiana, está aquí, en la Tierra.

—Oh. La mujer verde lanzarrayos.

—Concuerda con su descripción, sí.

Decido que no me importa por qué se odian estas dos especies. Ahora mismo, no es lo que más me interesa.

—¿Qué te pidió que hicieras?

La mina en ruinas se esfuma y aparece la imagen de una Llave.

—Hay más como Kíor. Existe otro ukniano llamado Cíon, que es vuestro Creador. Ellos se detestan, pero Cíon tiene una amiga, Pías. Cíon robó la Llave a su Supremo y se la dio a su Marcado.

—El rebelde —murmuro. Hago memoria, aunque me noto la cabeza espesa y embotada—. Eyzar. Se llama Eyzar.

—Su nombre no importa. El caso es que los humanos sois demasiado inútiles, así que Pías ha enviado a su Marcada para

ayudar al rebelde.

—¿Para qué sirve esa Llave?

—Cíon siente debilidad y compasión por sus criaturitas humanas. Cree que algunos de vosotros sois puros de corazón y que no merecéis esta Maldición ni la extinción final a la que están condenadas la Tierra y la especie. Así que quiere que se cree un mundo nuevo y que los humanos puros tengan una segunda oportunidad. La Llave abre la Puerta donde se encuentra la Vasija en la que hay que depositar un Sacrificio para crear el nuevo mundo.

—Suena apocalíptico.

—Lo es.

—Y has venido a impedirlo, ¿verdad? Has dicho que nuestros Creadores se odian. Apuesto a que Kíor no quiere que Cíon pueda salvar a sus humanos.

—Para ser una de ellos, eres bastante inteligente.

—Es lo que querría yo si estuviera en su lugar.

Volöotkro sonríe. Es una sonrisa cargada de maldad, pero cómplice. Me gusta. Me cae bien.

—Si me han juntado contigo para que me sirvas de guía en mi misión de desbaratar los planes de Cíon y Pías, entonces tú no eres de ese tipo de humanos.

—Pues no. ¿Crees que ha sido casualidad? Kíor sabía lo que hacía al mandarte aquí.

—¿A qué te refieres?

Mi cabeza trabaja a toda la velocidad que la enfermedad le permite, tratando de encajar la última pieza del puzle: el niño.

En cierto modo, todo esto empezó con él. La masa que salió de su interior y el críptico mensaje que dio, su muerte en vida y todos los hechos inexplicables que han sucedido. ¿Qué o quién puede ser la clave de este misterio, si no él?

—Creo que tengo al Sacrificio del que hablas.

Volöotkro da un respingo y se acerca a mí correteando.

—¡Muéstramelo!

Sonrío complacida. Las tornas se han dado la vuelta.

—Si quieres algo que yo tengo, tendrás que recompensarme.

—¿Cómo? —gruñe.
—Cúrame.
Así me lo llevo a mi terreno y le venzo.

Capítulo 5

EÓSYDES

Fortaleza de Korhorg, el Imperio

Estoy tumbada en una camilla metálica justo al lado de la de Jeyd cuando el volokiano me clava un enorme aguijón en el vientre que me provoca un dolor atroz.

De inmediato, la sangre infectada y apestosa mana de mi interior y se despliega como un vestido para luego caer al suelo, primero a goterones y después en auténticos ríos.

Lo primero que pienso mientras soy ensartada y el dolor me nubla la visión es que he sido una estúpida por dejarme engañar, que lo único que quería este ser era acabar conmigo antes de que lo hiciera la Maldición. Jadeo cuando retuerce el aguijón en mi vientre y noto como una espuma rebosa por las comisuras de mis labios. Él sonríe, si es que esa mueca espantosa en su feo rostro puede llamarse sonrisa.

—Hijo de p…

Intento defenderme, pero las fuerzas me fallan. Pienso que la muerte aparecerá en cualquier momento para llevarme con ella al infierno. Con mi último aliento, trato de arañarle, pero me responde con una risotada. Eso me enfurece. No me iré sin hacerle daño, sin pelear, sin…

Entonces, en un segundo, todo cambia.

La visión borrosa desaparece, e incluso veo con más nitidez de lo normal. Mis músculos recuperan tanto la fuerza como la

vigorosidad, y me sorprendo arrancándome el aguijón. Abro mucho los ojos, pero cuando voy a lanzarme contra él para atacarlo, la herida de mi vientre comienza a cerrarse y la sangre recobra su aspecto normal.

Me miro las manos, los brazos, todas las partes del cuerpo que alcanzo a ver con mis nuevos sentidos mejorados y lo constato: las secuelas de la enfermedad están desapareciendo. Ante mis ojos, como por arte de magia, la piel se alisa y los bultos desaparecen, las llagas se sellan y el malestar se esfuma. Una vitalidad y una energía que hacía mucho tiempo que no sentía recorren cada célula de mi cuerpo. Me siento con fuerzas para comerme el mundo.

Soy consciente de que es irrelevante, pero me llevo las manos a mi larga melena y tiro de ella con fuerza. Hace cinco minutos, me habría quedado calva, pero ahora mi pelo tiene el brillo y la fuerza de antaño. Recuerdo que anteayer se me cayeron varios dientes podridos. Para comprobarlo, paso la lengua por los huecos. No hay agujeros. Respiro fuerte y hondo, mis pulmones están a plena capacidad.

—Me has curado —musito.

—Te dije que lo haría. ¿Qué te sorprende?

Alzo las cejas. Me siento en el borde de la camilla y observo cómo se pasea por las paredes igual que yo lo haría por el suelo.

—Me clavaste el aguijón. Pensé que querías matarme. Creí que me habías traicionado.

—Eso es lo que hacéis los humanos, ¿eh? Traicionar.

—Pues tu especie no es que tenga pinta de ser muy amigable —le espeto.

—No, no lo somos. Somos una especie guerrera, asesina y sin escrúpulos. Aun con esas, según Kíor, vamos primeros en el *ranking*.

—¿Y no te resulta extraño?

Reflexiona.

—Un poco sí.

—Discutiremos sobre eso más tarde —resuelvo—. Ahora quiero saber qué había en ese aguijón que me has clavado. ¿Un

antídoto para la enfermedad?

—No exactamente. Nuestra especie… tiene… supongo que vosotros lo llamaríais poderes. Aunque lo cierto es que eso es lo normal. Vosotros sois los básicos.

—¿Qué poderes tienes? ¿Sanar, en general? —pregunto, ávida de información.

—Digamos que, si el Supremo hubiera querido castigar a los volokianos, no le habría bastado con enviarnos lo mismo que a vosotros. Se habría tenido que esforzar más, mucho más.

—Así que sanar, lo capto. ¿Qué más?

—¿Qué más? —Suelta una carcajada—. Podría estar hasta mañana enumerándote todas las aptitudes que nos hacen superiores a vosotros, humana.

Ignoro de nuevo la pulla.

—Vamos, bicho, cuéntame algo interesante —le reto con voz melosa—. Sé que puedes hacerlo mejor.

Se ríe. Parece divertirse conmigo. Eso no puede ser. Tengo que hacer que me respete. Que me vea como una igual.

—Bueno, puedo hacer esto —concede.

Y se desintegra.

Cuando reaparece, tiene un aspecto del todo diferente y mi frío y petrificado corazón siente una ligera sacudida.

Capítulo 6

EÓSYDES

Fortaleza de Korhorg, el Imperio

—Vaya —musito.

—¿Qué? ¿Te gusta lo que ves?

—¿Lo has hecho adrede?

Sonríe. Una sonrisa de lo más seductora.

—Puede.

Ante mí tengo al humano más atractivo que haya visto en mi vida. Alto, musculado, moreno, con cejas pobladas, ojos verdes y mandíbula angulosa salpicada de una barba incipiente. Cuando se acerca a mí, me envuelve un ligero aroma varonil y tengo que hacer un esfuerzo para no inspirar hondo. Sus zapatos lustrosos resuenan en el suelo y hacen juego con el resto de su clásica vestimenta negra.

—Vale, lo capto. Puedes cambiar tu aspecto físico a tu antojo y has escogido algo que me resulta atractivo. Eso no cambia que en el fondo sigas siendo un ser repugnante venido de otro planeta.

Inesperadamente, me sujeta por la cintura con manos firmes y fuertes y me pega a él. Estoy a punto de darle un codazo en las costillas cuando en el último momento me lo pienso mejor. No es que sea virgen, claro, pero a lo largo de mi vida me he divertido más bien poco porque nadie estaba a mi altura, así que dejo que pasee las manos por mi vientre.

—Soy un poderoso volokiano con unos poderes que una

vulgar humana como tú no puede ni imaginar —susurra en mi oído con una voz grave y profunda, estremecedora—. Además, recuerda que hemos hecho un trato. —Se aparta con brusquedad—. Te he curado. Ahora, háblame del Sacrificio.

Intento que no se me note la decepción por que me haya soltado y me acerco a la camilla del crío. Sigue tal y como lo dejé la última vez, con el tórax abierto y un bisturí clavado en el corazón. Le cuento todo lo que sé y lo que he averiguado sobre él. Al acabar, Volöotkro lo inspecciona de cerca, como si no creyera mis palabras.

—Qué interesante… Tiene que ser el Sacrificio, por fuerza.

Nos quedamos en silencio. Un pensamiento, una idea se abre paso en mi mente. Al alzar la mirada, me encuentro con que Volöotkro tiene la misma expresión que yo. Nos miramos a los ojos. ¿Estaremos pensando lo mismo?

—Eósydes…

—¿Sí?

—Si le arrebatamos la Llave a Eyzar, tendremos todo lo necesario para crear un mundo nuevo.

Justo. Pero me surge una duda:

—¿Un mundo en el que gobernaríamos sobre los supervivientes de la Tierra?

—Exacto, en un planeta que no esté devastado.

—Pero los humanos estamos malditos. Antes o después, todos moriremos.

—¿Acaso no te he curado? Jamás volverás a contraer la enfermedad. Te he liberado del mal que corroía tu carne.

—¿Y piensas hacer lo mismo con los humanos que esclavicemos? ¿Sanarlos para condenarlos después?

—¿No te parece una buena idea?

Lo sopeso.

—Serán muy pocos. Apenas quedan humanos.

—Los obligaremos a reproducirse.

—Mmm… el fin justifica los medios, supongo.

—Además… —sigue Volöotkro, pensativo, con una luz perversa en la mirada.

—¿Qué?

—Los volokianos tenemos muchos enemigos. Tamatianos… y otras especies que se aliaron con ellos. Hace algún tiempo hubo una disputa, ¿sabes?

—Una guerra.

—Sí, una guerra. Ahora la cosa se ha enfriado, pero siempre les hemos guardado rencor.

—Así que piensas que los enemigos de los volokianos pueden hacer compañía a los humanos.

—¿Por qué no?

Sonrío.

—¿Por qué quieres compartir el poder conmigo? Te sería absurdamente fácil quitarme de en medio.

—No creas que no lo he pensado, pero debo dirigir Volok. Mis volokianos me necesitan. De hecho, me gustaría saber cómo se las están apañando sin mí. No podré dedicar todo el tiempo necesario al nuevo planeta, así que necesito a alguien a mi lado… alguien con quien compartir el poder.

Calculo mis opciones. Me niego. No monté todo este tinglado en el Imperio para ser una segundona en el nuevo planeta. Más adelante tendré que deshacerme de él, aunque sospecho que esta vez resultará más complicado. Pero no hay nada imposible, y de momento lo necesito.

—No voy a ser tu ayudante. Seré tu igual o nada.

—No es mi intención doblegarte a mi voluntad… o puede que sí…

Levanto la vista hacia sus ojos verdes y su boca carnosa y seductora. Él se acerca cada vez más, y yo estoy tentada… Que planee matarlo no significa que no pueda divertirme, así que dejo que nuestros labios se rocen antes de propinarle un severo empujón, como él hizo conmigo.

—No te resultará tan fácil —le digo con dulzura, disfrutando de la decepción de su rostro. Creía que me tenía comiendo de la palma de su mano, y no será así. Nunca—. Primero el poder. Luego la lujuria.

—¿Así que estás de acuerdo con mi plan de robar la Llave a

Eyzar y crear nuestro propio mundo?

—No tengo nada mejor que hacer. Como ves, ahora gobierno sobre cadáveres. Solo que…

—¿Qué?

—¿Cuán poderoso eres?

—¿Cómo?

—¿Puedes convertirte en cualquier cosa? ¿Lo que yo te pida?

—¿Qué quieres?

—¡Lo quiero todo! Quiero que me teman. Que tiemblen. Que los que aún viven sepan que no he muerto. Quiero ser invencible. Quiero ser eterna. ¿Puedes darme eso?

Me rodea, sugerente, con movimientos gráciles.

—¿Qué quieres que sea? —me murmura al oído.

Me muerdo el labio. Siento que voy a explotar de gozo mientras le confieso mis más oscuros deseos.

Capítulo 7

EYZAR

Cordilleras Nubaru,
base rebelde n.º 85, el Imperio

—¿Crees que se recuperará?

—Es una mujer fuerte.

Hablamos de Emily sentados sobre una roca. Cada día que pasa está peor, como si con el paso del tiempo estuviera tomando conciencia de que Sally se ha marchado para siempre. Apenas come ni duerme, e incluso ha dejado de cuidar a Iriel y a los otros enfermos. Se pasa la mayor parte del tiempo fuera, mirando el oscuro cielo, lamentándose por los errores que cometió.

«Si no hubiera contado la verdad sobre Jeyd a esos monstruos…».

«Si hubiera cuidado mejor de Sally…».

«Si hubiera cuidado mejor de Jeyd…».

«Si hubiera frenado a Askar a tiempo…».

Todo son plañidos. Poco queda de la anciana que conocí, y ya no sé cómo ayudarla, cómo hacerle ver que nada es culpa suya. Parece que lo único que quiere es contraer la enfermedad para irse con su hija.

Suspiro y me froto la cara con las manos. Estoy cansado, física y mentalmente. Derrotado. Siento que no puedo más y, sin embargo, sé que aún queda un largo camino por recorrer. Noto la mano de la Capitana en la espalda. Ella es la única que no me ha

abandonado.

—¿Y tú cómo estás, Eyzar? —me pregunta mirándome a los ojos—. Te preocupas por todo el mundo, pero ¿quién se preocupa por ti? Eres solo un niño.

Un rubor se extiende por mis mejillas y de inmediato me arrepiento por sentirme así en un momento como este, sabiendo que es un sentimiento no correspondido. Pero uno no elige cómo se siente, ni qué siente, ¿verdad?

—Yo… —Hace unos días le conté lo que le sucedió a mi familia la noche en que Cíon me dio la Llave. Lo cierto es que hemos hablado mucho. Ella es tan empática y comprensiva… y ama a otro—. No lo sé. Es decir, los echo de menos, por supuesto. Aun así, siento que es temporal, ¿no? Cuando todo esto acabe, volveré con ellos. Con mi hermanito y con mi madre.

Se oye un graznido a lo lejos. Kam-Fux da un respingo y frunce el ceño, mirando a su alrededor como si esperase ver algo fuera de lo normal.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué? ¿Ese ruido de pájaros?

—Pájaros, sí, pero ha sonado como a…

—¿Cómo a qué?

—Como a una bandada… como si fueran cientos de ellos… o tal vez… —dice distraída.

Veo la preocupación en su rostro, aunque no he oído nada que se salga de lo normal. Bueno, de lo normal para esta nueva realidad, claro. Me encojo de hombros y ella vuelve al presente, moviendo la cabeza con energía.

—Lo siento. Me decías que crees que es algo temporal. ¿Pero no es eso lo que también piensa Emily? ¿Que si muere volverá con su hija? ¿No queréis los dos lo mismo? Entonces no deberías juzgarla.

—No la juzgo —protesto—. Es solo que…

Las palabras mueren en mis labios. Kam-Fux tiene razón. Siempre tiene razón. Voy a contestarle cuando de pronto…

—¡ALERTA! —brama.

La reacción de la Capitana es extraordinaria. Corre hacia el interior del refugio y segundos después sale con Emily y con las otras pocas personas que aún viven y están relativamente sanas a cuestas. Entonces, cuando más desconcertado estoy, veo la inmensa bandada de pájaros cruzar el cielo. Son tantos y sus graznidos resultan tan estridentes que tengo que taparme los oídos.

—¡Sígueme! —vocifera.

Comparto una mirada con Emily, que no entiende lo que está sucediendo.

—¡Para! ¡Para! No podemos dejarlos atrás —grito.

—¡No! ¡Hay que huir! ¡Detecto presencia volokiana!

—¡Iriel está ahí dentro!

De pronto, Emily grita y apunta con un dedo hacia el cielo. Se me congela la sangre en las venas. Los pájaros se han apartado para mostrar algo mucho peor.

Eósydes va montada a lomos de un dragón negro y gigantesco.

Capítulo 8

EMILY

Cordilleras Nubaru,
base rebelde n.º 85, el Imperio

Al principio pienso que mis ojos cansados y viejos me están engañando, pero cuando veo la expresión atónita de Eyzar me convenzo de que es real; tanto como todas las desgracias que nos sacuden, como el suicidio de mi hija, como la mentira que hemos vivido con Jeyd.

De algún modo, esa loca ha conseguido un dragón, una bestia oscura de textura rugosa con una cola que se enrosca en el aire y da coletazos a las nubes. Tiene unos ojos ambarinos de pupila negra tan pequeña como la cabeza de una aguja y unas garras tan grandes como yo.

Es terrorífico.

Mi maltrecho corazón da un vuelco y, en cuanto Kam-Fux me deja en el suelo, agarro la mano de Eyzar. Sería muy arrogante decir que no estoy muerta de miedo.

Eósydes, con su espesa melena al viento, grita una orden y el dragón escupe una llamarada de fuego negro en nuestra dirección.

Grito. Eyzar me protege con su cuerpo. Kam-Fux hace aparecer su escudo protector justo a tiempo y la ráfaga de fuego rebota en él. Sin embargo, su rostro se contrae con una mueca de dolor y comprendo que no resistirá mucho. Pronto arderá todo el campamento, con Iriel y los demás dentro.

—¡Huid! —exclama Kam-Fux—. ¡HUID!

—¡No! —grita Eyzar.

—¡HAZ LO QUE TE DIGO! —brama ella fuera de sí.

Tengo que reaccionar, porque Eyzar jamás la abandonaría. Tiro de él.

—¡Vamos, niño, vamos!

—¡No!

—¿Quieres que muera yo también? Si el escudo falla, moriré calcinada.

Niega con la cabeza, aterrorizado. Solo con esas consigo que se mueva. Corremos a través de las rocas y al final él tiene que cargar conmigo, ya que es la única forma de avanzar lo bastante rápido. Escoge un escondrijo que nos oculta de la vista del dragón y me coloca en el suelo con suavidad.

—¡Tengo que ir a por Iriel y los demás!

—¡Déjalo! Está más muerto que vivo.

—¡No voy a abandonarlo! Ni a él ni al resto.

—¡Eyzar, piensa! El dragón…

—No creo que sea de verdad. De lo contrario, Eósydes no habría podido domarlo. Kam-Fux ha dicho que es un volokiano, sea lo que sea eso. Además, siento algo extraño… como si esa cosa también fuera un Marcado.

Reflexiono.

—Y se ha aliado con ella —musito—. No es buena señal.

—Además, debería haber enfermado como casi todo el mundo, pero parece sana. La ha debido de curar.

—Sí, pero te olvidas de lo más importante. ¿Qué quieren? ¿Por qué están aquí?

Llegamos a la misma conclusión a la vez.

—¡La Llave!

—La quieren para ellos —murmuro.

—¿Con qué finalidad?

—No lo sé, pero nada de lo que tramen puede ser bueno.

Para mi asombro, Eyzar se mete la mano en el pecho. Cuando abre la palma, veo el objeto dorado brillando sobre su piel oscura.

—¡Tómala!

—¿Qué? ¡No! Yo no soy una Marcada. No soy importante. Solo una vieja.

Exasperado, Eyzar sacude la cabeza y me toma la mano con fuerza.

—Me buscan a mí, Emily. Quieren robármela. Si te la doy, no sospecharán. Al fin y al cabo…

—… al fin y al cabo soy una vieja. Nadie pensaría que la tengo yo.

—Ni siquiera creo que Eósydes se acuerde de ti, es demasiado egocéntrica. Y si por un casual te recuerda, diré que tú y Sally habéis sucumbido a la enfermedad.

—Pero…

—¡No hay tiempo! ¡Kam-Fux no aguantará! Tengo que ayudarla y rescatar a Iriel.

Echo un vistazo rápido y constato que tiene razón. Kam-Fux ha caído sobre las rodillas, y los brazos le tiemblan tanto por mantener el escudo protector que parecen de gelatina. Me limpio el sudor de la frente. Hace un calor infernal.

—No tengo ni idea de qué hacer con la Llave, Eyzar —protesto.

—La misma que yo.

—¡No puedo ver al ser alado!

—El ser alado tampoco me ha sido de mucha ayuda.

—Soy solo una anciana que…

—Deja de decir eso, Emily. —Se arrodilla a mi lado, me mira a los ojos y, por primera vez desde que murió Sally, mi corazón late con energía—. Eres una mujer fuerte, sabia e inteligente. Aún tienes mucho que aportar. Por favor, ayúdame. Guarda la Llave. Y escóndete. Que no te vea Eósydes. ¿Lo harás?

Aunque estoy tentada de echarme atrás, devolverle la Llave y aceptar que mi tiempo ha llegado a su fin, me sorprendo asintiendo.

Eyzar tiene lágrimas en los ojos antes de levantarse, y transmite un orgullo tan patente hacia mí que mi atribulado corazón se estremece. Leo dibujada en sus labios la palabra «Gracias» antes de que se vuelva y eche a correr hacia Kam-Fux.

Mientras me guardo la Llave lo mejor que puedo y me acurruco a la sombra de la roca, tengo la sensación de que, aunque la muerte de Sally aún me pesa, por primera vez tengo una misión en la vida que no consiste en cuidar de nadie más.

Capítulo 9

JYNEK

Planeta Mykrymbel

—Parece que todo va encajando —digo mientras observo los hilos del destino arremolinarse en la Eterna Laguna.

—Queda lo más importante: el final inconcluso.

—Pieza a pieza, vamos acercándonos a él. La gran incógnita no se resolverá hasta el último momento.

Se hace el silencio.

—¿Cómo te gustaría que terminara? —pregunto.

Otro silencio, tan largo que creo que no va a contestarme.

—No creo que deba tener salvación —musita al fin.

Sonrío. Pienso en la arrogancia de Kíor, en la desesperación de Cíon y en la ignorancia del Supremo.

—Yo tampoco.

—Las tejedoras tampoco saldríais beneficiadas, ya lo sabes. Nadie lo haría.

—El fin justifica los medios —suspiro—. Hablando de finales…

—El final de Cíon.

—Sí. Es hora de que me lo traspases.

Se produce un instante de tensión en el que pienso que los hilos del destino han errado y no va a cumplir con su promesa, pero cuando menos me lo espero, el ser me atraviesa. Gimo.

No esperaba que doliera tanto.

Caigo de rodillas… La oscuridad me ciega.

Capítulo 10

CAPITANA KAM-FUX

Cordilleras Nubaru,
base rebelde n.º 85, el Imperio

Me siento desfallecer. Las fuerzas me abandonan. Ese cabrón asesino ganará la batalla.

Los humanos se han ido, han huido. Por lo menos eso está bien. Si se hubieran quedado, conocerían la ira de los volokianos. Y eso sería una tragedia.

No dudo de la naturaleza del supuesto dragón. Es algo instintivo. Pienso en el desconcierto que debe de haber supuesto para los humanos, pero a mí no me engaña, por mucho disfraz que se ponga. No es la primera vez que los tamatianos vemos algo similar. Los volokianos siempre tratan de infundir terror. Tampoco es nuevo que nos agredan.

La batalla entre los volokianos y los tamatianos se produjo hace tres décadas tamatianas; se conoció como la Guerra Mineral. Siempre hemos sido una especie pacífica y cooperativa que descubrió otras especies y se llevó bien con todas ellas. A los humanos los ignoramos, claro. No les vimos nada interesante.

Sin embargo, nosotros éramos atractivos para los volokianos.

Nos invadieron. Nos atacaron. Nos masacraron.

Querían apropiarse de nuestras reservas de *melak*, un mineral que se forma en el subsuelo de nuestro planeta y que nos resulta valiosísimo, pues fertiliza la tierra. El problema es que también es

útil para los volokianos, pero ellos no lo poseen, pese a ser una especie minera.

La guerra fue encarnizada, larga y terrible. Se hicieron alianzas. Se nos unieron especies que también detestaban a los volokianos. Otros, en cambio, prefirieron luchar a su lado bajo promesas de tratados de paz o sobornos de poder. De las ocho especies conocidas en la galaxia, solo los humanos no participaron en la Guerra Mineral, y por puro desconocimiento.

El lamentable, aunque previsible resultado, fue que murieron muchos de todas las especies. Al fin, las alianzas de ambos bandos amenazaron con retirarse y dejar a los volokianos y a nosotros solos en la guerra. Nos suplicaron que cesásemos de atacarnos y firmásemos el Tratado de Paz para detener aquella locura.

Los tamatianos, cansados de ver tanta sangre inocente derramada, aceptamos. Ellos, por su parte, estaban demasiado debilitados como para no aprovechar la oportunidad servida en bandeja de plata. La contienda había sido dura para ellos. Para todos, en realidad.

Tras muchas negociaciones, se acordó que los tamatianos venderíamos el mineral a los volokianos a un precio irrisorio. Sin embargo, fue un trato que no contentó a nadie. La realidad es que no hay bastante mineral para las dos especies, así que escasea en ambos planetas, y tanto volokianos como tamatianos nos sentimos robados; nosotros por tener que deshacernos del *melak* que tanto necesitamos, y ellos por tener que pagarnos por algo que no les resulta suficiente. Lo único positivo es que, desde entonces, no ha habido nuevos ataques, pero ambas especies nos odiamos a muerte.

Así que cuando el volokiano me ve, no duda en intentar freírme con llamaradas de fuego de dragón. En la Tierra, su crimen quedaría impune, y ya no puedo aguantar más. Grito y caigo de rodillas. Enormes gotas de sudor me resbalan por la frente y se me meten en los ojos mezcladas con lágrimas de rabia. Voy a deshonrar a mi abuelo y a mi tía materna, ambos caídos en la Guerra Mineral.

El dragón se deleita por última vez antes de tomar aire para

echar la ráfaga de fuego que sabe que acabará con mi escudo protector. Entonces me habrá vencido y podrá buscar aquello por lo que su Creador le ha enviado, la Llave.

A saber qué hace conmigo después.

Pero cuando creo que ya he perdido…

—¡Alto! ¡Alto! ¡Para de una vez!

—¡No! —grito.

Es Eyzar. Se acerca a mí corriendo. Viene solo.

—¡Deteneos! Es a mí a quien buscáis. Ella no tiene por qué resultar herida —exclama colocándose a mi lado.

—Eyzar… —empiezo.

Ignora el peligro que corre. No sabe de lo que los volokianos son capaces.

Por desgracia, la mujer que va sobre el dragón, que debe de ser esa tal Eósydes de la que tanto he oído hablar, ya ha fijado la atención en Eyzar y se inclina sobre la bestia como si fuera un inofensivo perrito al que pudiera hablar al oído. Aprovechando su momentánea distracción, retiro el campo de fuerza. Exhausta, susurro a Eyzar con apremio:

—¡Huye! ¡Estoy segura de que vienen a por la Llave! Si te cogen…

Algo en su mirada oscura me hace vacilar.

—Confía en mí —dice sin más.

Una fuerte corriente de aire atrae mi atención de nuevo sobre el dragón. Está tomando tierra. En cuanto aterrizan, la terrorífica criatura se desintegra. Cuando vuelve a formarse, ya no es un dragón, sino alguien a quien conozco.

—¡Tú! —grito con asco.

—Y tú —me responde él con el mismo desprecio.

Es el General Volöotkro. Un mal bicho entre los peores. Es la figura más autoritaria y con más poder de todo el reino de Volok, el que maneja al Mando, lo que vendría a ser el gobierno del planeta. Es un ser cruel, vil, traicionero y malvado, tanto con otras especies como con la suya. Además, ha reabierto viejas heridas y disputas ya zanjadas con nosotros, los tamatianos. Horrorizada, pienso que es el peor volokiano con el que podíamos encontrarnos.

Qué mala suerte y qué feas se están poniendo las cosas.

—¿Os conocéis? —pregunta Eyzar, confundido.

También Eósydes ha fruncido el ceño, pero creo que es demasiado orgullosa como para admitir que no se lo esperaba.

—Por supuesto que conozco a la Capitana Kam-Fux. Muchas veces nos trae el *melak* a casa… siempre con malas caras, siempre intentando cobrar de más.

—¡No os merecéis ni un gramo! ¡Asesinos!

—¿Qué…? —empieza Eyzar.

Lo apunto con el dedo. Tiemblo de ira.

—Destruyeron Tamat para robar algo que nunca les perteneció. Su terreno es yermo e infértil, un lugar espantoso, hostil, rocoso e insalubre donde es imposible encontrar a nadie que sienta alegría, amor o amistad. No tienen sentimientos, ni cultura, ni nada que les motive a vivir más allá de hacer el mal, de conquistar lugares ajenos y de sembrar el sufrimiento. No conocen la lealtad, solo la guerra. Por eso vinieron a por nuestro mineral. No nos lo pidieron, nos lo arrebataron a la fuerza.

Eósydes sonríe. Lo aprueba. Ella habría hecho lo mismo. Me cae mal de inmediato, aun cuando no nos hemos dirigido la palabra.

—Bah, ¡qué hipócritas! —ruge Volöotkro—. Todo el día predicando la generosidad, el altruismo y la importancia de compartir, pero cuando en un planeta vecino necesitan ayuda, les dan la espalda y les dejan morir. Tú misma lo has dicho, nuestra tierra es pobre. ¡Y la supervivencia es lo primero!

No doy crédito a lo que dice. ¿Todavía pretende hacer ver que la culpa fue nuestra? Alzo el brazalete, quiero hacerle el máximo daño posible…

Una vez más, Eyzar se interpone.

—¡No! ¡No empieces otra batalla, Kam-Fux!

Le miro irritada. ¿No se ha dado cuenta de la clase de seres que son? Ellos se ríen. Eósydes da un paso adelante. Es bella, esbelta y rebosa confianza en sí misma.

—Tienes algo que nosotros queremos, rebelde —ordena. Su voz es clara, potente y sin titubeos—. Danos la Llave y no os

haremos daño.

—No os va a dar una puta mierda —mascullo—. Mentirosa compulsiva — añado.

Volöotkro y Eósydes comparten una mirada de complicidad y asienten. Entonces el volokiano corretea hacia nosotros y nos envuelve como si fuera humo negro. Sé que tratar de seguirlo con la mirada es un error, porque ahí consigue que te desorientes y te ataca por la espalda. Sujeto el brazo de Eyzar cuando él, inocentemente, cae en su trampa.

—¡No le mires! Vista al frente.

Su risa fría nos llega desde todas partes y desde ninguna a la vez. Al mismo tiempo, Eósydes danza a nuestro alrededor. Comprendo demasiado tarde que nos han rodeado. Me siento como una imbécil por caer en semejante engaño.

—Verás, Capitana, esta guerra no la podéis ganar —susurra Volöotkro, que se ha convertido en una sombra oscura de lo rápido que se mueve—. Aquí ya no tenéis aliados. Estáis solos, y somos mejores que vosotros. Dadnos la Llave ya.

—¿Para qué la queréis? —pregunta Eyzar.

—No es asunto tuyo —espeta Eósydes.

Volokiano y psicópata giran a nuestro alrededor. Calculo las posibilidades de lanzar un ataque contra Eósydes, pero, si lo hago, Volöotkro aprovechará para dejarme fuera de combate y entonces Eyzar y la Llave caerán en las manos equivocadas. Me invade la frustración. ¡Les dije que huyeran! ¿Por qué no me hicieron caso?

—Eres humana, como yo —replica Eyzar dirigiéndose a Eósydes—. Necesitamos la Llave para crear un nuevo mundo en el que podamos…

—Todo eso ya lo sé —corta ella—. Siempre vamos dos pasos por delante, recuérdalo, rebelde.

Entonces sucede algo inesperado.

Eósydes saca un enorme cuchillo afilado de entre los pliegues de su capa negra y se lo clava en el vientre a Eyzar, hundiéndolo con fuerza en la carne.

—¡No! —grito.

A continuación, todo pasa demasiado rápido.

Eyzar abre mucho los ojos, jadea y se encorva. Eósydes carga con su cuerpo cuando cae hacia delante y saca el cuchillo de su vientre solo para asestarle una nueva puñalada entre los omóplatos.

Sé que Eyzar no puede morir, pero eso no impide que un chorro de sangre bañe el suelo. Mi error garrafal es sucumbir al pánico e intentar ayudarle. Por instinto, me vuelvo hacia él y me olvido de Volöotkro. Le basta un segundo para colocarse tras de mí. Ni siquiera me da tiempo a girar antes de que me clave un gran aguijón en la espalda.

El veneno fluye rápido y entra en mi torrente sanguíneo con el efecto de una bomba, paralizándome de inmediato y haciéndome caer de bruces al suelo. Antes de que pueda tocar el brazalete para defenderme, Volöotkro trepa por mi espalda y me escupe su baba ácida en el rostro.

Siento un dolor atroz y chillo como nunca antes. Noto la carne de mi cara derretirse como cera caliente, y una gota de ácido entra en contacto con mi ojo derecho y lo funde. La negrura se extiende por mi campo de visión mientras la agonía se incrementa cada vez más hasta resultar insoportable.

—Voy a cobrarme mi venganza. La Guerra Mineral será una broma comparada con lo que os haré a ti y a los tuyos, zorra —me dice al oído.

Lo último que oigo antes de que la conciencia me abandone son los gemidos de dolor de Eyzar.

Les he fallado.

Capítulo 11

EÓSYDES

Cordilleras Nubaru,
base rebelde n.º 85, el Imperio

Me gusta tanto el aroma de la sangre que me lamo los dedos manchados con la del rebelde. Huele a triunfo. A victoria. Tiro su cuerpo herido al suelo y suelto una carcajada. Me siento poderosa, imparable y muy viva, tanto que mi respiración está acelerada de pura euforia. Cuando Volöotkro vuelve a transformarse en el hombre moreno y atractivo, salvo la distancia que nos separa en dos zancadas y lo beso con pasión.

Él me responde con lujuria, recorriendo mi boca con su lengua. Sus manos pasean por mi cuerpo, agarrando mi trasero, subiendo por el vientre y acariciándome los pechos. Tomo impulso y enrosco las piernas alrededor de su cintura. De fondo oigo a Eyzar arrastrarse suplicando ayuda, como si creyera que alguien va a rescatarle. Su patetismo me excita aún más. Me río entre dientes.

Sin dejar de besarme, Volöotkro extiende un brazo. De sus dedos aparece una especie de red, como una telaraña enorme, que envuelve a Eyzar y lo atrapa. Luego repite el mismo procedimiento con Kam-Fux, aunque en su caso ni siquiera hace falta: la ha dejado frita. Incluso huele a carne quemada.

—¿Cuánto tiempo tenemos hasta que esta idiota despierte?

—El que queramos. La tela los mantendrá inconscientes.

Entra en el campamento improvisado conmigo a cuestas.

Busca una cama.

Tiro con fuerza de sus ropas negras, desgarrándolas. Araño su piel clara, le muerdo. Le deseo, y él me corresponde desvistiéndome.

Me arroja sobre un catre.

Soy consciente de que estamos rodeados de enfermos que gimen y de muertos, pero esas cosas nunca me han importado. Le bajo los pantalones. Sonrío ante lo que veo. Ardo de placer, la piel me hormiguea y un glorioso calor recorre todo mi cuerpo. Él me agarra del cuello con una mano mientras me levanta las caderas con la otra. Y justo cuando estamos a punto, me retuerzo y veo…

Un grito ahogado escapa por mi garganta. Me incorporo de inmediato.

—¿Qué haces? —gruñe él, e intenta volver a tumbarme, pero le arreo una patada en el vientre.

—¡Quita! —le espeto sin el menor miramiento. Se me han abierto los ojos de par en par—. ¡No me lo puedo creer! ¿Aún está vivo?

Es Iriel.

Me acerco. Tiene una pinta espantosa, peor que la que yo tenía cuando me curé de la enfermedad. Varios huesos se le han partido y le han rasgado la piel, por lo que sus extremos asoman puntiagudos al exterior. También se aprecia lo que creo que es un riñón reventado sobresalir por uno de los boquetes de su cuerpo. Además, está lleno de bultos, llagas y le sale pus amarillento y hediondo por los ojos.

Son sus últimas horas de vida. Aun así, su pecho todavía sube y baja, aunque de un modo casi imperceptible. Levanto un dedo y le toco la cara, procurando arañarle bien con la uña. Tiene la carne hundida sobre los huesos y tan podrida que se deshace cuando la palpo. Apenas tiene pelo y, cuando le inspecciono la boca, descubro que le faltan casi todos los dientes.

—¿Quién es? —gruñe Volöotkro a mi espalda.

Al oír su voz, se me cruza una idea loca por la cabeza. Iriel aún no ha pagado suficiente por haber nacido. Lo de Luba fue solo un aperitivo. Mi plan era capturarlo para después torturarlo más,

pero las cosas se han torcido. Sin embargo, merece el castigo y, si muere, no podré esclavizarlo en el nuevo mundo.

—¡Cúralo! —le chillo volviéndome hacia él.

—¿Qué dices? ¿Quién es? —repite.

—Mi mellizo, Iriel.

—No sabía que tenías un hermano mellizo.

Alzo las cejas.

—No me conoces. ¿Por qué ibas a saberlo, si no te lo he contado?

—¿Qué le ha pasado en la pierna? —pregunta señalando el muñón.

Alguien le ha quitado la prótesis ortopédica. Seguramente la persona que lo hizo no creía que la fuera a necesitar más, y tenía razón. Sonrío con secretismo.

—Era un niño muy torpe y confiado, ¿qué quieres que te diga? Debería haber muerto y se habría ahorrado este sufrimiento, pero no lo hizo cuando tocaba y ahora pagará las consecuencias. Quiero que lo cures. Espera, ¿se le regenerará la pierna si lo haces?

—Depende de si lo deseo o no.

—No le crecerá de nuevo.

—¿Por qué tanto odio?

Suspiro. Me levanto y me encaro a él. Nunca me ha gustado dar explicaciones, pero supongo que si quiero que me obedezca tendré que contarle algo, para que parezca que confío en él.

—Quiero que sufra. Siempre he estado a su sombra, pese a que nací primero. El Imperio debería haber sido mío por derecho legítimo, pero como él nació hombre y yo mujer, todos los privilegios eran para él, aunque durante toda mi vida demostré ser más apta que él. Me humilló.

—Entiendo. Y déjame que adivine: quieres que te sirva en el nuevo mundo que vamos a crear.

—Sí. No podrá hacerlo, si muere. A mí me curaste. Cúralo a él también para que pueda seguir vengándome.

Volöotkro se queda pensativo.

—Pides demasiado, humana.

Le enseño los dientes, furiosa.

—No voy a suplicarte. Si quieres gobernar junto a mí, debes concederme lo que te pido sin rechistar. Ya te dije que no voy a ser una segundona. Seré tu igual o tu enemiga.

Se crea un momento de tensión en el que temo haber ido demasiado lejos. No tengo ninguna duda de su fuerza y de que podría asesinarme en un abrir y cerrar de ojos, pero debe respetarme. Después necesitaré que confíe en mí. Solo así podré deshacerme de él y quedarme con todo el poder. Finalmente, asiente. Se aligera el peso de mi estómago.

—Tienes agallas. Lo admito. Está bien… pero me debes una.

Me contengo de ponerme a dar saltitos de emoción cuando Volöotkro se acerca al cuerpo moribundo de Iriel y, tal como hizo conmigo, le clava el aguijón. Me coloco justo encima de su rostro. Quiero ser lo primero que vea al despertar y que sepa que le voy a perseguir hasta el fin de sus días.

Observo que sus heridas se van cerrando, los huesos se sueldan y el riñón se recompone como si nunca hubiese estallado. Pienso en sus ojos llenos de terror cuando me vea. Espero impaciente.

Por eso me sorprende cuando llega el momento y, en vez de miedo, percibo aversión. Tal es el desconcierto que no reacciono a tiempo. Levanta los brazos y, con una fuerza renovada y bruta, empieza a estrangularme.

—Tú… mataste… a … Luba —masculla.

Intento arañarle la cara para que me suelte, pero tiene un vigor descontrolado. Miro desesperada a Volöotkro en busca de ayuda. Cuando él interviene, recupera su forma volokiana y le clava un aguijón por la espalda. Solo entonces me libero de mi inesperado atacante.

Capítulo 12

GENERAL VOLÖOTKRO

Cordilleras Nubaru,
base rebelde n.º 85, el Imperio

A la humana se le han puesto las mejillas coloradas y los ojos brillantes. Se frota el delicado cuello mientras su piel nívea recupera el tono natural.

Me siento despreciado.

Me ha rechazado. A mí.

Yo, que he capturado y usado a mi antojo los cuerpos de cuantas hembras he querido. Jamás ha importado la especie, podía con todas, y al acabar me suplicaban clemencia. Y ahora, esta vulgar humana, de la especie más patética de todas, se atreve a desairarme.

«Calma, calma, Volöotkro —me digo—. Si acabas ahora con el juego, no tendrás tu recompensa final».

Ella piensa que puede apartarme del nuevo planeta. En realidad, desearía matarme, pero sabe que no puede porque estoy muerto, así que cree que tendrá que contentarse con eso. Una humana venciendo a un volokiano. Tengo que hacer grandes esfuerzos para no reírme en su cara. No es que los volokianos podamos leer las mentes de los humanos, pero tenemos un sentido, algo que nos crea una visión aproximada de las intenciones de otros seres siempre que hayamos tenido el suficiente contacto físico. Por eso la besé. Ahora sé lo que trama.

Por eso me atrae tanto.

No es débil y llorica como las otras estúpidas humanas a las que habría aterrorizado con mi peculiar aspecto. Ella tiene fuego en su interior, así que he decidido dejarla vivir para que la humillación posterior sea aún más suculenta. Aunque, si de verdad ha pensado que la aceptaría como a una igual y la dejaría gobernar a mi lado en el nuevo mundo, tan inteligente no es.

De todos modos, es hermosa y la deseo, por lo que no quiero que este otro humano me arrebate mi juguete antes de tiempo. Eósydes está muy enfadada. Como a mí, tampoco le gusta que la menosprecien, y un tullido por poco la mata. Sonrío. Ojo por ojo…

—¿Te vas a quedar ahí parado todo el día? ¡Hay que moverse! —grita.

Agarra a su hermano por el cuello de la camisa y lo arrastra hasta el exterior. La sigo con parsimonia mientras pienso que, para ser una hembra humana, tiene bastante fuerza. Creo que ha estado entrenando durante años.

Cuando llegamos fuera, lo deja al lado de Kam-Fux y Eyzar, que no se han movido ni un centímetro. El rebelde ha acabado perdiendo la conciencia y un enorme charco de sangre empapa la tierra arenosa.

—Te has dejado dentro la pierna falsa de tu hermano —observo divertido.

—Lo sé —gruñe.

Sigue frotándose el cuello y está de un humor de perros, lo que hace mejorar el mío.

—No podrá andar —objeto en tono burlón—. Solo tiene una pierna, el pobre humano.

—Mejor, así tendrá que arrastrarse —masculla. Se para un momento a pensar y luego suelta—: Quiero que vuelvas a convertirte en dragón.

—¿Para qué?

—¡Para pegar fuego a toda esta mierda! —chilla señalando el campamento.

Suelto una carcajada. Indómita. Hasta que yo la doblegue a mi voluntad.

—Aún hay personas vivas ahí dentro —digo solo para oír su réplica—. Pocas, pero alguna queda.

Se encoge de hombros.

—¿Y a mí qué? ¡Quiero que ardan, que mueran esos putos rebeldes! Deseo oír sus gritos y que sufran, los cabrones.

Le arrea una patada en las costillas a su hermano inconsciente.

Encantado, acabo por tomar una decisión.

—¿Y luego qué, humana?

—¿Luego qué de qué?

—Corta de miras, como todos los de tu especie —la pincho con malicia.

—No me cabrees, Volöotkro.

—Nos llevamos a tu hermano y al portador de la Llave. ¿Y luego?

—Volvemos a la fortaleza a por el niño. Ya tenemos todo lo que necesitamos.

—La tamatiana nos perseguirá —apunto señalando a Kam-Fux —. Tampoco podemos matarla, porque ya está muerta. No es que sea un gran inconveniente, me desharé de ella con facilidad, pero puede ser un incordio. Los de su especie son muy tercos, ¿sabes?

Eósydes se queda callada unos instantes.

—¿Qué propones?

—Bueno… Eósydes, mientras averiguamos qué tenemos que hacer para crear el nuevo mundo, ¿vendrías conmigo y los rehenes a mi planeta? ¿Vendrías a Volok?

Para dar más entusiasmo a mi proposición, me convierto de nuevo en dragón y prendo fuego al campamento.

Capítulo 13

EMILY

Cordilleras Nubaru,
base rebelde n.º 85, el Imperio

El refugio arde.

Pienso en todas las vidas perdidas. En Maya, la mujer que nos acogió. En todos los niños y en las tres mujeres embarazadas que vi. Aunque muy débiles, se resistían, se aferraban a la vida. Pero ya no. Están calcinados, y no he podido hacer nada para ayudarlos, igual que no pude hacer nada para salvar a Sally ni a Jeyd.

Consumida por la rabia y la impotencia, observo con ojos llorosos como Eósydes carga los cuerpos maltrechos de Iriel y Eyzar en el dragón para luego subirse ella y emprender el vuelo con la bestia. Sin embargo, a pesar de todo el dolor, el plan de Eyzar ha salido bien. Tengo la Llave y a Kam-Fux. Lo mejor es que no saben que les hemos engañado delante de sus narices.

Espero con paciencia, bien resguardada, a que el dragón se pierda de vista en el cielo oscuro antes de salir de mi escondite y correr hasta Kam-Fux para darle la vuelta. Ahogo un grito y me tapo la boca con las manos.

—Pero ¿qué te han hecho?

Su rostro es un amasijo de carne quemada, con el hueso visible en gran parte, y el ojo derecho es una masa gelatinosa y humeante. Asustada, lo primero que hago es intentar romper la especie de telaraña en la que está envuelta. Oí que tiene un efecto

somnífero o algo así. Me cuesta mucho, porque es más dura de lo que parece, y hace un calor infernal debido al incendio del refugio.

Para cuando consigo liberarla estoy sudando, y mi defectuoso corazón late a un ritmo anormal. Debería arrastrarla para alejarla del fuego, pero me veo obligada a inclinarme y a respirar hondo para calmar las pulsaciones. Estoy exhausta. Menuda ironía del destino sería morirme ahora de un infarto.

Mientras me recupero, pensamientos nefastos cruzan por mi mente. ¿Cómo he podido pensar que sería capaz de custodiar la Llave si no puedo apartar a una mujer de las llamas? Si ni siquiera fui capaz de ayudar a mi hija… ¿A quién quiero engañar? Soy demasiado vieja para esto. La enfermedad debería llevárseme, como ha hecho con casi todos los demás.

Pero cuando más deprimida estoy, una mano se posa en mi hombro con suavidad.

—Gracias por hacerme despertar. La telaraña me mantenía inactiva.

Me doy la vuelta. Es Kam-Fux. Va encorvada, y sus movimientos son torpes. Pese a todo, sonríe. Me apresuro a sostenerla, aunque estoy segura de que no le hago falta.

—Lo lamento. Tu cara…

Se palpa el rostro.

—No te preocupes. Nuestra sangre es diferente a la vuestra. Nos regeneramos.

—¿Por completo? —pregunto sorprendida.

—Sí. Pero eso no es lo importante. Se han llevado la Llave, y además…

—No —murmuro.

—No, ¿qué?

Me saco la reluciente Llave del bolsillo. Kam-Fux se lleva la mano a la boca, visiblemente aliviada.

—No sé si ha sido buena idea, pero Eyzar me la dio. Me encargó la misión de portarla.

—¿Por qué no iba a ser una buena idea, Emily?

Me encojo de hombros.

—Ni siquiera podía alejarte del fuego. Mi tiempo ya ha pasado. Deberías llevarla tú.

En respuesta, Kam-Fux toma mi mano entre las suyas y me cierra los dedos alrededor de la Llave.

—Nunca es demasiado tarde, Emily. Mientras haya vida, hay esperanza.

No estoy muy de acuerdo con ella. Mi Sally tenía vida, aunque no esperanza, y al final eso acabó matándola. Pero sé que no es momento para hablar de ello.

—¿Qué hacemos ahora?

—¿Ahora? Ahora es cuando salvamos a la raza humana.

Capítulo 14

CÍON

Planeta Ukrân-Shän

Es el día de mi muerte.

Tarareo una canción triste y lenta para no volverme loco.

En Axgaroth todos los días son iguales, así que me cuesta calcular el tiempo que llevo encerrado desde que el Supremo lanzara la Maldición contra mis humanos. Ayer un guardián me informó de que mi ejecución está programada para hoy.

Estoy muy deprimido. Todos mis esfuerzos han sido en vano. He sido traicionado por la tejedora a la que amaba en beneficio de mi peor enemigo. He intentado ayudar a mis hijos y me han descubierto y castigado por ello. Todo mi trabajo se ha esfumado.

Tampoco tengo noticias de Pías con los progresos con su Marcada. No se ha puesto en contacto conmigo, aunque es lógico. Ya ha arriesgado bastante ayudándome, no va a exponerse más viniendo a verme, sobre todo cuando Kíor la debe de estar vigilando muy de cerca. ¿Qué habrá hecho? ¿Qué medidas habrá tomado? Miedo me da saberlo, pero más marcharme sin saber qué va a suceder. Seguro que es peor de lo que me imagino. Además, si mis humanos hubieran encontrado una salvación, yo lo sabría, ¿no? O quizá, debido a la Maldición del Supremo, ya no queda ningún humano al que salvar.

La incertidumbre es lo peor, he perdido la esperanza. Mi creación agoniza (si no ha sido ya totalmente destruida) y voy a

desaparecer en medio de un espectáculo truculento para satisfacer a las masas. Una lágrima resbala por mi mejilla y cae al suelo rocoso. Entonces, como si la lágrima tuviera poderes convocatorios, se oye un trueno y el cielo de Axgaroth se abre para dejar pasar al último ser al que deseo ver en estos momentos.

Jynek.

Gimo furioso. ¿No puede dejarme en paz ni en mi último día? ¿Tiene que pisotearme una vez que ya me ha derribado? ¿No tiene bastante con los pedazos rotos de mi corazón?

—Hola, Cíon —saluda con voz queda.

—¡Vete! ¡Déjame en paz!

—No.

Siento repulsión y tiro de mis cadenas para intimidarla, pero ella se muestra impasible, como siempre.

—Te odio.

—No es verdad. De hecho, aún me amas, por eso te duele tanto verme aquí.

Exploto.

—¿Has venido a reírte de mí?

—Sabes que no.

—Entonces ¡¿qué quieres ahora?!

—Tengo que contarte algo antes de que sea demasiado tarde.

—Pero el resto de la información te la callarás.

—Pues sí.

—Y lo que me cuentes no va a gustarme.

—Pues no.

Pongo los ojos en blanco e inspiro hondo para calmarme. Cuanto antes termine, antes se irá.

—Desembucha de una vez y lárgate.

Se queda pensativa unos instantes, como decidiendo qué bomba soltar primero. Empieza por algo suave, algo que ya sé. Sospecho que quiere preparar el terreno.

—Tu ejecución será pública, tal y como dictan las normas galácticas.

—Ajá.

—El Supremo te concedió un tiempo extra de vida para

intentar averiguar qué ha sucedido con el Torneo de las Especies. En realidad, es un pelele ávido de poder que no podría sacar una conclusión por él mismo ni aunque las variables bailaran desnudas ante sus narices.

—¿Aún no sabe que le robé la Llave?

—No.

—¿No se lo has dicho?

—Es obvio que no. Va dando palos de ciego. Es patético, la verdad. Que alguien así tenga tanto poder… Cree que Kíor hizo trampa, quizá sospeche que le ayudé, pero luego piensa que fui yo quien le puso sobre la pista, ¿y por qué iba a delatarme?

—Jynek, ¿le ayudaste? ¿A Kíor? ¿A posicionar a los volokianos en primer lugar?

Hace tiempo que sé la respuesta a esa pregunta, pero oírselo decir me destroza.

—Sí, Cíon. Ayudé a los volokianos a ganar el Torneo de las Especies e hice que los humanos perdieran.

Echo la cabeza hacia atrás y reprimo las lágrimas. No voy a llorar delante de ella.

—¿Por qué?

—Es el destino.

—¿Es tu respuesta para todo?

—No.

—Ahora que me lo has contado, podría delatarte ante el Supremo para reducir mi condena.

—No lo harás.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque me amas.

—Eres despreciable.

—Porque no eres un ser vengativo como Kíor.

—Eres insultante.

—Porque lo dice el destino.

—Eres asquerosa.

—Y porque voy a ayudarte.

—¿Qué?

—Hoy vas a morir, Cíon, pero no lo hará tu espíritu.

—Jynek, te lo pido por lo que más quieras, deja de ser tan críptica.

—¿Quieres saber la verdad, Cíon? La verdad es que esto es un juego que escapa a tu control, al mío e incluso al del Ente de la Nada y el Todo.

—¿El Ente de la Nada y el Todo?

—Hemos estado trabajando juntos en secreto. Tenemos un puzle incompleto al que le faltan piezas clave para obtener la imagen final.

—Jynek, maldita seas, no entiendo nada.

—Como siempre —suspira poniendo los ojos en blanco—. Tus humanos tienen un objeto al que denominan *muñecas rusas*. ¿Sabes lo que son?

—Eh…

—Son piezas pequeñas que se creen importantes, pero de pronto son engullidas por una mayor, y así sucesivamente. Pues todo esto… los uknianos, los humanos, los volokianos, el maldito Torneo de las Especies… Todos y cada uno de vosotros sois piezas de un juego que no sabéis que estáis jugando. Seréis absorbidos por la pieza final, la más grande e imponente de todas: el Ente de la Nada y el Todo.

—La energía de la vida —musito.

—Crees que soy malvada por lo que te he hecho. Me insultas y me amenazas, pero en realidad no comprendes nada, Cíon. Ya no se trata de ti ni de mí. No somos importantes, solo una mota en el espacio y en el tiempo, que son infinitos. Al final, lo único que importa es aquello para lo que aún no tenemos respuesta.

Me ha dejado sin palabras. Anonadado, pregunto:

—¿Qué es eso tan crucial?

—Una simple pregunta: ¿vale la pena?

—¿Que si vale la pena? ¿El qué? ¿A qué te refieres?

Sonríe. Entonces me coloca las manos sobre el rostro y siento un calor agradable que inunda mi cuerpo.

—¿Qué has hecho?

—Es un regalo del Ente de la Nada y el Todo. Morirás hoy, pero tu espíritu perdurará casi hasta el final. Es pronto para

desvelarte qué es, pero ojalá llegues a comprenderlo y a comprenderme, y acaricies así la senda del perdón.

Se pone en marcha para irse. Estoy tan consternado que no se me ocurre qué más decir. Ella habla por mí:

—Lo último que tengo que decirte, Cíon, es que Kíor ha enviado a su Marcado a la Tierra. Tiene unos planes terribles.

Eso me hace reaccionar.

—¡¿Qué?! ¡No! —gimo angustiado—. ¡Ayúdame, Jynek, por favor!

Sin embargo, ella ya se está elevando hacia las alturas. El techo se abre sobre su cabeza.

—No puedo, Cíon. Pero gracias al regalo del Ente de la Nada y el Todo podrás ver el desenlace de la historia. Que sea un final triste o feliz no lo decidimos nosotros, sino los sabios.

Desaparece.

Capítulo 15

EL SUPREMO

Planeta Ukrân-Shän

El rugido atronador del público solo sirve para convencerme de que estoy obrando mal, pero, a estas alturas, ¿cómo detener a la horda embravecida?

Al verme, especies variopintas venidas desde los confines más remotos de la galaxia se desgañitan. El sonido es abrumador. Esperan un espectáculo de sangre, y me veo en la obligación moral de concedérselo. Ya que voy a posponer mi muerte porque aún tengo algo que averiguar, no quiero caer en el olvido cuando me vaya. No deseo ser recordado como el Supremo que no le dio al pueblo lo que anhelaba.

Cuando el gentío ve aparecer a Cíon encadenado de pies y manos, pierde el poco control que le queda. Las gradas están abarrotadas, y todavía hay más seres ocupando sitios que deberían estar vacíos, pues el aforo es limitado, pero todos rugen al unísono y le abuchean, agitando los puños y pidiendo su cabeza a gritos. Embravecidos. Sin piedad.

Me doy la vuelta. Ahí está Kíor, con mirada de bestia, observando a Cíon; a pocos metros veo a Jynek, que los vigila a los dos. Ninguno de los tres se da cuenta de que me he fijado en ellos. Intento decidir cuál es la expresión dominante del rostro de la misteriosa Jynek, si pena o alivio, pero no lo tengo claro.

Me pregunto cuál es la verdad que me está siendo vetada.

¿Quién hizo trampas? ¿Quién ayudó a quién, y quién traicionó a quién?

Cíon está roto de dolor, eso lo tengo claro, y solo me hace sentir peor. Desgraciadamente, no hay discusión posible, el tablero así lo indica. Ha perdido, y el perdedor muere junto con su especie, aunque debido a que maldije a los humanos no voy a destruirlos todavía, no hasta que el último de ellos muera debido a la Maldición.

Entonces, Cíon me mira a los ojos y asiente. Está listo para acatar su destino y es mi deber ejecutarlo. Me vuelvo hacia el excitado público. De repente se hace el silencio, o algo parecido. Nadie quiere perderse mis palabras, pero no imaginan que hoy se está cometiendo una injusticia.

Podría pararla, sí, sin embargo… el público quiere lo que quiere, y ya ha esperado bastante. ¿Cómo me recordarían si les privara de su diversión?

—Bienvenidos y bienvenidas a la Ejecución del Perdedor del Torneo de las Especies —saludo, y mi voz amplificada resuena por las gradas.

Más bramidos.

Kíor se aleja de su puesto privilegiado y se dirige al altar donde estoy yo. Me cuesta un soberano esfuerzo pronunciar las siguientes palabras:

—Como sabéis, el ganador del Torneo de las Especies será la mano ejecutora de la sentencia. —Kíor se sitúa a mi lado y recibe la calurosa ovación del público. Lo aman, lo adoran, lo veneran. Es su próximo Supremo. Mi voz suena queda cuando vuelvo a hablar —: Eso significa que Kíor matará a Cíon de la manera que le plazca ante todos vosotros.

Capítulo 16

IRIEL

Fortaleza de Korhorg, el Imperio

Eósydes cierra el grillete que me aprisiona el cuello.

—Así, encadenado como un vulgar perro, estás más guapo, ¿no crees? —me susurra con su voz venenosa.

El alienígena asqueroso corretea sobre mi cabeza, pero solo tengo ojos para ella.

—Te voy a matar —le digo.

Ella resopla, divertida.

—No podrías matarme ni aunque me dejara, hermano.

En un arrebato de furia, le escupo en la cara y le doy en pleno ojo. Quiero hacerle daño. Mucho.

En realidad, no me reconozco. Antes de que Luba muriera, yo no era así, ni siquiera cuando hizo que perdiera la pierna. Sin embargo, al provocar la muerte del amor de mi vida consiguió que algo cambiara dentro de mí, hizo que mi alma se volviera oscura y podrida y que solo viva para obtener venganza. No pararé hasta devolverle todo lo que le hizo a Luba, no descansaré hasta ver su cabeza convertida en papilla.

Se pone en pie y se limpia el escupitajo con la mano, sorprendida, aunque intente disimularlo, y enfadada. Oigo que el monstruo se ríe. Pienso que quizá Eósydes me devuelva el golpe, pero en vez de eso se dirige al bicho que repta por las paredes como una sombra.

—Parece que el cachorrito se ha despertado de su siesta. Vamos a por el crío y larguémonos. No veo el momento de enseñar modales a este tullido de mierda.

Dicho eso se da la vuelta y sale pisando fuerte de la mazmorra en la que nos ha encadenado a Eyzar y a mí. El alienígena salta y la sigue, dejándonos solos.

Grito con furia y tiro de las cadenas hasta que el sonido de los tacones de sus zapatos desaparece del todo. Solo entonces me callo y doy un cabezazo contra la pared de piedra, frustrado.

—Hija de puta —murmuro—. La voy a… la voy…

—Cálmate —sugiere Eyzar, encadenado a mi lado—. Tenemos que pensar con la cabeza fría, Iriel.

—¿Que me calme? ¡¿Que me calme?! —exploto, aunque sé que él no tiene la culpa—. ¡Me he pasado toda la vida advirtiendo a la gente sobre Eósydes! ¡Diciéndole lo loca que está! ¡Y mira lo que ha sucedido! ¡Mató a Luba solo para hacerme sufrir! ¿Qué clase de psicópata hace algo así?

Eyzar agacha la cabeza.

—Me parece que olvidas que antes de que Eósydes matara a Luba, el Imperio asesinó a toda mi base de refugiados, incluyendo a mi familia. De hecho, acabaron hasta conmigo.

Sus palabras caen como una losa. Siento que me desinflo poco a poco, como un globo que se ha quedado sin aire. No soy el único que ha sufrido en este sistema tirano.

—Tienes razón. Lo siento.

—No pasa nada, lo entiendo. Solo que…

—¿Qué?

—El odio no lleva a nada bueno, Iriel. No dejes que manche tu espíritu.

—Eso es lo que ha conseguido, pero ya no hay vuelta atrás. Eósydes me ha hecho demasiadas cosas terribles, cosas que ni imaginarías, Eyzar.

Sus ojos bajan por mi cuerpo y se detienen en el muñón de la pierna. Es un instante, casi un acto reflejo, pero suficiente. Al darse cuenta de que lo he pillado, aparta la mirada. Suspiro.

—Quieres saber lo que me pasó, ¿verdad?

—Yo… no quisiera ser indiscreto.

—Supongo que te debo una disculpa por ir por ahí como si fuera el único que ha padecido por culpa de mi familia de pirados.

Un momento de silencio.

—Fue ella, ¿verdad?

—Claro, siempre ha sido ella.

Me llevo una mano a la pierna y acaricio el muñón. Los recuerdos de ese fatídico día se agolpan en mi mente y, como un fantasma que nunca me abandona, vuelve el dolor. Empiezo a hablar como si estuviera en trance. Ya no estoy en la celda. He regresado a ese bosque.

—Eósydes nunca fue una niña normal, siempre lo supe. Todos mis intentos de acercarme a ella, de establecer algún tipo de vínculo, fracasaron estrepitosamente. Nunca ha dado muestras de cariño y trataba con crueldad a los animales. Recuerdo que, a los siete años, yo tenía un gatito pequeño y blanco. Se llamaba Botitas y parecía una bola de nieve. Era tan bonito, Eyzar... Lo quería mucho. Un día desapareció. Me volví loco buscándolo, lo pasé fatal pensando que había sido por mi culpa, un despiste, y Eósydes lo sabía. Lloré lágrimas amargas que solo sirvieron para que mi padre se avergonzara aún más de mí. ¿El heredero del Imperio llorando por un gato? Era impensable. Los Consejeros se burlaban a mis espaldas. Al tiempo, y por casualidad, me enteré de que había sido ella. Lo había capturado y descuartizado. Siempre ha tenido mucho interés por la ciencia y por la anatomía, así que pensó que sería buena idea ver qué tenía dentro.

—Lo siento —musita.

Por su expresión horrorizada sé que lo lamenta de verdad.

—Sí, bueno. Imagínate mi cara cuando vi que por nuestro décimo cumpleaños nos regalaron unos ponis. Por entonces ya sabía lo peligrosa que era, aunque nadie me creía. Así que cuando le dijo a nuestro padre con la sonrisa más angelical de su catálogo de sonrisas falsas que quería montarlo por el bosque, supe que tenía que proteger al pobre animal o, de lo contrario, jamás volvería. Dije que la acompañaría con mi poni. Eósydes me miró mal, aunque no dijo nada. No puso objeciones. Debí haber intuido

que estaba maquinando algo, pero todavía me quedaba algo de inocencia y creí que, si iba, ayudaría a los inofensivos ponis.

—¿Qué pasó? —pregunta abrazándose las rodillas contra el pecho, como si le estuviera contando un cuento de terror.

En cierto modo, es lo que estoy haciendo.

—Bueno, después de unas lecciones de montura supervisadas, fuimos al bosque, tal y como ella quería. Nos acompañaba un soldado que, además, era un jinete experimentado. Un adulto para dos niños, un rato para que se diviertan con los ponis y de vuelta a la fortaleza. No tenía por qué salir algo mal. Pero salió. Salió fatal.

»Al principio me retó. Que si a ver qué poni corre más, que si a ver quién es mejor jinete, cosas de críos. No es que yo fuera un niño muy competitivo, pero caí en su trampa. Hacía un día precioso, el sol brillaba y los pajarillos cantaban. Sabía que había un soldado vigilándonos y Eósydes parecía estar de un humor excelente, raro en ella. Así que acepté.

»Se deshizo del guardia que en teoría nos estaba vigilando. Le dijo que iríamos hasta el arroyo que se veía desde donde estábamos y volveríamos. El hombre protestó, pero mi hermana le dijo que si no se callaba le diría a nuestro padre que había sido un hombre malo con ella. Recuerdo que no entendí a qué se refería, pero ya ves, ella siempre ha sido más espabilada que yo. Al principio, el soldado pareció un poco sorprendido de que lo estuviera amenazando una mocosa que le llegaba a la cintura, pero tenía pocas ganas de trabajar. Se recostó en el tronco de un roble y murmuró algo acerca de que los niños éramos un incordio y que él no debería estar allí. No se imaginaba que, por ser tan confiado, yo perdería la pierna. Y él la cabeza.

»Primero fue una inocente carrera hasta el arroyo. Eósydes ganó. Riéndose, me preguntó si quería la revancha. Yo tenía las mejillas encendidas por la rabia, pero pocas veces mi hermana era tan receptiva, aunque fuera a modo de burla, así que acepté y fuimos un poco más lejos. Esa vez gané yo, así que ella, indignada, quiso hacer otra. Le dije que no era buena idea, que debíamos volver, y ella me llamó cobarde y tramposo. Miré atrás. El soldado no nos hacía el menor caso. Creo que se había quedado dormido

bajo el sol.

—Así que os adentrasteis en el bosque y el soldado os perdió de vista —adivina Eyzar.

—Nos habría podido encontrar, solo hacía falta seguir las huellas de los ponis. El problema fue que me tiró por un precipicio.

—¡¿Cómo?!

—Nos alejamos. Hicimos dos o tres carreras más y en todas la superé. Eósydes no soporta perder. Al haber ganado la primera, pensó que vencería en todas las demás. No iba a permitir que fuera mejor jinete que ella. Al acabar la última, chilló que quería otra, pero yo, envalentonado, le saqué la lengua y me bajé del poni. Solo quería estirar las piernas. Me ardían los músculos. No estaba acostumbrado a montar tanto tiempo. Me imitó.

»Recuerdo que me sentía eufórico. No solía ganarle en nada, ni siquiera en lo que, según mi padre y los Consejeros, debía ser mejor que ella por el hecho de ser un chico y ella, una chica. ¡Pero le había ganado cabalgando! Ojalá hubiera perdido. Sin embargo, me pavoneé. Le dije que aceptara que había perdido, que la superaba en eso.

»Cometí el error de darle la espalda y de acercarme al borde de un precipicio para admirar las vistas y tomar una bocanada de aire fresco y revitalizante.

—Y entonces te empujó —adivina—. ¿Perdiste la pierna por la caída?

—Sí… y no. Aún lo pienso. Creo que lo de las carreras era una excusa para hacer daño a los ponis sin que el soldado lo viera. No creo que tuviera planeado lo que hizo, pero también sé que no se arrepiente. La hice enfadar mucho, así que me prefirió a mí antes que a los animales. Lo último que recuerdo son sus ojos negros llenos de inquina, terroríficos, sus pequeños dientes apretados y su rostro pálido crispado por la furia.

»Caí. Si grité o no, no lo recuerdo. Me golpeé la cabeza al llegar al suelo y perdí el conocimiento. Cuando desperté, había anochecido. Recuerdo que gemí, sollocé. Me dolía todo el cuerpo. De hecho, también me hice polvo la muñeca y varios dedos, pero el

dolor de la pierna eclipsaba cualquier otro. La pierna… —Trago saliva. Me aferro el muñón—. La tenía doblada en un ángulo imposible. Los huesos partidos en mil pedazos habían desgarrado la piel. Había sangre por todas partes. No parecía una extremidad. Era un revoltijo de carne y huesos astillados.

—¿Eósydes no dijo dónde estabas? ¿Al menos por dónde habías caído, aunque no admitiera que ella te empujó?

Me río.

—Peor. Cuando giré la cabeza, ahí estaba ella, con una sonrisa sacada del infierno.

—¿Te… te siguió?

—Me dijo que me había estado buscando durante horas, pero que, cuando caí, el soldado aún estaba dormido, así que, sin saber el punto exacto desde donde me había tirado, tardarían días en encontrarnos. Con sorna, me dijo que iba a quedarse a mi lado hasta entonces, que no me iba a abandonar. Que estaba muy interesada en los procesos de gangrena y que por nada del mundo iba a perderse vivirlo en primera persona. Y que, si al final me moría, que ella esperaba que sí, lloraría lágrimas de cocodrilo en mi entierro, pero que por dentro se alegraría porque eso significaba quedarse con el Imperio. Acto seguido, me hincó el dedo en la pierna y entre risas me preguntó si me dolía.

»Grité, grité y grité pidiendo auxilio, pero solo me respondió el canto de los pájaros. Después, al ver que estábamos solos en mitad de la nada, le supliqué, le rogué, le imploré ayuda. Lloré como nunca, en medio de un dolor insoportable. Le pedí perdón por lo de las carreras, por todo lo que le había dicho. Pero cuanto más me humillaba, más se divertía.

»No tardé en perder el conocimiento por el dolor. Ella consiguió algo de comida y agua por el bosque y lo compartió conmigo para que no me muriera. No quería eso, al menos no tan pronto. Deseaba que sufriera. Ahora que lo pienso, siguió la misma estrategia que con Luba. Los soldados tardaron más de cuarenta horas en encontrarnos. Para entonces, la infección se había extendido, estaba ardiendo de fiebre y la pierna era irrecuperable. Tuvieron que amputármela para salvar mi vida.

—¿Y qué… qué dijo ella? —pregunta Eyzar, impactado.

Me encojo de hombros.

—Que nos peleamos, tropecé y caí. Que intentó ayudarme, pero yo estaba muy mal y ella no sabía qué hacer más que quedarse a mi lado, protegiéndome. A mí nadie me creyó, por supuesto. ¿Cómo iba a ser esa niñita el monstruo que estaba describiendo? ¡Si hasta lloró lágrimas de cocodrilo! Me ordenaron no contar a nadie lo sucedido. Por lo visto, mi padre encontraba vergonzoso aquel accidente que casi había acabado con mi vida, así que a quien se atrevía a preguntar le decía que me habían detectado una extraña enfermedad y que la única manera de salvarme fue cortándome la pierna.

Eyzar silba.

—¿Nunca hiciste nada para vengarte? Es terrible…

Niego con la cabeza, preguntándome si habría cambiado algo si me hubiera enfrentado a ella de pequeños. Probablemente no. Ella es el diablo y yo era una persona sensible hasta que consiguió pudrir todo lo bueno que había en mí. Ahora solo pienso en ajustar cuentas.

—La verdad es que estaba traumatizado, y durante años solo quise olvidarme de ella. Hacer ver que no existía.

—Le tenías miedo.

—¿Tú no se lo habrías tenido?

Eyzar recuesta la cabeza contra la pared de piedra y lanza un hondo suspiro. Cierra los ojos y dice con calma:

—Si no tuviéramos miedo, no seríamos humanos. Eósydes no parece temer a nada. ¿Qué te dice eso?

—Tienes razón. Hay algo en su cabeza que funciona muy mal. Le tenía pánico, aunque después quise advertir a todo el mundo de cómo era. Ya ves el caso que me hicieron.

—Ahora ya no le tienes miedo.

—No. Lo que le hizo a Luba me cambió de un modo que no sé explicar. Podía pasar por alto todo el daño que me hizo a mí, pero no puedo obviar eso. De hecho, te admiro, Eyzar.

—¿A mí? ¿Por qué?

—El Imperio mató a tu familia, y aquí estás, escuchando mis

lamentos.

—Tú no eres como ellos.

—Ni tú como el resto de los mortales. Eres especial. Tu bondad, tu luminosidad. No puedo llegar a comprender la pureza de tu corazón, pero sí apreciarla. Yo ardo de odio y tú de resiliencia.

—El odio no es el camino, Iriel. Matar a tu hermana no te devolverá a Luba.

—No, pero será lo justo.

—¿Manchar tu alma con un asesinato es justo? No te hagas más daño. No te rebajes a su nivel.

Voy a contestarle que ya es demasiado tarde cuando oigo unos pasos que se acercan. Vuelven. Cuando abren la puerta del calabozo y aparecen por el umbral, se me congela la sangre en las venas al ver a quién lleva Eósydes en brazos.

Es Jeyd, con el cuerpo mutilado.

No logro ver con detalle por la oscuridad de la celda, pero la loca de mi hermana le ha serrado el pecho y las dos mitades se tambalean como si fueran de gelatina. Se me abre la boca de la impresión, ni siquiera me salen las palabras.

—Oh, cielos —gime Eyzar a mi lado.

Después, vomita.

Un trozo de intestino del niño se ha caído y lo arrastra por el suelo, dejando un leve reguero de sangre. Eósydes sonríe.

—Qué sensible es tu amigo rebelde.

—Cuando pienso que conozco los límites de tu maldad, me sorprendes.

—¡Me lo tomaré como un cumplido! —dice con alegría.

—Basta de cháchara —protesta el monstruo—. Ahora que ya estamos todos, es hora de regresar a Volok.

—¿A dónde? —pregunto confundido.

—A mi planeta, humano estúpido.

Capítulo 17

EYZAR

Fortaleza de Korhorg, el Imperio

Estoy aturdido.

Miles de truculentas historias, pensamientos, ideas y miedos bailan por mi cabeza, empujándose unos a otros para convertirse en mi centro de atención.

La verdad sobre cómo Iriel perdió la pierna.

Ver a Jeyd mutilado.

La preocupación por Emily, Kam-Fux y la Llave.

El desconcierto por el hecho de que Eósydes y ese horrible volokiano nos hayan secuestrado y estén hablando sobre viajes intergalácticos.

¿Qué pretenden hacernos? Estamos recorriendo los pasillos de la fortaleza todo lo rápido que podemos, o más bien todo lo rápido que Iriel puede.

Al no tener su pierna ortopédica, Eósydes le ha obligado a desplazarse reptando por el suelo. Se arrastra con la ayuda de los brazos y de su pierna buena mientras su hermana lo sigue por detrás y le da patadas si cree que va muy lento. Por supuesto, no me deja llevarlo en brazos. No se me ocurre una humillación peor. Iriel tiene lágrimas de rabia en los ojos y el rostro colorado.

—¡Más rápido, tullido! —grita Eósydes y le da un puntapié en las costillas.

Freno y me armo de valor.

—Podría ayudarle a andar si…

Antes de terminar la frase, el volokiano se abalanza sobre mí. Tengo que dar un salto atrás para esquivarlo. Me provoca pavor.

—¡Andando, Marcado!

—¿A dónde vamos? —pregunta Iriel, con los dientes apretados por el esfuerzo.

Tiene la frente perlada de sudor.

—Ya os lo he dicho. ¿Estás sordo, además de cojo? Os llevamos a Volok, a un lugar donde vuestra amiguita verde no puede seguirnos sin ser acribillada —responde Volöotkro con un tono que no me gusta nada—. De ese modo, la Llave estará a salvo.

Aparto la mirada y la fijo en el suelo, intentando que no se note la trampa que les hemos tendido. Caigo en la cuenta de que Iriel ignora que ya no tengo la Llave porque se la di a Emily. No me dio tiempo a decírselo en el calabozo.

—Crees que puedes ser la dueña del mundo, pero solo eres una serpiente y te atragantarás con tu propio veneno —le escupe Iriel a Eósydes—. Y tú… como te llames…

—General Volöotkro.

—Lo que sea. Ella te traicionará. Sea cual sea el pacto al que habéis llegado, lo romperá y tratará de engañarte.

Eósydes primero sonríe. Iriel intenta cubrirse la cara con los brazos, anticipándose a su reacción, pero no es lo bastante rápido y ella le patea en pleno rostro. Oigo un crujido muy desagradable y un chillido de dolor. La sangre le resbala de inmediato entre los dedos.

Volöotkro sisea y agarra a Iriel por la ropa con sus patas.

—Si seguís peleando como dos crías, necios humanos, se nos hará tarde y cabeza verde nos encontrará.

Dicho eso, corretea por el pasillo arrastrando a Iriel con él como si fuera un saco de patatas, dejando un rastro de sangre a su paso. Trago saliva. Eósydes me pincha en la espalda con su uña dura y larga.

—Vamos, que no tenemos todo el día y este fardo de carne apestosa pesa —gruñe refiriéndose a Jeyd, a quien carga en

brazos.

Acabamos llegando a un patio exterior. Pienso que no hace mucho debió de ser un lugar bonito, con un suelo de piedra blanca y árboles frondosos rodeándolo. Por desgracia, desde que la Maldición cayó sobre el Imperio, todos los árboles han perdido su vitalidad y han quedado reducidos a un mustio follaje grisáceo con un tronco escuálido de madera podrida. Incluso la piedra que tan elegante debió de ser está resquebrajada y el suelo se levanta por todas partes, haciendo el avance tan difícil como peligroso.

Como si nada de eso importara, Volöotkro corretea de un lado a otro del patio arrastrando a un Iriel ensangrentado y ya semiinconsciente, haciendo que su cuerpo y su cabeza choquen con las piedras afiladas, abriéndole heridas espantosas y profundas aquí y allá. Me entra un escalofrío al pensar que quizá la patada de Eósydes en la cara le ha podido partir el cráneo y que se puede estar muriendo delante de nuestras narices, pero el volokiano no le presta la más mínima atención. Por un momento me recuerda a un perro buscando el lugar propicio para orinar, hasta que al final se planta en medio de una hondonada y arroja a Iriel al centro.

—Aquí servirá —dice.

Eósydes, impasible, lo imita y arroja a Jeyd sobre Iriel. Siento ansiedad. ¿Qué le pasa al niño? Si me fío de lo que ven mis ojos, debería estar muerto. Entonces ¿por qué me parece que respira? Eósydes chasquea los dedos ante mis narices.

—Tierra llamando a rebelde, ¿hace falta que te empuje? —me pregunta en un tono irónicamente cordial.

—No.

—Pues al hoyo.

Cuando paso por su lado, me pone una mano blanca, fría y de uñas perfectas en el hombro. Con una sonrisa de oreja a oreja, me susurra al oído:

—Larga vida al Imperio.

Y aunque se suponía que no iba a hacerlo, me da un empujón a traición, con lo que al caer trastabillo y aplasto a Jeyd y a Iriel con mi peso. Oigo un crujido desagradable. No sé identificar a quién de los dos he herido, pero me siento fatal. Ella salta después

de mí con la agilidad de un gato y, por último, le dirige un gesto inquisitivo a Volöotkro.

—¿Ahora qué?

Él sonríe a modo de respuesta. Después se transforma. Por un momento pienso que va a volver a adoptar la forma de un dragón para llevarnos volando a Volok, pero lo descarto. De hecho, soy incapaz de adivinar en qué se ha convertido. Ante nosotros tenemos a un ser tan gelatinoso y viscoso que da la impresión de que se vaya a derretir en el suelo. Su carne bulbosa es de un color gris ceniza y desprende un olor putrefacto que me provoca una arcada.

Eósydes arruga su naricilla y exclama enfadada:

—¡¿Qué es esta asquerosidad?!

Me fijo en que esa cosa, por llamarla de algún modo, no tiene boca. Tampoco brazos, piernas, nariz, orejas u ojos. Aun así, se mueve. Con un sonido desagradable al arrastrarse, bordea el hueco.

Eósydes debe comprender algo que se me escapa porque se tira al suelo y se cubre el rostro con las manos. Cuando la cosa llega hasta nosotros y empieza a reptar por el cuerpo de Iriel lo entiendo. Nos está cubriendo con su masa.

Me dan arcadas. Su hedor es espantoso, se mete por la nariz y sube por la garganta, ahogando todos los demás sentidos y revolviendo el estómago. Cuando me toca la piel, suelto un grito. Su tacto frío es lo más angustioso y repelente que he sentido nunca, como si miles de gusanos húmedos y vivarachos se retorcieran sobre mí. Intento apartarla de un manotazo, pero la masa se me enrosca entre los dedos y me aprieta como una anaconda que quisiera aplastarme.

No puedo evitarlo y grito presa del pánico, pero cuando lo hago sucede lo peor.

Se me mete por la garganta.

Los ojos se me anegan en lágrimas, me falta el aire y noto que el vómito intenta abrirse paso por mi tráquea, pero no puede encontrar la salida porque está bloqueada por la sustancia. Me llevo las manos al cuello, histérico, pero de nada sirve. Me ahogo.

El vómito se acumula e intento tomar aire con desesperación, pues es una sensación terrible, pero cometo un grave error, ya que al encontrar dilatados los orificios nasales, la cosa repugnante se introduce en ellos, y luego por las orejas, llegándome al cerebro y embotándolo. Por último, se cuela por dentro de la ropa hacia orificios que preferiría no mencionar.

Me retuerzo gritando, aunque no lo hago de verdad porque no puedo, y el sonido queda amortiguado. Pienso en mi madre y en mi hermano muertos, en Kam-Fux y mi amor imposible por ella, y en que voy a morir, sin recordar que, de hecho, eso ya sucedió. Araño la masa inmunda que me sepulta, pataleo lo poco que puedo, ansioso por escapar, por encontrar una salida, un resquicio de luz, pero no veo nada, todo está oscuro. No puedo más, no resistiré, el corazón me bombea con violencia mientras ruego por el final de esta pesadilla que me envuelve en su manto repulsivo.

Y cuando pienso que me va a dar un ataque al corazón, todo cesa.

La cosa ha desaparecido.

Así, tal cual. En un momento estaba y al siguiente no.

Me incorporo todo lo rápido que puedo e inspiro aire con profundidad.

Pero al ver dónde estoy, el aire se esfuma tan rápido como la masa.

Estamos en el infierno.

Capítulo 18

CÍON

Planeta Ukrân-Shän

Kíor se me acerca.

Encadenado, comprendo la inmensidad del asunto. Por un momento, mientras el miedo recorre mis venas, mis sentidos se ralentizan. Es como si lo viera todo desde la lejanía a cámara lenta. Siento que estoy atrapado en una película de terror y que soy el protagonista.

Contemplo a la muchedumbre sedienta de sangre. Me abuchean agitando los puños mientras gritan el nombre de Kíor, su vencedor, su próximo Supremo. Veo el odio en sus rostros de colores. ¿Qué les he hecho para que me detesten tanto? Solo he intentado salvar a los míos. Caigo de rodillas, derrotado.

El resto de los uknianos mira hacia otro lado. Típico. Incluso Pías, que intentó ayudarme, me evita como si eso no fuera con ella, como si un miembro de su especie no estuviera a punto de ser asesinado a sangre fría por un compañero que le declaró la guerra hace mucho. En realidad, comprendo, se alegran de no ser ellos los que estén en mi situación. El único que no me ignora, aparte de Kíor, claro, es el Supremo. No le cuadra, pero tampoco hará nada por evitar mi muerte.

Jynek se ha marchado. Reprimo las lágrimas. Aquí no, ahora no. Bastante maltrato estoy sufriendo como para que se rían de mi dolor. Aun así, no puedo dejar de pensar que el que creía el amor

de mi vida me ha engañado, y al final ni siquiera se ha dignado a quedarse durante mi ejecución. Tampoco pudo dejar de ser críptica, ni aunque me fuera la vida en ello. No puedo más con este tormento.

Kíor ya está delante de mí. Yo, de rodillas, mortificado; él, de pie, cubierto de gloria y venerado. Hay rencor, ira y furia en sus ojos.

—Ya ves, al final he ganado —me dice.

Reflexiono un segundo.

—Es verdad, pero con trampas.

—Como tú.

Con el ruido tremendo que hay es imposible que alguien haya oído nuestras acusaciones. Él guarda un silencio tranquilo, pero mis palabras me producen inquietud.

—Dime, Kíor, si yo hice trampas, tú has hecho trampas e incluso Pías las hizo… ¿somos mejores que nuestras creaciones? Están hechas a nuestra imagen y semejanza.

—En la vida hay seres que toman el poder y seres a los que el poder aplasta. Está claro en qué posición quedas tú y en cuál yo.

—Solo te importa eso…

—¡No hay nada más importante que eso! Te lo he arrebatado todo, hasta a Jynek.

Es mi turno de reírme.

—Si crees que Jynek puede pertenecer a alguien, es que no has estado atento a esta historia.

—¡Cállate!

—De hecho, ella debería ser la próxima Suprema. Mira a nuestro líder. Todo lo que ha pasado ante sus narices y no se ha dado cuenta porque estaba cegado con el poder que tanto ansías. Ella, en cambio, es más lista que tú, que yo y que todos los uknianos juntos. Más inteligente que cualquier alma de este estadio. Sabe y maneja cosas que no podemos ni imaginar.

—¡He dicho que te calles! ¡Lo único real es el poder, y voy a cogerlo a manos bien llenas!

Entonces hace aparecer la espada ukniana y la empuña con fuerza.

Es un arma antiquísima hecha de un material especial capaz de cortar cualquier cosa, por dura que sea. Pretende ensartarme con ella, lo sé. Veo en sus ojos la victoria antes de cerrar los míos para siempre.

El público ruge como nunca.

Pienso en el Supremo, en cómo ha sido engañado.

Pienso en Jynek, en cómo me ha engañado.

Kíor alza la espada y la descarga sobre mi cuello.

Un segundo antes de que todo termine, la veo a ella, a Jynek, en mi mente.

Me susurra algo.

—Recuerda, cuerpo caído, alma duradera.

Muero.

Aunque no del todo.

Capítulo 19

EL SUPREMO

Planeta Ukrân-Shän

Ya he visto suficiente.

Kíor ha decapitado a Cíon y ahora está troceando su cuerpo en pequeños pedazos con la espada ukniana. Como si fueran caramelos, los arroja al enloquecido público. Cuando los atrapan en el aire, los engullen con avidez y veo sangre ukniana correr por la barbilla de media galaxia. Hay un estúpido mito según el cual nuestra carne concede poderes extraordinarios y sabiduría infinita, y también dice que por eso somos la especie más relevante. No obstante, dudo que se estén comiendo a Cíon por ese motivo. Más bien creo que quieren demostrar que, por una vez en la vida, son más poderosos que un ukniano.

Decido que ya es hora de saber la verdad, aunque sea demasiado tarde.

Desaparezco y arrastro a Jynek al limbo conmigo. Me equivoco al pensar que se mostraría sorprendida por haberla traído hasta aquí. Más bien parece complacida, como si todo estuviera saliendo a pedir de boca. Se libera de mi agarre de un tirón y me sonríe misteriosamente.

—Supremo —me saluda con una leve inclinación de cabeza—. Tengo la sensación de que el Torneo de las Especies va a dar mucho de qué hablar. ¡Ha sido sensacional!

—Jynek, ¿qué está pasando?

Se ríe con un sonido frío como el hielo y a mí me entran ganas de destruirla tal y como Kíor ha hecho con Cíon.

—Esa es una pregunta un poco imprecisa teniendo en cuenta la inmensidad de la galaxia. ¿Qué está pasando aquí, en la Tierra, en…?

Se me agota la paciencia. No soporto que se mofen de mí. Muevo la mano y le cerceno uno de sus múltiples brazos. Ella grita de dolor y se agarra el muñón mientras la sangre cae oscura en un reguero interminable. Se retuerce y pienso en lo curioso que es que perder una sola parte del cuerpo pueda producir tanto dolor. Me acerco a ella, pero lejos de haber suavizado su altanería, se ha agravado. Oh, cómo me mira. No entiendo por qué no me tiene miedo, si soy superior.

—Tienes muchos más brazos y yo todo el tiempo del mundo porque he decidido no morir hasta resolver el misterio. Sé que tienes algunas respuestas, así que ya me las estás contando, tejedora.

Poco a poco, se yergue. Para mi sorpresa, vuelve a sonreír. Alza tres brazos y un hilo sale de sus dedos.

—Es curioso cómo está repartido el poder, ¿no crees? El Supremo no sabe nada del pasado, nada del futuro, pero tiene el control absoluto del presente. Se cree con el derecho de ir cortando brazos a su antojo. Sin embargo, una Tejedora del Destino lo ve todo, lo sabe todo antes de que suceda… y no tiene apenas poder, aunque pertenezca a una Especie Superior.

Clavo la vista en sus hilos. Mueve los dedos y, conforme lo hace, se van creando imágenes en movimiento bañadas en sangre negra que le gotea del muñón que ya se está regenerando. Al principio son difusas, pero luego me doy cuenta: soy yo. En la imagen, mi cuerpo cae pesado por el inmenso abismo. Hay algo unos metros por encima de mí. Jynek mueve los dedos cada vez más rápido. Me acerco para verlo mejor. Solo cuando estoy pegado a los hilos ato cabos.

Es mi corazón.

Estoy muerto.

Se me congela la sangre en las venas, pero no solo por mí. Si

muero asesinado, no por voluntad propia porque mi ciclo haya finalizado, todos los uknianos mueren conmigo.

—¿Es eso el futuro? —pregunto aterrado.

—Yo lo veo todo —responde evadiendo mi pregunta—. Sabía lo que iba a suceder hoy desde hace muchos, muchos días, porque fue tejido así. También sé lo que va a suceder en el tiempo venidero, aunque no todo, Supremo, y ese es el problema. ¿Que qué está pasando, me preguntas? Pasa que tenemos un puzle incompleto y estamos uniendo las piezas que nos faltan.

—¿Qué va a suceder? Dímelo, tejedora —exijo, totalmente absorto por sus redes.

—¿Mi opinión? Muerte y destrucción. Y al final, empezar de cero.

—No entiendo nada. ¿No puedes ser más clara?

Ella sigue tejiendo en un torbellino frenético. En las imágenes, mi cuerpo se desintegra en el vacío. Es cierto que debo desaparecer para dar paso al nuevo Supremo, pero no así.

—Todo lo que ha sucedido desde el inicio de los tiempos ha sido porque nosotras, las Tejedoras del Destino, hemos creado y después depositado esos hilos en la Eterna Laguna. Todo forma parte del plan final.

—¿Y qué tenéis pensado para mí?

—Es sencillo… ha llegado la hora de destruir la rueda de poder.

Antes de que pueda hacer nada, uno de sus brazos se convierte en una zarpa afilada que me atraviesa el corazón.

Se me abre la boca por la sorpresa. Jynek me arranca el corazón del pecho, quedando clavado en su zarpa, negro y viscoso, palpitando con sus últimas fuerzas. La sangre oscura y espesa resbala por su garra.

—Este es el plan para ti. El plan del principio del fin. Tú y todos los uknianos desapareceréis hoy para siempre, excepto uno, que se unirá a vosotros más tarde. Adiós, Supremo. Te mueres siendo un ignorante.

Seguidamente, me patea y el abismo se abre a mis pies, como una enorme boca negra que hubiera estado esperando el momento

perfecto para engullirme.

Mientras caigo, tal y como he visto en los hilos unos momentos antes, mi último pensamiento es para Jynek. Me doy cuenta de que por muy Especie Superior que sea, ella no podía tener el poder suficiente para hacerme esto, por lo que alguien con más autoridad ha debido concedérselo.

Solo se me ocurre un nombre.

El Ente de la Nada y el Todo.

Entonces recuerdo su maldita Llave, la que me pidió que custodiase. ¿Cuánto tiempo hace que no le echo un vistazo?

Ella arroja mi corazón tras de mí.

El poder ha sido mi perdición. He estado ciego.

Capítulo 20

KÍOR

Planeta Ukrân-Shän

Estoy eufórico. Pletórico. Exultante.

Todo ha salido a pedir de boca.

He ganado a Jynek, voy a ser el nuevo Supremo y, lo más importante, he destruido y avergonzado a mi eterno rival ante toda la galaxia.

Su sangre me baña mientras reparto trozos de su cuerpo a una excitada multitud.

Por eso me extraña cuando empiezan a chillar.

Al principio, alguien señala con el dedo a algo que está a mi espalda. De inmediato, se le unen dos, tres, cuatro, incontables seres. Algunos se marchan, como si quisieran huir del lugar.

Me quedo petrificado. No quiero darme la vuelta y descubrir que algo empaña mi felicidad. Sin embargo, no me queda más remedio cuando oigo la voz socarrona de Jynek dentro de mi cabeza:

«No has sido más que un peón de un juego que no entiendes, Kíor, pero ahora debes morir».

En cuestión de un segundo, la alegría se convierte en caos. No sé qué esperaba encontrarme, pero no estaba preparado para esto.

Mis compañeros uknianos están siendo destruidos ante mis ojos, uno a uno, y no pueden hacer nada para evitarlo.

—¡No! —grito.

«Sí», replica ella con gusto.

Los uknianos se agitan, aterrorizados, mientras sus cuerpos se desintegran. Partícula a partícula, su carne se evapora y se mezcla con el aire como si fuera humo, para después no dejar ni rastro. Primero son las piernas, y poco a poco la maldición, o lo que sea esto, va subiendo por el cuerpo, devorándolos hasta llegar a las alas. Una vez se volatilizan, ¡pum! Desaparecen como si nunca hubieran existido.

—Pero ¿por qué? —gimo—. Esto solo puede significar que…

«He asesinado al Supremo. Borrado él del mapa, borrados todos vosotros, uknianos arrogantes».

—No puedes asesinar al Supremo. Nadie puede.

«Te equivocas. Hay algo que sí puede, y ese algo me otorgó el poder para llevar a cabo la misión».

Pienso durante un instante.

—El Ente de la Nada y el Todo —susurro.

«Correcto».

—¿Por qué el Ente de la Nada y el Todo iba a darte ese poder? ¿Por qué iba a querer hacernos esto?

«Ya te lo he dicho, ukniano estúpido. Todos vosotros habéis estado bailando a nuestro son, pero el juego está llegando a su fin».

El miedo no me deja respirar. Grito. ¡Mis piernas!

—¡NO, NO, NO!

Se esfuman ante mi estupefacta mirada. Desesperado, intento atrapar las partículas, pero es como tratar de retener el viento. Ella se ríe en mi cabeza.

«Eres patético, Kíor, como todos los demás, pero tú en especial. ¿De verdad creías que yo te necesitaba? O mejor, ¿que alguna vez te he amado? Se me revolvían las entrañas cada vez que te tenía delante. No sabes el tiempo que llevo esperando este momento».

—¡Kíor!

Es Pías. Me llama. Está prácticamente aniquilada. La maldición está a punto de alcanzarle las alas, lo que significa que se encuentra en sus últimos segundos de vida. Y solo hay odio en

su mirada, odio hacia mí.

—¡Mi Marcada destruirá a tu volokiano! No podéis ganar siempre, os…

Pías no llega a terminar su amenaza porque sus alas comienzan a difuminarse. Alza el rostro al cielo y grita mientras es consumida. Después, no queda nada. Con ella, son seis los uknianos desaparecidos.

La maldición me llega hasta el pecho.

—¡Jynek! —rujo, histérico—. ¡Ayúdame!

«¿Que te ayude? ¿Por qué? Eres tramposo, avaricioso y malvado. Si no hubieras amañado el Torneo de las Especies, la tuya habría sido la perdedora. No mereces ningún tipo de ayuda».

La maldición ya ha consumido todo mi cuerpo. Piernas, pecho y brazos no son más que grumos en el aire. Es el turno de las alas. No duele, pero jamás he sentido tanto miedo. Daría lo que fuera por revertir esto que no entiendo, así que, por primera vez en toda mi existencia, suplico.

—¡Por favor, Jynek! ¡Te lo ruego! Habla con el Ente de la Nada y el Todo, ¡convéncele de que me salve! Cambiaré, te prometo que…

«No prometas, Kíor, pues de tu boca inmunda no salen más que mentiras que no deben ser escuchadas».

Chillo.

La maldición acaba con mis alas. Es lo último que veo antes de que todo se oscurezca.

Dicen que el oído es el último sentido que se pierde antes de morir. Lo último que yo escucho es a Jynek riéndose de mí.

Capítulo 21

JYNEK

El Limbo

Suspiro de gozo. La herida va cicatrizando, y no tardará en crecerme un nuevo brazo. Además, por fin, ¡por fin!, el impresentable de Kíor ha tenido su merecido. Sonrío y cierro los ojos disfrutando, feliz por haberme librado de él y por haber terminado con esta incómoda farsa. Cuando los abro, tengo delante al Ente de la Nada y el Todo.

En realidad, no es alguien o algo con presencia sólida, no tiene forma física. De hecho, no es más que un punto de luz muy brillante, aunque me consta que adoptaba una presencia más perversa cuando se mostraba en la Tierra. Sin embargo, controla la materia del universo. Suele presentarse ante mí con el cuerpo que ocupa, el del Sacrificio: el niño humano llamado Jeyd.

—¿Contenta?

—Así es. Todo está yendo según lo acordado —le informo—. El Supremo ha sido destruido y, con él, el resto de los uknianos.

—Excepto el alma de Cíon.

—Así es.

—Bien. ¿Crees que llegarán a introducir el cuerpo en la Vasija?

—Bueno… ese es el gran dilema, ¿no? La eterna incógnita, el interrogante que siempre nos ha faltado por resolver.

—Qué nervios…

Capítulo 22

EMILY

Cordilleras Nubaru,
base rebelde n.º 85, el Imperio

—¡Kam-Fux! —exclamo—. ¿Qué te pasa?

La tamatiana aúlla de dolor. Ha caído al suelo y ha adoptado una incómoda posición fetal mientras se cubre el rostro con las manos para ahogar sus alaridos. Es obvio que está sufriendo, pero no sé por qué.

Con mucha dificultad, me arrodillo a su lado, aunque mis huesos artríticos se quejan y me castigan con un lacerante dolor. Le pongo una mano en la espalda y descubro que está temblando. ¿Cómo puedo ayudarla?

Cuando menos me lo espero, ella se aparta una mano de la cara y me agarra de la muñeca tan fuerte que temo que me la vaya a partir sin querer. Tiene los ojos en blanco y está ida.

—¡Han sido destruidos!

—¿Quiénes? —pregunto alarmada, pensando que se refiere a Eyzar e Iriel.

—¡Los uknianos! ¡Pías y todos los demás! ¡Lo siento! Y ¡oooohhhh, mi planeta…!

Antes de que pueda entender a qué se refiere, ocurre algo muy extraño. Tengo la sensación de que algo se ha adueñado de mí. Un torrente cálido se extiende por todo mi cuerpo donde antes había dolor. De pronto, oigo una voz dentro de mi cabeza.

«Tú no eres mi Marcada».

Nunca antes la había oído, pero no tengo ninguna duda de a quién pertenece.

Cíon.

«No —le respondo, aunque no muevo los labios. Esta conversación es telepática—. La Capitana Kam-Fux acaba de decirme que todos los uknianos habéis sido destruidos».

«Así es. Yo también lo estoy, pero una… conocida, por llamarla de algún modo, ha movido unos hilos para que mi espíritu perdure un poco más. Lo cierto es que ahora estoy tan confundido como vosotros. ¿Por qué tienes tú la Llave?».

Se lo explico. Él acaba suspirando.

«Se suponía que debía ser el Marcado quien abriera la Puerta con la Llave y depositara el Sacrificio en la Vasija. Por algo eran nuestros contactos. Todo se ha torcido tanto que ya no sé qué pensar, ni qué es posible y qué no».

Se hace un silencio incómodo.

«Jeyd es el Sacrificio, ¿verdad?».

«Eso me temo. El Ente de la Nada y el Todo lo escogió. ¿Sabes lo que es el Ente de la Nada y el Todo?».

Asiento.

«Kam-Fux nos lo explicó. A ella se lo contó Pías. Lo que no sé es por qué. ¿Por qué mi nieto es el Sacrificio?».

«¿De verdad quieres saberlo?».

«Por favor».

«Bien, te lo mostraré».

No sé qué hace Cíon, pero unas imágenes nítidas aparecen ante mis ojos como si estuviera viendo una película. Reconozco la escena de inmediato, puesto que estuve ahí: el nacimiento de Jeyd. Yo fui la comadrona de Sally. La sangre se me congela en las venas al rememorar lo que sucedió aquella fatídica noche invernal en la que fuera llovía a cántaros.

Sally gritaba de dolor mientras el bebé se esforzaba por salir. El bruto de su marido estaba sentado en una butaca bebiendo cerveza, con los ojos brillantes y el semblante nervioso. Siento un impulso asesino al verlo y recordar lo que hizo, pero estoy tan lejos

de hacerle daño como de tocar el cielo con las manos. Sally chilló, y la sangre corrió por mis manos. Askar se levantó, voceando:

—¡¿Cuánto tiempo más vas a tardar, mujer?!

Me veo dándome la vuelta y gruñendo. Su presencia ponía aún más nerviosa a mi hija. Yo quería que se fuera y nos dejara tranquilas, aunque eso no fue nada comparado con lo que vino después, solo que en aquel momento aún no lo sabía.

—¿Por qué no te vas a dar una vuelta y nos dejas en paz?

Askar clavó sus ojillos porcinos en mí a la vez que se acercaba tambaleándose. Me agarró del pelo y llevó mi oreja a su boca. Todavía ahora, años después y a través de un recuerdo, huelo su hediondo aliento.

—Más vale que esta criatura sea de mi agrado, vieja de mierda.

—¡Por favor, basta! —suplicó Sally con la cara enrojecida y lágrimas en las mejillas.

Askar me dio un empujón, pero después, para nuestro alivio, se marchó. Sus pesados pasos resonaron por el pasillo, alejándose, así que pude volver a centrarme en mi hija. Si hubiera sabido lo que venía después, habría atrancado la puerta, pero tristemente no podemos deshacer el pasado.

—Vamos, cariño, tranquilízate —dije—. Ya falta poco, lo estás haciendo muy bien…

Sally cerró los ojos con fuerza y empujó, siguiendo mis indicaciones. Tardó un poco más, pero al final se oyó un llanto y la cabeza del bebé salió, seguida de su cuerpecito.

«Fíjate ahora, Emily» susurra la voz de Cíon en mi cabeza, mezclándose con el escenario.

Trago saliva. No sé si estoy preparada para descubrir la verdad, además de revivir el horror que se avecina, pero tampoco es que tenga otra opción, ¿no?

Alcé a Jeyd y lo envolví en una mantita suave de color azul claro que recuerdo que tejí para ese día.

—¡Es un niño! —dije emocionada mientras cortaba el cordón umbilical—. ¡Es un niño fuerte y sano, Sally, mi amor!

Sally soltó un largo suspiro de alivio y después una carcajada.

Con la frente perlada de sudor, se dejó caer exhausta sobre las almohadas para luego alzar los brazos hacia su hijo. Me incliné y se lo entregué. Después le di un beso en la frente y un abrazo.

—Lo has hecho muy bien —la felicité, pero ella no me escuchaba, solo tenía ojos para su bebé. Alargué la mano en busca de un trapo húmedo para limpiar a Jeyd y me di cuenta de que, con las prisas y los nervios, lo había olvidado—. Sally, voy a buscar algo para asearlo, ¿sí?

Ella asintió vagamente con la cabeza. No me estaba prestando atención. Sonreí y salí de la habitación.

Despreocupada. Necia. Estúpida. Pensé que lo peor había pasado, que había sido un parto complicado, pero al final exitoso. No podía estar más equivocada.

La tranquilidad de Sally duró poco. La silueta de Askar asomó por el marco de la puerta en cuanto desaparecí.

—¿Qué es? —preguntó con voz fría, desprovista de toda emoción.

Sally se encogió al verlo y yo lo hago en el presente. No hay peor dolor para una madre que ver sufrir a su hija.

—Niño —respondió ella tajante, sin mirarlo, cerrando las piernas.

Él notó el detalle. Se acercó, pero antes cerró la puerta a sus espaldas y echó el pestillo.

Cierro los ojos. No quiero verlo. Es demasiado y no podré soportarlo.

«¡Eres cruel! —le espeto a Cíon—. ¿Por qué me haces presenciar esto?».

«Me has preguntado por qué Jeyd fue escogido como Sacrificio. Me dijiste que querías saberlo. Te estoy mostrando la respuesta».

No quiero mirar, pero abro los ojos por puro instinto cuando oigo a mi hija gemir de miedo.

—Enséñamelo —le siseó Askar.

—No… —rogó ella. Estaba aterrada, pero a la vez quería proteger a su bebé.

—¿Cómo dices, zorra?

—Es muy pequeño y tú no tienes cuidado…

Le cruzó la cara de un bofetón.

Se me llenan los ojos de lágrimas que caen rodando por mis mejillas arrugadas. Siento rabia, impotencia e ira porque no puedo hacer nada. Estoy reviviendo el que fue el principio del fin, y tengo que quedarme de brazos cruzados.

Sally se llevó la mano a la cara enrojecida y se echó a llorar en silencio. Entonces, aprovechando que bajó por un momento la guardia, Askar le arrancó al niño de los brazos.

—¡No! ¡Askar, por favor! —gritó Sally y se abalanzó sobre Jeyd, pero él le plantó la mano en la frente.

A la vez se oyen golpes en la puerta. Soy yo intentando entrar, pero el pestillo estaba echado.

—¿Qué está pasando ahí? —chillé desde el otro lado. Moví el picaporte en vano—. ¡Askar, deja a Sally en paz, te lo advierto!

—¿Qué te parece? —se mofó—. La vieja quiere que te deje tranquila. ¡Pero si aún no he visto al mocoso! A ver qué tenemos aquí…

Verlo desde esta perspectiva es mucho peor que cuando lo oí a través de la puerta cerrada y solo imaginaba lo que estaba sucediendo. Dicen que a veces la realidad supera a la ficción, y es cierto. Desearía cerrar los ojos, taparme los oídos e ignorarlo todo, pero el *shock* tiene el efecto contrario en mí.

—¡Aggg! —exclamó Askar cuando apartó la manta para ver al bebé—. ¡Qué asco!

—¡Es un varón, como tú querías!

—¡Pero es pelirrojo, como tú! —protesta con desagrado—. ¡El zanahoria no es para hombres!

Askar lanzó a Jeyd por los aires y lo atrapó al vuelo, sujetándolo solo por el tobillo izquierdo. Sally soltó un alarido y se arrojó hacia él, desesperada, pero Askar fue más rápido y la agarró por el cuello. El bebé se revolvía inquieto, rojo por el llanto y con toda seguridad dolorido. En el presente me clavo tan fuerte las uñas en las palmas de las manos que me hago sangre. En el pasado, solo podía aporrear la puerta mientras era ignorada.

—Por lo menos tiene polla —señaló despectivamente Askar—.

Ahora solo falta que no salga inútil y gordo como tú, además de pelirrojo.

—Por favor, por favor, no le hagas daño. Acaba de nacer —gimoteó Sally medio ahogada, intentando llegar con sus brazos extendidos hasta Jeyd, que berreaba a pleno pulmón. Casi lo rozaba con la punta de los dedos, casi. Askar no permitía el contacto, y eso le divertía.

—Por favor, por favor, no le hagas daño, acaba de nacer —repitió con sorna—. ¿Daño cómo? ¿Así?

Empezó a balancearlo describiendo amplios arcos en el aire, todavía sujetándolo solo por un tobillo.

—¡Para, cabrón! —bramó Sally de pronto enfadada. A su vez, mi yo del pasado seguía aporreando la puerta y exigiendo a gritos que le dejasen entrar, pero nadie me hacía caso—. ¡Para, por lo que más quieras!

—Me encanta cuando te pones así —susurró Askar con voz pastosa y cruel—. Por fin sacas algo de carácter entre todo ese patético victimismo.

Siguió balanceándolo con más brusquedad. Los bracitos le golpeaban una y otra vez la indefensa cabeza. Presa del más absoluto pánico y ya que él la tenía inmovilizada por el cuello, Sally movió las piernas y le asestó una patada en la entrepierna.

Ahí tengo mi confirmación.

En lo más profundo de mi corazón, siempre he sabido que Jeyd murió la noche en que nació, pero al presenciarlo se me disipa cualquier duda.

Askar lo arrojó por los aires. Creo que ni siquiera lo pensó; fue un acto reflejo al ataque de Sally.

En cualquier caso, el bebé cruzó toda la habitación y se estrelló contra la pared opuesta. Se oyó un crujido espantoso que se me quedó grabado en la memoria al oírlo a través de la puerta y que hoy aún me acompaña en mis pesadillas. El cuerpecito resbaló por la pared dejando un reguero de sangre hasta caer al suelo y ahí se quedó. Un leve espasmo y, después, silencio y quietud.

Jeyd murió en el acto.

El grito de Sally inundó la habitación, el sonido más terrible

que he escuchado en toda mi vida. Askar, sin mirar ni una sola vez a su hijo tendido en el suelo, se montó a horcajadas sobre Sally y le dio una paliza brutal.

Por fin me permito taparme la cara con las manos. No puedo soportarlo. Oigo los golpes sobre mi hija, y sé que mi yo del pasado estaba cargando contra la puerta para derribarla.

Para cuando pude entrar, Askar estaba abusando sexualmente de mi hija inconsciente y mi nieto recién nacido acababa de ser asesinado, solo que nosotras aún no lo sabíamos puesto que, minutos después, Jeyd abrió los ojos y sus heridas parecieron curarse con el tiempo.

Capítulo 23

EMILY

Cordilleras Nubaru,
base rebelde n.º 85, el Imperio

«Cuando entré y lo vi así, en el suelo… —trato de explicarme, con lágrimas de impotencia—, pensé que estaba muerto. Además, Askar… quería apartar a esa bestia de encima de Sally, ¿entiendes? A mí también me pegó, pero después se fijó en el cuerpo de Jeyd, que yacía en el suelo. Se asustó por lo que había hecho y se fue».

«En realidad, Jeyd murió esa noche, seis minutos después de nacer. Por eso se convirtió en el Sacrificio».

«No lo entiendo».

«En el inicio de los tiempos, cuando el Ente de la Nada y el Todo fue creado a partir de una acumulación de energía cósmica y se esparció dando lugar a la galaxia y la vida, dictó la Profecía. En ella se estipulaba que, si la Creación no salía como esperaba el Ente de la Nada y el Todo, existiría un Sacrificio que lo reiniciase todo. Si se introduce el Sacrificio en el interior de la Vasija donde reside este Ente, se podrá crear un nuevo planeta y empezar de cero».

«Ajá, ¿pero por qué Jeyd?».

«El Sacrificio es cambiante. No siempre fue Jeyd. Es alguien elegido por el Ente de la Nada y el Todo, el ser que haya cometido menos injusticias en su vida y que haya sido víctima de crueldad y violencia extrema. La existencia de Jeyd fue brevísima, pero

durante ese corto periodo de tiempo sufrió mucho. Fue un mártir. Por eso, de entre todas las almas de la galaxia, tu nieto fue el escogido para convertirse en el Sacrificio».

«Pero, aun estando muerto, crecía».

«Así es. Los Sacrificios tienen ese privilegio, el regalo de su vida robada, aunque sea un espejismo».

«Así, siguiendo vuestra lógica, si no hubiera sucedido todo esto, Jeyd habría seguido creciendo hasta convertirse en adulto, ¿cierto?».

«Si ese hubiera sido el destino guardado para él, cuando creciera y perdiese la inocencia de la niñez, el Ente de la Nada y el Todo hubiera tenido que escoger un nuevo Sacrificio, y la vida regalada hubiese abandonado su cuerpo».

«Entonces, lo que salía de dentro de Jeyd era el Ente de la Nada y el Todo, ¿verdad?».

«Sí».

«¿Por qué? ¿Por qué usaba su cuerpo?».

«Eso deberías preguntárselo al Ente. Yo solo tengo conjeturas, Emily».

«Explícamelas».

Cíon suspira.

«Creo que estamos inmersos en algo oscuro que no podemos comprender, que escapa incluso al alcance de los uknianos. Creo que es un plan urdido por el Ente de la Nada y el Todo y un ser al que yo creía amar, pero hasta nuestra historia resultó ser una mentira premeditada. La verdad es que ya no sé qué pensar ni qué creer, pero no es lo que conocía. Pienso que el Ente de la Nada y el Todo ocupó el cuerpo de Jeyd, del Sacrificio, para presenciar cómo iba desarrollándose su juego secreto».

Meneo la cabeza consternada.

«Tantas muertes —me lamento, con la voz rota—. Tantas vidas jóvenes desperdiciadas. Jeyd, Sally, Kam-Fux, Eyzar…».

«Quizá no todo esté perdido… puede que aún estemos a tiempo de crear el nuevo mundo. Puedo guiaros hasta la Puerta. Tenemos la Llave y a Kam-Fux. Ella será el vehículo y yo la voz».

«Aunque lleguemos hasta allí, no tenemos el Sacrificio. No

tenemos a… Jeyd. Y no estoy convencida de usarlo con ese fin. Ya sé que está… que está… muerto —susurro. La palabra se atasca en mi garganta y me hace daño—, pero sigue siendo mi nieto».

«Yo me ocuparé de eso. Presiento que mi Marcado está cerca del Sacrificio».

«No sé…».

«Emily, piénsalo. Es un nuevo mundo donde las normas aún no están escritas. Os ayudaré a crearlo».

«¿Qué quieres decir?».

«Que será un mundo a nuestro antojo, donde no necesariamente los muertos y los vivos deban estar separados».

«¿Sally? ¿Jeyd?».

«¡Lo que queramos! Sally, Jeyd y todos los que merezcan la pena. ¿No sería ideal?».

«Demasiado bueno para ser verdad».

«Confía en mí, Emily. Después de todo lo malo, algo tiene que salir bien», dice Cíon, pero no dejo de notar la esperanza, que no la seguridad, impresa en su voz.

De todos modos, ¿qué puedo perder?

«¿Cuál es el siguiente paso?».

«Bien, Emily. Voy a salir de tu cabeza y le explicarás a la Capitana Kam-Fux todo lo que te he contado. Luego os diré cómo tenéis que llegar hasta la Puerta».

Antes de que pueda responder, se retira de mi mente y vuelvo a pensar y sentir con claridad.

Kam-Fux se ha recuperado un poco y está sentada en el suelo, abrazándose las rodillas, con la cabeza entre ellas. Me habla sin mirarme.

—Era Cíon, ¿verdad?

Suena abatida. Me siento igual.

Le explico lo que quiere.

Capítulo 24

EÓSYDES

Planeta Volok

Eyzar grita. Su alarido es de pánico.

Observo.

Interesante.

No hay otra palabra para definir el planeta de origen de Volöotkro. Lo primero que hago es acercarme al rebelde y darle un buen bofetón.

—Si no te callas, te haré cosas terribles, niño.

Obedece de inmediato, muerto de miedo. Se aleja de mí y corre hasta el cuerpo de Jeyd, acunándolo entre sus brazos, como si abrazar un cadáver sirviera de algo. Pongo los ojos en blanco. Que haga lo que quiera, mientras no moleste… Después me acerco a Volöotkro y me doy cuenta de que algo va mal.

—¿Qué ocurre?

—Quizás al rebelde le aterre Volok, pero no creo que grite solo por eso. Como Marcado, también lo he notado.

—¿El qué?

—Algo le ha pasado a los uknianos. Kíor ha sido destruido, y creo que los demás también.

Me quedo en silencio, asimilando la información, pero no logro entender el alcance de las consecuencias de lo que dice.

—¿En qué nos afecta eso?

Volöotkro reflexiona.

—Supongo que en nada —resuelve—. Kíor me mandó para frustrar los planes de Cíon, pero no he recibido mucha ayuda por su parte.

—Entonces ¿qué más da que haya muerto? Debemos seguir con lo nuestro. Cura a Iriel.

—¿Por qué?

—Porque Volok es demasiado interesante como para que no lo vea.

—No servirá de nada —advierte.

No sé a qué se refiere, aunque tampoco importa.

—¡Hazlo!

Volöotkro se ríe entre dientes, pero hace lo que le he pedido. Clava su aguijón en Iriel y las heridas desaparecen de su carne. Cuando recupera el conocimiento, lo agarro por la pechera de la camisa.

—¡Abre los ojos, hermano! ¡No querrás perderte esto!

Poco a poco vuelve en sí y, cuando se da cuenta de dónde está, se pone a gritar como Eyzar.

Supongo que no es para menos. Volok es infernal.

Mire donde mire, hay agujeros de fuego negro suspendidos en el aire que, por lo que puedo ver, actúan como portales de transporte. En la lejanía (pues hemos aparecido en una zona desierta), decenas de volokianos entran y salen de ellos para después trepar por una especie de lianas espinosas de color parduzco hasta llegar a unas montañas oscuras, solo que están sobre nuestras cabezas. Aquí, todo flota.

Me doy la vuelta para observar todo lo que me rodea. No es un lugar bonito ni acogedor. Desde luego, no lo escogería para pasar unas vacaciones. Sin embargo, rebosa algo distinto, algo que la Tierra no tiene. Poderío. Es un planeta fuerte, guerrero, no se anda con medias tintas. Solo hace falta respirar su aire seco y denso para darse cuenta. Quizá por eso me siento más en casa que en la Tierra.

Es de un espantoso color naranja chillón. Me recuerda a los atardeceres de la Tierra, pero mientras que estos eran hermosos, Volok es de un naranja feo que hace daño a la vista. Además, el

terreno es negruzco, irregular y muy rocoso, con minerales acabados en punta. Resulta bastante terrorífico.

Entonces, cuando menos me lo espero, algo parecido a un proyectil en forma de roca pequeña emerge del suelo arenoso a escasos centímetros de donde estoy y acaba explotando a unos cinco metros.

—¡Cuidado! —grita Volöotkro, que se ha enroscado en una de esas extrañas lianas largas—. Estallarás en mil pedazos si te alcanza.

—El suelo… ellos no tocan el suelo, imbécil… —murmura Iriel.

Eyzar deja a Jeyd en el suelo con cuidado y se arrodilla junto a Iriel. Ambos se funden en un fuerte abrazo en busca de protección mutua. El rebelde está muy asustado, pero mi hermano intenta calmarlo hablándole con voz suave.

—Si te mueves, será peor. Creo que detectan el movimiento.

Procuro quedarme quieta y miro a Volöotkro en busca de una explicación. Parece estar pasándoselo en grande.

—Es una medida de protección contra nuestros enemigos. Es un lugar hostil. Ya os daréis cuenta de otras cosas.

—Sí… no me encuentro bien —protesta Iriel, pero le ignoro.

—Así los acorraláis. No pueden subir por las lianas, y el suelo no es seguro…

Eyzar, que había estado hablando en susurros con Iriel (supongo que explicándole la suerte de los uknianos), empieza a toser y un nuevo proyectil se dispara tan cerca que hasta me despeina. Noto algo nuevo, una sensación extrañísima que no es ni frío ni calor, sino una mezcla de las dos. Tirito de frío y sudo de calor. Sin embargo, no quiero aparentar debilidad.

—Cualquiera que se quede en el suelo será bombardeado —sigo—. Así que solo tenéis que dispararles desde arriba con lo que sea y batalla ganada. Muy astuto.

—¿Eres tan engreída que no te das cuenta de que estás sangrando? —me espeta Iriel.

Un segundo después dice Eyzar con vocecita aguda:

—Creo que voy a desmayarme.

Los cuatro, Jeyd incluido, sangramos profusamente. No se trata de que nos hayamos hecho un corte y nos salga sangre por esa herida. No, lo hacemos por todos los poros de la piel. Sus rostros se están convirtiendo en máscaras escarlata, así que imagino que el mío estará igual.

Alzo las manos. Están cubiertas de sangre, como si me hubiera puesto unos guantes rojos. Iriel agarra a Eyzar, que tiene los ojos en blanco y la tez pálida y sudorosa. Cuando se dispara el tercer proyectil, lo aparta justo a tiempo. Si Iriel no lo hubiera salvado, le habría arrancado una pierna.

«Qué pena —pienso—, habrían ido a la par».

Lo cierto es que yo también me encuentro mal. Miro con resentimiento a Volöotkro, que sube y baja de la gruesa liana como si estuviera ejecutando un frenético baile.

—Te dije que curar a Iriel no serviría de nada. Os dije que no tardaríais en percibir la hostilidad. Los humanos no habéis sabido valorar el maravilloso planeta que teníais. —Mientras habla, noto que me cuesta mantenerme en pie. De manera instintiva, me llevo una mano a la garganta. Acto seguido, caigo de rodillas. Por fin lo comprendo: es lo que estamos respirando. Sea lo que sea, no es apto para la vida humana. Volöotkro sigue hablando—: La Tierra era un lugar con una atmósfera suave, muy bonito y hospitalario. Vuestro Creador hizo un gran trabajo, pero vosotros lo destrozasteis mucho antes de la Maldición. ¡Mira lo que tenemos nosotros! ¡Roca y toxicidad! ¡Nada en lo que guarecerse! ¡Nada que merezca la pena cuidar! Sois demasiado débiles para sobrevivir aquí, frágiles humanos.

—¿Para eso nos has traído? —grazno enfadada—. ¿Para ver cómo morimos? ¡Capullo!

—Claro que no. Os he traído aquí para hablar con el Hechicero, para saber qué hay que hacer ahora, cómo podemos crear un mundo en el que gobernar juntos.

—Si no haces algo, moriremos antes de que puedas usarnos, cabrón —dice Iriel, ahogado.

—El tullido tiene razón. —Siento una incómoda presión intraocular. Me agarro la cabeza con las manos. Me resisto a

pensar que he sido engañada y traída hasta aquí para que me estalle la cabeza como un melón maduro contra el suelo—. ¡Haz algo y hazlo ya! —ordeno con la voz más autoritaria que puedo.

Volöotkro mueve su liana para llegar hasta mí y adopta una apariencia humana.

—No te apures, Eósydes —murmura con voz grave y seductora—. Me gustas. No quiero que tu preciosa cabecita explote antes de tiempo. Dame esa mano ensangrentada.

En circunstancias normales, no lo habría hecho por puro orgullo, pero me siento desfallecer, así que le obedezco con rapidez. Siento algo muy extraño.

Es como si hubiera bebido un líquido muy caliente que me reconfortase en un duro día de invierno. Noto que los males se esfuman. La presión intraocular disminuye hasta desaparecer, al igual que la molesta sensación mezcla entre frío y calor. La sangre que salía a borbotones por los poros de mi piel deja de hacerlo, y de pronto me siento muchísimo mejor.

Pero la sensación solo dura un segundo. Después empiezo a transformarme.

Al principio duele. Es como si los huesos se me quebraran todos a la vez y los músculos adoptaran posiciones imposibles. Grito cuando mi piel, que ha durado intacta solo un instante, se torna de un negro alquitrán, se endurece y sale de ella un vello fino pero duro.

Para cuando me doy cuenta, ya está hecho.

Me ha convertido en una volokiana.

—¿Qué significa esto? —pregunto, un poco desorientada.

—Tu hermano se muere —observa Volöotkro casi con aburrimiento—. Otra vez.

Resoplo. Ha caído bocabajo y, entre la pierna que le falta y la sangre que le cubre la piel pálida, se parece más a un macabro muñeco roto que a un humano. Eyzar intenta darle la vuelta para que respire mejor, pero él también está demasiado débil.

Me detengo a observar mis propias sensaciones. Ya no me encuentro mal. Al contrario, me siento ligera como una pluma, pero fuerte y feroz a la vez. Doy un ágil salto y trepo por la liana,

arriba, abajo y otra vez. Es tan fácil y placentero como caminar descalza sobre la hierba.

—Me has dado tu esencia —murmuro sorprendida.

—Te he otorgado el organismo de un volokiano. Es la única forma de sobrevivir. Además, los otros volokianos no pueden saber que he traído humanos. Os matarían en un abrir y cerrar de ojos. —Señala a Eyzar, Iriel y Jeyd—. Si quieres sacar algo de ellos, debería repetir el procedimiento.

—Hazlo.

Volöotkro no tarda demasiado. Ver el proceso de transformación desde fuera es de lo más interesante. El cuerpo se deforma perdiendo su apariencia humana, como si sus líneas nunca hubieran estado ahí. Sin duda, lo mejor es cuando Iriel y Eyzar ven en lo que se han convertido. El rebelde grita asustado, e Iriel, enfadado.

—¿Qué has hecho, loca?

Mi hermano hace el ademán de abalanzarse sobre mí, pero antes de que le dé tiempo, Volöotkro levanta una de sus extremidades y de ella sale una suerte de cuerda blanquecina, fina pero resistente, que se enrolla alrededor de los cuerpos de Iriel, Eyzar y Jeyd.

—¿Y esto por qué? —pregunta Eyzar sin entender nada.

—Ya os lo dije. Vamos a ver al Hechicero y no quiero que causéis problemas.

Capítulo 25

EÓSYDES

Planeta Volok

Es un planeta de lo más curioso y fascinante.

No es como en la Tierra, donde la gente se desplaza andando. Por lo que veo, ese término no existe aquí. Los volokianos enlazan una liana flotante tras otra, algo así como en la jungla, para luego zambullirse en esos misteriosos agujeros negros que se cierran en espiral cuando se tragan a uno de ellos, y después recuperan su forma original. En cuanto comprendo que Volöotkro quiere que nos metamos ahí, le miro con escepticismo.

—No sé lo que me pasará cuando entre, ni tampoco lo que hay al otro lado —objeto.

Volöotkro hace algo parecido a poner los ojos en blanco, pero en él resulta muy siniestro.

—Estáis muy acostumbrados a pasear por vuestro mundo de luz y color, a perder el tiempo en tonterías. Aquí, en Volok, no hay mucho que ver, pero sí mucho que hacer. Somos prácticos y metódicos, y los agujeros de Vol-vokum son lo más rápido y eficaz que hay. Tú métete ahí y aparecerás en nuestro destino.

—¿Y los demás bichos asquerosos como tú no se darán cuenta de que pasa algo raro cuando vean que nos tratas como a prisioneros? —pregunta Iriel, pero solo consigue que Volöotkro se ría en su cara.

—Espera y verás.

Sin decir nada, se adentra en el agujero. Acto seguido, como llevados por una fuerza invisible y por la cuerda blanquecina, Iriel, Eyzar y Jeyd (que sigue inconsciente, pero con el cuerpo reparado en forma volokiana) son arrastrados en contra de su voluntad. Suspiro. No me queda más remedio que seguirles.

El portal es como una ducha de agua fría, pero cuando abro los ojos me encuentro en otro lugar mucho más concurrido que el anterior. Por fin entiendo a lo que se refería Volöotkro.

En este mundo hay esclavos que pican en las montañas.

—Qué horror —murmura Eyzar.

—Debes de sentirte como en casa, ¿verdad, hermana?

Las montañas desprenden un fortísimo hedor a azufre. Son puntiagudas y altas, tanto que no llego a distinguir la cima. Lo que sí veo son centenares de volokianos picando en ellas sin descanso mientras los centinelas les pinchan cuando paran por puro cansancio.

—¿Qué les inyectan? —pregunto, muy intrigada.

—Dolor —responde Volöotkro llanamente.

—¿Dolor? ¿Qué quieres decir con dolor?

Hace un gesto vago, como si fuera algo obvio que no hiciera falta aclarar.

—Los volokianos podemos inyectar muchas cosas. Miedo, ira, tristeza, rabia… y dolor, sí, al igual que salud. Cuanto más seas capaz de inyectar, más elevado será tu estatus social en Volok. ¿Crees que todos los volokianos habrían podido rescataros de la muerte, humanos? ¡Ja!

—Déjame adivinar, los desgraciados que pican las montañas no tienen nada interesante que inyectar a los demás —escupe Iriel.

Volöotkro resopla.

—Volok no es lugar para los débiles. Si un volokiano no cumple con su deber para con la sociedad, se le multiplican los turnos en las montañas hasta que muere reventado. El poder es de los fuertes. El mundo es de los fuertes. Los débiles no aportan nada y deben ser exterminados.

—No es una mentalidad tan distinta a la que tenemos en el Imperio. Bueno, teníamos —rectifico.

Pero antes de que pueda replicarme, tres volokianos pasan en fila por la misma liana que nosotros. Se detienen a mitad de trayecto, miran a Volöotkro con sorprendente majestuosidad y exclaman:

—¡El General Volöotkro ha vuelto!

Capítulo 26

EYZAR

Planeta Volok

Este sitio da miedo.

En lo que Volöotkro me ha transformado da miedo.

Pero lo que me da más miedo de todo es el futuro inmediato. Cíon ha sido destruido, lo siento en mis entrañas, aunque sigo percibiendo su presencia. Tengo la sensación de que no puede llegar hasta mí para explicarme lo que sucede porque estoy en territorio de Kíor y él le tiene vetado el acceso. Mientras, cada vez más y más volokianos dejan lo que estaban haciendo y rodean a Volöotkro. Entiendo lo que dicen, y deduzco que se debe a que ahora tenemos su misma forma.

—¡General Volöotkro! ¡Ha regresado!

—¡General Volöotkro! ¡No está muerto!

—¡General Volöotkro! ¡General Volöotkro! ¡General Volöotkro! —gritan emocionados.

Incluso los esclavos han dejado de picar y le prestan atención, aunque no están tan contentos de verle como los demás.

Hace un gesto autoritario y todos guardan silencio. Después señala a un volokiano, en mi opinión, especialmente feo. Me fijo en que no todos son iguales: los hay gordos, delgados, grandes, pequeños, con más o menos pelo y ojos de una paleta de colores que va desde el rojo parduzco hasta el negro carbón, pasando por otros como el naranja chillón.

El volokiano al que señala Volöotkro es de color rojizo, muy gordo, con unas extremidades casi inexistentes. Tiene unos ojos lechosos que me hacen sentir repugnancia. Por la arrogancia que desprende, sé de inmediato que es una figura importante.

—Sargento Väaloktren —llama, confirmando mis sospechas —, informa.

En vez de quedarse ahí, donde el resto puede oírle, se lanza a otra liana, alejándose de la multitud y arrastrándonos a nosotros con él. El Sargento Väaloktren le sigue mientras Eósydes, en forma volokiana, se esfuerza por alcanzarlos. La conversación que mantienen me horroriza.

—Pensábamos que habíais muerto, mi General. El Mando creía que habíais sido capturado por los tamatianos durante una emboscada.

—¡¿Qué?! ¡Tonterías! No me dejaría capturar por esos idiotas.

—Bueno… pero el Mando lo sospechaba.

—¿Cómo pudisteis pensar eso?

—No aparecíais por ninguna parte, nadie os había visto… ¿Dónde estabais?

—Eso no te importa.

Väaloktren no comenta nada, pero se nota que no le gusta la respuesta.

—¿Entonces qué? —insiste Volöotkro, deteniéndose de golpe en medio de una liana y mirándolo con cara de pocos amigos—. ¿Qué habéis hecho pensando que había sido capturado por el enemigo?

—¿Qué habríais hecho vos si hubieseis pensado que esos ingratos habían secuestrado y asesinado a un máximo representante de nuestra especie?

—¡Les habéis declarado la guerra!

—¡Pensábamos que habían roto el Tratado de Paz! ¡Nuestros aliados están en camino para presentar guerra a los tamatianos y a sus cómplices!

—Tengo que verlo.

Volöotkro cambia repentinamente de dirección. En vez de

colarse por el agujero negro que tenía a ya un metro, da tres poderosos saltos en las lianas y se mete por otro. Vamos detrás. Cuando contemplo lo que tengo delante, gimo de desesperación, Iriel resopla indignado y Eósydes suelta un gritito, emocionada.

Es una auténtica horda.

Un ejército.

Hileras e hileras de gigantescos volokianos de color gris perla colgados de robustas lianas se extienden hasta donde me alcanza la vista. Son tantos que no puedo estimar un número aproximado, pero dista mucho del mayor ejército humano que haya visto jamás, y eso que he visto bastantes cuando vivía como un rebelde.

Cada volokiano está siendo inyectado. El terreno ha cambiado. Ya no estamos en un paraje desértico ni rodeados por montañas explotadas por esclavos, sino en un lugar donde abundan construcciones de lo más extrañas: edificios torcidos que parecen hechos de humo negro, con potentes luces, sonidos estridentes y grandes e innumerables brazos móviles acabados en aguijones que se clavan en esos volokianos grises. Estos están quietos, como dormidos, pero no soy tan estúpido como para creerlo. Más bien pienso que están en estado de hibernación.

—¿Qué les están inyectando? —pregunta Eósydes, fascinada.

—¿Quiénes son estos, General? —pregunta Väaloktren con escepticismo.

—No es de tu incumbencia —le espeta Volöotkro—. Ahora ve y cuéntale a todo Volok que su máximo General ha vuelto, aunque ya debe saberlo todo el mundo. Después reúne al Mando. Si hay una guerra inminente, quiero conocer todos los detalles. Me reuniré con vosotros en un momento.

A pesar de la orden directa, Väaloktren no se mueve. Intuye que Volöotkro oculta algo.

—¿Qué vais a hacer ahora?

Volöotkro sisea y se encara a él. Es más grande que Väaloktren, e infunde un respeto palpable. El otro volokiano se encoge un poco ante su presencia.

—¿Me estás cuestionando?

—No, señor.

—¡Pues no me hagas perder el tiempo y haz lo que te he dicho!

Väaloktren nos echa un último vistazo receloso, pero acaba cediendo. Se da la vuelta y se mete por un agujero negro que se lo traga de inmediato. Entonces Volöotkro se gira hacia Eósydes.

—No se les está administrando nada —responde a su anterior pregunta con aire de suficiencia—, se les está quitando.

—No comprendo.

—En Volok seguimos un sistema de castas bastante más estricto que el que teníais en vuestro Imperio. Aquí, la vida de los volokianos se forja en las montañas que habéis visto antes. Los Excavadores...

—Es decir, los esclavos —interrumpe Iriel.

Volöotkro lo mira como si fuera algo indeseable que no puede aplastar.

—Los Excavadores —repite— extraen la semilla de las Montañas de la Creación. La semilla son los futuros volokianos. Dependiendo de su color, se mandan a una Fundición de la Creación u otra. Nuestros Hacedores moldean a los futuros volokianos y, en cuanto están listos, pasan a servir en la facción que les corresponda según su color.

—¿Eso quiere decir que los volokianos nacéis adultos? ¿No hay niños? ¿No hay gestaciones? —pregunto.

—¿Qué utilidad tiene eso? Los humanos y vuestros ridículos vínculos emocionales. Quizá tener tantos sentimientos es lo que hace que seáis tan violentos.

—Fascinante —susurra Eósydes. Señala a los volokianos grises —. ¿Qué papel tienen ellos en la sociedad?

—¿Tú qué crees? Son carne de cañón —responde Iriel.

Volöotkro suspira.

—¿Siempre es así de entrometido?

—Me tiene mucha manía.

—Deberías haberle cortado la cabeza, no la pierna.

—¿Cómo sabes que fui yo la que estuvo detrás de la pérdida de su pierna?

—Me lo he imaginado. Serías una buena volokiana. Por eso te

he traído.

Ella sonríe con una sonrisa de tiburón. Se lo ha tomado como un cumplido. Iriel echa chispas por los ojos.

—¿Entonces? —pregunta, refiriéndose a los volokianos grises.

—De hecho, Iriel no se ha equivocado en su definición. Volok es guerrero e invasor. Como ves, también es inhóspito, por lo que necesita de un vasto ejército para conquistar los bienes de otros planetas y garantizar su supervivencia. Estos Volokianos Grises son el grueso de nuestro ejército. Lo que se les está quitando es la conciencia y la capacidad de sentir dolor o miedo.

—Los estáis convirtiendo en máquinas de matar —susurra ella, extasiada.

—Exacto. Cuando lleguen los tamatianos y sus aliados, mi ejército los aplastará. ¿Te gustaría verlo?

—Me encantaría.

—Monstruos… —recrimina Iriel.

—Pero no debemos olvidar qué nos ha traído aquí —protesta Eósydes—. Debemos averiguar qué hacer con Jeyd y con la Llave que porta el rebelde.

—Se llama Eyzar, y no le harás daño mientras yo esté aquí —dice Iriel, y me siento muy orgulloso de él.

—¿Qué hacemos con el bocazas de tu hermano? —pregunta Volöotkro—. Es muy pesado. Ordena y tus deseos se harán realidad.

—¡No! —exclamo, pero me ignoran.

—¿Cuál es el trabajo más duro que puede hacer alguien en Volok? ¿El último eslabón? ¿Hay algo inferior a los Excavadores?

—¿Crees que por hacerme trabajar duro me rendiré? Mataste a Luba. No descansaré hasta liberar al mundo de tu presencia, zorra.

Volöotkro pronuncia unos nombres y casi al instante tres volokianos de color amarillo oscuro aparecen por uno de los agujeros.

—¡General Volöotkro! —exclaman, tan sorprendidos de verle como los demás—. ¡Habéis regresado!

—Entonces, la guerra contra los tamatianos… —dice uno de

ellos.

—Sigue en pie.

—Pero no os han secuestrado ni asesinado, como pensábamos.

—Bueno… —Volöotkro sonríe con malicia—, la paz ha durado mucho tiempo y los volokianos necesitamos *melak*, ¿no os parece?

Todos se ríen.

—Me reuniré con el Mando, pero antes debo atender otros asuntos. Este volokiano me molesta. Lleváoslo a las minas.

—¿A las minas, mi General? —repite uno como si no le hubiera oído bien.

—Así es.

Sé que debería actuar, hacer algo útil, pero solo soy capaz de hacer unos patéticos movimientos antes de que los volokianos apresen a Iriel, que grita y se resiste. Sin embargo, de nada sirven sus esfuerzos, y al poco se lo traga un agujero junto a sus captores.

Me vuelvo hacia ellos desesperado. La situación va de mal en peor, y auguro un final desastroso cuando se enteren de que en realidad no tengo la Llave. ¿Y ahora encima se avecina una guerra contra el pueblo de Kam-Fux?

—¡Por favor! —les suplico—. ¡No le hagáis daño! ¡Haré lo que me digáis!

—Por supuesto que harás lo que te digamos —asegura Volöotkro, con Eósydes a su lado, riéndose muy contenta—. De hecho, harás lo que mande el Hechicero.

Antes de que pueda hacer nada, me empuja hacia otro agujero y la oscuridad me engulle.

Capítulo 27

CAPITANA KAM-FUX

Cordilleras Nubaru,
base rebelde n.º 85, el Imperio

Mientras Emily habla telepáticamente con su Creador, tengo una horrible visión. No es habitual en mi especie. Las visiones son más comunes en niños, pero solo cuando están muy nerviosos, asustados o se ven amenazados. A medida que crecemos, las visiones menguan hasta llegar a ser casi inexistentes.

Por eso me alarmo cuando las perturbadoras imágenes invaden mi mente. Y todavía lo hago más cuando entiendo lo que significan.

Tamat ha sido invadido por los volokianos.

Han roto el Tratado de Paz.

Veo fuego y destrucción. Veo el imponente Templo Ka-Mipimaiu —donde practicamos el *tai*— medio derruido y pasto de las llamas, con un espeso humo negro mezclándose con el estrellado cielo púrpura. Veo a los Ka-Nams —unas criaturas cuadrúpedas similares a las hienas de la Tierra, pero con pelaje negro hirsuto y rizado, y mucho más grandes, fuertes y rápidas—, dándonos caza con su doble hilera de amarillentos dientes puntiagudos y sus poderosas garras, atacando y devorando a los niños y a los adultos que intentan rescatarlos.

También veo a los volokianos.

Son pocos, pero suficientes para causar una masacre en un

pueblo pacífico que no esperaba el asalto. Oigo gritos. Súplicas. Llantos. Ellos se ríen y disfrutan con nuestro sufrimiento, con nuestra sangre derramada.

Debo volver sin demora. Necesitan mi ayuda. Pienso en Kam-Eras, en mis padres y en mis amigos. Me los imagino muertos, y se me parte el corazón. Tengo ganas de gritar.

Salgo de la visión con un terrible esfuerzo. Ya he visto bastante. Cuando recobro la conciencia, me doy cuenta de que he estado chillando a pleno pulmón, y mi frente está perlada de sudor frío. El corazón me bombea con violencia, tengo los nervios a flor de piel y mil pensamientos cruzan por mi cabeza. ¿Qué debería hacer? ¿Qué es lo más sensato?

Emily se mueve con lentitud, como si cada hueso de su frágil cuerpo le pesara una tonelada. Siento una oleada de admiración por esta anciana que, después de todo el dolor y sufrimiento que ha soportado, todavía saca fuerzas para ponerse en pie una vez más.

—Era Cíon, ¿verdad? —pregunto.

Sé que Pías ha sido destruida, lo sentí de una forma tan nítida como vi la visión. Sin embargo, noté algo diferente con Cíon.

Emily asiente y me explica la conversación que ha mantenido con él.

—Los humanos nos merecemos todo lo malo que nos pase —termina diciendo.

Reflexiono sobre lo que ha dicho. Quizás en otro momento le habría dado la razón, pero la visión de los volokianos destruyendo mi hogar está demasiado fresca en mi memoria.

—Algunos desde luego. Pero no todos sois bestias ni peores que los volokianos. Otros merecéis la pena. Tú, Eyzar e Iriel. No se debe condenar a la gente por su especie, sino por lo que son como individuos.

Algo debe de ver la anciana en mis ojos, porque me pregunta:

—¿Qué ha pasado?

Supongo que no tiene sentido ocultarlo.

—He tenido una visión de Tamat. Los volokianos han lanzado una ofensiva. —Se me escapan unas lágrimas furtivas. Emily me las

limpia con ternura y también se pone a llorar—. Está destruido. Están masacrando a mi especie. Es imposible que los volokianos sean mejores que los humanos. Alguien demasiado poderoso ha hecho trampas.

—Lo lamento —dice ella con la voz rota, y no suena como la típica frase por compromiso. Sé que lo siente de verdad.

—Emily, yo…

—Lo sé.

—¿El qué?

—Si han declarado la guerra a los tuyos, querrás estar ahí, protegiéndolos. Es comprensible.

—Pero la Llave…

—Sí, Cíon me ha dicho que tú deberías llevarme hasta la Puerta. Pero nadie ha dicho que después tengas que quedarte allí. Llévame y vuelve con los tuyos.

—¡Es que no sé dónde está la Puerta!

—Cíon sí. Me ha dicho que nos guiará, pero que necesita tu ayuda para transportarme.

Vacilo unos instantes. La idea es tentadora, aunque no quiero dejar sola a la anciana.

—¿Estás segura? —pregunto mordiéndome el labio.

—No, no lo estoy. Estoy muerta de miedo, pero a la vez cansada de tenerlo. Quiero hacer algo útil por una vez en la vida. Algo que valga la pena, que dé sentido a las muertes de mi hija y de mi nieto. Quizá sea solo una vieja, pero no quiero ser una vieja llorona. Quiero morir peleando.

Le tomo las manos.

—Creo en ti. Puede que no seas la Marcada de Cíon, pero sin duda eres una mujer fuerte, valiente y digna de admirar. La edad es solo un número. La fortaleza —sigo, y le suelto una mano para tocarle primero la frente y después el corazón— está aquí.

Los ojos de Emily brillan como luciérnagas, empañados por las lágrimas.

—He conocido a muy pocas mujeres que piensen como tú, Capitana.

—Se llama sororidad. Las humanas tenéis poca, pero eso no

significa que no podamos tenerla entre nosotras. ¿Sabes? Habrías encajado bien en mi tierra.

—Gracias —musita, emocionada.

Asentimos a la vez y nos fundimos en un cálido abrazo.

Capítulo 28

EMILY

Cordilleras Nubaru,
base rebelde n.º 85, el Imperio

«Ya estamos listas».

Cíon está de nuevo en mi mente. Kam-Fux y yo nos hemos cogido de las manos siguiendo sus instrucciones y ahora ella también puede oírle.

«Hola, Capitana Kam-Fux. Encantado de conocerte. Gracias por venir a ayudar a mi especie», la saluda.

«Hola, Creador Cíon. No se merecen. Lo hice con gusto».

«Lo sé. Lamento la pérdida de Pías. Era una buena amiga».

«Tenemos que llorar muertes aún peores. Mi planeta y mi gente han sido atacados por los volokianos. Debo ir a luchar. No puedo quedarme de brazos cruzados».

Cíon guarda silencio. Es difícil saber qué piensa.

«Hemos llegado a un acuerdo —prosigo—. Ella me ayudará a llegar hasta la Puerta y después volverá a Tamat para luchar en su guerra».

Al fin Cíon habla, al principio con lentitud, después más emocionado.

«No es mala idea. Según lo que he podido rastrear, tanto Jeyd como Eyzar se encuentran en Volok. Si la Capitana Kam-Fux pudiera llevarlos hasta la Puerta, se acabaría el problema».

«Voy a luchar por los míos —protesta ella—. No sé si podré

hacer lo que me pides, Cíon».

«Inténtalo, por favor —le ruega—. Eres mi única esperanza. He intentado ponerme en contacto con Eyzar, pero está en Volok, y Kíor, antes de ser destruido, levantó una barrera poderosísima contra mí. No puedo acercarme mentalmente. Además, aunque pudiera, ¿cómo iba a llevarlos hasta la Puerta?».

Ella suspira.

«Haré lo que pueda, pero no prometo nada».

«Gracias».

«Bien —resuelvo. Siento una extraña sensación en el pecho, una mezcla entre miedo y emoción—. ¿Qué hacemos ahora?».

«¿Ahora? Ha llegado la hora de volar».

Kam-Fux se ríe entre dientes. Imagino que sabe de lo que habla Cíon, aunque yo ni me lo imagine.

«Capitana, voy a introducir en tu Mapa Cognitivo las Coordenadas de la Puerta. Una vez las tengas, sabrás qué hacer».

«¿Será tan fácil como lo fue para Volöotkro y para mí venir hasta aquí?».

«Tanto como respirar…».

Mientras lo dice, noto que una corriente de energía fluye por mi cuerpo y Kam-Fux se estremece. Tenía los ojos cerrados, pero me puede la curiosidad y los abro. Finas hebras plateadas le nacen de las manos y suben, como si fueran las raíces de un árbol, hasta su cabeza. Se le ilumina la tez, como si las hebras tuvieran vida propia y la estuvieran alumbrando desde dentro.

Mientras veo cómo se arremolinan en su cráneo desnudo, no puedo evitar pensar que es una mujer poderosa y fuerte y que, si mi Sally hubiera tenido la mitad de su fortaleza, la historia habría sido diferente. Me pregunto si en el nuevo mundo que quieren construir la salud mental tendrá la importancia y relevancia que merece, y si sus habitantes contarán con los recursos necesarios para escapar de los largos dedos de la depresión y otras psicopatologías.

Cuando Kam-Fux abre los ojos, veo que han perdido su tonalidad y que ahora son transparentes. De sus pupilas salen unas hebras idénticas a las que he visto bajo su piel, plateadas, largas y

finas. Al principio me asusto cuando me rodean, pero comprendo que son inofensivas y que, en realidad, están tejiendo unas alas a mi espalda. Cuando quiero darme cuenta, mis pies ya flotan a un palmo del suelo.

—Puede que tus piernas estropeadas ya no te permitan ir muy lejos, pero tu fuerza de voluntad te llevará donde quieras, Emily —me susurra Kam-Fux.

Echamos a volar.

Capítulo 29

CAPITANA KAM-FUX

Cordilleras Nubaru,
base rebelde n.º 85, el Imperio

Son las coordenadas más extrañas que he visto nunca. Casi imposibles.

Pero como me decía mi sabia madre, no hay nada imposible.

Un total de cinco especies, entre ellas los volokianos y nosotros, tenemos la capacidad de teletransportarnos, aunque no del mismo modo. Me enorgullezco al pensar que los tamatianos somos los que más dominamos este arte, pues lo hacemos de un modo elegante e indoloro. Tengo entendido que el método de los volokianos es terrible. En cualquier caso, cuando Cíon transfiere las coordenadas de la Puerta a mi Mapa Cognitivo, me doy cuenta de que pocos podrían llegar hasta allí. Me lleva un buen rato, más del que me habría gustado, desencriptar la información y trazar una ruta viable.

Cuando lo consigo, estoy sudando, pero satisfecha. Me alegro de que Pías decidiera ayudar a Cíon. De lo contrario, no habría habido salvación posible para personas tan luchadoras como Emily. Le sonrío.

—¿Estás lista?

—Sí.

«Suerte», nos desea Cíon.

Despegamos.

Con el grito de Emily, salimos de la Tierra. Cierro los ojos y visualizo el mapa en mi mente, claro y brillante como las estrellas en una noche despejada. En realidad, mi Mapa Cognitivo se parece a una constelación. Me guío por puntos luminosos, uno tras otro, solo que los puntos son lugares estratégicos en el espacio y nosotras estamos viajando a la velocidad de la luz.

A nuestro alrededor, todo es negro y refulgente, un paseo por la galaxia. Aunque estoy acostumbrada a viajar por el espacio, todavía siento nervios cuando lo hago como ahora, sin nave espacial y a piel descubierta, así que ni me imagino lo que estará suponiendo para la anciana. Por un momento, temo que sea demasiado para su frágil corazón, pero las hebras convertidas en alas deberían protegerla de todo mal. Creo que está disfrutando de la experiencia, y eso me arranca una sonrisa mientras la conduzco a través de los secretos del universo.

Paso dos puntos estratégicos más y visualizo el último. Siento un cosquilleo en la boca del estómago. Ahí está la Puerta. Me pregunto qué se supone que hará Emily aquí sola con la Llave, pero no puedo quedarme. De todos modos, tampoco podría hacer nada. Cíon cuidará de ella. O quizá no necesita que nadie cuide de ella.

Le aprieto las manos para transmitirle que ya estamos cerca. Unos segundos más.

Cinco, cuatro, tres, dos… uno.

Pero en cuanto lo alcanzamos y pienso que estamos a salvo, se produce una enorme explosión.

Capítulo 30

JYNEK

Planeta Mykrymbel

—Ha llegado la hora. El misterio va a resolverse.

Suspiro. No puedo evitar sentir tristeza.

—¿De verdad tenemos que destruirlo?

El ser con el que he estado manteniendo reuniones clandestinas todo este tiempo, el Ente de la Nada y el Todo, se acerca a mí.

—¿No tienes ganas de que todo termine? ¿De conocer, después de tanto tiempo, qué van a decidir los sabios?

Pienso en la Profecía que el Ente de la Nada y el Todo dictó al principio de los tiempos y siento un extraño nudo en el estómago.

Los uknianos, arrogantes, creyéndose dioses, jugaron a un juego: el Torneo de las Especies. En realidad, desconocían que no significaba nada, porque algunas partes estaban escritas, pero otras no. Por ejemplo, estaba escrito que Cíon perdería, por eso amañé la competición. También que querría crear un nuevo mundo para salvar a sus humanos, así que lo dispuse todo para que tuviera las herramientas necesarias para lograrlo.

Sin embargo, había una gran incógnita, algo que quedó roto en los hilos del destino y de lo que no pudo construirse una respuesta, el gran quid de la cuestión: ¿decidirán los sabios que merece la pena continuar con la rueda de la vida o, por el contrario, opinarán que es mejor concluir el experimento?

—Cíon ha estado tan ciego que me da lástima —comento.

—Todos lo han estado.

—Él creía que los Marcados eran la clave. Que podría hacerse según sus planes. Robó la Llave, se la dio al Marcado, supuestamente la única persona con la que podía contactar, y espera que el chico deposite el Sacrificio en la Vasija para crear un nuevo mundo.

—Pero puede que eso nunca suceda.

—Todo ha seguido su curso, y ya tenemos a nuestros sabios preparados para dar cada uno su voto.

—Así es, y el tiempo de Cíon ha terminado. Ya ha cumplido su misión, que era darle las coordenadas de la Puerta a la tamatiana. Ahora debe desaparecer, como el resto de su especie.

—Cíon debe morir.

—Sí.

Cierro los ojos e inspiro hondo.

—Antes me gustaría hablar con él.

Un momento de silencio.

—De acuerdo. Pero no tardes.

No ha terminado de hablar cuando ya he contactado con Cíon. El Ente de la Nada y el Todo pasa a un segundo plano y él y yo nos quedamos solos en una conexión mental.

«Jynek».

«Hola, Cíon».

De pronto no sé qué decirle. ¿Cómo explicas en unos segundos lo que llevas siglos ocultando? No encuentro las palabras, solo dolor. Y al final digo lo que siento:

«No merecías esto».

«¿Las mentiras?».

«Fueron por un bien mayor. Aun así, quiero decirte que lo lamento».

«No te disculpes. Ya no hay nada que puedas hacer para arreglarlo. Solo dime la verdad».

«¿La verdad? La verdad es subjetiva».

Cíon resopla, y casi puedo ver como pone los ojos en blanco, exasperado.

«¡No, Jynek, solo hay una verdad! ¿Por qué te cuesta tanto hablar claro?».

«Puede que la vida acabe hoy para todos, Cíon».

Lo suelto de golpe, y él se queda mudo de asombro.

«¿Q-q-qué?», tartamudea.

«Hoy resolveremos la pregunta de si la vida en sus distintas formas debe seguir o no».

«¡Pues claro que sí! ¿Pero qué clase de pregunta es esa?».

«¿De verdad? ¿Eso crees? ¿Piensas que tus humanos se merecen lo que les diste?».

«Bueno, algunos eran malvados, pero otros…».

«¿Y qué me dices de los volokianos? ¿Dirías que son seres que traen más bondad que maldad?».

«Ni los humanos ni los volokianos son el mejor ejemplo, pero…».

«Estás pensando en los tamatianos. Sí, seguro, seres pacíficos, pero no dudaron en iniciar una guerra en el pasado y en volver a presentar batalla en el presente».

«¡Lo hicieron para defenderse!».

«Los tamatianos mataron a los volokianos y viceversa. Seres que no se conocían de nada, completos extraños, derramaron sangre sin ningún miramiento. Y no solo eso, Cíon, sino que arrastraron a la guerra a otras especies que no tenían nada que ver. Sin embargo, no sería justo cargarles toda la culpa. Las otras especies aceptaron matar por voluntad propia».

Noto como Cíon se desespera. Por fin lo entiende. Justo ahora que el tiempo se ha agotado para él.

«Ellos no… ellos… son así porque son nuestro experimento».

«Ya. ¿Has olvidado que los distintos seres venidos de lugares remotos de la galaxia te abuchearon y pidieron tu cabeza cuando te declararon perdedor del Torneo de las Especies? Había de todo, Especies Superiores, Medias e Inferiores, y todos querían castigarte, verte sufrir y hacerte daño, aunque tú no les habías hecho nada. Incluso tu propio compañero de especie, Kíor, te hizo la vida imposible, y el Supremo, la fuerza supuestamente más poderosa, no se enteró de nada porque estaba demasiado ocupado ejerciendo

un poder que jamás se ganó. Dime, Cíon, ¿está la maldad solo en vuestros experimentos, o arraigada al hecho de existir?».

«¡Hay gente que merece la pena!», chilla.

«No lo dudo. Habría sido maravilloso hacer una criba y crear un mundo solo para los merecedores de ocuparlo, pero esos individuos se reproducirían y la maldad volvería a florecer. Siempre lo hace. Es mejor cortar por lo sano; hacer un balance y ver qué pesa más».

«¡No me lo puedo creer! ¡Vais a exterminar la vida!».

«Oh, nosotros no. Esa es la cuestión. Todavía no está decidido. Lo decidirán los sabios. Sin embargo, tú no vivirás para verlo, Cíon. No sabes cuánto lo lamento».

«¡Ah! ¿Y ahora vas a matarme?».

«Lo siento».

«¿Me lo estás diciendo en serio?».

No respondo.

«¡Lo estás diciendo en serio!», exclama incrédulo.

«Ojalá esta historia tenga un final feliz».

«Pero no lo tendrá, ¿verdad?».

«No lo sé».

Estalla en carcajadas y el Ente de la Nada y el Todo se une a nuestra conversación telepática.

«Hola, Cíon», saluda.

«Hola, ¿qué tal? —responde él sin dejar de reírse—. Robé tu maldita Llave para nada».

«Quizá no lo hiciste en vano. Lo sabremos dentro de poco».

«Matadme ya».

«¿Quieres morir?», pregunta el Ente de la Nada y el Todo.

«No hay salvación posible. No tendré tu poder, Jynek, no podré tejer malditos hilos del destino, pero en el fondo de mi corazón siempre lo supe. Jamás albergué esperanzas».

«No te creo. Si no hubieras tenido fe, no habrías luchado», digo.

«¿Y para qué lo he hecho? Solo he obtenido sufrimiento».

Nadie replica, porque es cierto, y ya se nos ha acabado el tiempo.

Emily nos espera.

«¿Hay algo que quieras decir antes de que te quite la vida, Cíon?», pregunta el Ente de la Nada y el Todo.

«La verdad es que sí —dice, y noto que se dirige a mí—. Pase lo que pase, quiero que sepas que te amaba, Jynek, y no solo porque Kíor te quisiese también. De hecho, aún te amo, aunque me duela. Luché por ti, y si tuviera que volver a hacerlo, lo haría».

«¿Aun sabiendo el final?».

«Siempre».

Una lágrima resbala por mi mejilla. Es la primera vez que lloro por amor.

«Adiós, Cíon. Ojalá todo hubiera sido diferente. Ojalá tú y yo hubiéramos vivido de verdad».

«Habría sido precioso. Adiós, amada mía».

Lo último que hace el único ser que me ha querido en toda mi existencia es suspirar.

Luego, el Ente de la Nada y el Todo atraviesa la esencia de Cíon y lo que quedaba de él se destruye, convirtiendo a los uknianos en historia.

Capítulo 31

GENERAL VOLÖOTKRO

Planeta Volok

—Te presento a Veeyökte, nuestro Hechicero —le digo a Eósydes —. Hechicero Veeyökte, estos son mis… invitados especiales.

Eósydes lo observa, mide y analiza todo con extrema curiosidad. Sé qué está viendo. Aunque no ha podido contemplar todas las variantes de nuestra especie, Veeyökte es singularmente diferente a cualquier otro volokiano que haya conocido hasta ahora. Hace muchos años, cuando los Excavadores extrajeron su semilla de las Montañas de la Creación, nadie supo dónde llevarla para forjarla. Era de color dorado.

Dada su peculiaridad, decidieron utilizar las forjas destinadas a los líderes de nuestra especie. Sin embargo, a medida que Veeyökte fue desarrollando sus capacidades, nos dimos cuenta de que tenía algo especial, algo único: podía hacer magia.

—¿Hechicero? —pregunta Eósydes con recelo—. ¿Qué eres, una especie de adivino?

Veeyökte nota algo extraño en ellos y los escudriña con sus ojos del color del oro líquido.

—Humanos —resuelve con desprecio. Después se vuelve hacia mí, con ira—. ¡Habéis traído humanos a nuestra tierra cuando está a punto de estallar una guerra!

Le enseño los dientes. No permito que ningún volokiano me hable así, ni siquiera uno único en su especie. Inicio una

conversación mental privada.

«No te atrevas a cuestionar lo que hago —le digo—. La razón por la que he traído aquí a estos humanos no te incumbe».

«Veo lujuria —responde con tono acusador—. Deseo por alguien que no es de los nuestros. Debo advertiros sobre algo, mi General. Esta humana es traicionera. Lo veo en su alma sombría».

«¿Crees que soy idiota? Ya lo sé. Está todo controlado. No he venido hasta aquí para pedirte consejo sobre cómo manejar a una hembra».

«¿Qué queréis, entonces?».

Señalo a Jeyd.

—Quiero que me digas qué hacer con este humano —digo de nuevo en voz alta.

—¿De qué estabais hablando? —inquiere Eósydes, suspicaz.

—Nada importante.

—Ya…

Está claro que no me cree.

—El Hechicero va a analizar al niño.

—¿Qué? —protesta Eyzar, que se ha mantenido tan pegado a Jeyd como ha podido—. ¡No!

—¡Aparta! —le grito retirándolo de un empujón.

Veeyökte se acerca, lo examina unos instantes y luego, sin decir nada, corretea hasta una sala colindante. Su guarida es de las pocas edificaciones que hay en Volok, un lugar parecido a una cueva con salas separadas que tienen distintas funciones.

La guarida del Hechicero suele estar llena de humo procedente de las pócimas que prepara en calderos y que guarda en frascos distribuidos en estanterías por las paredes, por lo que su olor es muy característico. Dulzón. En realidad, huele a podredumbre, aunque nunca he oído a nadie quejarse por ello. Sus pócimas nos han salvado de muchas catástrofes, curado numerosas enfermedades e insuflado infinito poder. Lástima que no puedan hacer de Volok un lugar habitable y hermoso como la Tierra.

Veeyökte me llama desde una sala con una roca plana en el centro y, cuando llego, me indica que lo deposite encima. Lo hago, y Eyzar suplica tras de mí:

—No le maltratéis, por favor, es solo un niño…

—Si no te callas, te haré mucho daño, pero primero se lo haré a él —amenazo, y al menos sirve para que se encoja y cierre el pico.

El Hechicero, impasible ante nuestra conversación, escoge una pócima burbujeante de color crema. Quita el tapón con los dientes y vuelca el contenido sobre Jeyd. Eósydes se acerca, expectante.

Unos caracteres de un vivo tono amarillo que no había visto en mi vida salen del cuerpo de Jeyd y quedan suspendidos en el aire. Frunzo el ceño, desconcertado, pero Veeyökte está concentrado, como si los estuviera leyendo.

—¿Qué es eso? —pregunta Eósydes.

—La representación de la magia que fluye por mi sangre —responde Veeyökte—. Los símbolos me susurran.

—¿Qué te dicen ahora?

—Que esta criatura, sea lo que sea, hace mucho que dejó de ser humana. Tiene dentro un poder indescriptible, muy, muy peligroso.

—Dinos qué tenemos que hacer con él. ¿A dónde lo llevamos?

Veeyökte gruñe. No le parece bien que Eósydes se tome la libertad de hablarle como a un igual, incluso de exigirle. Sin embargo, soy su General y, si ella es mi protegida, le debe lealtad.

Se muerde la lengua ante mi firme mirada y luego, mascullando entre dientes, coge otra pócima y repite la operación, pero en esta ocasión levanta dos extremidades como si estuviera invocando a una fuerza superior.

—Dónde… cuándo… cómo… por qué… —murmura con los ojos cerrados.

Nuevos caracteres se forman en el aire, estos de color morado. Veeyökte los lee durante un buen rato y luego se gira hacia mí con una extraña expresión.

—¿Qué sucede?

—Son coordenadas, mi General.

—¿Coordenadas? ¿A dónde?

—Ese es el problema. Son… muy extrañas. Guían a un lugar

desconocido.

—No es la primera vez que hemos ido a un lugar desconocido y hemos vuelto con grandes botines.

Veeyökte niega con la cabeza, agitado, nervioso, confundido.

—Son coordenadas muy, muy lejanas. De un emplazamiento que parece casi imposible. No vayáis, mi señor. No es seguro. ¿Quién las pondría ahí?

—Anótamelas.

—Pero…

—He dicho que me las anotes. Ya, Hechicero. No tengo tiempo que perder.

Accede a regañadientes. Coloca una extremidad sobre mi cabeza y cierra los ojos. La información se traspasa de su mente a la mía y las coordenadas aparecen brillantes y nítidas, como lo estaban en el aire. Entonces comprendo lo que quiere decir. Son de lo más raras, muy difíciles de rastrear. No obstante, pienso en mi recompensa.

Estoy a punto de decirle a Eósydes que por fin tengo una dirección cuando me fijo en la cara de terror de Eyzar. De inmediato, sé que me oculta algo.

—¿Y a ti qué te pasa? —le rujo.

Él se arrincona en la pared, muerto de miedo.

—Nada, yo…

Comparto una rápida mirada con Eósydes. Ella también se ha dado cuenta. Asiente. Estoy a punto de abalanzarme sobre él para torturarlo hasta que me diga la verdad cuando alguien me interrumpe.

—¿General?

Me giro. Es un Mensajero. Llevan y traen los mensajes del Mando.

—¿Qué? —le espeto—. Espero que sea importante.

—Lo es, mi señor. Traigo dos noticias.

—Informa.

—Una es que nuestros aliados han llegado mientras estabais reunido con el Hechicero.

—Bien. ¿Y la otra?

—La otra es que los tamatianos y sus camaradas también están aquí. La guerra ha comenzado.

Capítulo 32

CAPITANA KAM-FUX

Planeta Tamat

Aterrizo con un golpe terrible que me corta la respiración. Me quedo unos segundos tirada en el suelo, tratando de recuperarme, con los ojos cerrados, pensando en Emily y en la explosión que oí. ¿Dónde estará? ¿Seguirá bien?

Poco a poco, voy escuchando ruidos a mi alrededor.

Sonidos de guerra.

Reacciono. Y grito.

Me llevo las manos a la cabeza, arañándome la piel desnuda. La visión que tuve se materializa ante mis ojos.

Mi mundo arde en llamas.

Me pongo en pie, tambaleante. No quiero creer lo que ven mis ojos, pero no tengo más remedio. Doy dos pasos y caigo de rodillas. Las lágrimas se deslizan sin control por mis mejillas mientras respiro las cenizas de mi pueblo.

Tamat nunca ha sido tan hermoso como la Tierra, pero tampoco tan horrible como Volok. Es un lugar donde predominan los tonos azulados, verdosos y morados. El suelo no es firme, sino esponjoso. El problema es que, si te quedas mucho tiempo quieto en un mismo sitio, la superficie empieza a actuar como si fueran arenas movedizas y puedes acabar atrapado en el subsuelo, lo que conlleva una muerte lenta y dolorosa.

Además, el terreno está plagado de mórdanas, una especie de

plantas carnívoras azuladas, bulbosas y venenosas, y de Ka-Nams, las bestias que nos dan caza y se esconden entre la maleza. Por ello, el transporte habitual en Tamat son pequeñas naves propulsadas por un gas de nuestro planeta que nos lleva hasta las edificaciones construidas en los montes, hechas con vegetación.

La flora es rígida, dura y casi irrompible, de colores vivos, como naranja, amarillo, rojo y verde, todo ello rodeado por un océano embravecido de aguas violetas en el que habitan feroces y peligrosas criaturas marinas.

Ahora, todo lo que no está sumergido ha quedado reducido a cenizas. Las casas, la vegetación, nuestro sagrado templo, hasta las plantas carnívoras están ardiendo. Hay naves derribadas en el suelo que están siendo absorbidas por la tierra, algunas incluso con cadáveres carbonizados en el interior.

Hago un esfuerzo titánico por levantarme y evitar que me trague a mí también. A cada paso que doy, veo más y más compatriotas asesinados. Los cadáveres están mutilados, y hay un verdadero campo de miembros cercenados: brazos, piernas, hasta cabezas. Los volokianos no se han detenido ante nada ni nadie. Hombres, mujeres, niños, ancianos… todos han corrido la misma suerte.

Suelto un grito desgarrador cuando veo un rostro conocido. Corro hasta la que fue una buena amiga y acuno entre mis brazos su cuerpo despedazado antes de que la tierra se lo lleve. Su rostro está destrozado. Le han arrancado los ojos y le han grabado en la frente el emblema de los volokianos: tres lianas cruzadas.

—Encuentra en la muerte la paz que no encontraste en vida, amiga —le susurro y, con gran dolor, la dejo ir.

Tomo aire, aprieto los puños y me levanto de nuevo. Rendirse no es una opción. Lentamente, alzo la vista hacia el cielo estrellado poblado con tres lunas de diferentes tamaños y colores. Hay centenares de naves espaciales, listas para devolver el ataque a los volokianos.

Ellos han huido, pero les perseguiremos hasta donde sea necesario.

Capítulo 33

EMILY

La Puerta

Alguien me retira el pelo de la cara con ternura.

Estoy dolorida. No recuerdo nada, solo una terrible explosión y, después, negrura. Solo sé que me duele hasta el último hueso del cuerpo.

Entonces, una voz habla y hace que mi maltrecho corazón pegue un brinco.

«Tranquila. Ya ha pasado todo. Lo has hecho muy bien».

Reconozco esa voz. Lo haría entre un millón de voces.

Es Sally.

Mi hija.

Abro los ojos y ahí está ella, sonriente.

Me cubro la boca con la mano. Los ojos se me llenan de lágrimas.

«¿Sally?».

Ella asiente y me acaricia con cuidado. Ha colocado mi cabeza sobre su falda y en sus ojos no hay otra cosa que amor, muy diferente a la tristeza que solía llenarlos.

Eso hace saltar todas mis alarmas. Me aparto todo lo rápido que puedo. Su rostro está borroso.

No es real.

«Tú no eres Sally».

En el fondo esperaba una negación, por eso me sorprende

cuando suspira y, ante mis ojos, Sally se convierte en Jeyd.

«Pensé que te alegrarías de volver a ver a tu hija, aunque fuese una ilusión».

Nos observamos durante lo que me parece una eternidad, como evaluándonos.

«Eres el Ente de la Nada y el Todo. La cosa que usurpó el cuerpo de mi nieto».

«Si no hubiera habitado el cuerpo de tu nieto, jamás habríais podido verle crecer».

«Humanos, volokianos, tamatianos y demás especies, incluso las Superiores como los uknianos, todas pecan de lo mismo, en mayor o menor medida. Siempre hay un pez más gordo», dice una voz.

Me giro para ver a la mujer que acaba de entrar en escena. No hay otra palabra para describirla que *extraña*. Tiene multitud de ojos lechosos que se abren y cierran aleatoriamente y un montón de brazos en constante movimiento.

«¿Y tú quién eres?», le pregunto, sin disimular el asombro de mi voz.

«Mi nombre es Jynek. Soy Tejedora del Destino. Pasado, presente y futuro, todo pasa por las redes que tejo».

«¿De verdad? ¿Y cuál es mi destino?».

«¿Cuál crees que es?».

«No lo sé. No creo que haya hecho nada útil en toda mi vida, solo cometer errores que he pagado caros. Pero me gustaría hacer algo valioso en mis últimos días».

El ser llamado Jynek se acerca a Jeyd. Forman una extraña pareja. Ella es muy alta y mi Jeyd, en comparación, enano.

«En realidad, Emily, tenemos que contarte algo».

«¿El qué?».

«Aunque eres tú la que debía estar aquí y ahora según los hilos del destino, hay una razón por la que los Marcados deben estar muertos para llegar a este lugar. Así se dictó en el principio de los tiempos, pues era injusto que los elegidos tuvieran que morir por decisión de los uknianos. Sin embargo, Pías y Kíor hicieron trampas matando a sus Marcados».

«Oh».

Una idea empieza a cobrar forma en mi mente. La explosión al llegar aquí. La naturaleza de este lugar. Ningún ser humano podría vivir aquí. La formulo, aunque no siento miedo.

«Este lugar me ha quitado la vida al cruzar sus fronteras. Estoy muerta».

Capítulo 34

CAPITANA KAM-FUX

Planeta Tamat

—Preparando las tropas para el asalto. ¿Están listos los aliados?

—Sí, mi General.

Me aclaro la garganta mientras detengo a su lado la nave plateada que he recuperado de un compatriota caído.

—Yo también estoy lista, mi General.

La General Kam-Mars y el Capitán Kam-Eras se vuelven hacia mí y abren los ojos como platos. Me da un vuelco el corazón al verle y saber que está bien, vivo e ileso.

—No puede ser —murmura el Capitán.

—¿Ca… Capitana Kam-Fux? —farfulla la General—. ¿Eres tú?

—Eso creo.

El Capitán Kam-Eras ahoga un grito, salta de su nave a la mía y me da un abrazo con tanta efusividad que se me saltan las lágrimas. Inspiro su aroma y siento que todo este tiempo no ha pasado. Estoy de nuevo en casa, aunque esté destrozada. Me besa, y su calor me hace creer que todo irá bien. Por un momento, soy feliz. Tiene el don de hacerme sentir así, como si fuera un faro brillante en medio de la oscuridad, algo que nunca me abandona. Para cuando se aparta y me toma el rostro con las manos, ambos tenemos lágrimas en los ojos.

—¡¿Dónde estabas?! ¿Qué pasó con tu nave? ¡Creíamos que estabais todos muertos! Pensé que te había perdido…

Se me hace un nudo en la garganta al recordar a mi tripulación y el accidente que no fue tal, sino Pías asesinándonos a sangre fría.

—Es una larga historia —empiezo—, pero…

No sé cómo continuar.

—Pero ¿qué?

Me quedo callada demasiado tiempo y me cubro el rostro, incapaz de pronunciar una sola palabra más. La ansiedad me martillea el pecho. La General toma el relevo:

—El resto de la tripulación no sobrevivió, ¿verdad? —pregunta con suavidad.

Niego con la cabeza.

—Tuvimos un terrible accidente —consigo decir, aunque no es del todo cierto—. Murieron.

—¿Todos?

Asiento.

—¿Fuiste la única superviviente? ¿Por eso has tardado tanto en volver? —inquiere Kam-Eras.

Me detengo un momento, preguntándome cuál es la respuesta correcta. Estoy a punto de contar la complicada verdad cuando notamos un fuerte temblor y el cielo sobre nuestras cabezas se ondula como si fuera agua. Entonces cambia de color y comprendo lo que viene a continuación: decenas de naves venidas de otro planeta traspasan nuestra frontera aérea y se colocan en posición de ataque, a escasos metros de las naves ya preparadas.

—¡Por fin, los natuus! Ahora ya estamos todos —exclama la General, contenta.

—Así que esas tenemos —murmuro—. Esto no va a ser solo entre los volokianos y nosotros. Las otras especies también han escogido su bando en esta contienda. Tuve una visión de lo que hicieron los volokianos, pero no sé si me parece bien implicar a más especies.

—Capitana, los volokianos nos declararon la guerra. No es algo que las demás especies puedan ignorar.

—Los natuus siempre han sido nuestros aliados —confirma Kam-Eras como si fuera lo más obvio del mundo—. Lo fueron en la

Guerra Mineral y lo son en esta. Eran los últimos que faltaban por llegar. Los ganawinos y los pal·latinos ya están aquí —dice señalando más naves extranjeras.

—Cabe suponer que el resto se ha aliado con los volokianos —añade Kam-Mars—, pero nosotros somos más.

Sé inmediatamente que es un gran error, de la misma forma que sé que ya es imparable. Noto la garganta seca.

—¿Qué justificación han dado para atacarnos?

—Tienen la absurda teoría de que hemos secuestrado y asesinado al General Volöotkro, y por más que lo hemos negado, no nos han creído.

—No es más que una excusa barata —añade Kam-Eras—. Vosotros también desaparecisteis y no por eso pensamos que os habían asesinado ellos, aunque era más probable que a la inversa. Los volokianos solo quieren retomar lo que empezaron y quedarse con todo el *melak*.

Cierro los ojos al comprender esta gran equivocación. ¿Pero cómo explicarles una historia tan larga y compleja en tan poco tiempo?

—Entonces ¿vamos a la guerra?

—Así es —afirma la General Kam-Mars.

Su voz denota una profunda tristeza.

—¿No podemos parar esto antes de que mueran tantos inocentes?

—Ya sabes que somos un pueblo pacífico, Kam-Fux, pero no podemos consentir que destrocen nuestro hogar, nos maten con impunidad y se lo queden todo.

Me consuelo pensando que, por lo menos, si vamos a Volok, podré rescatar a Iriel y a Eyzar y llevar al último hasta la Puerta. ¿Qué habrá sido de Emily? Con profundo pesar, acepto mi destino.

—De acuerdo. Vamos.

La General asiente y pone en marcha su nave. Estoy a punto de hacer lo mismo, pero Kam-Eras me retiene.

—¿Entonces fue eso? ¿Un accidente? ¿Por eso no volviste?

Me veo obligada a tragar saliva y a mentir, porque no hay un minuto que perder. De todos modos, la historia es tan

rocambolesca que ni yo me la termino de creer.

—Así es —afirmo con un hilo de voz—. Fue un accidente. Un brutal y desafortunado accidente.

Capítulo 35

EMILY

La puerta

«Así que estoy muerta».

«¿Es una mala noticia para ti?».

Reflexiono. Lo cierto es que no noto la diferencia.

«No lo sé. Lo único que quiero es que termine esta pesadilla. Que cese el dolor. Estoy aquí por error».

Jynek niega con la cabeza.

«Estás aquí porque así estaba escrito».

«¿Cómo?».

«¿Crees que esquivaste la Maldición del Imperio por casualidad? De eso nada. No enfermaste porque debías llegar hoy aquí. Lo dice la Profecía».

«¿Qué Profecía?».

«Una que fue creada hace mucho tiempo. Una que te incluye».

«¿A mí? ¿Por qué? ¿Con qué finalidad?».

«Es una buena pregunta. ¿Por qué crees que estás aquí?».

«Ya os lo he dicho. Por error. Eyzar es quien debería estar aquí con la Llave y el Sacrificio, no yo».

«Bueno, ese era el plan de Cíon, no el nuestro. Ahora Cíon está muerto y tú estás aquí para decidir».

«¡¿Cíon ha muerto?!».

«Era su destino. Aquí todos acatamos el nuestro».

«¿Y cuál es vuestro plan? ¿Qué se supone que debo decidir?».

«Los otros sabios y tú tendréis la última palabra sobre la creación del nuevo mundo. La gran incógnita de nuestro rompecabezas sin terminar. ¿Merecéis una segunda oportunidad?».

Me cogen desprevenida.

«¿No es eso lo que se supone que debía ocurrir? Eyzar es el Marcado y debe…».

«Te lo repito, solo según Cíon. ¿Pero quién era Cíon? Durante milenios, los uknianos se han considerado los amos y señores de la vida, a pesar de que ellos no la crearon. Si pudieron formar a sus especies fue porque el Ente de la Nada y el Todo les concedió ese poder. No obstante, como suele pasar, se les subió a la cabeza. Al final, todo forma parte de la misma rueda».

Me estoy poniendo nerviosa.

«Yo no soy lo que llamáis una sabia».

«Sí lo eres. Un sabio es un ser que ha vivido y aprendido mucho. Todo el mundo debería escucharlos, pues poseen conocimiento. Eso es justo lo que voy a hacer, escucharos».

«¿Quiénes son los otros sabios?».

«Ancianos de las otras especies creadas por los uknianos».

«¿Y dónde están? No los veo».

«Están aquí, pero en otras dimensiones. Que seas incapaz de verlos no significa que no existan, ni que no esté manteniendo esta misma conversación con ellos al tiempo que contigo».

Me da vueltas la cabeza. ¿Significa eso que durante todo este tiempo hemos estado persiguiendo un objetivo erróneo? Pienso en Sally y se me parte el corazón. ¿Jeyd fue escogido como Sacrificio para nada?

«¿Qué pasará si decidimos que no merecemos un nuevo mundo?».

«Que todo y todos seréis destruidos».

Me escandalizo.

«¡Eso es una barbaridad! Ninguna masacre está justificada».

«¿No? Entonces contemplemos la guerra».

Capítulo 36

EÓSYDES

Planeta Volok

—¿Qué pasa con nuestro objetivo? —gruño, interponiéndome en el camino de Volöotkro cuando se queda solo—. La Llave. ¡La creación del nuevo mundo!

Todavía tengo que idear un plan para sacármelo de encima cuando el poder sea mío. Se me acumula el trabajo y se me acaba el tiempo.

—Eósydes, estamos en guerra, por si no te has dado cuenta —protesta exasperado—. No puede esperar. De hecho, deberías ir a refugiarte con el chico y el niño. O por lo menos ir a vigilar a tu hermano.

Volöotkro se ha enfundado una especie de brillante armadura metálica y se ha reunido con los miembros del Mando, quienes me recordaron a mis difuntos Consejeros. Hablaron con los dirigentes de sus aliados en una explanada desértica repleta de lianas y llegaron a la conclusión de que los tamatianos y sus cómplices atacarían de un momento a otro y que no había tiempo que perder. En cuanto se fueron a preparar el ataque, me encaré con él.

—Si la contienda es inminente, quiero luchar.

—No digas tonterías. No sabes manejar el cuerpo de un volokiano. El enemigo te mataría en un abrir y cerrar de ojos.

Por mucho que me fastidie perderme algo así para hacer de canguro, sé que tiene razón. Aprieto los dientes y considero mis

opciones. Volöotkro me dedica una sonrisa maliciosa y llama a unos volokianos que parecen tener la función de centinelas.

—Dejadnos a solas y llevaos a estos dos —les ordena refiriéndose a Eyzar y Jeyd.

—¿A dónde los llevamos, señor?

—Diles que con Iriel —ordeno bajito.

Él asiente.

—Con el otro volokiano que mandé apresar.

Eyzar se queja cuando los soldados se le echan encima.

—Te arrepentirás de esto —me dice—. La vida te lo devolverá.

—Cállate, niño —le espeto—. Si no sabes amenazar, ni lo intentes. Solo te pones en ridículo.

Pretende replicar, pero los guardias ya los están arrastrando hacia uno de esos agujeros negros. Cuando estamos solos, Volöotkro se ríe entre dientes y adopta la forma humana que tan atractiva me resulta, todavía enganchado a la liana.

—¿Cómo se hace eso? —pregunto.

Él suspira.

—¿Cómo quieres pelear cuando ni siquiera sabes transformarte?

—Dímelo.

—Es lo más sencillo que hay. Visualiza tu cuerpo humano y deséalo.

—¿No volveré a casi morir si lo hago?

—No. Te he transferido parte de la esencia volokiana. De hecho, no volverás a tu cuerpo humano, solo adoptarás su envoltura.

—Vale…

Parecen unas directrices absurdas y pienso que me toma el pelo, pero lo intento. Entonces, una vibración se extiende por todo mi cuerpo y tiemblo. De pronto siento dolor, como si se me quebrasen los huesos y desgarrasen los músculos. Chillo, pero por suerte la sensación se desvanece rápido y recupero mi forma humana. Creía que me resultaría más difícil mantenerme erguida en las lianas con esta apariencia, pero es tan fácil como respirar.

Parecen amoldadas al código genético volokiano, casi como imanes.

—Ah, sí, al principio duele un poco, pero te acabas acostumbrando.

Antes de que pueda contestar, se acerca y me besa con pasión.

—¿Qué haces? —inquiero un poco molesta cuando se aparta —. ¿Para besarme sí, pero para dejarme combatir no?

—¡Qué cabezota! ¿No quieres despedirte de mí? —responde con voz grave y provocativa.

Lo cierto es que tanto me da cómo vaya esa estúpida disputa mientras el nuevo mundo se cree y yo gobierne en él, pero también es verdad que entre nosotros hay química sexual y algo pendiente. Así que cuando me vuelve a besar le respondo con intensidad, y a ese beso le sigue otro, y otro y otro más. Cuando me quiero dar cuenta, le estoy quitando la armadura y lanzándola por encima de nuestras cabezas.

Capítulo 37

CAPITANA KAM-FUX

Planeta Volok

Esto es un error.

Trago saliva. A través de las paredes acristaladas de la nave contemplo lo que nos rodea. La visión es espectacular. Cientos de naves aliadas nos siguen, cargadas con individuos de especies que, en un momento u otro, por los motivos que fueran, se enemistaron con los volokianos, lo cual no es difícil, y ahora ven la oportunidad perfecta de vengarse.

Vamos de cabeza a una masacre.

Kam-Eras, que ha decidido volar conmigo, me coge de la mano, y por un momento tengo un horrible *déjà vu*. Vuelvo a estar en esa nave antes de que se estrellara con mi tripulación en su interior. Antes de que Pías nos asesinara a sangre fría.

—Sé que crees que esto no está bien —me dice—. Pero no podemos permitir que arrasen nuestra tierra. Piensa en los niños. En los ancianos. En la gente que morirá si les dejamos que se salgan con la suya.

—Lo sé. Es que…

—¿Qué?

—No sé. Tengo un mal presentimiento.

Kam-Eras me abraza. Cierro los ojos y trato de imaginar que nada de esto ha pasado. Que no vamos a donde vamos. Pero no puedo. La ansiedad me engulle y la realidad me aplasta como si

fuera un ser insignificante.

—Todo irá bien —me asegura él, aunque sé que no es cierto.

Pienso en Emily, perdida en un lugar indescriptible, sola y confundida.

En el jovencísimo Eyzar, con una carga demasiado pesada e injusta sobre los hombros.

En Iriel, con su pierna amputada, su amor asesinado y su insaciable sed de venganza.

Y también en Sally, que acabó ahorcándose rota de dolor.

Pienso en todos ellos, en sus tristes vidas truncadas por la desgracia, y sé que esto no va a salir bien.

Un grito me saca de mi ensimismamiento:

—¡Cruzando el espacio aéreo volokiano!

Me enderezo, suspiro y contengo las lágrimas. Aprieto la mano de Kam-Eras. Ya es demasiado tarde para dar marcha atrás.

—Buena suerte, querido.

—Buena suerte, querida.

Empieza la guerra.

Nada más entrar en la atmósfera Volok, nuestra nave explota en mil pedazos y salimos despedidos.

—¡Nos bombardean! —consigo oír antes de que todo se oscurezca.

Capítulo 38

GENERAL VOLÖOTKRO

Planeta Volok

Aún tengo el sabor de la piel de Eósydes cuando me pongo frente al ejército. Será una pena cuando la esclavice y se vuelva contra mí, pero más gozo me dará ver el miedo y el odio en sus ojos. Ella sigue pensando que será al revés, que podrá dominarme. Qué ganas tengo de enseñarle dónde está el lugar de los humanos. Casi son la misma escoria que los tamatianos.

El comandante Vakloöf, uno de los miembros del Mando, me mira con una sonrisa en los labios mientras las tropas enemigas entran en nuestro espacio aéreo. Me hace una pregunta mental y asiento con la cabeza.

—Dispara.

Los miembros del Mando se deshicieron en preguntas ante mi repentina aparición. No pude responder a casi ninguna, no con esta batalla encima, pero tampoco tengo la intención de darles demasiada información. De todos modos, cuando les anuncie que disponemos de un nuevo planeta para colonizar y esclavizar, poco les importará cómo lo haya conseguido o lo que sucediera antes.

Vakloöf se gira y da la orden. Los volokianos grises se colocan en las catapultas enrolladas en las lianas mientras otros las accionan. En cuestión de segundos, son lanzados por el aire, dirigidos a las naves enemigas. Una vez impactan con ellas, se transforman en bolas de fuego volokiano y las hacen explotar.

Me desternillo. Estoy deseando cazar a Kam-Fux.

Pienso convertirla en mi esclava personal y colocarle un grillete alrededor del cuello. Quizá pueda hacer compañía a Eósydes.

Cuando las primeras naves caen al suelo entre llamas y oigo los gritos de mis enemigos calcinados, suspiro de placer. Es música celestial.

Que griten. Que lloren. Más llorarán si sobreviven.

Han venido al infierno.

Nadie sabe cuánto deseaba esta guerra.

Capítulo 39

EMILY

La puerta

—¡No! —grito. Alzo la mano para introducirme en la visión, pero no es más que humo, aunque sé que es real. Lo sé porque duele—. ¡Capitana Kam-Fux!

Sus naves se estrellan contra el suelo volokiano y sus compañeros de especie y aliados son aplastados, quemados y descuartizados. La veo gritando a pleno pulmón, con sangre en el rostro. Acaricia a un tamatiano que tiene un boquete donde debería tener el corazón.

—¡Kam-Eras! —grita aterrada—. ¡Kam-Eras, por favor, no!

Desgraciadamente, por mucho que chille, Kam-Eras está muerto. Siento una pena terrible, aunque sé que esto no ha hecho nada más que empezar.

«No quiero verlo», protesto.

«Debes hacerlo», responde Jynek.

«¿Por qué?».

«¿Cómo si no vas a elegir qué se debe hacer?».

Muevo la cabeza, indignada.

«¿Quién soy yo para elegir el destino de nadie?».

«Una sabia».

«Soy solo una vieja».

«Los viejos suelen ser sabios», comenta el Ente de la Nada y el Todo.

Suspiro. Estoy a punto de replicar cuando se me ocurre una idea.

«Dices que el destino está escrito».

«Parte de él».

«¿Podrías mostrarme una de las variantes?».

«¿Cómo?».

«Quisiera… quisiera saber qué sucederá si se crea el nuevo mundo. ¿Cómo será la vida de los supervivientes de esta guerra? Decís que el conocimiento es poder… pues dadme conocimiento para que pueda decidir».

Capítulo 40

EÓSYDES

Planeta Volok

—Estás loca —dice Iriel.

—¿Lo estoy? —sonrío.

—Por favor… —gime Eyzar.

—¡Déjalo en paz! ¡Monstruo!

—No hasta que me dé lo que quiero.

—Te voy a matar, Eósydes, te lo juro.

—Lo que tú digas. —Me giro hacia Eyzar—. ¿Dónde está la Llave?

—No… no…

—¿No? Muy bien.

Él grita, e Iriel hace mucho ruido. Jeyd es el único que se mantiene en bendito silencio.

—¡Suéltalo, maldita zorra!

Estamos en las minas.

Si pudiera definirlo de alguna manera, diría que es el infierno dentro del infierno, una cárcel de azufre y demonios, un lugar de castigo para los pecadores. Ubicadas bajo tierra, forman una especie de caverna gigantesca y especialmente calurosa con largas estalactitas plagadas de seres espantosos, los cuales tienen una función que no tardo en descubrir. Es el único lugar en todo Volok en el que no hay lianas. Pero hay una laguna de lava.

Los carceleros, por llamarlos así, son volokianos deformes y

de un feo color verdoso que han amarrado a Iriel, Eyzar y Jeyd, cada uno a una de las estalactitas, solo que, en vez de usar cadenas, los sujetan unos seres que me recuerdan a una mezcla entre gusano de tierra y serpiente. Sean lo que sean (uno de los carceleros los llamó *uwenneh*), se han enroscado a ellos y, a mi orden, los devoran por dentro.

Así, tal cual. Solo tengo que desearlo y los *uwenneh* levantan la cabeza y la hunden en el cuerpo de Eyzar, desgarrándolo todo a su paso con un crujido sonoro y viscoso. La sangre cae a raudales al suelo, impregnando las minas de olor a hierro.

Sin embargo, no es el único que está en esta situación. Hay otros volokianos atados a las estalactitas que están siendo devorados por los *uwenneh*. Cuando terminan con la vida del volokiano al que están torturando, arrojan sus restos a la laguna de lava y, momentos después, unas virutas negras se elevan en el aire y traspasan las paredes de la mina. Algo me dice que eso acaba repercutiendo en el planeta, en Volok. Al fin y al cabo, polvo somos y en polvo nos convertimos.

Mientras Eyzar grita enloquecido, Iriel me amenaza y yo reflexiono sobre la vida y la muerte, noto un fuerte temblor sobre nuestras cabezas que hace retumbar las paredes de la mina.

—Guerra —dice uno de los carceleros.

—Lo sé.

Aprieto los dientes. Me siento excluida. Ahí arriba, subiendo por las interminables escaleras que he tenido que bajar para llegar hasta aquí, se está librando una fascinante batalla intergaláctica. La mayor guerra jamás vista, la que decidirá el futuro. Y me la estoy perdiendo por ser una simple humana. Grito de rabia.

Al menos haré bien mi parte y no pararé hasta dar con la maldita Llave. Después de nuestro encuentro íntimo, Volöotkro me dijo que mirase «dentro» del rebelde, así que eso estoy haciendo. Aunque tenga que revolverle todas las entrañas, me haré con ella. Solo así podré crear un nuevo mundo en el que Iriel sea mi esclavo.

—¡Basta! ¿No ves que no la tiene? —brama mi hermano.

—Alto —ordeno, y los *uwenneh* paran.

Eyzar ha dejado caer la cabeza y tiene los ojos en blanco. Por las comisuras de la boca le sale una espuma amarillenta y hedionda. Imagino que debe de sentir mucho dolor. No es para menos. Tiene el tórax desgarrado y lo que imagino que es el equivalente a las costillas humanas hecho añicos. Me asomo a su interior de un modo literal, como si fuera una ventana, cada vez más enfadada. ¿Dónde está mi Llave?

Veo órganos. Naturalmente, no son como los humanos, sino cientos de minúsculos saquitos interconectados por algo parecido a las arterias, pero más gruesas y de color verdoso. Algunos órganos están reventados y supuran sangre espesa, que va a unirse a la que ya hay en el suelo.

Meto la zarpa dentro, ignorando las protestas de Iriel a mis espaldas. Remuevo los órganos, que me resultan viscosos al tacto. Sin embargo, por más que escarbo, por más que los que arranco de su sitio y los arrojo al suelo como si fueran basura mientras busco la Llave, no la encuentro. Frustrada, saco la pinza y abofeteo a Eyzar, que no da más que un espasmo. Iriel se menea con ganas, pero no consigue liberarse de sus ataduras.

—¡No tiene la Llave! ¿No lo ves? ¡No la tiene! ¡Deja de torturarlo!

Por primera vez, empiezo a creerlo. ¿Y si es cierto que ya no la tiene?

—Entonces ¿quién la guarda?

—No lo sé.

—¡Dime la verdad!

—¿Cómo voy a saberlo? ¡Estás loca!

De pronto se me ocurre una posibilidad.

—¿La tienes tú?

—¿Qué?

—¿Te la ha dado para que no la encuentre en él?

—¡No!

—Bueno, es fácil de comprobar, hermano. Voy a abrirte en canal.

—¿Qué…? —jadea.

Veo el miedo en sus ojos. Bien. Eso es bueno.

—Te lo repetiré una última vez, tullido, dame la Llave.

—¡No la tengo!

—Lo que tú digas. *Uwenneh*, atacad.

Es maravilloso ver lo rápido que obedecen. Iriel grita cuando el bicho le agujerea el cuerpo. Siento una profunda satisfacción. Sé que no puedo infligirle tantas heridas como a Eyzar, ya que eso le mataría, pero siempre que no me pase, con el poder de los volokianos podré sanarlo una y otra vez y repetir la tortura hasta que me diga lo que quiero saber. Necesito esa Llave. Pase lo que pase. Es lo más importante.

—¡Parad! —ordeno, y los bichos paran—. Bueno, ¿dónde está la Llave?

—¡No la tengoooo!

Suspiro. Arriba se escuchan sonidos de guerra, pero la mía también es esta: doblegar a mi hermano y someterlo a mi voluntad.

—¡Eres tan estúpido! Te arrancaré hasta la última tira de piel a menos que me digas la verdad.

—Puedes matarme, como hiciste con Luba, como has hecho con tantas personas inocentes que han tenido la desgracia de cruzarse en tu camino. Pero no tengo la Llave y tú tampoco la tendrás nunca, puta.

Cuando me sonríe con una dentadura rota y sanguinolenta, por fin lo comprendo. Me invade la furia.

Me han engañado.

En algún momento, Eyzar se desprendió de la Llave y se la pasó a alguien. A quién es imposible de saber, pero desde luego a nadie que esté aquí.

—Si no la tiene el rebelde —pregunto temblando de ira—, y tú tampoco, ¿quién?

—Ya puedes matarme, hermana. No lo sé y, aunque lo supiera, no te lo diría. Ahora me amenazarás con torturarme, así de previsible eres para mí, incluso lo más probable es que me hagas algo muy doloroso, pero me crea tanto placer verte fracasar que no me importa. ¡Jódete!

Grito sin control. En un momento, mi plan perfecto se ha

desmoronado. Sin la Llave, no importa que tenga a Jeyd. Miro al niño roto transformado en volokiano, amarrado por los *uwenneh*. ¡Tanto quebradero de cabeza para nada! Estallo. Si no puedo matar a Jeyd ni a Eyzar porque ya están muertos, me desahogaré con Iriel.

—No tienes en cuenta lo mucho que disfruto con el hecho de torturarte, aunque no saque nada a cambio. Te quité la pierna de pequeño y ahora voy a terminar lo que empecé hace tanto tiempo.

Iriel me escupe en la cara, dándome de lleno en el ojo.

—Haz lo que quieras, pero tarde o temprano caerás. Nos veremos en el infierno, hermana.

—¡Atacad! —grito a los *uwenneh*.

Así lo hacen. Cada uno por un lado, le revientan la piel y se produce una explosión de sangre, huesos y órganos que me salpica el rostro, creándome una tétrica máscara. Él grita con todas sus fuerzas mientras los *uwenneh* escarban en su interior, entran y salen, una y otra vez, destrozando más y más su cuerpo, provocándole lo que espero que sea un dolor indescriptible.

Me río con ganas, pero justo cuando estoy a punto de ordenarles que paren para rematarlo yo, ocurre algo inesperado.

Capítulo 41

CAPITANA KAM-FUX

Planeta Volok

—¡Capitana Kam-Fux! ¡Cuidado!

Grito.

Pasan muchas cosas a la vez y siento un estrés brutal. Hay una enorme explosión, un golpe fortísimo y después siento un dolor inimaginable.

Por un momento, todo se queda a oscuras. Solo oigo un pitido intenso que me provoca dolor de cabeza. Me llevo las manos a la cara e inhalo y exhalo profundamente tres veces antes de abrir los ojos. Poco a poco, los sonidos de la guerra me envuelven como una manta asfixiante.

Gritos.

Estallidos.

Fuego.

Volokianos grises volando y naves derribadas.

Muerte, muerte, muerte.

A cámara lenta, analizo el escenario que nos rodea. Los volokianos y sus aliados han acorralado a nuestras tropas y nos están masacrando. Tumban nuestras naves y, una vez caemos al suelo, unos proyectiles emergen de la tierra y nos destrozan.

Todos saben que el suelo volokiano es terreno prohibido, pero lo de los volokianos grises es una técnica nueva no vista en la Guerra Mineral. Comprendo que llevaban tiempo preparándose

para un nuevo ataque y que han ido perfeccionando su estrategia. Hemos caído en su trampa como bobos.

Con la cabeza embotada e incapaz de moverme, intento reconstruir lo que le ha sucedido a nuestra nave. Un volokiano gris impactó contra nosotros y Kam-Eras y yo nos estrellamos. Entonces, mientras iba hacia él, los mawis, aliados de los volokianos, nos dispararon desde las aves de montura típicas de su planeta una especie de bolas de energía mortales que producen en su vientre fibroso. Kam-Eras se lanzó sobre mí para evitar que me diera la bola, sin saber que ya no puedo morir. Al recordarlo, gimo y me arrastro hacia él. El impacto lo arrojó a varios metros de distancia, y ahora me parecen kilómetros. Cuando llego y doy la vuelta a su cuerpo, chillo. Después rompo a llorar.

—No… no…

Le han destrozado. La bola entró por la espalda y salió por el pecho, dejando un boquete inmenso. Tengo sus órganos desparramados sobre mí y me he bañado con su sangre. Sus ojos sin vida apuntan a un cielo del que llueven cadáveres, tanto de un bando como de otro.

Mientras le lloro, un proyectil se dispara a un par de metros de mí y arranca una mano de un cadáver desconocido que se posa en mi regazo. La aparto con asco. No quiero soltar a Kam-Eras ni separarme de él. Me digo que, si le hubiera contado la verdad, si le hubiera dicho que ya estoy muerta, no habría arriesgado su vida. Pero otra parte de mí, la superviviente, me dice que o me aparto del suelo, o un proyectil me destrozará.

—Lo siento —le digo entre lágrimas amargas—. Lo siento de verdad, mi amor.

Ya es tarde. Pensábamos que los humanos eran los peores, cuando todo tipo de vida está corrompido.

Estamos podridos por dentro.

Entonces oigo algo.

—¡Capitana Kam-Fux!

Alzo la vista. Es un joven piloto tamatiano cuyo nombre me avergüenza no recordar. Se las ha apañado para esquivar los ataques enemigos y lanza rayos mortíferos desde su nave. Al

verme, desciende y abre la cúpula protectora. Me tiende la mano. No me lo pienso dos veces y acepto su ayuda. Una vez en el interior, el piloto remonta el vuelo y gana altitud.

Me seco las lágrimas que emborronan mi visión. Si este muchacho es fuerte en un momento tan difícil, yo también, aunque me duela tanto el corazón.

—Nos están machacando, Capitana.

—Ya veo —digo con la voz rota mientras observo cómo dispara contra un volokiano que le estaba clavando el aguijón a uno de nuestros aliados, un ganawino—. ¿Has visto a la General Kam-Mars?

Por la cara que pone, no hace falta que me responda. Aun así, lo hace:

—A ella no, pero vi su nave… estaba en muy mal estado.

—No sigas —le pido, sobrepasada.

Aprieto los dientes con fuerza para no gritar.

«Toda esta muerte… toda esta destrucción… ¿Cómo la detengo?», pienso.

—En realidad ya lo sabes, Capitana —suena una voz aguda detrás de mí.

Doy un respingo y me asusto porque no veo a nadie. Luego me fijo y veo una leve ondulación en el aire. Suelto un suspiro de alivio y oigo una risita. Primero aparecen unos almendrados ojos amarillos y luego el resto del cuerpo, que no es más que una bola peluda de color morado. Es un pal·latino, uno de nuestros aliados. Esta especie lee la mente, además de tener unos poderes psíquicos muy interesantes.

—Dímelo. ¿Cómo lo hago? ¿Cómo paro una guerra que jamás debió empezar?

—Recuerda qué has venido a buscar.

—Eyzar. Iriel. Y el niño.

—Eso es.

—¡Pero no sé dónde están! Volöotkro puede haberlos escondido en cualquier rincón de este horrible lugar.

El joven piloto suelta una risita.

—¿Por qué te ríes? No le veo la gracia.

—Parece ser, Capitana, que olvidas que los pal·latinos no somos muy buenos guerreros, pero sí unos sabelotodo.

Miro la bola gordita de pelo morado. Su aspecto es tan inofensivo, con sus patitas cortas y rosadas, que podría pasar por una criatura adorable.

—¿Puedes ayudarme a encontrarlos?

—¿Recuerdas sus rostros, Capitana?

Rezo para que Jeyd, a quien nunca he visto, esté con Iriel y Eyzar. Asiento.

—En ese caso, visualízalos y te guiaré hasta ellos.

Capítulo 42

EMILY

La puerta

Jynek selecciona uno de los hilos que nacen de entre sus dedos y me toca la frente con él. Serpenteando, se introduce en mí.

Veo un horrible espectáculo.

«¿Qué… qué es esto?», gimo asustada.

«El nuevo mundo. Solo que no salió como Cíon esperaba. La realidad es que sus sueños se hicieron añicos y ganó la maldad», explica el Ente de la Nada y el Todo.

«Lo que estoy viendo, ¿son las consecuencias de la guerra intergaláctica que se está librando ahora?».

«Así es. Como ves, al final gana el bando de los volokianos. Consiguen crear el nuevo mundo y esclavizan a todos los demás».

«Pero ¿cómo es posible?».

«Tienen al Sacrificio y las coordenadas de este lugar. La Puerta está abierta, la abriste al llegar aquí. Eyzar te dio la Llave. ¿Crees que tienes poder suficiente para enfrentarte a un general volokiano? Porque no lo tienes, Emily, por mucha fuerza de voluntad de la que hagas gala».

«¿Dónde está la Vasija?».

«Aparece cuando detecta al Sacrificio».

Tiemblo de miedo. El nuevo mundo es espantoso. Es una bizarra mezcla entre un infierno y una cárcel. El mundo está dividido por niveles, y en cada uno se aplican diferentes torturas.

Desde condenados sumergidos en ríos de azufre, hasta insectos devoradores de carne y aves que picotean los ojos y los destrozan. Los prisioneros andan encadenados por grilletes de fuego, dirigiéndose como almas en pena a sus trabajos forzados.

«Pura supremacía volokiana. Si se crea el nuevo mundo, los volokianos esclavizarán a todas las especies que no hayan colaborado con ellos en esta guerra. ¿Y sabes qué les pasará a los humanos supervivientes a la Maldición del Imperio?».

«Nada bueno».

«Observa».

La imagen a vista de pájaro del nuevo mundo que estaba teniendo se evapora y aparece una especie de llanura con un montón de postes clavados en el suelo.

Me entran arcadas.

Los humanos están encadenados a ellos, desnudos. Las demás especies perdedoras hacen fila mientras los aliados de los volokianos les dan pase. Cuando obtienen el permiso, se acercan a un humano y le pegan un bocado.

El humano grita, sangra y pierde el trozo de carne engullida que, al instante, se regenera para ser devorado de nuevo por el siguiente prisionero. No hay distinciones ni excepciones. Hombres, mujeres, ancianos y niños. Todos sirven de alimento.

«Es la más inferior de las especies —explica Jynek–. Los humanos no sirven ni para los arduos trabajos que se realizarán en el nuevo mundo, donde los seres seréis eternos, víctimas de un castigo interminable del que jamás podréis escapar, ya que no podréis morir. ¿No te alegras de estar ya muerta? ¿De que tu hija lo esté? ¿De que tu nieto lleve muerto años?».

Siento un terrible impulso de llorar, pero eso no solucionaría nada.

«Muéstrame qué pasaría con Iriel, Eyzar y Kam-Fux».

«¿Estás segura de querer conocer su destino?».

Dudo. ¿Qué puede ser más terrible que esto? No obstante, obviar la verdad no hará que sea menos dolorosa, ni menos real.

«Sí», respondo.

«Tú lo has querido…».

De pronto estamos en otro lugar que no me cuesta nada adivinar que es privilegiado. Se trata de una edificación hecha de un material de lo más extraño, una mezcla entre metal negro y electricidad. Los torreones se elevan altos y acabados en punta hacia el cielo negro; parecen pinchar el vientre de unas gigantescas bestias aladas que sobrevuelan el lugar.

Entramos, aunque sin estar ahí, y recorremos los pasillos en sombras a una velocidad pasmosa hasta encontrarnos en un salón de suelo negro con varias estacas clavadas en el centro.

En una de ellas está Eyzar, crucificado. Está desnudo y puedo verle el interior del estómago. Aunque parezca increíble, eso no es lo peor. Lo peor es presenciar a Volöotkro devorándole, oír los sonidos repugnantes que hace al sorber su sangre como si fuera la más pura de las aguas y quitarse con las extremidades los pedacitos de órganos que se le quedan entre los dientes.

Además, Eyzar tiene los ojos abiertos y llenos de lágrimas. Está consciente, aunque mira al suelo. Ni siquiera levanta la vista cuando Kam-Fux, también desnuda y cubierta de hollín, se acerca a limpiar la sangre que hay a sus pies. No puedo evitar fijarme en el grillete que lleva al cuello.

Entonces comprendo la aterradora realidad, el destino que les aguarda si se crea el nuevo mundo: no habrá victoria para los humanos, ni para los tamatianos, ni para muchos otros inocentes. Los volokianos y los suyos ganarán la guerra y se harán con el control del nuevo mundo, en el que Eyzar servirá de alimento para los volokianos y Kam-Fux será la esclava de su eterno enemigo.

Una vez acaba de alimentarse, Volöotkro eructa y se limpia la boca. Luego, con un gesto de lo más siniestro, acaricia la cabeza calva de Kam-Fux. Ella tiembla ante su tacto y rehúye su mirada.

—Te dije que te arrepentirías, Capitana —empieza Volöotkro.

—Por favor, no… —gime ella.

—Por favor, ¿qué?

—Por favor, amo…

Una gruesa lágrima cae al suelo y se mezcla con la sangre de Eyzar. Se me parte el corazón. Deseo ayudarla, pero ahora no

puedo.

Volöotkro, lejos de compadecerse, se ríe de ella.

—El chico estaba enamorado de ti, bueno, de hecho aún lo está, ¡y tú, loquita por ese tonto de Kam-Eras! Eyzar te dio su corazón, y es hora de que tú lo tomes… de forma literal.

—¡No! ¡Otra vez no!

—¡Te ordeno que le arranques el corazón y te lo comas, Capitana!

Comprendo que el nuevo planeta está sujeto a una tenebrosa magia oscura que obliga a los esclavos a obedecer los designios de sus amos, porque Kam-Fux, presa de una incontrolable fuerza invisible, se levanta de un brinco. En contra de su voluntad, entre gritos y pataleos que me hielan la sangre y que rebotan por el alto salón trayéndome el eco de su voz desesperada y rota, se acerca a Eyzar y, de un movimiento, le arranca el órgano del pecho.

Todo sucede muy rápido. En cuestión de un segundo, la mano de la Capitana desgarra la piel del pecho y revienta el esternón de Eyzar para agarrar el corazón y llevárselo consigo, todavía bombeando y chorreando sangre.

Chillamos. Kam-Fux es víctima de unos horribles y violentos temblores. Veo la culpabilidad en su rostro demacrado y ceniciento. Eyzar sigue en silencio, pero llora y la mira a los ojos rojos e hinchados. Tiene sangre en la comisura de los labios y los dientes podridos. Asiente, la perdona por lo que está a punto de hacer, ya que en realidad no tiene forma de negarse.

Como si se tratara de una manzana crujiente, Kam-Fux da un mordisco al corazón y se traga la carne fibrosa. Hasta veo el bulto pasar a través de su garganta. Volöotkro se ríe sádicamente de ellos mientras da palmadas y disfruta de la escena con verdadero regocijo.

—Perdóname, Eyzar, perdóname, por favor…

Él no responde. Ya tiene suficiente con el dolor y la humillación.

«¡Basta! ¡Es suficiente! Por favor», suplico.

Es lo más macabro que he visto en toda mi vida y siento arcadas.

Jynek se ríe, aunque no parece divertida. En absoluto.

«¿Te da miedo el posible futuro? ¿Por qué no echas un vistazo a lo que está sucediendo en Volok? El tiempo de decidir está muy próximo, Emily».

Capítulo 43

IRIEL

Planeta Volok

Se produce una enorme explosión y las rocas que se desprenden de la mina aplastan a los carceleros que nos estaban custodiando y a algunos presos. Eósydes grita y se pone en guardia mientras una nave hace su precipitada aparición. De su interior salen Kam-Fux y otro miembro de su especie que no conozco, pero que parece poco más que un adolescente.

—¡Capitana! —exclamo, recordando que tenemos forma volokiana y no humana—. ¡Somos nosotros! ¡Ella es Eósydes, ten cuidado!

—¡Suéltalos! —ruge Kam-Fux a Eósydes.

—Tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

Por un instante, por un glorioso instante, me permito pensar que Eósydes va a perder. Por loca que esté y por muy malvada que sea, aún no domina el poder ni la forma de los volokianos. Nadie la ha instruido, y me viene a la memoria cuando Kam-Fux se deshizo de un plumazo de los soldados de mi hermana, aunque me suena tan lejano como si hubiera ocurrido en otra vida.

Kam-Fux y Eósydes se abalanzan la una sobre la otra y, mientras tanto, el otro tamatiano me libera. Mientras achicharra a los *uwenneh* con un rayo de su brazalete, veo atónito como Jeyd es también rescatado por unas fuerzas invisibles.

—Una pequeña ayuda que mejor que siga siendo secreta —me

susurra el desconocido en tono confidencial, guiñándome un ojo.

—Claro, gracias —digo sin entender demasiado, aunque tampoco me importa. Cualquier auxilio es bien recibido.

Caigo al suelo de manera humillante, ya que todavía no estoy acostumbrado al cuerpo de los volokianos. Siento un dolor terrible y las heridas me sangran profusamente. Por suerte, mi salvador me pone las manos encima y empiezo a sanar. Cuando termina, tuerce la boca con disgusto.

—Lamento ser incapaz de hacer más. Si tuvieras forma humana sería más fácil, pero los tamatianos no podemos controlar las formas volokianas.

—Has hecho mucho. Gracias.

Es cierto. Las heridas no han desaparecido, pero han mejorado lo suficiente como para que pueda centrarme en el niño. Ahora es lo más importante, el Sacrificio.

A la vez, no quito ojo a la pelea entre Kam-Fux y Eósydes. Maravillado, veo que la Capitana le está dando una paliza increíble. Con su brazalete le dispara rayos, uno detrás de otro, y Eósydes los recibe todos. Aunque la forma volokiana la protege, pienso esperanzado que no le debe de quedar mucha más resistencia. Además, la superamos en número y…

Se acaba la buena suerte.

Todas mis ilusiones se esfuman, y me abalanzo sobre Jeyd antes de que lo haga él.

Volöotkro.

Kam-Fux grita, Volöotkro grita, Eósydes grita, yo grito. Ignoro cómo ha sabido que Eósydes estaba en peligro, pero llego a la conclusión de que, al darnos un cuerpo volokiano, estableció una especie de conexión con nosotros.

Todo sucede demasiado rápido, tanto que a la Capitana no le da tiempo a reaccionar. Volöotkro se lanza contra el joven tamatiano que me ha desatado y le clava un aguijón en el ojo. El pobre solo puede ahogar un grito antes de caer muerto al suelo, con el cerebro reventado.

—¡NO! —brama Kam-Fux, pero Volöotkro carga contra ella, fiero, así que no tiene más remedio que alejarse de Eósydes.

Entonces, por primera vez, la vida me pone algo en bandeja de plata. Eósydes está herida, acurrucada en un rincón, seguramente confusa y desorientada después del vapuleo de Kam-Fux, que mantiene ocupado a Volöotkro.

Estoy seguro de que no se espera que la ataque, así que es justo lo que hago. Me abalanzo sobre ella, enloquecido.

Desearía recuperar mi forma humana para golpearla con los propios puños y sentir su sangre sobre mi piel, pero como estoy atrapado en este asqueroso cuerpo me conformo con levantar una extremidad terminada en aguijón y apuñalarla con él repetidas veces como si fuera un cuchillo.

Ella chilla de dolor y siento un placer inmenso. Mientras sigo una y otra vez, destrozándola sin descanso ni piedad, recuerdo a Luba. Sonriéndome, abrazándome, besándome. Llevando nuestro amor a escondidas, cuidándonos de que la sociedad retrógrada en la que vivíamos no descubriera nuestro secreto. Pero ella lo averiguó y lo usó para herirme de un modo que ninguna tortura física es capaz de conseguir.

Quiero hacerle daño, mucho daño. Siento la necesidad de dar rienda suelta a todo el odio que he estado reprimiendo estos años, intentando ser buena persona y diferenciándome de ellos.

Voy a vengarme por todo lo que ha hecho esta psicópata.

Levanto la zarpa con intención de dar el golpe final cuando una voz me interrumpe:

—¡No, Iriel!

Es Eyzar. Está desatado y sus heridas, como las mías, presentan un mejor aspecto. Sospecho que el mismo ser invisible que desató a Jeyd le ha ayudado, y me tranquiliza saber que hay una fuerza extra jugando en nuestro bando, aunque no sea capaz de percibirla.

—No la mates —dice.

—¿Qué? —exclamo atónito—. ¡Te ha rajado entero!

—Sí, Eósydes es una persona espantosa. Pero esa no es la cuestión. La cuestión es si vas a convertirte en un asesino por su culpa.

Me quedo callado y, durante un instante, el mundo se detiene

mientras Eyzar se acerca a mí. Vuelvo la cabeza hacia mi hermana, ensangrentada y vulnerable, y sé que nunca tendré otra oportunidad para acabar con ella. Me inunda la rabia, pero cuando voy a decirle a Eyzar que sus daños no tienen perdón, pienso en Luba. Recuerdo su bondad. Sus ojos cariñosos. Su tierna sonrisa. Me acuerdo de él en su lecho de muerte pidiéndome clemencia para Eósydes, para su asesina. Noto un nudo en la garganta que amenaza con hacerme llorar.

—Luba era una persona amable y gentil que nunca hizo daño a nadie. ¡No merecía morir así!

—No eres el único que ha sufrido. Masacraron a mi familia. Mi hogar quedó reducido a cenizas. Pero ¿sabes qué? Cíon tenía fe en nosotros. Creía que no todos éramos malvados, que algunos valíamos la pena, y pienso que con razón. Después de todo, sigo teniendo fe en la humanidad. En gente como tú, Iriel. Demuestra que no eres como ellos.

—Yo…

Me detengo a mirarle como si fuera la primera vez. Reparo en la desesperación que transmiten sus ojos y en su voz quebrada. Me doy cuenta de que es solo un niño, un niño que ha vivido una tragedia, pero que aún es capaz de ver la bondad entre tanta maldad.

Comprendo que Eyzar se parece mucho a Luba y también a como era yo antes de que Eósydes eliminase todo lo bueno que quedaba en mí. Pienso si merece la pena dejar que gane y permitirle que me convierta en un monstruo como ella. Desde luego, Luba no querría eso.

Eyzar me pone una pinza en el hombro.

—Creo en ti, Iriel.

A veces, eso es lo único que uno necesita oír.

Cierro los ojos y asiento.

Se lo debo a Luba.

Pero tan pronto como pienso que ya he tomado una decisión, oigo un grito y siento un dolor lacerante que me atraviesa el cuerpo.

—¡Noooooooo! —chilla Eyzar, y sigo la dirección de sus ojos.

Eósydes, medio muerta, se las ha ingeniado para sacar fuerzas del infierno, correr hasta mí y ensartarme con el aguijón. Me ha clavado uno tan grande y gordo que la punta sobresale por el extremo opuesto.

Rujo. No aprende. Es el mal, y hay que erradicar el mal de la faz de la Tierra. Todas las buenas vibraciones que ha conseguido Eyzar las destroza Eósydes en un segundo, y el odio lo nubla todo. ¿Cómo es posible que haya estado a punto de perdonarla? ¿Cómo he podido estar casi convencido de no vengar la muerte de Luba?

Eósydes ha de morir, y debo asesinarla yo. Cuando mi hermana retira el aguijón de mi cuerpo, me giro y me lanzo sobre ella. Oigo que Eyzar me suplica, pero sus peticiones quedan en un segundo plano.

Nos enzarzamos en una pelea a muerte, la definitiva. Ella consigue clavarme un aguijón en un órgano volokiano que debe de ser bastante importante porque empiezo a sangrar a chorro, con lo cual resbalamos y me las apaño para quedar sobre ella. Presa del odio más intenso, le muerdo en el cuello, donde los humanos tenemos la yugular. No las tenía todas conmigo, pero consigo el efecto que buscaba porque, de inmediato, comienza a sangrar en abundancia.

Ambos dejamos de agredirnos durante un segundo en el que nos miramos a los ojos y el mundo a nuestro alrededor se para. Los chillidos de Eyzar se convierten en un murmullo y los ruidos de la batalla entre Volöotkro y Kam-Fux son insignificantes. Sé que unos metros sobre nuestras cabezas se está librando una guerra intergaláctica, pero ni siquiera eso llama mi atención. El techo de la mina se está desprendiendo y llueven enormes pedazos de roca. Cojo un fragmento con disimulo. Para distraerla, le hablo:

—Mataste a Luba.

—Querías robarme el Imperio.

—¡Jamás quise ese trono!

—Da igual. Tu existencia entorpeció mi camino. Debiste nacer muerto. ¡No, no debiste nacer!

—¡Estás loca! Eres tú la que no debería haber existido, pero voy a remediarlo ahora mismo. Te dije que te mataría, ¿recuerdas?

—Claro. Te dije que estaría ahí para rematarte.

—No. No esta vez. Muere, puta.

Grito y levanto la roca por encima de mi cabeza. Con todas mis fuerzas, la estrello contra su cráneo, chillando sin parar mientras el mundo se desmorona a nuestro alrededor y doy rienda suelta a toda mi frustración y dolor. Repito el movimiento una y otra vez hasta rompérselo y hacerle papilla el cerebro. Esquirlas de hueso y sopa de sesos me salpican el rostro y se convierten en lluvia, pero sigo sin parar hasta que los músculos me arden. Sigo hasta que su cabeza se convierte en puré mientras que los recuerdos de todo lo malo que me ha hecho en la vida desfilan por mi mente y, al final, me convierto en aquello que Luba no quería pero que era necesario: un asesino.

—¡AAAAAAAAAAAAHHHHHHHHHHHHHH!

Me detengo cuando estoy convencido de que está a punto de morir. Jadeando, contemplo su cuerpo destrozado y, de pronto, todas las fuerzas que me quedaban me abandonan y me arrojo a su lado, respirando con fuerza y dificultad.

Por fin lo he hecho. Me he cobrado mi venganza. Me entra la risa floja y se me escapan las lágrimas, aunque no sé si son de alegría o de tristeza. He matado a mi archienemiga… ¿Por qué no me siento pletórico?

Veo a Eyzar agazapado en un rincón, llorando, y se me parte el corazón. Cubierto de sangre y sesos, me acerco a él dejando el cuerpo a mi espalda. Siento que le he decepcionado.

—Eyzar, lo siento… Debía hacerlo.

—Venganza, odio, rencor… No aprendemos… Los humanos no tenemos salvación.

Trato de tocarle, de hacerle comprender mi necesidad, pero cuando levanta la mirada hacia mí, sus ojos se posan en algo que hay a mi espalda y se llenan de miedo.

—¡Cuidado! —me advierte, pero es demasiado tarde.

Es algo que comprendo solo segundos antes de morir, asaltándome de modo automático por tener forma volokiana, y es que los volokianos, cuando están a punto de fallecer, cuentan con unos instantes extra donde recuperan todas sus fuerzas para poner

sus asuntos en orden antes de marcharse de este mundo.

Eósydes los aprovecha lanzándome con ella a la laguna de lava.

Mientras caemos, antes de que el magma nos devore, pronuncia sus últimas palabras:

—Te dije que ahí estaría para rematarte, y aquí estoy. Me voy al infierno, pero te vienes conmigo, hermano.

Mi último pensamiento antes de morir es para Luba, y me pregunto cuánto lo habré decepcionado y si allá donde esté será capaz de perdonarme.

Capítulo 44

EYZAR

Planeta Volok

—Oh, no, no, no, por favor… Qué desastre…

Estoy asomado al borde de la laguna de lava y las lágrimas caen desde mis ojos hasta el magma que devora los cuerpos de los hermanos.

Por un estúpido momento pensé que de alguna forma se habrían salvado, o al menos que Iriel lo habría hecho, pero llegué a tiempo para ver cómo eran engullidos. Su guerra particular ha llegado a su fin, cobrándose la vida de ambos.

«Nacieron juntos y han muerto juntos, y durante su vida no hicieron más que detestarse y hacerse daño», pienso. Más lágrimas caen para deshacerse en lava. ¿Para esto quería Cíon un nuevo mundo? ¿Para llenarlo de hermanos que pelean?

Cuando creo que mi corazón ya no soportará más dolor, oigo que Kam-Fux grita a mi espalda. Me giro y veo con horror que Volöotkro le ha atravesado la cabeza con su aguijón. Entra por el ojo, reventándoselo, y sale por la nuca. Cuando lo saca, se oye un desagradable sonido y Kam-Fux, tras todo el esfuerzo, cae hacia atrás como una inservible muñeca de trapo.

—¡Capitana! —exclamo, y corro hacia ella.

Pero, antes de alcanzarla, Volöotkro me lanza una especie de red que genera con sus extremidades, la cual me quema la piel y me inmoviliza. Después, ataca a algo que está en el aire. Al

principio no comprendo qué hace, pero, al ver caer al suelo muerto a un ser pequeño y morado, deduzco que era quien nos estaba ayudando, amparándose en la invisibilidad. Sin embargo, de algún modo, Volöotkro lo ha detectado y lo arroja a la laguna de lava como si fuera basura. Después, suspirando, se acerca a mí.

—Se ha acabado, niño —dice—. Estoy cansado de este jueguecito. Quiero que me des la Llave ahora mismo.

Kam-Fux, aunque derrotada y cubierta de sangre, se mueve y gime lastimosamente. Al fin y al cabo, ella, como Volöotkro y como yo, no puede morir, porque ya está muerta.

—No lo hagas —susurra—. ¡No dejes que se salga con la suya!

—Bueno, humano, creo que has visto suficiente como para adivinar lo que le pasará a la Capitana si no me dices lo que quiero saber.

—¡Eyzar, no lo hagas! No puede asesinarme.

—Pero sí torturarte ante sus inocentes ojos infinitas veces. Piénsalo. Te doy cinco segundos. Uno…

—¡Eyzar, estamos perdidos si lo averigua!

¿Soportaré más agonía? Todo lo que conocía, todo mi mundo, se ha convertido en caos y destrucción. Mi familia muerta, la Tierra aniquilada, mis amigos eliminados o desaparecidos, y la tamatiana que me gusta, pero no me corresponde, a punto de ser torturada.

—Dos…

Una lágrima cae por mi mejilla. Sé que no lo aguantaré. En cuanto la toque otra vez lo contaré, así que, ¿qué sentido tiene que le haga más daño?

—Tres…

—Eyzar, sé valiente, sé fuerte. No se lo digas, no importa lo que me haga…

Además, ¿qué sentido tiene ya? Hemos perdido. No sé qué está sucediendo ahí arriba, pero seguro que la guerra no pinta bien para nosotros. El plan de Cíon ha sido un fracaso.

—Cuatro…

Me seco las amargas lágrimas. Estoy exhausto. No puedo más.

Siento que he tocado fondo y solo quiero que el dolor termine. ¿Será así como se sintió Sally toda su vida? Es insoportable.

—La tiene Emily —revelo derrotado—. La Llave se la di a Emily.

—¡No! —brama Kam-Fux.

—¿Quién es Emily? Bueno, qué más da. ¿Dónde está?

—Eso sí que no lo sé.

De pronto se le ilumina la mirada, como si hubiera entendido algo crucial. De hecho, así es.

—¡Las coordenadas! ¡Ahí está!

—Bestia inmunda.

Kam-Fux le escupe y él la golpea. Le agarra el maltratado rostro con sus pinzas.

—La guerra está prácticamente ganada, así que es hora de obtener mi premio. Voy a ir a esas coordenadas con el Sacrificio y el humano, y cuando cree el nuevo planeta, tú y los de tu calaña desearéis no haber nacido.

Capítulo 45

EMILY

Limbo

«Se terminó el tiempo, Emily —dice el Ente de la Nada y el Todo —. Es hora de decidir. Viene para aquí».

Trago saliva, estoy aterrada. No es para menos. Siento el peso de la responsabilidad sobre mis hombros.

«¿Les estás preguntando lo mismo a los otros sabios?».

«Así es. Lo que tú percibes como real aquí y ahora, Emily, es una ilusión. Mientras hablamos, crees que lo que estás viviendo es único e irrepetible, pero lo cierto es que estoy manteniendo esta conversación con decenas de seres a la vez, seres sabios, ancianos de todas las especies que han vivido con la perspectiva del dolor de toda una vida. Y a todos les estoy preguntando lo mismo: ¿merece la vida una segunda oportunidad en las condiciones que has visto? Piénsalo. No tardes.

»En pocos minutos se presentará aquí Volöotkro con Eyzar y el Sacrificio para crear el nuevo mundo. Solo que este juego no ha salido como Cíon pretendía. No habrá un final feliz porque la rivalidad, el odio y la guerra se llevan dentro y están arraigados a la esencia de la vida. Ya sabes qué sucederá si Volöotkro ejecuta su plan».

«Los ancianos de las demás especies ya han decidido, Emily — presiona Jynek jugando con los hilos del destino—. ¿Qué hacemos? Dejamos que el destino siga su curso, o…».

«O ¿qué?».

«O lo reinicio todo», dice el Ente de la Nada y el Todo.

«¿Qué?».

«Ya me has entendido. A veces hay que escoger el menor de los males. Los volokianos y sus aliados han ganado la guerra. Te doy la opción de ahorrar el sufrimiento que se avecina borrando lo que conocemos».

«¿Significa matarlos a todos?».

«No se puede matar a quien no existe. Si reinicio, la Tierra nunca habrá existido, ni todo lo que sucedió en ella, ni siquiera sus habitantes. Tampoco Volok, Tamat ni ningún otro planeta, ni siquiera Ukrân-Shän o Mykrymbel. Solo vacío. Oscuridad».

«No habrá sufrimiento, pero tampoco vida», resumo.

«Exacto», me confirman.

Reflexiono.

A lo largo de mi vida he conocido a personas malas y buenas. Como Eósydes e Iriel, el yin y el yang. De igual manera, he conocido a gente cuyo dolor le pudo más que la felicidad de las pequeñas cosas, como por desgracia le ocurrió a mi Sally. Después están los chicos como Eyzar, que pese a todas las adversidades no se rindieron y conservaron su esencia pura hasta el final. También conocí lo que hay más allá de la Tierra: especies terroríficas, como los volokianos, y bondadosas, como los tamatianos.

Por último, he visto la avaricia de los que se creían dioses, pero no eran más que marionetas movidas por unos hilos invisibles que no sabían que existían. El poder corrompe y, cuanto más arriba llegas, mayor es la caída. Los uknianos se creían todopoderosos, pero al final todos formamos parte de una sola energía, la de la vida, da igual lo arriba o abajo que estemos en la pirámide.

Al llegar a esa reflexión, comprendo mi cometido. No importa cuán arrugada tengas la piel o lo frágiles que sean tus huesos. La vida, los años, te otorgan sabiduría y experiencia, algo inalcanzable para los jóvenes, o para los inmortales, pues desconocen la brevedad de la existencia y la importancia de cada segundo que nunca más vuelve.

No soy inútil. Los ancianos servimos para algo: para tomar

decisiones con perspectiva.

Comunico mi decisión.

«Justo lo que pensaba. Respuesta unánime de todos los ancianos».

«Los bondadosos no merecen tanta maldad, y los malvados no merecen impunidad».

«Tienes toda la razón».

Asiento.

Se hace la oscuridad.

Y después, la nada.

EPÍLOGO

El Ente de la Nada y el Todo

Cinco intentos.

Cinco reinicios.

Cinco veces intenté dotar de vida al espacio y cinco veces salió tan mal que tuve que renunciar al experimento y empezar desde cero.

Sin embargo, no me rindo. Este es mi cometido, mi propósito existencial, y estoy ilusionado con mi nuevo proyecto. Esta vez no otorgaré inteligencia superior. La última vez creé a los uknianos e idearon un maldito torneo clasista. No volveré a cometer semejante error, aunque debo admitir que echaré de menos a Jynek. Esa Tejedora del Destino me caía bien.

He acertado en esta ocasión, estoy seguro. He creado un único mundo en el que solo habitarán animales. Puede que no sea un lugar tranquilo ni feliz, puesto que en toda sociedad existen jerarquías, líderes y normas sociales que cumplir. Sin embargo, los animales no inician guerras. No destruyen su hábitat. Los animales, según lo que he podido ver hasta ahora, son incapaces de obrar muchas de las atrocidades que he presenciado en otras especies. Y ya me he cansado de eso.

Quiero ver, comprobar, hasta dónde llegará el mundo si solo lo pueblan animales. Creo que será muy interesante.

Y los resultados obtenidos, mejores que los de hasta ahora.

Estoy convencido.

AGRADECIMIENTOS

Escribir un libro no es tarea fácil. Y este ha sido especialmente complicado. Deshacía más que hacía y la cosa parecía no tener fin. Me gustaría, en primer lugar, dar las gracias a mis lectoras cero. Su emoción mientras leían la historia todavía incompleta, sus palabras de ánimo, su firme convicción de que debía tirar para adelante, fueron sin duda una fuente de motivación. También me apetece mencionar a mi padre que, aunque no sea un ávido lector, siempre ha estado ahí cuando le he necesitado.

En segundo lugar, gracias al conjunto de personas que me han dado el empujón que necesitaba en el sector editorial. Gracias, una vez más, a César por actuar de Celestina. Quizás lo hubiese logrado sin tu ayuda, o quizás no, quién sabe, pero sin duda mereces unas líneas en este apartado por dar sin esperar nada a cambio. Una vez dentro, el equipo editorial ha sido de diez. Gracias por guiarme en este camino, por vuestra amabilidad, respeto y profesionalidad, gracias por hacerme sentir parte del equipo y no solo un número más.

Y por último agradecer a mi comunidad de lectores. Gracias por estar ahí cuando empecé, gracias por quedaros y por seguir aquí después de tantos años, por leer mis historias y así insuflarles vida. Sin vosotros esto no sería lo mismo, sino simples palabras plasmadas en papel, vivas solo en mi mente. Pero gracias a vosotros, a vuestras manos pasando páginas, y vuestros ojos e imaginación devorando las líneas, mis historias viven y son reales. Y ese es el mejor regalo para cualquier escritor.

El Torneo de las Especies
Lidia Ciprés

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada, Cover Kitchen

© Lidia Ciprés, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
http://www.edicionesminotauro.com
http://www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2022

ISBN: 978-84-450-1409-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!